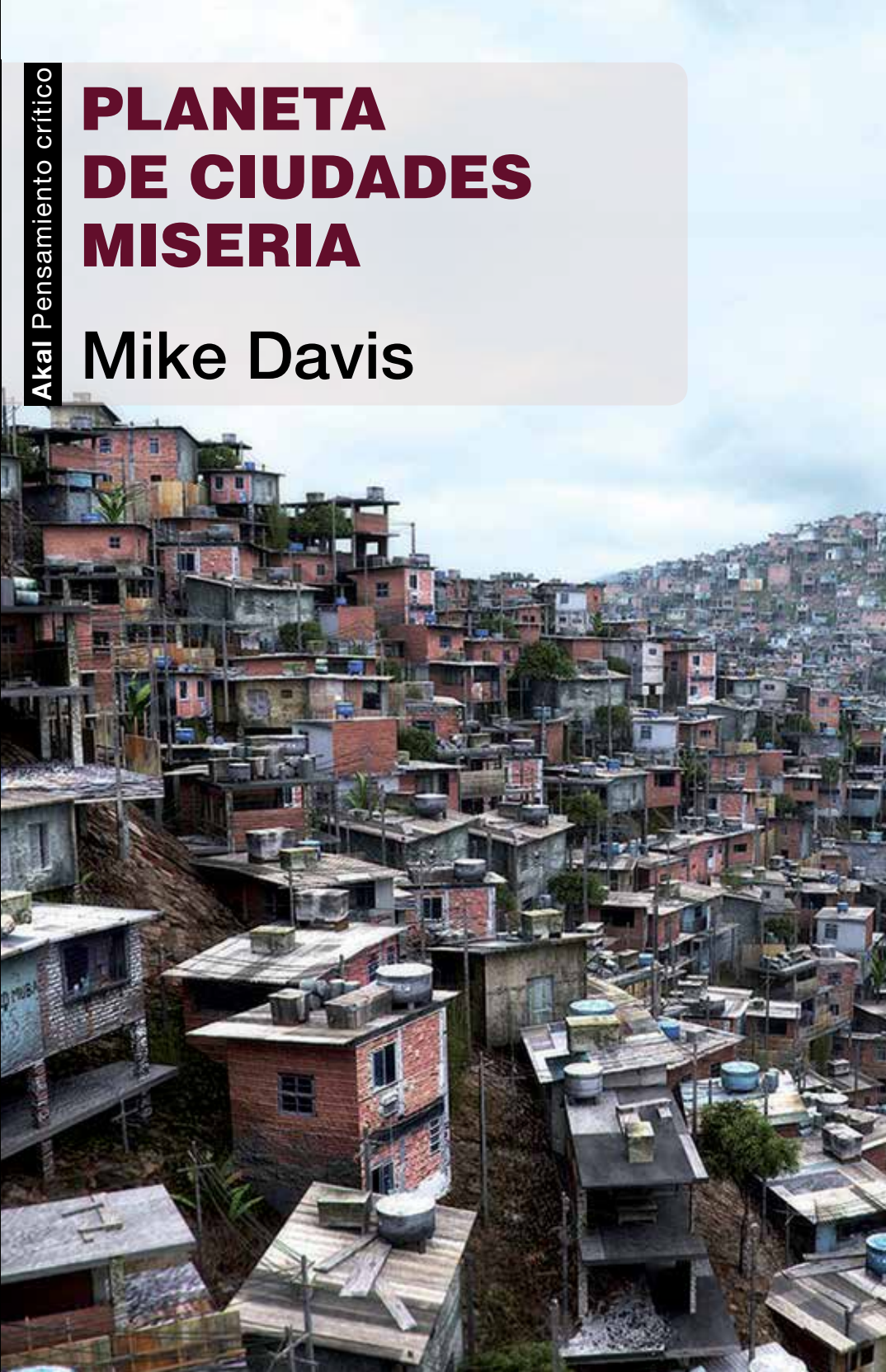
Akal Pensamiento crítico

# PLANETA DE CIUDADES MISERIA

Mike Davis



**AKAL** / PENSAMIENTO CRÍTICO
27

Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa
y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización
reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original:
*Planet of Slums*

Publicado originalmente por Verso, UK

© Mike Davis, 2006

© Ediciones Akal, S. A., 2007, 2014
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

**www.akal.com**

ISBN: 978-84-460-3937-2

Depósito legal: M-289-2014

Impreso en España

Mike Davis

# Planeta de ciudades miseria

Traducción de
José María Amoroto

akal

*A mi querida Roisin*

*Degradación, semidegradación y superdegradación urbana…*
*en esto se ha convertido la evolución de las ciudades.*

Patrick Geddes[1]

[1] Citado por Lewis Mumford, *The City in History. Its Origins, Its Transformations, and Its Prospects*, Nueva York, 1961, p. 464.

# AGRADECIMIENTOS

Mientras yo estaba en la biblioteca de la universidad, Forrest Hylton estaba detrás de una barricada en los Andes. Sus generosos e incisivos comentarios al texto y de manera más general su conocimiento de primera mano del urbanismo en América Latina han sido de un valor incalculable. Los dos nos encontramos trabajando en una continuación de este libro que abordará la historia y el futuro de la resistencia de las áreas urbanas hiperdegradadas al capitalismo global. Sus próximos libros sobre Colombia y Bolivia son brillantes ejemplos de compromiso y visión de futuro.

Tariq Ali y Susan Watkins merecen un agradecimiento especial por convencerme de que convirtiera «Planet of Slums» (*New Left Review* 26, marzo-abril de 2004 [ed. cast.: *New Left Review* 26, mayo-junio de 2004, Madrid, Ediciones Akal]) en un libro. Perry Anderson, como siempre, proporcionó amistad y ayuda de primera mano. Ananya Roy, de la Universidad de Berkeley, me invitó a discutir el artículo de la *NLR*, y agradezco mucho su hospitalidad y sus estimulantes comentarios. Aunque nunca he coincidido con ellos, mi admiración por Jan Breman (*The Labouring Poor in India*, Oxford, 2003) y Jeremy Seabrooke (*In the Cities of the South*, Verso, 1996), resulta evidente habida cuenta de la cantidad de veces que cito sus magníficos trabajos.

Después de haber convertido a mi hijo Jack en el héroe de una reciente trilogía de «aventura científica», llega la hora de dedicarle un libro a su hermana mayor Roisin. Cada día hace que me sienta orgulloso de cien maneras diferentes. (Pequeños no os preocupéis: Cassandra Moctezuma y James Connolly, pronto llegará vuestro turno.)

# CAPÍTULO I

## El clímax urbano

> Vivimos en la edad de las ciudades. La ciudad lo es todo para nosotros, nos consume y por esa razón la glorificamos.
> Onookome Okome[1]

En algún momento del año que viene una mujer dará a luz en Ajegunle, un área urbana hiperdegrada *(slum)* en las afueras de Lagos (Nigeria); atraído por las luces de Yakarta un joven huirá de su aldea en el oeste de Java o un granjero peruano trasladará su empobrecido hogar a uno de los innumerables *pueblos jóvenes* de Lima. El hecho en sí mismo será irrelevante y pasará totalmente desapercibido, sin embargo constituirá un acontecimiento en la historia de la humanidad comparable a la Revolución industrial o a la que se produjo en el Neolítico. Por primera vez, la población urbana del planeta será superior a la rural. De hecho, dadas las imprecisiones de los censos de los países del Tercer Mundo, esta transición histórica puede que se haya producido ya.

El planeta se ha urbanizado incluso más rápidamente de lo que señalaba en 1972 el Club de Roma en su informe, marcadamente malthusiano, *Los límites del crecimiento.* En 1950 había en la tierra 86 ciudades con más de un millón de habitantes. Actualmente hay 400 y en 2015 la cifra se habrá elevado a 550[2]. De hecho las ciudades han absorbido cerca de los dos tercios de la explosión demográfica global producida desde 1950, y en la actualidad están creciendo a razón de un millón de nacimientos e inmigrantes a la

---

[1] O. Okome, «Writing the Anxious City. Images of Lagos in Nigerian Home Video Films», en Okwui Enwezor *et al.*, *Under Siege. Four African Cities. Freetown*, *Johannesburg*, *Kinshasa*, *Lagos*, Ostfildern-Ruit, 2002, p. 316.

[2] UN Department of Economic and Social Affairs, Population Division, *World Urbanization Prospects*, *the 2001 Revision*, Nueva York, 2002.

semana[3]. Desde 1980, la fuerza de trabajo urbana a escala mundial se ha duplicado y la actual población urbana (3.200 millones) es mayor que la población total del planeta cuando John F. Kennedy fue elegido presidente[4]. Mientras tanto, la población rural ha alcanzado su cota máxima y empezará a declinar a partir de 2020. El resultado será que las ciudades absorberán todo el crecimiento demográfico de la población mundial, que se calcula que llegará a los 10.000 millones de personas en 2050[5].

## Megaciudades y Desakotas

El 95 por 100 de esta última explosión demográfica se producirá en las áreas urbanas de los países en vías de desarrollo, cuyas poblaciones se duplicarán alcanzando cerca de 4.000 millones en la próxima generación[6]. De hecho, la suma de la población urbana de China, India y Brasil en la actualidad, es casi igual a la de Europa y Norteamérica. La escala y la velocidad del proceso de urbanización en el Tercer Mundo empequeñecen por completo al que se produjo en Europa a finales del siglo xix. En 1910, Londres era siete veces mayor de lo que había sido en 1800, pero Dacca (Bangladesh), Kinshasa (República Democrática del Congo) y Lagos en la actualidad son *cuarenta* veces mayores de lo que

---

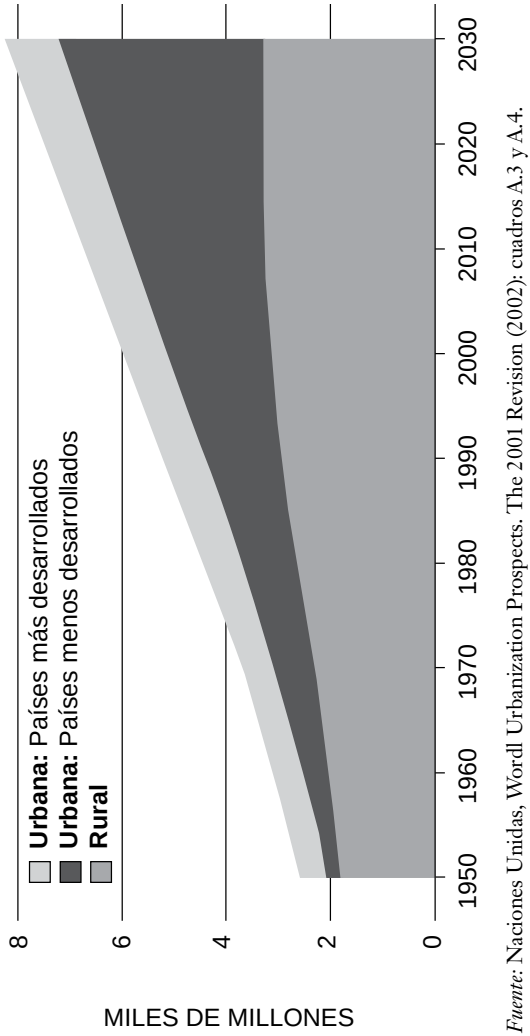
[3] Population Information Program, Center for Communication Programs, the John Hopkins Bloomburg School of Public Health, *Meeting the Urban Challenge*, Population Reports xxx, 4, Baltimore (otoño 2002), p. 1.

[4] D. Rondinelli y John Kasarda, «Job Creation Needs in Third World Cities», en J. Kasarda y A. M. Parnell (eds.), *Third World Cities. Problems, Policies and Prospects*, Newbury Park, 1993, p. 101.

[5] W. Lutz, W. Sandeson y S. Scherbov, «Doubling of world population unlikely», *Nature* 387, 19 de junio de 1997, pp. 803-804. De cualquier forma, la población del África Subsahariana se triplicará y la de India se duplicará.

[6] Aunque la velocidad de la urbanización global está fuera de dudas, los índices de crecimiento de ciudades concretas pueden frenarse en seco al encontrarse con problemas de tamaño y aglomeración. Un ejemplo claro de esta «inversión de tendencias» es Ciudad de México. Se calculaba que durante la década de 1990 alcanzaría los 25 millones y, sin embargo, la población actual se sitúa entre los 19 y 22 millones. Yue-man Yeung, «Geography in an age of mega-cities», *International Social Sciences Journal* 151, 1997, p. 93.

**Cuadro 1.** Crecimiento de la población mundial




*Fuente:* Naciones Unidas, Wordl Urbanization Prospects. The 2001 Revision (2002): cuadros A.3 y A.4.

eran en 1950. En la década de 1980, China, que se está urbanizando a una velocidad sin precedentes en la historia de la humanidad, añadió más habitantes a las ciudades que toda Europa, incluyendo Rusia, ¡en todo el siglo XIX![7].

[7] *Financial Times*, 27 de julio de 2004; D. Drakakis-Smith, *Third World Cities*, 2.ª ed., Londres, 2000.

**Cuadro 2.** Las megaciudades del Tercer Mundo[8]
(población en millones)

| | 1950 | 2004 |
|---|---|---|
| Ciudad de México | 2,9 | 22,1 |
| Seúl | 1,0 | 21,9 |
| *(Nueva York* | *12,3* | *21,9)* |
| São Paulo | 2,4 | 19,9 |
| Bombay | 2,9 | 19,1 |
| Delhi | 1,4 | 18,6 |
| Yakarta | 1,5 | 16,0 |
| Dacca | 0,4 | 15,9 |
| Calcuta | 4,4 | 15,1 |
| El Cairo | 2,4 | 15,1 |
| Manila | 1,5 | 14,3 |
| Karachi | 1,0 | 13,5 |
| Lagos | 0,3 | 13,4 |
| Sanghái | 5,3 | 13,2 |
| Buenos Aires | 4,6 | 12,6 |
| Río de Janeiro | 3,0 | 11,9 |
| Teherán | 1,0 | 11,5 |
| Estambul | 1,1 | 11,1 |
| Pekín | 3,9 | 10,8 |
| Bangkok | 1,4 | 9,1 |
| Johannesburgo | 1,2 | 9,0 |
| Kinshasa | 0,2 | 8,9 |
| Lima | 0,6 | 8,2 |
| Bogotá | 0,7 | 8,0 |

[8] Elaborado sobre UN-Habitat Urban Indicators Database 2002; Thomas Brinkhoff, «The Principal Agglomerations of the World», www.citypopulation.de/World.html, mayo de 2004.

El fenómeno más llamativo es, por supuesto, el desarrollo de nuevas megaciudades de más de 8 millones de habitantes y más espectacularmente aún hiperciudades que superarán los 20 millones (la población urbana del planeta estimada en los tiempos de la Revolución francesa). De acuerdo con la División de Población de Naciones Unidas, en 2000 solamente Tokio había atravesado incuestionablemente esa barrera, aunque Ciudad de México, Nueva York y Seúl andaban cerca[9]. Según cálculos de *Far Eastern Economic Review*, en 2025 solamente en Asia podría haber diez u once concentraciones urbanas de esas dimensiones, incluyendo Yakarta (24,9 millones), Dacca (25) y Karachi (26,5). Sanghái, después de décadas de estancamiento debido a la política maoísta de restricciones al crecimiento, podría alcanzar los 27 millones de residentes en la amplia región del estuario del Yangzi. Mientras tanto, Bombay se calcula que alcanzará una población de 33 millones, aunque nadie sabe si semejantes concentraciones de pobreza son biológica o ecológicamente sostenibles[10].

Las explosivas ciudades del Tercer Mundo también están tejiendo nuevas y extraordinarias redes, corredores y jerarquías urbanas. En Sudamérica, los geógrafos actualmente hablan sobre un nuevo monstruo conocido como el RSPER (Región Metropolitana de Rio-São Paulo), que incluye las ciudades de tamaño medio situadas en el eje de comunicaciones que une los 500 kilómetros que separan ambas ciudades, así como la extensa región industrial en torno a Campinas. Con una población actual de 37 millones de habitantes, esta nueva criatura ya supera al corredor formado por Tokio-Yokohama[11]. De igual forma, la ameba gigante que es Ciudad de México después de haberse tragado a Toluca, está extendiendo los seudópodos que acabarán por abarcar gran parte de México Central, incluyendo a las ciudades de Cuernavaca, Puebla, Cuautla, Pachuca y Queretaro para formar una única megalópolis que para mediados del siglo xxi tendrá una población

---

[9] UN-Habitat, Urban Indicators Database 2002.

[10] *The Far Eastern Economic Review*, Asia 1998 Yearbook, p. 63.

[11] H. Tolosa, «The Rio/São Paulo Extended Metropolitan Region. A Quest for Global Integration», *The Annals of Regional Science* xxxvii, 2 (septiembre 2003), pp. 480, 485.

aproximada de 50 millones (alrededor del 40 por 100 del total nacional)[12].

Todavía resulta más impactante la concentración urbana que se está produciendo en África del Oeste, a lo largo del golfo de Guinea, con Lagos (23 millones de habitantes en 2015 según las estimaciones), como centro de expansión. De acuerdo con un estudio de la OCDE, esta red de 300 ciudades de más de cien mil habitantes «tendrá una población comparable a la costa este de Estados Unidos […] y más de 60 millones de habitantes, de este a oeste, a lo largo de una franja de tierra de 600 kilómetros entre Ciudad Benin y Accra»[13]. Desgraciadamente también será con toda probabilidad la mayor concentración de pobreza urbana sobre el planeta.

**Cuadro 3.** Urbanización del Golfo de Guinea[14]

| Ciudades | 1960 | 1990 | 2020 |
|---|---|---|---|
| De más de 100.000 habitantes | 17 | 90 | 300 |
| De más de 5.000 habitantes | 60 | 3.500 | 6.000 |

De todas maneras, en términos relativos las mayores estructuras posturbanas están surgiendo en el este de Asia. Los deltas de los ríos Perla (Hong Kong-Guangzhou)[15] y Yangze (Sanghái), junto con el corredor Pekín-Tianjin van encaminados a convertirse en megalópolis urbano-industriales comparables con Tokio-Osaka, el bajo Rhin o Nueva York-Filadelfia. De hecho China, un caso único entre los países en vías de desarrollo, está llevando a cabo una agresiva política de desarrollo urbano a escala supraregional, utilizando como modelo el corredor Tokio-Yokohama o la costa este de Estados Unidos. La Zona Económica de Sanghái,

[12] G. Garza, «Global Economy, Metropolitan Dynamics and Urban Policies in Mexico», *Cities* XVI, 3, 1999, p. 154.

[13] J.-M. Cour y S. Snrech (eds.), *Preparing for the Future. A Vision of West Africa in the Year 2020*, París, 1998, p. 94.

[14] *Ibid.*, p. 48.

[15] Yue-Man Yeung, «Viewpoint. Integration of the Pearl River Delta», *International Development Planning Review* xxv, 3, 2003.

creada en 1983, es el plan regional de mayor entidad de todo el planeta, que afecta a la metrópolis y a cinco provincias colindantes con una población total similar a la de Estados Unidos[16].

Para los destacados investigadores Yue-man Yeung y Fu-chen Lo, estas nuevas megalópolis chinas pueden ser solamente el primer paso en el nacimiento de «un corredor urbano ininterrumpido que se extienda desde Japón/Corea del Norte hasta Java occidental»[17]. Cuando acabe de tomar forma en el próximo siglo, esta gigantesca amalgama de ciudades en forma de dragón, será la culminación física y demográfica de milenios de evolución urbana y el auge de la costa este de Asia elevará a Tokio-Sanghái a la categoría de «ciudades globales», comparables en el control global de los flujos de capital e información al eje Nueva York-Londres.

En cualquier caso, el precio de este nuevo ordenamiento urbano será el aumento de las desigualdades entre ciudades de diferentes tamaños y especializaciones económicas. Los expertos chinos debaten actualmente si el antiguo abismo de ingresos y desarrollo entre la ciudad y el campo está siendo sustituido por un abismo igualmente profundo entre las ciudades pequeñas especialmente las del interior y las gigantescas megalópolis de la costa, aunque sean las ciudades pequeñas las que albergarán a la mayor parte de la población de Asia[18]. Si las megaciudades son las estrellas más brillantes del firmamento urbano, tres cuartas partes del peso del futuro crecimiento de la población mundial recaerá sobre estrellas de segundo orden, áreas urbanas más pequeñas y apenas visibles; lugares donde según señalan los investigadores de Naciones Unidas, «hay una planificación escasa o nula para acomodar y proporcionar ser-

---

[16] A. Laquian, «The Effects of National Urban Strategy and Regional Development Policy on Patterns of Urban Growth in China», en G. Jones y P. Visaria (eds.), *Urbanization in Largue Developing Countries. China*, *Indonesia*, *Brazil and India*, Oxford, 1997, pp. 62-63.

[17] Yue-man Yeung y Fu-chen Lo, «Global Restructuring and Emerging Urban Corridors in Pacific Asia», en Lo y Yeung (eds.), *Emerging World Cities in Pacific Asia*, Tokio, 1996, p. 41.

[18] G. Guldin, *What's a Peasant to Do? Village Becoming Town in Southern China*, Boulder (CO), 2001, p. 13.

vicios a toda esa gente»[19]. En China (urbana en un 43 por 100 en 1997 según datos oficiales), el número oficial de «ciudades» se ha disparado de 193 a 640 desde 1978. Pero las grandes metrópolis, a pesar de su extraordinario crecimiento, han perdido en porcentaje relativo de población urbana y han sido las ciudades pequeñas y medianas, junto a los pueblos recientemente convertidos en ciudades, las que han absorbido la mayor parte de la mano de obra rural excedente después de las reformas del mercado realizadas a partir de 1979[20]. En parte esto es el resultado de una planificación deliberada: desde la década de 1970, el Estado chino ha desarrollado políticas encaminadas a favorecer una jerarquía urbana más equilibrada entre inversión industrial y población[21].

El modelo chino de urbanización a «dos niveles» no se repite en India, donde la reciente transición neoliberal ha supuesto la pérdida de pujanza económica y demográfica de pueblos y ciudades pequeñas. El porcentaje de la población urbana, que durante la década de 1990 se disparó de un cuarto a un tercio de la población total, ha provocado el crecimiento de las ciudades de tamaño medio como Saharanpur en el Estado de Uttar Pradesh, Ludhiana en Punjab y la más famosa de todas, Visakhapatnam en Andhra Pradesh. La ciudad de Hyderabad, con un ritmo de crecimiento del 5 por 100 anual durante los últimos veinticinco años, se perfila como una nueva megaciudad de 10,5 millones de habitantes para 2015. De acuerdo con los últimos censos, actualmente hay 35 ciudades en India por encima del umbral del millón que en conjunto se acercan a los 110 millones de habitantes[22].

En África, el meteórico crecimiento de unas cuantas ciudades como Lagos (de 300.000 en 1950 a 13,5 millones en la actualidad)

---

[19] UN-Habitat, *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, Londres, 2003, p. 3.

[20] G. Guldin, *What's a Peasant to Do?*, cit.

[21] S. Goldstein, «Levels of Urbanization in China», en Mattei Dogon y John Kasarda (eds.), *The Metropolis Era. Volume One - A World of Giant Cities*, Newbury Park, 1988, pp. 210-221.

[22] *Census 2001*, Office of the Registrar General and Census Commisioner, India; A. Durand-Lasserve y L. Royston (eds.), *Holding Their Ground. Secure Land Tenure for the Urban Poor in Developing Countries*, Londres, 2002, p. 20.

se ha visto acompañado por la transformación de docenas de pequeñas ciudades y oasis como Ougadougou (Burkina Faso), Nuakchot (Mauritania), Douala (Camerún), Kampala (Uganda), Tanta (Egipto), Conakry (Guinea), Ndjamena (Chad), Lubumbashi (República Democrática del Congo), Mogadiscio (Somalia), Antananarivo (Madagascar) y Bamako (Mali) en anárquicas ciudades mayores que San Francisco o Manchester. La transformación experimentada por Mbuji-Mayi, un centro del comercio de diamantes en la República del Congo, es espectacular. En 1960 era una pequeña ciudad de 25.000 habitantes y en la actualidad es una metrópolis de 2 millones, habiéndose producido la mayor parte de este crecimiento en la última década[23]. En América Latina, donde el crecimiento ha estado monopolizado durante mucho tiempo por las ciudades principales, asistimos ahora a la explosión de ciudades secundarias como Santa Cruz, Valencia, Tijuana, Curitiba, Temuco, Maracay, Bucaramanga, Salvador y Belem, con los mayores crecimientos produciéndose en las de menos de 500.000 habitantes[24].

Por otra parte, tal como señala el antropólogo Gregory Guldin, la urbanización debe conceptualizarse como una transformación estructural a lo largo de un continuo urbano/rural en el que se produce una intensa interacción entre cada punto del mismo. En su estudio del caso de China meridional, encontró que el campo se está urbanizando *in situ*, al mismo tiempo que genera migraciones que marcan épocas. «Las aldeas se convierten en mercados y pueblos *xiang*, y los pueblos y ciudades pequeñas empiezan a parecer grandes ciudades». Realmente en muchos casos, la población rural no tiene que emigrar a la ciudad: ella viene sola[25].

El periodista Jeremy Seabrook nos muestra un ejemplo de este proceso en Malasia, donde los pescadores de Penang «han sido

---

[23] Mbuji-Mayi es el centro de la «última empresa estatal» en la región de Kaasai gestionada por la Sociedad Minera de Bakwanga. M. Wrong, *In the Footsteps of Mr. Kurtz. Living on the Brink of Disaster in the Congo*, Londres, 2000, pp, 121-123.

[24] M. Villa y J. Rodríguez, «Demographic Trends in Latin America's Metropolises, 1950-1990», en A. Gilbert (ed.), *The Mega-City in Latin America*, Tokio, 1996, pp. 33-34.

[25] G. Guldin, *What's a Peasant to Do?*, cit., pp. 14-17.

devorados por la urbanización sin haber emigrado y sus vidas destruidas sin haberse movido del lugar donde nacieron». Después de encontrase con sus viviendas separadas del mar por una nueva autopista, sus zonas de pesca contaminadas por los residuos urbanos y las laderas de las colinas colindantes deforestadas para levantar bloques de apartamentos, no les quedó más alternativa que enviar a sus hijas a la explotación de los talleres japoneses de las proximidades. «Fue el fin, no solo de los medios de vida de una gente que había vivido en simbiosis con el mar, sino de la existencia entera de un pueblo pescador»[26].

El resultado de este choque entre el mundo rural y el urbano tanto en China como en el sureste de Asia, India, Egipto y quizá África occidental, es un paisaje hermafrodita, un campo parcialmente urbanizado que para Guldin puede representar «un sendero nuevo en el desarrollo y los asentamientos humanos [...] una forma que no es rural ni urbana sino una mezcla de las dos, donde una densa red de transacciones ata los grandes núcleos urbanos a las regiones que les rodean»[27]. El arquitecto y urbanista alemán Thomas Sieverts sugiere que este urbanismo difuso, que llama *Zwischenstadt* (*in-between city*/campo-ciudad), se está convirtiendo rápidamente en el paisaje representativo del siglo xxi, tanto en los países ricos como en los pobres y al margen de la trayectoria urbana anterior. A diferencia de Guldin, Sieverts considera estas nuevas conurbaciones como redes policéntricas sin el tradicional centro ni periferias reconocibles.

Al margen de la cultura de que se trate y del lugar del planeta donde surjan, tienen características comunes: una estructura comple-

---

[26] J. Seabrook, *In the Cities of the South. Scenes from a Developing World*, Londres, 1996, pp. 16-17.

[27] G. Guldin, *What's a Peasant to Do?*, cit., pp. 14-17. Véase también Jing Neng Li, «Structural and Spatial Economic Changes and their Effects on Recent Urbanization in China», en G. Jones y P. Visaria, *Urbanization in Large Developing Countries*, cit., p. 44. I. Yeboah, «Demographic and Housing Aspects of Structural Adjustment and Emerging Urban Form in Accra, Ghana, *Africa Today* l, 1, 2003, pp. 108, 116-117. Yeboah encuentra un modelo *desakota* en Accra, con un crecimiento de su superficie, en la década de 1990, del 188 por 100 que atribuye al impacto de las políticas de ajuste estructural.

tamente diferente del medio urbano que a primera vista resulta difusa y desorganizada, con islas individualizadas sobre modelos geométricamente estructurados; un entramado sin un centro claro y por ello con muchas áreas, redes y nodos especializados, más o menos contrastados funcionalmente[28].

El geógrafo David Drakakis-Smith, hablando sobre el caso concreto de Delhi, señala que

estas grandes regiones metropolitanas, representan una fusión de desarrollo urbano y desarrollo regional en la que la distinción entre lo urbano y lo rural se ha desdibujado, a medida que las ciudades crecen a lo largo de los pasillos de comunicaciones, sobrepasando o rodeando pequeñas ciudades y pueblos que a su vez, experimentan *in situ* cambios de funciones y ocupación[29].

En Indonesia, donde este proceso de hibridación urbano/rural está muy avanzado en Jabotabek (la gran región de Yakarta), los investigadores han llamado a estos nuevos modelos de uso de la tierra *desakotas* («ciudad de pueblos») y discuten si se trata de paisajes de transición o de nuevas y dramáticas formas de urbanismo[30].

Un debate similar se está produciendo entre los urbanistas de América Latina a medida que afrontan la aparición de sistemas urbanos policéntricos, sin una frontera clara entre lo rural y lo urbano. Los geógrafos Adrián Aguilar y Peter Ward, avanzaron el concepto de «urbanización basada en la región» para describir

---

[28] T. Sieverts, *Cities Without Cities. An Interpretation of the Zwischenstadt*, Londres, 2003, p. 3.

[29] D. Drakakis-Smith, *Third World Cities*, cit., p. 21.

[30] T. McGee, «The Emergence of Desakota Regions in Asia. Expanding a Hypothesis», en Northon Ginsburg, Bruce Koppell y T. McGee (eds.), *The Extended Metropolis. Settlement Transition in Asia*, Honolulu, 1991. P. Kelly en su libro sobre Manila se muestra de acuerdo con McGee en las características específicas del modelo de urbanización que se está produciendo en el sureste asiático, pero señala que el modelo *desakota* es inestable y que la agricultura va desapareciendo lentamente. Kelly, *Everyday Urbanization. The Social Dynamics of Development in Manila's Extended Metropolitan Region*, Londres, 1999, pp. 248-186.

el desarrollo urbano contemporáneo de Ciudad de México, São Paulo, Santiago y Buenos Aires. «Los índices más bajos de crecimiento metropolitano han coincidido con una circulación más intensa de mercancías, capital y población entre el centro de la ciudad y su entorno, con unas fronteras cada vez más difusas entre lo urbano y lo rural, una desconcentración industrial dirigida hacia la periferia metropolitana y especialmente más allá, hacia los espacios periurbanos que rodean las megaciudades». Aguilar y Ward consideran que «en las grandes ciudades del siglo xxi, serán estos espacios periurbanos los que concentrarán la reproducción de la fuerza de trabajo»[31].

En cualquier caso, lo nuevo y lo viejo no se mezclan fácilmente. En el área *desakota* de las afueras de Colombo, en Sri Lanka, «las comunidades se encuentran totalmente divididas y no son capaces de establecer relaciones ni comunidades más amplias»[32], pero a pesar de ello, y como señala la antropóloga Magdalena Nock refiriéndose al caso de México, el proceso es irreversible: «La globalización ha incrementado el movimiento de gente, bienes, servicios, información, noticias, productos y dinero, y de ahí viene la presencia de características urbanas en las áreas rurales y rasgos rurales en los centros urbanos»[33].

---

[31] A. Aguilar y P. Ward, «Globalization, Regional Development, and Mega-City Expansion in Latin America. Analyzing Mexico City's Peri-Urban Hinterland», *Cities* XX, 1, 2003, pp. 4, 18. Los autores sostienen que el modelo *desakota* de desarrollo no se produce en África: «Donde el crecimiento de las ciudades tiende a ser esencialmente urbano y basado en la propia ciudad, al mismo tiempo que se mantiene dentro de unas fronteras claramente definidas. No se produce un desarrollo periurbano unido y dirigido por procesos que provienen del propio centro», sin embargo, Gauteng (Sudáfrica) es un ejemplo claro de «urbanización regional» totalmente análogo a los casos de América Latina.

[32] R. Dayaratne y R. Samarawickrama, «Empowering Communities. The Peri-Urban Areas of Colombo», *Environment and Urbanization* XV, 1 (abril 2003), p. 102. Véase también L. van der Berg, M. van Wijk y P. van Hoi, «The Transformation of Agricultural and Rural Life Downsteam of Hanoi», *ibid*.

[33] M. Nock, «The Mexican Peasantry and the *Ejido* in the Neo-liberal Period», en D. Bryceson, C. Kay y J. Mooij (eds.), *Dissapearing Peasantries? Rural Labour in Africa, Asia and Latin America*, Londres, 2000, p. 173.

La dinámica de urbanización del Tercer Mundo resume y confunde al mismo tiempo los precedentes del siglo xix y principios del xx en Europa y Norteamérica. En China, nos encontramos la mayor revolución industrial de la historia en la palanca de Arquímedes que está trasladando a una población del tamaño de la europea, desde aldeas rurales a ciudades que se elevan hacia las nubes ahogadas en humo y niebla. Desde las reformas promercado de finales de la década de 1970, se calcula que 200 millones de chinos se han desplazado de las áreas rurales a las ciudades. La próxima «avalancha de campesinos» de 250 o 300 millones se espera que se produzca en las décadas venideras[34]. Como resultado de este vertiginoso flujo, en 2005 había 166 ciudades en China con poblaciones superiores a un millón de habitantes, en comparación con solamente 9 en Estados Unidos[35]. El crecimiento de ciudades como Dongguan, Shenzhen, Fushan y Chengchow por mor del explosivo desarrollo industrial las convierte en las versiones posmodernas de Sheffield o Pittsburg. Por lo tanto, como señalaba recientemente el *Financial Times*, en una década «China dejará de ser el país predominantemente rural que ha sido durante milenios»[36]. Próximamente el gran ojo del Centro Financiero Mundial de Sanghái tendrá vistas sobre un extenso mundo urbano poco imaginado por Mao o, de hecho tampoco, por Le Corbusier.

Tampoco es probable que alguien pudiera imaginarse hace cincuenta años que los asentamientos ocupados y las ruinas que la guerra había dejado en Seúl se transformarían a toda velocidad (un asombroso crecimiento del 11,4 por 100 durante la década de 1960) en una megalópolis tan grande como Nueva York. Pero de hecho, ¿qué observador de la época victoriana podía imaginarse en 1920 una ciudad como Los Ángeles? En cualquier caso, a pesar

---

[34] *Financial Times*, 16 de diciembre de 2003 y 27 de julio de 2004.

[35] *The New York Times*, 28 de julio de 2004.

[36] W. Mengkui, Director del Centro de Investigación del Desarrollo del Consejo de Estado; citado en *Financial Times*, 26 de noviembre de 2003.

de su carácter impredecible, la urbanización contemporánea del sureste asiático, junto al crecimiento del 300 por 100 del PIB desde 1965, mantiene una relación cuasi clásica entre crecimiento industrial y migraciones urbanas. El 80 por 100 del proletariado del que hablaba Marx vive actualmente en China o en cualquier otro lugar fuera de Europa occidental y Estados Unidos[37].

**Cuadro 4.** Urbanización industrial de China[38]
(porcentaje urbano)

| Año | Población | PIB |
|---|---|---|
| 1949 | 11 | – |
| 1978 | 13 | – |
| 2003 | 38 | 54 |
| 2020 *(proyección)* | 63 | 85 |

Sin embargo en la mayor parte de los países en vías de desarrollo, el crecimiento de las ciudades carece por completo del poderoso motor que supone tanto las exportaciones de bienes de China, Corea y Taiwán como la inyección de capital extranjero que recibe China, un país al que se dirige en la actualidad la mitad de la inversión exterior que se realiza en todos los países en vías de desarrollo. Desde mediados de la década de 1980, las grandes ciudades industriales del hemisferio sur como Bombay, Johannesburgo, Buenos Aires, Belo Horizonte y São Paulo, han sufrido el cierre masivo de empresas y un progresivo desmantelamiento industrial. Exceptuando el sureste asiático, la urbanización de los países en vías de desarrollo se ha producido totalmente al margen

[37] Banco Mundial, *World Development Report 1995. Workers in an Integrating World*, Nueva York, 1995, p. 170.

[38] S. Goldstein, «Levels of Urbanization in China», cit., cuadro 7.1, p. 201. Guilhem Fabre presenta datos referidos a 1978 en «La Chine», en T. Paquot, *Les monde des villes. Panorama urbain de la planète*, Bruselas, 1996, p. 187. Hay que señalar que el Banco Mundial sitúa el índice de urbanización referido a 1978 en el 18 por 100 frente al 13 por 100 que mantiene Goldstein (véase World Bank, *World Development Indicators*, 2001, version CD-ROM).

de la industrialización y del desarrollo como tal, y en África subsahariana incluso al margen de una de las supuestas premisas *sine qua non* del crecimiento urbano: el aumento de la productividad agrícola. El sorprendente resultado es que la capacidad económica de una ciudad, tiene poca relación con el tamaño de su población y a la inversa. El cuadro 5 recoge esta disparidad entre población y PIB en las mayores áreas metropolitanas.

**Cuadro 5.** Población *versus* PIB: las diez mayores ciudades[39]

| (1) Por población en el año 2000 | (2) Por PIB de 1996 (según población en 2000) |
|---|---|
| 1. Tokio | Tokio (1) |
| 2. Ciudad de México | Nueva York (3) |
| 3. Nueva York | Los Ángeles (8) |
| 4. Seúl | Osaka (9) |
| 5. São Paulo | París (25) |
| 6. Bombay | Londres (19) |
| 7. Delhi | Chicago (26) |
| 8. Los Ángeles | San Francisco (35) |
| 9. Osaka | Düsseldorf (46) |
| 10. Yakarta | Boston (48) |

Para algunos, urbanización sin industrialización no es más que la expresión de una tendencia inexorable, inherente al capitalismo de silicio, de desligar el crecimiento de la producción del aumento del empleo. Sin embargo, como veremos más tarde, la urbanización sin industrialización que se ha producido en África, América Latina, Oriente Próximo y gran parte del sur de Asia se debe más a una coyuntura política global, la crisis mun-

[39] Los datos sobre población los recoge T. Brinkhoff (www.citypopulation.de). Los datos referidos al PIB los presenta D. Pumain «Scalling Laws and Urban Systems», *Santa Fe Institute*, Working Paper 04-02-002, Santa Fe, 2002, p. 4.

dial de la deuda de finales de la década de 1970 y la subsiguiente reestructuración de las economías que realiza el Fondo Monetario Internacional en la década siguiente, que a ninguna ley de hierro del avance tecnológico.

La urbanización del Tercer Mundo continuó su desenfrenada carrera (3,8 por 100 anual desde 1960 a 1993) por encima de las hambrunas de finales de la década de 1980 y principios de la siguiente, por encima de la caída de los salarios reales y por encima del disparatado crecimiento del desempleo urbano[40]. Esta inalterable explosión urbana sorprendió a la mayoría de los expertos, ya que contradecía los modelos económicos ortodoxos que mantenían que la recesión urbana traería como consecuencia la ralentización o incluso la reversión del proceso migratorio[41]. En 1990 el economista Nigel Harris manifestaba su sorpresa ante el hecho de que «en los países de renta baja, la caída de los ingresos urbanos no significa necesariamente, a corto plazo, un descenso de la emigración procedente del campo»[42].

La situación en África resultaba especialmente paradójica. ¿Cómo podían las ciudades de Costa de Marfil, Tanzania, Gabón y de otros lugares, con economías que se estaban contrayendo anualmente entre un 2 y un 5 por 100, mantener un crecimiento demográfico entre un 5 y un 8 por 100 anual?[43]. ¿Cómo podía Lagos, en la década de 1980, crecer un 200 por 100 por encima del resto de Nigeria, mientras su situación económica era de una

---

[40] J. Gugler, «Introduction–II. Rural-Urban Migration», en J. Gugler (ed.), *Cities in the Developing World. Issues, Theory and Policy*, Oxford, 1997, p. 43.

[41] S. Findley mantiene que durante la década de 1980, todo el mundo subestimó el alcance de la migración campo/ciudad y los consiguientes índices de urbanización. S. Findley, «The Third World City», en J. Kasarda y A. M. Parnell, *Third World Cities. Problems, Policies and Prospects*, cit., p. 14.

[42] N. Harris, «Urbanization, Economic Development and Policy in Developing Countries», *Habitat International* xiv, 4, 1990, pp. 21-22.

[43] D. Simon, «Urbanization, Globalization and Economic Crisis in Africa», en C. Rakodi (ed.), *The Urban Challenge in Africa. Growth and Management of Its Large Cities*, Tokio, 1997, p. 95. Los índices de crecimiento de las ciudades industriales británicas entre 1800 y 1850 los presenta A. Weber, *The Growth of Cities in the Nineteenth Century. A Study in Statics*, Nueva York, 1899, pp. 44, 52-53.

profunda recesión?[44]. Viendo la situación de África en su conjunto, atravesando una época nefasta en cuanto a estancamiento del empleo urbano y de la productividad agrícola, ¿cómo ha podido ser capaz de mantener un índice de urbanización (del 3,5 al 4,0 por 100), considerablemente mayor que el de la mayoría de las ciudades europeas (2,1 por 100) durante los años de máximo crecimiento de finales del siglo XIX?[45].

Parte del secreto se encuentra en la política de desregulación agrícola y de disciplina financiera impuestas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que produjeron un éxodo de la mano de obra rural excedente hacia las áreas urbanas, aun cuando las ciudades habían dejado de ser máquinas de creación de empleo. Como recalca Deborah Bryceson, en su resumen sobre la investigación del medio rural que ha desarrollado en África, las décadas de 1980 y 1990 supusieron un trastorno sin precedentes para el medio rural en su conjunto:

> Uno por uno, los gobiernos nacionales atrapados por la deuda, se encontraron sometidos a los Programas de Ajuste Estructural y condicionados por el Fondo Monetario Internacional. Las subvenciones, las mejoras de los *inputs* agrícolas y la construcción de infraestructuras rurales se vieron drásticamente reducidas. A medida que tanto en América Latina como en África se abandonaban los esfuerzos por «modernizar» la agricultura, los agricultores y campesinos se iban encontrando a merced de la estrategia de «nadar o ahogarse» que proponían las instituciones financieras internacionales. La desregulación de los mercados nacionales empujó a los productores agrícolas hacia los mercados globales, donde los campesinos pequeños y medianos no podían competir. Los Programas de Ajuste y las políticas de liberalización económica supusieron la

---

[44] A. S. Oberai, *Population Growth, Employement and Poverty in Third-World Mega-Cities. Analytical Policy Issues*, Londres, 1993, p. 165.

[45] United Nations Economic Programme (UNEP), *African Environment Outlook. Past, Present and Future Perspectives*, citado en *Al Ahram Weekly*, El Cairo, 2-8 de octubre de 2003. A. Jacquemin, *Urban Development and New Towns in the Third World. Lessons from the New Bombay Experience*, Aldershot, 1999, p. 28.

convergencia de las tendencias mundiales que buscaban el cierre de mercados agrícolas, con las políticas nacionales que provocaban la desaparición del campesinado[46].

A medida que las redes locales estables iban desapareciendo, los pequeños campesinos se volvieron más vulnerables frente a circunstancias externas: sequía, inflación, subida de los tipos de interés o caída de los precios de venta. También frente a las enfermedades: se calcula que en Camboya, el 60 por 100 de los pequeños campesinos que han vendido sus tierras y se han trasladado a las ciudades, lo han hecho forzados por deudas relacionadas con la sanidad[47].

Al mismo tiempo, la codicia de los señores de la guerra y los conflictos civiles, debidos al descalabro provocado por los ajustes estructurales impuestos para absorber la crisis de la deuda o a la rapacidad de intereses económicos externos (como en el caso de Congo y Angola), estaban provocando el abandono de regiones enteras. Las ciudades no hicieron otra cosa que recoger los frutos de esta crisis mundial del medio rural, a pesar del estancamiento o de la recesión económica que sufrían, y evidentemente sin realizar las necesarias inversiones en nuevas infraestructuras, en fomento de la educación o en sistemas públicos de salud. El modelo clásico del campo poseedor de una gran mano de obra y de la ciudad como fuente de capital, se invierte en muchos lugares del Tercer Mundo, donde encontramos ciudades desindustrializadas poseedoras de una gran mano de obra, y regiones rurales con gran afluencia de capital. Dicho con otras palabras, el motor de esta «urbanización generalizada» se encuentra en la reproducción de la pobreza y no en la reproducción del empleo. Esta es una de las vías inesperadas por las que un orden mundial neoliberal está encaminando el futuro[48].

---

[46] D. Bryceson, «Disappearing Peasantries? Rural Labour Redundancy in the Neo-Liberal Era and Beyond», en D. Bryceson, C. Kay y J. Mooij (eds.), *Dissapearing Peasantries? Rural Labour in Africa, Asia and Latin America*, cit., pp. 304-305.

[47] S. de Dianous, «Les Damnés de la Terre du Cambodge», *Le Monde diplomatique* (septiembre 2004), p. 20.

[48] J. Gugler, «Overurbanization Reconsidered», en J. Gugler, *Cities in the Developing World*, cit., pp. 114-123.

La teoría social clásica, de Karl Marx a Max Weber, creía que las grandes ciudades del futuro sufrirían el mismo proceso de industrialización que Manchester, Berlín y Chicago. En efecto, Los Ángeles, São Paulo, Pusan y en la actualidad, Ciudad Juárez, Bangalore y Guangzhou, se han aproximado más o menos a esta trayectoria clásica. Sin embargo, la mayor parte de las ciudades del Sur Global, se parecen más al Dublín victoriano, que tal como ha subrayado Emmet Larkin, era un caso único entre «todas las ciudades hiperdegradadas del mundo occidental en el siglo XIX [...] porque sus barrios pobres no eran producto de la revolución industrial. De hecho, entre 1800 y 1850, Dublín sufría mayores problemas de desindustrialización que de industrialización»[49].

Del mismo modo, Kinshasa, Luanda, Jartum, Dar-es-Salaam, Guayaquil y Lima crecen de manera prodigiosa pese a la ruina de sus industrias de sustitución de importaciones, de la reducción de sus sectores públicos y de la caída de sus clases medias. Las fuerzas globales que empujan a la gente a abandonar el campo –la mecanización de la agricultura en India y Java, las importaciones de alimentos en México, Haití y Kenia, la guerra civil y la sequía en África y, en general, la concentración de pequeñas parcelas en grandes propiedades, junto a la competencia de la agroindustria a gran escala– parecen ser suficientemente fuertes como para mantener los ritmos de urbanización, aun cuando la atracción de la ciudad se encuentra drásticamente reducida por la deuda y la crisis económica. Como resultado, el veloz crecimiento urbano en un contexto de ajuste estructural, devaluación de la moneda y recorte del gasto público, ha resultado una receta infalible para la producción en masa de áreas urbanas hiperdegradadas. Un investigador de la Organización Internacional del Trabajo calcula que en el Tercer Mundo, el mercado formal de la vivienda rara vez cubre más del 20 por 100 de las necesidades, por lo que la gente se construye sus propios chamizos, se refugia en alquileres informales y divisiones piratas del espacio, o simplemente se instala en

---

[49] Prefacio a J. Prunty, *Dublin Slums, 1800-1925. A Study in Urban Geography*, Dublín, 1998, p. ix. Larkin realmente se olvida de Nápoles, la contrapartida mediterránea de Dublín.

las aceras[50]. Naciones Unidas señala que «durante los últimos treinta o cuarenta años, los mercados del suelo informales o ilegales, han sido los principales proveedores de nuevos espacios de alojamiento en la mayoría de las ciudades del Sur Global»[51].

Desde 1970, el crecimiento de las áreas urbanas hiperdegradadas ha dejado atrás la idea misma de urbanización. Centrándose en Ciudad de México, Priscilla Connolly señala que «por lo menos un 60 por 100 del crecimiento de la ciudad es el resultado de la acción de la gente, especialmente mujeres, que levantan con esfuerzo sus viviendas en las zonas periféricas sin servicios, al mismo tiempo que el empleo informal de subsistencia siempre ha representado una parte importante del empleo total»[52]. Las *favelas* de São Paulo (que en 1973 albergaban al 1,2 por 100 de la población, pero al 19,8 en 1993), crecieron al explosivo ritmo del 16,4 por 100 anual durante la década de 1990[53]. En el Amazonas, convertido en una de las fronteras mundiales del crecimiento urbano que avanza más rápidamente, el 80 por 100 de este crecimiento se ha producido en forma de ciudades de chabolas totalmente desprovistas de los mínimos servicios y que han convertido el término «favelización» en sinónimo de «urbanización»[54].

En toda Asia se observan las mismas tendencias. Las autoridades policiales de Pekín calculan que unos 200.000 *floaters* (emigrantes rurales sin registrar) llegan cada año a la ciudad, y muchos de ellos acaban hacinados en las áreas hiperdegradadas ilegales del sureste de la capital[55]. Un estudio sobre el sur de Asia realizado a finales de la década de 1980, mostraba que el 90 por 100 del

---

[50] A. S. Oberay, *Population Growth, Employement and Poverty in Third World and Mega-Cities*, cit., p. 13.

[51] UN-Habitat, *An Urbanising World. Global Report on Human Settlements*, Oxford, 1996, p. 239.

[52] P. Connolly, «Mexico City: Our Common Future?», *Environment and Urbanization* XI, 1 (abril 1999), p. 56.

[53] I. Imparato y J. Ruster, *Slum Upgrading and Participation. Lessons from Latin America*, Washington DC, 2003, p. 333.

[54] J. Browder y B. Godfrey, *Rainforest Cities. Urbanization, Development and Globalization of the Brazilian Amazon*, Nueva York, 1997, p. 130.

[55] Y. Wenzhong y W. Gonfan, «Peasant Movement. A Police Perspective», en M. Dutton (ed.), *Streetlife China*, Cambridge, 1998, p. 89.

crecimiento de la vivienda se había producido en áreas urbanas hiperdegradadas[56]. La población *katchi abadi* (ocupante) de Karachi se multiplica por dos cada década, las áreas hiperdegradadas de India crecen un 250 por 100 por encima de la población total[57]. El sector formal del mercado de la vivienda en Bombay presenta un déficit de 45.000 viviendas anuales que se traduce en el correspondiente incremento de sus áreas hiperdegradadas[58]. En Delhi, 400.000 de las 500.000 personas que llegan anualmente acaban en estas áreas, que en 2015 alcanzarán una población de más de diez millones de habitantes. Como advierte Gautam Chatterjee, «si esta tendencia no se rompe, pronto tendremos áreas urbanas hiperdegradadas en vez de ciudades»[59].

La situación en África es todavía más dramática. Sus áreas urbanas hiperdegradadas están creciendo al doble de velocidad que las propias ciudades. Entre 1989 y 1999 un increíble 85 por 100 del crecimiento de la población de Kenia se produjo en las fétidas y asfixiantes chabolas de Nairobi y Mombasa[60]. Mientras tanto, cualquier esperanza de mitigar la pobreza urbana se ha desvanecido del horizonte oficial. Gordon Brown, ministro británico de Hacienda y sucesor de Tony Blair, señalaba en la reunión anual conjunta del FMI y del Banco Mundial celebrada en octubre de 2004, que faltaban todavía generaciones para alcanzar las metas de desarrollo para el milenio, marcadas por Naciones Unidas para África y originalmente previstas para 2015: «África Subsahariana

---

[56] D. Gunewardena, «Urban Poverty in South Asia: What Do We Know? What Do We Need to Know?», documento de trabajo, Conferencia sobre la Reducción de la Pobreza y Progreso Social, Rajendrapur, Bangladesh (abril 1999), p. 1.

[57] A. Hasan, «Introduction», en A. Hameed Khan, *Orange Pilot Project. Reminiscences and Reflections*, Karachi, 1996, p. xxxiv.

[58] S. Mehta, *Maximum City. Bombay Lost and Found*, Nueva York, 2004, p. 117.

[59] G. Chatterje, «Consensus versus Confrontation», *Habitat Debate* viii, 2 (junio 2002), p. 11. Las estadísticas sobre Delhi proceden de Rakesh K. Sinha, «New Delhi. The World's Shanty Capital in the Making», *One World South Asia*, 26 de agosto de 2003.

[60] H. Herr y G. Kart, «Estimating Global Slum Dwellers. Monitoring the Millenium Development Goal 7, Target 11», UN-Habitat, documento de trabajo, Nairobi, 2003, p. 19.

no alcanzará la educación primaria universal hasta 2130, la reducción de un 50 por 100 de la pobreza hasta 2150 y la desaparición de la mortalidad infantil evitable hasta el 2165»[61]. Las áreas urbanas hiperdegradadas de África negra acogerán 332 millones de habitantes, una cifra que seguirá doblándose cada cincuenta años[62].

Así pues, las ciudades del futuro se encuentran lejos del cristal y del acero con que las imaginaban generaciones anteriores de urbanistas: la realidad nos presenta un panorama de ladrillo sin cocer, paja, plástico reutilizado, bloques de cemento y tablones de madera. En lugar de ciudades de luz elevándose hacia el cielo, la mayor parte del mundo urbano del siglo xxi se mueve en la miseria, rodeado de contaminación, desechos y podredumbre. De hecho, los 1.000 millones de habitantes que ocupan las áreas urbanas hiperdegradadas, podrían mirar con envidia las ruinas de las sólidas viviendas de barro de Çatal Hüyük levantadas en Anatolia en el alba de la vida urbana hace nueve mil años.

[61] G. Brown, citado por *Los Angeles Times*, 4 de octubre de 2004.

[62] Estadísticas de Naciones Unidas, citadas por J. Vidal, «Cities Are Now de Frontline of Poverty», *The Guardian*, 2 de febrero de 2005.

# CAPÍTULO II

## El predominio de las áreas urbanas hiperdegradadas

> Dejó que su mente navegara con la mirada perdida en la ciudad, mitad degradación, mitad paraíso. ¿Cómo podía un lugar tan violento y horrible, ser al mismo tiempo tan maravilloso?
> Chris Abani[1]

El asombroso predominio de estas áreas hiperdegradadas es el tema central de *The Challenge of Slums*, un informe histórico y sombrío publicado en octubre de 2003 por el Programa de Asentamientos Humanos de Naciones Unidas (UN-Habitat). Este informe, que constituye la primera auditoria fiable de la pobreza humana a escala mundial, sigue el camino que empezaron Friedrich Engels, Henry Mayhew, Charles Booth y Jacob Riis y culmina dos siglos de reconocimiento científico de las áreas urbanas hiperdegradadas desde que en 1805 James Whitelaw publicara *Survey of Poverty in Dublin*. Al mismo tiempo, es la expresión empírica, largamente esperada, de las advertencias realizadas en la década de 1990 por el Banco Mundial que pronosticaban que la pobreza urbana se convertiría en «el problema más significativo y políticamente explosivo del próximo siglo»[2].

*The Challenge of Slums* es una colaboración de más de un centenar de investigadores e integra tres nuevas fuentes de análisis y de datos. En primer lugar está basado en la exposición de casos concretos de pobreza, de las condiciones de las áreas urbanas hiperdegradadas y de las políticas de vivienda en 34 metrópolis, desde Abiyán hasta Sydney. La coordinación del proyecto recayó en el

---

[1] C. Abani, *Graceland*, Nueva York, 2004, p. 7.

[2] A. Shi, «How Acces to Urban Potable Water and Sewerage Connections Affects Child Mortality», Finance, Development Research Group, documento de trabajo, Banco Mundial (enero 2000), p. 14.

Departamento de Planificación del Desarrollo de la University College de Londres[3]. En segundo lugar utiliza una única tabla comparativa para 237 ciudades del planeta creada por el Programa de Indicadores Urbanos de UN-Habitat para la V Cumbre Urbana, celebrada en Estambul en 2001[4]. Y por último incorpora estudios, basados en datos globales sobre vivienda en China y el antiguo bloque soviético que abren nuevos campos de investigación. Los autores del informe reconocen una deuda especial con Branko Milanovic, un economista del Banco Mundial que apoyó estos trabajos a los que consideraba un poderoso microscopio para el estudio de la desigualdad global. En uno de sus ensayos, Milanovic señala que «por primera vez en la historia de la humanidad, los investigadores cuentan con datos razonablemente exactos sobre la distribución de la renta o del bienestar (gasto o consumo) de más del 90 por 100 de la población mundial»[5]. Si los informes de la Mesa Intergubernamental sobre el Cambio Climático representan un consenso científico sin precedentes sobre los peligros del calentamiento global, *The Challenge of Slums* es una enérgica advertencia sobre la catástrofe mundial que supone la pobreza humana.

¿Pero qué es un *slum*? La primera definición publicada fue acuñada por el presidiario y escritor James Hardy Vaux, que en 1812 escribió el *Vocabulary of the Flash Language* donde es sinónimo de tráfico *(racket)* o comercio ilegal *(criminal trade)*[6]. Sin embargo, ya en los años del cólera de las décadas de 1830 y 1840, los pobres más que «dedicarse» a los «slums», lo que hacían era vivir en ellos. Los

---

[3] University Collage London Development Planning Unit y UN-Habitat, *Understanding Slums. Case Studies for the Global Report on Human Settlements 2003*, se puede encontrar en www.ucl.ac.uk./dpu-projects/Global_Report. La mayor parte de estos estudios están resumidos en *The Challenge of Slums*. Falta, sin embargo, el brillante trabajo sobre Khartoum realizado por G. Eldin Eltayeb, omitido posiblemente por su caracterización del régimen islamista como «totalitario».

[4] UN-Habitat, *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 245.

[5] B. Milanovic, «The World Income Distribution, 1988 and 1993. First Calculation Based On Household Survey Alone», documento de trabajo, Banco Mundial, Nueva York, 1999.

[6] J. Prunty, *Dublín Slums*, cit., p. 2.

escritos sobre reforma urbana del Cardenal Wiseman pueden presumir de haber rescatado la palabra *slum* («lugar de dudosa moralidad») de la jerga callejera para convertirlo en un término aceptable para los escritores refinados[7]. A mediados del siglo XIX, las áreas urbanas hiperdegradadas estaban ampliamente reconocidas como un fenómeno internacional. *Connaisseurs* y *flâneurs* polemizaban sobre dónde encontrar la degradación humana más espantosa: en Whitechapel o en La Chapelle (Londres o París), en Gorbals o Liberties (Glasgow o Dublín), Pig Alley o Mulberry Bend (Nueva York). En un informe realizado en 1895 sobre «los pobres en las grandes ciudades», *The Scriber's Magazine* elegía los *fondaci* de Nápoles como «las moradas más espantosas sobre la faz de la tierra», para Gorki, sin embargo, el distrito moscovita de Khitrov era «lo más bajo», mientras que Kipling se reía de ellos y llevaba a sus lectores «descendiendo más y más» a Colootollah, «el vertedero humano» de Calcuta, «la ciudad del espanto y la noche»[8].

La visión clásica de las áreas hiperdegradadas las presentaba como lugares pintorescos y provincianos, pero los reformadores en general se mostraban de acuerdo con Charles Booth, el Dr. Livingstone de la marginación en Londres, en caracterizarlos como una amalgama de vivienda ruinosa, hacinamiento, enfermedad, pobreza y vicio. Para los liberales decimonónicos, la dimensión moral era determinante y por encima de cualquier otra cosa se les consideraba lugares donde un «residuo social» salvaje e incorregible se pudría en medio de un esplendor inmoral y descontrolado. Una extensa literatura excitaba a las clases medias con morbosas historias del lado oscuro de la ciudad. En 1854, *Humanity in the City*, del reverendo Chapin, se extasiaba hablando de «salvajes, no los que se mueven en lúgubres bosques, sino los que soportan la luz de las farolas y los ojos de la policía; con sus gritos de guerra, centros de

---

[7] J. A. Yelling, *Slums and Slum Clearance in Victorian London*, Londres, 1986, p. 5.

[8] R. Woods *et al.*, *The Poor in Great Cities. Their Problems and What is Being Done to Solve Them*, Nueva York, 1895, p. 305 *(The Scribers Magazine)*. B. Ruble, *Second Metropolis. Pragmatic Pluralism in Gilded Age Chicago, Silver Age Moscow and Meiji Osaka*, Cambridge, 2001, pp. 266-267. R. Kipling, *The City of Dreadful Night and other Poems*, Londres, 1891, p. 71.

reunión y ropajes tan fantásticos y almas tan brutales como las de sus análogos en las antípodas»[9]. Cuarenta años después, el Departamento de Trabajo de Estados Unidos, en el primer informe «científico» sobre los vecindarios en América, *The Slums of Baltimore, Chicago, New York y Philadelphia* (1894), todavía definía estas zonas como «áreas de sucios callejones traseros, especialmente cuando son habitados por una población sórdida y criminal»[10].

## Un censo global de áreas urbanas hiperdegradadas

Los autores de *The Challenge of Slums* no comparten estas visiones victorianas, pero por lo demás mantienen la definición clásica: hacinamiento, vivienda pobre o informal, falta de acceso a la sanidad y al agua potable e inseguridad de la propiedad. Esta definición operativa, oficialmente adoptada por Naciones Unidas en la reunión de Nairobi de octubre de 2002, se limita a «las características físicas y legales de los asentamientos», y deja de lado «la dimensión social», más difícil de medir pero que en la mayoría de los casos corresponde a situaciones de marginación económica y social[11]. Por otro lado, mezcla las barriadas chabolistas periféricas con los asentamientos arquetípicos del interior de la ciudad, y utiliza un criterio muy conservador a la hora de considerar qué es un área urbana hiperdegradada. Muchos lectores se sorprenderán del descubrimiento por parte de Naciones Unidas de que solamente el 19,6 por 100 de la población urbana de México vive en estas áreas, cuando los expertos locales están de acuerdo en que por lo menos dos tercios de la población vive en *colonias populares* o barrios más viejos. Pero incluso utilizando esta definición restrictiva, los investigadores de Naciones Unidas calculaban que en el 2001 había por lo menos 921 millones de habitantes en la áreas urbanas hiperdegradadas, y que en 2005 alcanzarían los 1.000 millones. Aproximadamente la pobla-

[9] Cfr. E. Chapin, *Humanity in the City*, Nueva York, 1854, p. 36.

[10] Véase C. D. Wright, *The Slums of Baltimore, Chicago, New York and Philadelphia*, Washington, 1894, pp. 11-15.

[11] UN-Habitat, *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, cit., pp. 12-13.

ción mundial cuando el joven Engels se aventuraba en las miserables calles de St. Giles y del viejo Manchester en 1844[12].

Desde 1970, el capitalismo neoliberal ha multiplicado la degradación del célebre suburbio de Tom-all-Alone que Dickens describía en *Bleak House*. Mientras que en los países desarrollados la población de las áreas degradadas representa solamente el 6 por 100 de la población urbana total, en los países en vías de desarrollo la cifra se dispara hasta el 78,2, lo que representa un tercio de la población urbana mundial.

Según UN-Habitat los porcentajes más altos en cuanto a número de residentes en áreas hiperdegradadas, los encontramos en Etiopía y Chad (un asombroso 99,4 por 100 de la población urbana), Afganistán (98,5) y Nepal (92,0). La capital mundial de esta miseria es la ciudad de Bombay, que tiene entre 10 y 12 millones de personas viviendo en estas áreas, seguida de Ciudad de México y Dacca (de 9 a 10 millones cada una), Lagos, El Cairo, Karachi, Kinshasa-Brazzaville, São Paulo, Sanghái y Delhi (de 6 a 9 millones cada una)[13].

Las áreas urbanas hiperdegradadas que están creciendo más rápidamente se encuentran en la Federación Rusa (especialmente en las antiguas «ciudades de empresa socialistas» creadas en torno a una única industria ahora desaparecida) y en el resto de las antiguas repúblicas soviéticas, donde el abandono urbano ha crecido en la misma proporción sobrecogedora que la desigualdad económica y la desinversión municipal. En 1993 el Programa de Indicadores Urbanos de Naciones Unidas registraba índices de pobreza del 80 por 100 o mayores tanto en Baku (Azerbayán), como en Yerevan (Armenia)[14]. Ulan Bator (Mongolia) que en la era sovié-

---

[12] A. Tibaijuka, directora ejecutiva de UN-Habitat, citada en «More than One Billion People Call Urban Slums Their Home», *City Mayors Report* (febrero 2004), www.citymajors.com/report/slums.html.

[13] UN-Habitat, «Slums of the World. The Face of Urban Poverty in the New Millenium?» documento de trabajo, Nairobi, 2003, Anexo 3.

[14] C. Grootaert y J. Braithwaite, «The Determinants of Poverty in Eastern Europe and the Former Soviet Union», en J. Braithwaite, C. Grootaert y B. Milanovic (eds.) *Poverty and Social Assistance in Transition Countries*, Nueva York, 2000, p. 49. UNCHS Global Indicators Database 1993.

**Cuadro 6.** Población de áreas urbanas hiperdegradadas respecto a la población total[15]

| Países | % población en áreas urbanas hiperdegradadas | Población total (millones) |
|---|---|---|
| China | 37,8 | 193,8 |
| India | 55,5 | 158,4 |
| Brasil | 36,6 | 51,7 |
| Nigeria | 79,2 | 41,6 |
| Pakistán | 73,6 | 35,6 |
| Bangladesh | 84,7 | 30,4 |
| Indonesia | 23,1 | 20,9 |
| Irán | 44,2 | 20,4 |
| Filipinas | 44,1 | 20,1 |
| Turquía | 42,6 | 19,1 |
| México | 19,6 | 14,7 |
| Corea del Sur | 37,0 | 14,2 |
| Perú | 68,1 | 13,0 |
| Estados Unidos | 5,8 | 12,8 |
| Egipto | 39,9 | 11,8 |
| Argentina | 33,1 | 11,0 |
| Tanzania | 92,1 | 11,0 |
| Etiopía | 99,4 | 10,2 |
| Sudán | 85,7 | 10,1 |
| Vietnam | 47,4 | 9,2 |

tica fue un centro metalúrgico, se encuentra rodeada en la actualidad por medio millón de antiguos pastores sin recursos, viviendo en sus tradicionales tiendas *(gers)*, pocos de los cuales pueden arreglárselas para comer más de una vez al día[16].

[15] Estas estimaciones proceden de los casos estudiados en 2003 por UN-Habitat y de la recopilación de docenas de fuentes demasiado numerosas para citarlas.

[16] Office of the Mayor, Ulaanbaatar City, «Urban Poverty Profile», remitido al Banco Mundial, véase infocity.org/F2F/poverty/papers2/UB(Mongolia)%20Poverty.pdf.

No obstante, las poblaciones urbanas más pobres se encuentran probablemente en Luanda, Maputo, Kinshasa y Cochabamba, donde al menos dos tercios de los residentes tienen ingresos inferiores a los que necesitan para su alimentación diaria[17]. En Luanda, donde una cuarta parte de los hogares tienen un consumo per cápita inferior a 75 céntimos diarios, la mortalidad infantil hasta los cinco años alcanzaba en 1993 el espantoso porcentaje del 32 por 100. El más elevado del planeta[18].

Sin embargo, ni todos los pobres urbanos viven en áreas urbanas hiperdegradadas, ni todos los que sí lo hacen son pobres. *The Challenge of Slums* deja entrever que en algunas ciudades, la mayoría de los pobres en realidad viven fuera de estas áreas en sentido estricto[19]. Obviamente aunque las dos categorías se solapan, el número de pobres urbanos es considerablemente mayor: por lo menos la mitad de la población urbana mundial definida en términos de los umbrales nacionales de pobreza[20]. Una cuarta parte de la población urbana (como se reconocía en 1988), vive en una pobreza «absoluta» difícil de imaginar, con ingresos diarios de un dólar o inferiores[21]. Si los datos de Naciones Unidas son ciertos, la renta familiar per cápita de una ciudad rica

---

[17] D. Simon, «Urbanization, Globalization and Economic Crisis in Africa», cit., p.103; J.-L. Permay, «Kinshasa. A Reprived Mega-City?», en C. Rakodi (ed.), *The Urban Challenge in Africa*, cit., p. 236; C. Ledo García, *Urbanization and Poverty in the Cities of the National Economic Corridor in Bolivia*, Delft, 2002, p. 175. (El 60 por 100 de la población de Cochabamba gana diariamente un dólar o menos).

[18] En contraposición, la mortalidad infantil en Luanda es 400 veces mayor que en Rennes (Bretaña francesa), la ciudad con un índice más bajo. A. Shi, «How Access to Urban Portable Water Sewerage Connections Affects Child Mortality», cit., p. 2.

[19] *Challenge*, cit., p. 28.

[20] K. Datta y G. A. Jones, «Preface», en K. Datta y G. A. Jones (eds.), *Housing and Finance in Developing Countries*, Londres, 1999, p. xvi. En Calcuta por ejemplo, el umbral de la pobreza se define como el equivalente monetario de una dieta de 2.100 calorías diarias. De esta manera el hombre más pobre de Europa, en Calcuta se convierte en un rico y viceversa.

[21] Informe del Banco Mundial citado por A. Soliman, *A Posible Way Out. Formalizing Housing Informality in Egyptian Cities*, Lanham, 2004, p. 125.

como Seattle es *739 veces mayor* que la de una muy pobre como Ibadán (Nigeria). Una desigualdad increíble[22].

Resulta difícil obtener estadísticas fiables de las poblaciones sin recursos o de las áreas urbanas hiperdegradadas, debido a que con frecuencia son total y deliberadamente olvidadas por los censos oficiales. Por ejemplo, a finales de la década de 1980 el índice de pobreza oficial de Bangkok era del 5 por 100. Sin embargo los estudios realizados mostraban que cerca de la cuarta parte de la población (1,16 millones), vivía en 1.000 áreas urbanas hiperdegradadas y asentamientos ocupados[23]. De la misma manera, el gobierno mexicano aseguraba en la década de 1990, que solamente uno de cada diez habitantes de las ciudades era realmente pobre, a pesar de los incuestionables datos de Naciones Unidas que mostraban que el 40 por 100 vivía con menos de dos dólares diarios[24]. Las estadísticas de Indonesia y Malasia se distinguen igualmente por su manera de disfrazar la pobreza urbana hasta niveles absurdos. Mientras que las investigaciones más recientes señalan que en Yakarta una cuarta parte de la población vive en barriadas de cemento y bambú *(kampung)*, los datos oficiales sitúan estos porcentajes por debajo del 5 por 100[25]. En Malasia, el geógrafo Jonathan Rigg se queja de que el discurso oficial sobre la pobreza, «no recoge los costes reales de la vida urbana», y deliberadamente ignora a la población pobre de origen chino[26]. El sociólogo urbano Erhard Berner piensa que los datos oficiales sobre Manila son deliberadamente confusos, y que por lo menos una octava parte de la población de las áreas urbanas hiperdegradadas no está incluida en ellos[27].

---

[22] A. Shi, «How Access to Urban Portable Water Sewerage Connections Affects Child Mortality», cit., Apéndice 3, de UNCHS Global Urban Indicators Database, 1993.

[23] J. Rigg, *Southeast Asia. A Region in Transition*, Londres, 1991, p. 143.

[24] I. Imparato y J. Ruster, *Slum Upgrading and Participation*, cit., p. 52.

[25] P. McCarthy, «Jakarta, Indonesia», UN-Habitat Case Study, Londres, 2003, pp. 7-8.

[26] J. Rigg, *Southeast Asia*, cit., p. 119.

[27] E. Berner, *Defending a Place in the City. Localities and the Struggle for Urban Land in Metro Manila*, Quezon City, 1997, pp. 21, 25-26.

Probablemente hay más de 200.000 áreas hiperdegradadas sobre el planeta, con una población que oscila entre unos centenares y más de un millón de personas. Las cinco grandes metrópolis del sur de Asia (Karachi, Bombay, Delhi, Calcuta y Dacca) cuentan ellas solas con unas 15.000 comunidades diferentes de este tipo, cuya población total es superior a los 20 millones de habitantes. Cuando las barriadas de chabolas y los asentamientos ocupados se desarrollan en cinturones continuos de pobreza y vivienda informal, asistimos a la formación de megaáreas urbanas hiperdegradadas. Un ejemplo de esta evolución es Ciudad de México, donde en 1992 se podía encontrar a 6,6 millones de personas con rentas bajas, viviendo en un espacio continuo de 348 kilómetros cuadrados de vivienda informal[28]. Lo mismo sucede en Lima, donde la mayoría de la población sin recursos se concentra en tres grandes *conos* periféricos que parten del propio centro. Estas grandes concentraciones de pobreza urbana son también frecuentes en África y Oriente Próximo. En el sur de Asia, la pobreza urbana tiende a repartirse entre un número más elevado de áreas, diseminadas por todo el tejido urbano y dotadas de una complejidad digna de los fractales. En Calcuta existen miles de *thika bustees* (aglomeraciones de cinco barracones de 45 metros cuadrados cada uno con una ocupación media de 13,4 personas por barracón) mezcladas con otras formas de vivienda y de uso de la tierra[29]. En Dacca tiene más sentido considerar las zonas no degradadas como enclaves en medio de un panorama de pobreza abrumadora.

Aunque algunas de estas zonas tienen una larga historia a sus espaldas –la primera *favela* de Río de Janeiro (Morro de Providencia) se remonta a la década de 1880–, la mayor parte de las megaáreas urbanas hiperdegradas se han desarrollado a partir de la década de 1960. Ciudad Nezahualcóyotl, por ejemplo, apenas tenía 10.000 residentes en 1957; en la actualidad esta empobrecida área de Ciudad de México tiene 3 millones de habitantes. El floreciente Manshiet Nasr a las afueras de El Cairo nació en la década de 1960 a partir de un campa-

[28] K. Pezzoli, *Human Settlements and Planning for Ecological Sustainability. The Case of Mexico City*, Cambridge, 1998, p. 13.

[29] N. Kundu, *Kolkata, India*, UN-Habitat Case Study, Londres, 2003, p. 7.

**Cuadro 7.** Las mayores áreas urbanas hiperdegradadas (2005)[30]
(Datos en millones de personas)

| | | | |
|---|---|---|---|
| **1** Neza/Chalco/Izta (Ciudad de México)[31] | 4,0 | **15** Cazenga (Luanda) | 0,8 |
| **2** Libertador (Caracas) | 2,2 | **16** Dharavi (Bombay) | 0,8 |
| **3** El Sur/Ciudad Bolívar (Bogotá) | 2,0 | **17** Kibera (Nairobi) | 0,8 |
| **4** San Juan de Lurigancho (Lima)[32] | 1,5 | **18** El Alto (La Paz) | 0,8 |
| **5** Cono Sur (Lima)[33] | 1,5 | **19** Ciudad de los Muertos (El Cairo) | 0,8 |
| **6** Ajegunle (Lagos) | 1,5 | **20** Sucre (Caracas) | 0,6 |
| **7** Sadr City (Bagdad) | 1,5 | **21** Islamshahr (Teherán)[34] | 0,6 |
| **8** Soweto (Johannesburgo) | 1,5 | **22** Tlalpan (Ciudad de México) | 0,6 |
| **9** Gaza (Palestina) | 1,3 | **23** Inunda INK (Durban) | 0,5 |
| **10** Orange Township (Karachi) | 1,2 | **24** Manshiet Nasr (El Cairo) | 0,5 |
| **11** Cape Flats (Ciudad del Cabo)[35] | 1,2 | **25** Altinda (Ankara) | 0,5 |
| **12** Pikine (Dakar) | 1,2 | **26** Mathare (Nairobi) | 0,5 |
| **13** Imbaba (El Cairo) | 1,0 | **27** Aguas Blancas (Cali) | 0,5 |
| **14** Ezbet El-Haggana (El Cairo) | 1,0 | **28** Agege (Lagos) | 0,5 |
| | | **29** Cité Soleil (Puerto Príncipe) | 0,5 |
| | | **30** Masina (Kinshasa) | 0,5 |

mento para los trabajadores que levantaban el barrio de Nasr City; mientras que Orange/Baldia, la extensa área urbana hiperdegradada que se extiende sobre la colina en Karachi se fundó en 1965 con una población mixta de refugiados musulmanes de India y pastunes de Afganistán. Una de las mayores *barriadas* de Lima, Villa El Salvador, se creó en 1971 con el mecenazgo del gobierno militar y pocos años después alcanzaba una población de más de 300.000 personas.

---

[30] Se consultaron los datos de diversas fuentes y se tomaron los valores medios.

[31] Incluye Nezahualcoyotl (1,5 millones), Chalco (300.000), Iztapalapa (1,5 millones), Chimalhuacán (250.000) y otros 14 lugares y *municipios* en el cuadrante sudeste de la metrópolis.

[32] Incluye S. J. de Lurigancho (750.000), Comas (500.000) e Independencia (200.000).

[33] Incluye Cono Sur = Villa El Salvador (350.000), San Juan de Miraflores (400.000) y Villa María del Triunfo (400.000).

[34] Islamshahr (350.000) y Chahar Dangeh (250.000).

[35] Khayelitsha (400.000), Mitchell's Plain (250.000), Crossroads (180.000) y vecindarios más pequeños (del censo de 1996).

En el Tercer Mundo la elección de la vivienda supone un complicado cálculo de variables poco claras. Como acertadamente señalaba el arquitecto y anarquista John Turner, «el alojamiento es un verbo». Los pobres urbanos tienen que resolver una complicada ecuación para intentar optimizar los costes de la vivienda, la seguridad de la propiedad, la calidad del refugio, el desplazamiento al trabajo y algunas veces la seguridad personal. Para algunos, incluyendo muchos de los que viven en la calle, la localización cercana al trabajo, a un centro de producción o una estación de tren, es más importante que el propio techo. Para otros los terrenos libres o casi libres son una razón suficiente para desplazarse hacia el centro. Y para todos ellos el resultado final es una mezcla de costes elevados, ausencia de servicios municipales y falta de seguridad de la propiedad. En el conocido modelo de Turner, basado en el trabajo que realizó en Perú en la década de 1960, los emigrantes rurales se desplazan a cualquier precio hacia el centro de la ciudad para encontrar trabajo, y una vez que tienen seguridad en el empleo, se mueven hasta la periferia, donde la propiedad es más asequible. Este tránsito entre «establecer una cabeza de puente» y «la consolidación» (utilizando su terminología) es evidentemente una idealización que únicamente puede reflejar una situación histórica transitoria en un país o en un continente[36].

Ahmed Soliman realiza un análisis más elaborado y encuentra cuatro alternativas básicas para la población pobre de El Cairo. En primer lugar, si la prioridad fundamental es acceder a los mercados de trabajo más importantes, una familia puede considerar la posibilidad de alquilar una vivienda, lo cual permite la proximidad al trabajo y la seguridad de la posesión, pero es una alternativa cara y no deja opción para un eventual acceso final a la propiedad. La segunda sería mantener la proximidad pero con un alojamiento informal; una situación que Soliman

---

[36] J. Turner, «Housing Priorities, Settlement Patterns and Urban Development in Modernizing Countries», *Journal of the America Institute of Planners*, 1968, pp. 354-363, y «Housing as a Verb», en J. Turner y R. Fichter (eds.), *Freedom to Build. Dweller Control of the Housing Process*, Nueva York, 1972.

describe como «una habitación o una azotea muy pequeña con un bajísimo nivel de calidad y una renta muy baja o directamente inexistente, con un buen acceso a las oportunidades de trabajo pero sin ninguna esperanza de seguridad de la propiedad. Estos habitantes ilegales en un momento dado se verán obligados a retirarse hacia los asentamiento ocupados o viviendas semiinformales»[37].

La tercera y la más económica de las alternativas es ocupar un terreno de propiedad pública, situado normalmente en las desérticas y contaminadas afueras de la ciudad. Los aspectos negativos de esta alternativa incluyen también el elevado coste del transporte al trabajo y la negativa gubernamental a realizar obras de infraestructura. «Por ejemplo, el área ocupada del barrio de El Dekhila es un asentamiento desde hace 40 años y no ha recibido ninguna atención por parte de las autoridades locales.» La cuarta alternativa es la más extendida de todas y consiste en comprar una vivienda en alguno de los grandes asentamientos semiinformales (frecuentemente en terrenos comprados a beduinos o campesinos), con una propiedad legal sobre los mismos pero sin ninguna autorización oficial para construir. Aunque estos sitios se encuentran alejados del lugar de trabajo, ofrecen seguridad, y si se produce una considerable movilización de la comunidad, acabarán teniendo los servicios municipales básicos[38].

Se pueden elaborar modelos de alternativas similares para todas las ciudades, que recogen un amplio abanico de formas específicas de propiedad y asentamiento. La tipología que se muestra en el cuadro 8, es una simplificación analítica que realiza una abstracción de características locales significativas, en aras de poder establecer una comparación global. Otra línea de análisis puede dar prioridad al estatus legal de la vivienda (formal o informal) pero creo que la primera decisión que tienen que tomar los que llegan a las ciudades es si pueden o no instalarse cerca de los centros de trabajo (centro o periferia).

---

[37] A. Soliman, *A Possible Way Out*, cit., pp. 119-120.
[38] *Ibid*.

**Cuadro 8.** Tipología de las áreas urbanas hiperdegradadas

| A. Núcleo Urbano |
|---|
| 1. *Formal* |
| a) vecindarios |
| (i) de segunda mano |
| (ii) edificados para los pobres |
| b) vivienda pública |
| c) hostales, albergues, etc. |
| 2. *Informal* |
| a) ocupados |
| (i) autorizados |
| (ii) no autorizados |
| b) residentes en las calles |
| **B. Periferia** |
| 1. *Formal* |
| a) alquileres privados |
| b) vivienda pública |
| 2. *Informal* |
| a) subdivisiones piratas |
| (i) ocupadas por el propietario |
| (ii) alquileres |
| b) ocupados |
| (i) autorizados (incluyendo urbanización y servicios) |
| (ii) no autorizados |
| 3. *Campos de refugiados* |

En el mundo occidental rige una distinción arquetípica entre las ciudades estadounidenses, donde los pobres se concentran en núcleos abandonados y barrios del centro y las europeas, donde la población emigrante y sin empleo forma ciudades satélite en elevados bloques de viviendas del extrarradio. Como muestra el cuadro 9, los habitantes de las áreas degradadas del Tercer Mundo ocupan una variedad de órbitas urbanas, con las mayores concentraciones situadas en las periferias y con poca altura de edificación. A diferencia de lo que sucede en Europa, la vivienda pública es la excepción (Hong Kong, Singapur y China), más que la regla.

Entre un quinto y un tercio de los pobres urbanos viven dentro o cerca del núcleo urbano, principalmente en viviendas multifamiliares de rentas antiguas.

**Cuadro 9.** Dónde viven los pobres (porcentajes de población)[39]

| Ciudad | Áreas urbanas hiperdegradadas en el centro | Áreas urbanas hiperdegradadas periféricas |
|---|---|---|
| Karachi | 34 | 66 |
| Jartum | 17 | 83 |
| Lusaka | 34 | 66 |
| Ciudad de México | 27 | 73 |
| Bombay | 20 | 80 |
| Río de Janeiro | 23 | 77 |

## 1. La pobreza en el interior de la ciudad

En las ciudades de Norteamérica y de Europa, hay una distinción básica entre la vivienda de segunda mano, como las casas rojizas de Harlem o las georgianas viviendas de Dublín, y viviendas especialmente levantadas para los pobres, como el *Mietskaserne* de Berlín o los famosos *dumbbells* del Lower East Side de Nueva York. La vivienda de segunda mano es prácticamente inexistente en las nuevas ciudades africanas y sin embargo bastante frecuente en América Latina (donde incluye mansiones coloniales o villas

[39] K. Pezzoli, «Mexico's Urban Housing Environments», en B. Aldrich y R. Sandhu (eds.), *Housing the Urban Poor. Policy and Practice in Developing Countries*, Londres, 1995, p. 145. K. Sivaramakrishnan, «Urban Governance. Changing Realities», en M. Cohen *et al* (eds.), *Preparing for the Urban Future. Global Pressures and Local Forces*, Washington DC, 1997, p. 229; M. Fix, P. Arantes y G. M. Tanaka, «São Paolo, Brazil», UN-Habitat Case Study, Londres, 2003, p. 9; A. Jacquemin, *Urban Development and New Towns in Third World*, cit., p. 89.

victorianas) y en algunas ciudades de Asia. Los *palomares* de Ciudad de Guatemala, las *avenidas* de Río, los *conventillos* de Buenos aires y Santiago, las *quintas* de Quito y las *cuarterías* de la vieja Habana, han olvidado su antiguo esplendor para encontrarse peligrosamente abandonados y masivamente superpoblados. El arquitecto David Glasser visitó una antigua villa en Quito ocupada por 25 familias que sumaban 128 personas y que carecía de conexión con ningún servicio municipal[40]. Algunas de las *vecindades* de Ciudad de México, que en general sufren un proceso de aburguesamiento o demolición, todavía están tan pobladas como Casa Grande, el famoso bloque de 700 viviendas que el antropólogo Oscar Lewis retrató en *Los hijos de Sánchez* (1961)[41]. En Asia casos similares los encontramos en las decadentes viviendas *zamindar* de Calcuta, actualmente de propiedad municipal y las poéticamente llamadas «chabolas-jardín» de Colombo en Sri Lanka, que representan el 18 por 100 de la destartalada vivienda de la ciudad[42]. Finalmente, y aunque se encuentra en un proceso de reducción de tamaño y población, la Ciudad Vieja de Pekín es probablemente la mayor área urbana hiperdegradada formada por viviendas antiguas, con casas de grandes patios pertenecientes a las épocas Ming y Qing que carecen de todos los servicios modernos[43].

Frecuentemente barrios burgueses enteros se han degradado por completo, como por ejemplo los lujosos Campos Elíseos de São Paulo o algunas partes del paisaje colonial de Lima. En el Mediterráneo, en el famoso barrio costero de Bab-el-Ouded en Argel, la población sin recursos sustituyó a la clase trabajadora colonial. Aunque el modelo global dominante pasa por el desalojo de la población sin recursos del centro urbano, algunas ciuda-

---

[40] D. Glasser, «The Growing Housing Crisis in Ecuador» en C. Patton (ed.), *Spontaneous Shelter. International Perspectives and Prospects*, Filadelfia, 1988, p. 150.

[41] O. Lewis, *The Children of Sanchez. Autobiography of a Mexican Family*, Nueva York, 1961.

[42] K. Tudor Silva y Karunatissia Athukorala, *The Watta-Dwellers. A Sociological Study of Selected Urban Low-Income Communities in Sri Lanka*, Lanham (MD), 1991, p. 20.

[43] Feng-hsuan Hsueh, *Beijing. The Nature and the Planning of the Chinese Capital City*, Chichester, 1995, pp. 182-184.

des del Tercer Mundo reproducen el modelo estadounidense de segregación urbana, y las clases medias poscoloniales huyen del centro hacia urbanizaciones valladas y *edge cities*. Este ha sido durante mucho tiempo el caso de Kingston (Jamaica), donde un cuarto de millón de pobres habitan el conflictivo, pero culturalmente dinámico *downtown*, mientras que las clases medias se han desplazado hacia el *uptown*. Igualmente en Montevideo, en las décadas de 1970 y 1980, a medida que los ricos cambiaban el centro por los barrios más atractivos de la costa este, la población sin techo fue ocupando las casas abandonadas y los hoteles en ruinas. Este mismo proceso había sucedido en Lima con mucha más anterioridad: después del gran terremoto de 1940, las clases medias y altas empezaron a abandonar el centro histórico, aunque en 1996 se produjo una ofensiva contra la venta callejera dirigida desde el gobierno, con el objetivo de «rescatar» la zona de manos de las clases trabajadoras andinas[44]. En Johannesburgo, las sedes de las empresas y los grandes centros comerciales han huido en los últimos años desde el distrito central hacia los barrios del norte, mayoritariamente blancos. Con su mezcla de áreas urbanas hiperdegradadas y bloques de apartamentos para las clases medias, la antigua capital financiera de todo el continente, es ahora un centro del comercio informal y de microempresas africanas[45].

El ejemplo más atípico de lo que puede suponer la herencia urbana es sin duda la Ciudad de los Muertos en El Cairo, donde un millón de pobres utilizan las tumbas de los mamelucos como componentes prefabricados para sus casas. El gran cementerio donde se enterraba a los sultanes y a los emires es en la actualidad una isla urbana vallada, rodeada de carreteras congestionadas. En el siglo XVIII, los residentes primitivos eran los guardianes de tumbas a sueldo de las familias ricas de El Cairo que dejaron paso a los trabajadores de las canteras y posteriormente en los tiempos mo-

---

[44] H. Harms, «To Live in the City Centre. Housing and Tenants in Central Neighborhoods of Latin American Cities», *Environment and Urbanization* IX, 2 (octubre 1997), pp. 197-198.

[45] J. Beall, O. Crankshaw y S. Parnell, *Uniting a Divided City. Governance and Social Exclusión in Johannesburg*, Londres, 2002.

dernos, a los refugiados desalojados del Sinaí y Suez durante la guerra de 1967. Jeffrey Nedoroscik, un investigador de la Universidad Americana de El Cairo, señala que «los moradores habían adaptado las tumbas de manera creativa para satisfacer las necesidades de vivienda. Los cenotafios y las lápidas se utilizan como pupitres, cabeceros, mesas y estanterías; la cuerda de los tendederos para la ropa, se ata a las lápidas»[46]. Pequeños grupos de ocupantes han tomado posesión de los cementerios judíos abandonados, repartidos en una ciudad que llegó a tener 29 sinagogas. El periodista Max Rodenbeck señala que «en una visita realizada en la década de 1980 encontré a una pareja joven con cuatro niños confortablemente instalada en una espléndida cámara neofaraónica. Los ocupantes de la tumba habían abierto las cavidades interiores encontrando un espacio natural para la ropa, los cacharros de la cocina y la televisión en color»[47].

De cualquier forma, en la mayor parte del Tercer Mundo la vivienda de segunda mano es menos frecuente que las viviendas y construcciones realizadas con vistas al alquiler. En la India colonial, la tajante negativa del rajá para cubrir las necesidades mínimas sanitarias y el acceso al agua de los barrios, se acompañaba de una actuación que dejaba *de facto* la política de vivienda en manos de la codicia de los terratenientes locales. El resultado fue la aparición de barrios, que todavía acogen a millones de personas, espantosamente superpoblados, sin ningún elemento sanitario y que sin embargo eran muy rentables[48]. En Bombay, la típica *chawl* (que supone el 75 por 100 de la vivienda formal) es una vivienda de alquiler, con una sola habitación de 15 metros cuadrados, en estado ruinoso y que se traga un hogar de 6 personas; la letrina normalmente se comparte con otras seis familias[49].

---

[46] J. Nedoroscik, *The City of the Dead. A History of Cairo's Cemetary Communities*, Westport, 1997, p. 43.

[47] M. Rodenbeck, *Cairo. The City Victorious*, Nueva York, 1999, pp. 158-159.

[48] N. Gooptu, *The Politics of the Urban Poor in Early Twentieth-Century India*, Cambridge UK, 2001, p. 252.

[49] A. Jacquemin, *Urban Development and New Towns in the Third World*, cit., p. 89.

Como los *chauwls* de Bombay, los *callejones* de Lima también fueron levantados específicamente para alquilarlos a la población pobre, muchos de ellos construidos por la que entonces era la primera autoridad en las áreas degradadas de la ciudad: la Iglesia católica[50]. En la actualidad son alojamientos miserables levantados con adobe o *quincha* (armazones de madera rellenos de barro y paja), que se deterioran rápidamente y con frecuencia resultan peligrosamente inestables. Un estudio sobre estos *callejones* recogía a 85 personas utilizando el mismo grifo de agua y a 93 compartiendo la misma letrina[51]. Lo mismo sucedía en São Paulo antes de la explosión periférica de las *favelas*, a principios de la década de 1980. La población pobre se alojaba tradicionalmente en habitaciones de alquiler, en viviendas en el interior de la ciudad llamadas *cortiços*, la mitad de las cuales eran construcciones nuevas destinadas al alquiler y la otra mitad procedía de las viviendas de segunda mano de la burguesía urbana[52].

Los *inquilinatos* de Buenos Aires, levantados con madera y planchas de metal, se construyeron originalmente para los emigrantes italianos pobres en *barrios* portuarios como La Boca y Las Barracas. La última crisis de la deuda ha provocado que muchas familias provenientes de las clases medias hayan tenido que abandonar sus apartamentos y apiñarse en habitaciones únicas que comparten la cocina y el baño con otras cinco familias. La situación, que se ha mantenido a lo largo de toda la década, ha dejado a 100.000 personas residiendo en fábricas y edificios abandonados, solamente en el centro del Distrito Federal[53].

En África Subsahariana estos centros urbanos antiguos son prácticamente inexistentes. Como señala el geógrafo Michael Edwards,

> en las antiguas colonias británicas, las viviendas de alquiler de los centros urbanos son escasas, debido a que las ciudades carecen de un centro histórico. Aunque en África con anterioridad a la independencia, el al-

---

[50] G. Custers, «Inner-city Rental Housing in Lima. A Portrayal and an Explanation», *Cities* XVIII, 1, 2001, p. 252.

[51] *Ibid*., p. 254.

[52] M. Fix, P. Arantes y G. M. Tanaka, «São Paulo, Brazil», cit.

[53] D. Keeling, *Buenos Aires. Global Dreams, Local Crises,* Chichester, 1996, p. 100.

quiler era prácticamente universal, los inquilinos ocupaban posadas (si se trataba de hombres solos) o casas municipales (si se trataba de familias)[54].

En las partes viejas de Accra y Kumasi, todavía es habitual la propiedad consuetudinaria de la tierra, y aunque el alquiler está ampliamente extendido, los lazos de los clanes excluyen por lo general el desorbitado precio de los alquileres que se produce en Lagos y Nairobi. Desde luego, esta estructura de la vivienda basada en el parentesco, donde los pobres habitan en amplias casas familiares con parientes más ricos, otorga a los barrios de Ghana una diversidad económica mayor que la de sus homólogos en otras ciudades del continente[55].

Otras alternativas a la vivienda, tanto formal como informal en el centro de las ciudades, incluyen una amplia variedad de ampliaciones y ocupaciones ilegales, albergues y pequeñas ciudades de chabolas. En Hong Kong, las ampliaciones de las azoteas o los patios de ventilación de los edificios, albergan a más de un cuarto de millón de personas. Las peores condiciones las soportan los llamados «hombres enjaulados» que reciben ese nombre de los espacios individuales para dormir, «la jaula», y de la tendencia de sus inquilinos de ponerles rejas de alambre para evitar el robo de sus pertenencias. El porcentaje de residentes en estos «apartamentos» es del 38,3 por 100, y el espacio vital disponible por persona es de 1,81 metros cuadrados[56]. En las grandes ciudades de Asia también encontramos variaciones sobre los antiguos albergues americanos. En Seúl por ejemplo, la población expulsada de sus asentamientos junto a la que carece de empleo, ha atestado los 5.000 *Jjogbang* que se calcula que existen, que alquilan camas para la noche y proporcionan un servicio por cada 15 residentes[57].

---

[54] M. Edwards, «Rental Housing and the Urban Poor», en P. Amis y P. Lloyd (eds.), *Housing Africa's Urban Poor*, Manchester, 1990, p. 263.

[55] A. Graham Tipple y D. Korboe, «Housing Poverty in Ghana», en B. Aldrich y R. Sandhu (eds.), *Housing the Urban Poor*, pp. 359-361.

[56] A. Smart, *Making Room. Squatter Clearance in Hong Kong*, Hong Kong, 1992, p. 63.

[57] S.-Kyu Ha, «The Urban Poor, Rental Accommodation, Housing Police in Korea», *Cities* XIX, 3, 2002, pp. 197-198.

Una parte de la población sin recursos de las ciudades, habita en las alturas. Uno de cada diez habitantes de Phnom Penh duerme en una azotea, igual que 200.000 alejandrinos. En El Cairo 1,5 millones de personas habitan en las azoteas, formando lo que se conoce como la «segunda ciudad», que resulta más fresca que las viviendas interiores pero que está expuesta a la contaminación del aire originada por el tráfico, las plantas de cemento y el polvo del desierto[58]. Las poblaciones establecidas sobre los ríos aunque todavía son bastante frecuentes en el sureste de Asia, están desapareciendo rápidamente de Hong Kong, donde las barcas proporcionaron en su momento el 10 por 100 de los alojamientos en el barrio de Crown Colony, dando refugio a una población mayoritariamente *tanka* y *hakka*, considerada inferior por la mayoría *han*[59].

Y finalmente está la propia calle. En el mundo occidental, Los Ángeles es la capital de los sin techo, con una población estimada de 100.000 personas entre las que se incluye un creciente número de familias que acampan en las calles del centro, y viven furtivamente en parques o en medio de autopistas. La mayor concentración del Tercer Mundo de habitantes de la calle se encuentra probablemente en Bombay, donde un estudio realizado en 1995 calculaba que alcanzaba el millón de personas[60]. En el caso de Bombay, el retrato tradicional de esta población nos presenta a un indigente recién llegado del campo y que sobrevive de la mendicidad, pero como han puesto de manifiesto los estudios realizados, la mayoría de ellos (97 por 100), tienen a alguien que les proporciona algún tipo de sustento, el 70 por 100 llevan por lo menos seis años en la ciudad y un tercio ha sido expulsado de un asentamiento o de un *chawl*[61]. Muchos de ellos también son sim-

---

[58] Asian Coalition for Housing Rights, «Building an Urban Poor People's Movement in Phnom Penh, Cambodia», *Environment and Urbanization* XII, 2 (octubre 2001), p. 63; A. Soliman, *A Possible Way Out*, cit., p. 119.

[59] B. Taylor, «Hong Kong's Floating Settlements», en Patton, *Spontaneous Shelter*, p. 198.

[60] M. Pimple y L. John, «Security of Tenure. Munbai's Experience», en A. Durand-Lasserve y L. Royston, *Holding Their Ground*, p. 78.

[61] A. Jacquemin, *Urban Development and Towns in the New World*, cit., p. 90.

ples trabajadores; los que tiran de las calesas, obreros de la construcción, cargadores de los mercados, que están obligados por su trabajo a vivir en el centro de una metrópoli donde no pueden pagar un alojamiento[62].

De todas maneras, vivir en la calle tampoco suele salir gratis. Como señala Erhard Berner, «incluso los habitantes de las aceras en India o Filipinas tienen que pagar regularmente a la policía o a alguna organización»[63]. En Lagos los empresarios alquilan las carretillas de las obras como camas para los sin techo[64].

## 2. La urbanización pirata

La mayoría de la población urbana sin recursos ya no vive, sin embargo, en el interior de las ciudades. Desde 1970, la mayor parte del crecimiento de la población urbana mundial se ha producido en el Tercer Mundo y ha sido absorbido por las comunidades hiperdegradadas de la periferia urbana. El desbordamiento de las ciudades ha dejado de ser un fenómeno característico de América del Norte. El crecimiento horizontal de las ciudades pobres es frecuentemente tan sorprendente como el crecimiento de su población: Jartum, por ejemplo, en 1988 había aumentado *48* veces su extensión de 1955[65]. De hecho, las áreas suburbanas de muchas de las ciudades pobres han crecido de tal manera que probablemente obliguen a redefinir el concepto de periferia. Los barrios de chabolas de Lusaka albergan a dos tercios de la población de la ciudad, lo que ha llevado a algún investigador a sugerir que «a estas zonas se las considera periurbanas, pero en realidad

---

[62] F. Thomas, *Calcutta Poor. Elegies on a City Above Pretense*, Armonk, Nueva York, 1997, pp. 47, 136.

[63] E. Berner, «Learning from Informal Markets», en D. Westendorff y D. Eade (eds.), *Development and Cities. Essays from Development Practice*, Oxford, 2002, p. 233.

[64] A. Otchet, «Lagos. The Survival of the Determined», UNESCO *Courier*, 1999.

[65] G. Eldin Eltayeb, «Khartoum, Sudan», UN-Habitat Case Studies, Londres, 2003, p. 2.

es la urbe propiamente dicha la que es periférica»[66]. El sociólogo turco Çağlar Keyder realiza una observación similar acerca de los *gecekondus* que rodean Estambul. «Realmente no sería un error considerar la ciudad como un conglomerado de estos *gecekondus* que mantienen una unidad orgánica limitada. A medida que su número va creciendo, inevitablemente en el perímetro exterior, se añaden nuevos nodos a la red en lo que parece una producción en serie»[67].

Por lo que vamos viendo, el concepto de «periferia», referido a las ciudades del Tercer Mundo es bastante relativo y sujeto a momentos históricos: los límites actuales de las ciudades, ya sean campos, bosques o desiertos, mañana pueden pasar a formar parte de un núcleo metropolitano densamente poblado. Con la excepción del este de Asia, donde hay bastantes referencias sobre la construcción estatal de viviendas en la periferia (por ejemplo, los antiguos barrios industriales de Shijingshan, Fengtai y Changxiandian en Pekín), el desarrollo de los límites urbanos de las ciudades del Tercer Mundo adopta principalmente dos formas: la ocupación de terrenos y utilizando un significativo termino colombiano, las *urbanizaciones piratas*. Ambos generan paisajes similares de barrios de chabolas con proporciones elevadas de autoconstrucción, viviendas con niveles mínimos de habitabilidad y ausencia de infraestructuras. Sin embargo, aunque a las urbanizaciones piratas se las incluye con frecuencia en el terreno de las comunidades de ocupantes, entre ellas hay algunas diferencias importantes.

La ocupación es la posesión de un terreno sin ventas ni títulos, y el «coste cero» de los terrenos de la periferia se ha considerado frecuentemente como las palabras mágicas que explican el proceso urbano del Tercer Mundo: un importante subsidio inesperado para los más pobres. Sin embargo, el acceso a los terrenos raramente se produce sin unos costes iniciales, que en muchos casos

---

[66] K. Sivaramakrishnan, «Urban Governance», cit., p. 229.

[67] Ç. Keyder, «The Housing Market from Informal to Global», en Keyder (ed.), *Istanbul. Between the Global and the Local*, Lanham (MD), 1999, p. 149.

se concretan en sobornos que hay que pagar, en dinero o en votos, a políticos, policías o mafiosos y que habrá que seguir pagando durante muchos años. A estos costes habrá que sumar los que suponen la ausencia de comunicaciones con el centro urbano. Como señala Erhard Berner en su estudio sobre Manila, al final cuando se suman todos los gastos, la ocupación no resulta necesariamente más barata que la compra de una parcela. Su principal atractivo se encuentra en «la posibilidad de una expansión y de mejoras en la edificación que conducen a un aumento por etapas de los costes»[68].

Las ocupaciones se han convertido en algunas ocasiones en dramas políticos de primera página. En América Latina, entre las décadas de 1960 y 1980, así como en Egipto, Turquía y Sudáfrica en momentos diversos, la ocupación adoptó la forma de la invasión de tierras, frecuentemente con el apoyo de grupos radicales o de manera más aislada, de gobiernos populistas (Perú en la década de 1960 y Nicaragua en la de 1980). Con una dependencia clara respecto a la opinión pública, sus objetivos tradicionales eran los terrenos públicos abandonados o las propiedades de algún terrateniente (que en algunas ocasiones, más tarde recibirá una compensación). Con frecuencia las ocupaciones se convertían en un pulso prolongado entre los ocupantes y el aparato represivo del Estado. Hablando sobre Caracas en la década de 1970, un equipo de investigadores de la Universidad de Los Angeles California (UCLA) señalaba: «No es raro oír el caso de algún asentamiento que ha sido levantado por la noche, destruido por la policía al día siguiente, vuelto a levantar por la noche y vuelto a destruir, hasta que las autoridades abandonan la lucha»[69]. En *Berji Kristin. Tales from the Garbage Hills*, la escritora turca Latife Tekin explica por qué se les llaman *gecekondus*, «levantados por la noche», a las áreas hiperdegradadas de Estambul. En la novela, los heroicos ocupantes de «Flower Hill» levantan y vuelven a levantar cada chabola por la noche porque las autoridades las derriban por la mañana. Solamente después de 37 días de lucha, las autoridades acaban por

---

[68] E. Berner, *Defending a Place*, cit., pp. 236-237.

[69] K. Karst, M. Schwartz y A. Schwartz, *The Evolution of Law in the Barrios of Caracas*, Los Ángeles, 1973, pp. 6-7.

ceder y el nuevo *gecekondu* puede echar raíces en medio de una montaña de basura[70].

De cualquier forma, la mayor parte de las comunidades basadas en la ocupación, son el resultado de lo que el sociólogo Asef Bayat, hablando sobre Teherán y El Cairo, llamó la «callada invasión de lo corriente»: la infiltración, a pequeña escala y sin confrontación, en los límites y espacios vacíos. A diferencia de los campesinos pobres que ilustraban el «modelo de resistencia y lucha de clases de Brecht», y que James Scott citaba frecuentemente en sus estudios, esta lucha no es «meramente defensiva», sino que es, de acuerdo con Bayat, «subrepticiamente ofensiva» en la medida que incansablemente se dirige a aumentar el espacio vital y los derechos de los desheredados[71]. Como veremos en el capítulo siguiente, los momentos más favorables para estas invasiones, coinciden con frecuencia con situaciones en las que se producen unas elecciones crispadas, desastres naturales, golpes de Estado o revoluciones.

En América Latina, Oriente Próximo y el sureste de Asia, la ocupación en cualquiera de sus formas alcanzó su momento cumbre en la década de 1970. En la actualidad, la ocupación en sentido estricto continúa produciéndose sobre terrenos urbanos de poco valor, normalmente situados en lugares extremadamente marginales y peligrosos tales como riberas que sufren las crecidas de los ríos, laderas de colinas y terrenos pantanosos o contaminados. Como dice la economista Eileen Stillwaggon, «esencialmente, las ocupaciones se producen sobre terrenos que no generan ninguna renta, terrenos que tienen tan poco valor, que nadie se molesta en ejercer los derechos de propiedad»[72]. En Buenos Aires, por ejemplo, la mayor parte de las *villas de emergencia*, levantadas frecuentemente por emigrantes ilegales de Bolivia y Paraguay, están situadas en las malolientes y contaminadas riberas del río Reconquista y del río Matanza. El geógrafo David Keeling, después de visitar una típica *villa*

---

[70] L. Tekin, *Berji Kristin. Tales from the Garbage Hills*, Londres, 1996. Publicado en Turquía en 1984.

[71] A. Bayat, «Un-civil Society. The Politics of the "Informal People"», *Third World Quarterly* xviii, 1, 1997, pp. 56-57.

[72] E. Stillwaggon, *Stunted Lives, Stagnant Economies. Poverty, Disease and Underdevelopment*, New Brunswick (NJ), 1998, p. 67.

en Río Reconquista, escribía que «las aguas estancadas y residuales habían creado un hedor insoportable, toda la zona estaba plagada de ratas, moscas, mosquitos y demás insectos». Las *villas* se toleran solamente porque en una economía en depresión, semejantes sitios por ahora carecen de valor[73]. Igualmente, los precarios *ranchos* de Caracas continúan paso a paso su ascensión por laderas escarpadas y proclives al deslizamiento, lugares a los que ninguna inmobiliaria otorgaría valor de mercado. La ocupación en este caso es una apuesta contra un desastre inevitable.

En cambio, los terrenos periféricos planos, incluso el desierto, sí se cotizan en el mercado, y actualmente los asentamientos periféricos de rentas bajas, aunque con frecuencia se presenten como ocupaciones, realmente funcionan en medio de un mercado de la propiedad invisible pero real[74]. Este modelo de «urbanización pirata» fue cuidadosamente estudiado por primera vez a finales de la década de 1970 por un equipo del Banco Mundial dirigido por Rakesh Mohan:

> […] estas parcelaciones piratas de los asentamientos no han sido el resultado de las invasiones del terreno: en realidad, el terreno ha cambiado de manos por medio de procesos legales, lo que es ilegal es la parcelación en sí misma por lo que resulta más adecuado calificarlos de alegales que de ilegales. Las familias expulsadas del mercado formal de la vivienda, con ingresos medios, medios/bajos y bajos compraron lotes de terreno a empresarios que habían adquirido tierras improductivas y que las habían dividido sin ningún miramiento hacia leyes, regulaciones o previsión de medios. Los lotes vendidos proporcionaban un mínimo de servicios que en la práctica no solían ser otra cosa que algunas calles y unos cuantos puntos de agua. Normalmente esta infraestructura se desarrollaba un poco más cuando los primeros pobladores tomaban posesión del lugar[75].

---

[73] D. Keeling, *Buenos Aires*, cit., pp. 102-105.

[74] P. Baróss, «Sequencing Land Development. The Price Implications of Legal and Illegal Settlement Growth», en P. Baróss y J. van der Linden (eds.), *The Transformation of Land Supply Systems in Third World Cities*, Aldershot, 1990, p. 69.

[75] R. Mohan, *Understanding the Developing Metropolis. Lessons from the City Study of Bogotá and Cali, Colombia*, Nueva York, 1994, pp. 152-153.

La urbanización pirata es realmente la privatización de la ocupación. Los expertos en vivienda Paul Baróss y Jan van der Linden definían en 1990 los asentamientos piratas o «subdivisiones residenciales por debajo de los niveles comerciales habituales», como la nueva norma en lo que se refiere a viviendas para pobres. A diferencia de las ocupaciones tradicionales, las parcelaciones piratas proporcionan un título de propiedad, legal o *de facto*, sobre el terreno. En el primer caso (un título legal), la operación estará dirigida por un especulador, latifundista, hacendado, comuna rural (por ejemplo un *ejido* mexicano) o entidad tradicional (como una tribu de beduinos o el ayuntamiento de un pueblo). Los propietarios de la tierra –como en el caso de un asentamiento en el área suburbana de Buenos Aires estudiado por David Keeling– pueden incluso apoyar la organización de la ocupación con la astuta perspectiva de que ésta obligará al Estado finalmente a realizar tanto compensaciones como inversiones en infraestructuras[76].

En el segundo caso, que proporciona una propiedad *de facto*, los terrenos son normalmente propiedad del Estado, pero los habitantes han comprado una garantía de propiedad a los políticos, líderes tribales u organizaciones mafiosas (por ejemplo las Tríadas, que constituye la mayor fuente de desarrollo informal de Hong Kong)[77]. Otro notorio ejemplo son los *dalals* de Karachi, que para Katar Hameed Khan, el fundador del célebre Proyecto Piloto de Orangi, son «empresarios privados que han aprendido el arte de colaborar y manipular a nuestros políticos rapaces y avariciosos burócratas. Bajo su patrocinio, los *dalals* proporcionan una posesión segura del terreno público, protegen de los desahucios y obtienen agua y facilidades de transporte»[78]. Los *dalals* (la palabra puede referirse tanto a un chulo como a un intermediario) dominan los *katchi abadis* –las parcelaciones pirata como Orange– que albergan a casi la mitad de la población de Karachi[79].

---

[76] D. Keeling, *Buenos Aires*, cit., pp. 107-108.

[77] Sobre el control de la Tríada sobre la ocupación de terrenos, véase A. Smart, *Making Room*, cit., p. 114.

[78] A. H. Khan, *Orangi Pilot Project*, cit., p. 72.

[79] Urban Resources Center, «Urban Poverty and Transport. A case Study from Karachi», *Environment and Urbanization* XIII, 1 (abril 2001), p. 224.

Aunque las viviendas puedan carecer de la autorización formal de las autoridades locales, las parcelaciones piratas, a diferencia de los asentamientos ocupados, forman lotes uniformes con calles convencionales; los servicios son rudimentarios o directamente inexistentes y los precios de venta dependen de la habilidad de los residentes para negociar sus propias mejoras estructurales. Para Baróss y van der Linden, los trazados planificados, los niveles bajos de servicios, las localizaciones suburbanas, la elevada seguridad de la posesión, la disconformidad con los planes de desarrollo urbano y la autoayuda en la vivienda son las características genéricas de las «subdivisiones residenciales por debajo de los niveles comerciales habituales»[80]. Con un enfoque local adecuado, esta definición es aplicable a Ciudad de México, Bogotá, São Paulo, El Cairo, Túnez, Harare, Karachi, Manila y cientos de otras ciudades entre las que se incluyen, entre los países de la OCDE, Lisboa (con sus *clandestinos*) y Nápoles, así como El Paso (con sus recientes *colonias*) y Palm Springs.

En algunos países la explotación de las áreas urbanas hiperdegradadas periféricas ha existido durante décadas. Como señala Ayse Yonder, «para mediados de la década de 1960, la ocupación en el sentido clásico del término había desaparecido de Estambul, la gente tenía que pagar a los poderosos locales para poder ocupar incluso el terreno público. A mediados de la década de 1970, los empresarios bien relacionados, empezaron a controlar los terrenos públicos de ciertos barrios de Estambul, vendiendo terreno y monopolizando toda la actividad de la construcción»[81]. En Nairobi, actualmente una ciudad con unos alquileres desorbitados y unos inquilinos muy pobres, la explotación comenzó a principios de la década de 1970, cuando los empresarios se dieron cuenta de que la ocupación estaba creando un nuevo mercado para el suelo, con

---

[80] P. Baróss y J. van der Linden, «Introduction», en P. Baróss y J. van der Linden, *The Transformation of Land Supply Systems in Third World Cities*, cit., pp. 2-7.

[81] A. Gonder, «Implications of Double Standards in Housing Police. Development of Informal Settlements in Istanbul», en E. Fernandes y A. Varley (eds.), *Illegal Cities. Law and Urban Change in Developing Countries*, Londres, 1998, p. 62.

enormes ganancias cuando se producía la legalización. Los propietarios de los terrenos (frecuentemente descendientes de los antiguos propietarios asiáticos), comenzaron a vender parcelaciones no autorizadas. De acuerdo con el investigador de la pobreza Philip Amis, «propiciaron la invasión de su propia tierra, construyendo viviendas no autorizadas de acuerdo con sus propios planes […] el riesgo mereció la pena con creces. No se produjeron ordenes de derribo y las ganancias que obtuvieron fueron muy elevadas»[82].

## 3. Los arrendatarios invisibles

Por regla general, tanto la literatura popular como la académica, cuando abordan el tema de la vivienda informal, tienden a dar un carácter romántico a la ocupación y a ignorar a los arrendatarios. Como reconocían recientemente los investigadores del Banco Mundial, «se han estudiado insuficientemente los mercados de alquiler de rentas bajas»[83]. El régimen de propiedad es de hecho una relación social fundamental y divisoria en la vida de las áreas urbanas hiperdegradadas de todo el planeta. Es la principal vía por la que los pobres pueden convertir en dinero sus capitales (formales o informales), aunque frecuentemente deriva en una relación de explotación de los que son más pobres todavía. La mercantilización de la vivienda informal ha producido el rápido crecimiento de diferentes subsectores de alquiler: crecimientos interiores en antiguas ciudades de chabolas o construcciones multifamiliares en las parcelaciones piratas. En África occidental, la mayoría de los pobres urbanos han sido inquilinos de los dueños de la tierra, lo mismo que la mayoría de los residentes de Dacca y otras ciudades de Asia. En Bangkok dos terceras partes de los ocupantes, en realidad alquilan el terreno donde levantan sus casuchas[84]. En las periferias de las ciudades de América Latina, Orien-

---

[82] P. Amis, «Commercialized Rental Housing in Nairobi», en Patton, *Spontaneous Shelter*, pp. 240, 242.

[83] M. Fay y A. Wellenstein, «Keeping a Roof over One's Head», en Fay (ed.), *The Urban Poor in Latin America*, Washington DC, 2005, p. 92.

[84] J. Rigg, *Southeast Asia*, cit., p. 143.

te Próximo y el sur de África, el alquiler es más frecuente de lo que normalmente se piensa. En El Cairo, por ejemplo, los pobres que pueden, compran terrenos piratas a los agricultores, mientras que los que no pueden, ocupan terrenos municipales. Los más pobres pagan alquileres a los ocupantes[85]. Asimismo, y como observaba el geógrafo Alan Gilbert en 1993, en América Latina «la mayor parte de las nuevas viviendas de alquiler, se localizan más en periferias autoconsolidadas que en el centro de la ciudad»[86].

En este aspecto, Ciudad de México es un caso importante. A pesar de una legislación sobre las *colonias proletarias* que buscaba prohibir el absentismo de la propiedad, las prácticas ilegales y la especulación, el gobierno de López-Portillo (1976-1982) autorizó a los habitantes de las *colonias* a vender sus propiedades a precios de mercado. El resultado de esta política ha sido la transformación de algunas *colonias* en lugares de residencia para las clases medias y la proliferación de los arrendamientos. La socióloga Susan Eckstein descubrió en 1987 que en la *colonia* que ella misma había estudiado quince años antes, entre el 25 y el 50 por 100 de los pobladores originales habían levantado pequeñas *vecindades* que albergaban de dos a quince familias y que alquilaban a los nuevos pobladores que iban llegando. «En resumen, existe un doble mercado de la vivienda que refleja las diferencias socioeconómicas entre los colonos.» También señalaba «un descenso del nivel socioeconómico de la población desde la visita anterior […] el estrato más pobre ha aumentado de tamaño». Aunque algunos de los primitivos residentes habían prosperado hasta convertirse en dueños de tierras, los últimos en llegar tenían menos esperanzas de prosperar que las generaciones anteriores, y la colonia en conjunto había dejado de ser «un barrio de esperanza»[87].

Los arrendatarios representan el sector más invisible y falto de poder de los habitantes de las áreas urbanas hiperdegradadas. Se trata de una población que vive bajo la amenaza de la reurbaniza-

---

[85] A. Soliman, *A Posible Way Out*, cit., p. 97.

[86] A. Gilbert *et al.*, *In Search of a Home. Rental and Shared Housing in Latin America*, Tucson, 1993, p. 4.

[87] Eckstein, pp. 60, 235-238.

ción o del desahucio, normalmente sin derechos reconocidos sobre indemnizaciones o realojamientos. A diferencia de lo que sucedía a principios del siglo xx en Berlín o Nueva York, donde los arrendatarios mantenían una estrecha solidaridad frente a sus caseros, actualmente en las áreas degradadas carecen del poder para organizarse o de realizar huelgas de alquileres. «Los inquilinos están dispersos por los asentamientos, con una amplia variedad de contratos informales y con frecuencia no pueden organizarse como un grupo de presión para protegerse a sí mismos»[88].

Las grandes áreas urbanas hiperdegradadas, especialmente en África, son entramados complejos formados por redes familiares y diferentes sistemas de propiedad y alquiler. Diana Lee-Smith, una de las fundadoras del Nairobi's Mazingira Institute, ha estudiado de cerca Korogocho, un área hiperdegradada situada en la periferia oriental de la ciudad y que incluye siete pueblos con diferentes ofertas de viviendas y de rentas. El más miserable de ellos es Grogan que está formado por casuchas de cartón de una sola habitación habitadas por familias con mujeres a la cabeza, y que fueron desalojadas de otra área pobre más cercana al centro. En el otro extremo está Guita, «un pueblo totalmente producido por la especulación, levantado por empresarios y destinado al alquiler», sin que tenga importancia el hecho de que el terreno sea de propiedad pública. Dandora es un proyecto de «urbanización y servicios», donde la mitad de los propietarios cobran los alquileres sin vivir allí. Lee-Smith enfatiza el hecho de que los pequeños arrendamientos y traspasos constituyen las estrategias más rentables para los pobres, lo que les lleva a convertirse en explotadores de la población aún más pobre todavía. En contra de la imagen heroica de la ocupación como una forma de autoconstrucción y de acceso a un espacio, la realidad en Korogocho y en otros arrabales miserables de Nairobi es el irresistible ascenso de los arrendamientos y de formas de explotación[89].

---

[88] A. Durand-Lasserve y L. Royston, «International Trends and Country Contexts», cit., p. 7.

[89] D. Lee-Smith. «Squatter Landlords in Narobi. A Case Study of Korogocho», en P. Amis y P. Lloyd, *Housing Africa's Urban Poor*, cit., pp. 176-185.

Soweto ha pasado de ser un barrio a una ciudad satélite de casi dos millones de habitantes, y de la misma manera presenta un abanico amplio del régimen de la vivienda. Dos tercios de los residentes, lo hacen en viviendas privadas adscritas al sector formal del mercado (la clase media profesional) o con mayor frecuencia en viviendas municipales (la clase obrera tradicional) en cuyas zonas adyacentes han construido de manera ilegal chozas que a su vez alquilan a familias más jóvenes o a adultos que viven solos. La población con menos recursos todavía, entre los que se incluyen los emigrantes rurales, habita en albergues o acampa en la periferia. Otro de los famosos barrios del periodo del *apartheid* es Alexandra, más degradado aún que Soweto, con menos viviendas formales y una población mayoritariamente formada por ocupantes, arrendatarios y residentes en albergues[90].

Esta diversidad de derechos de propiedad y de modalidades de vivienda que se produce en las grandes áreas urbanas hiperdegradadas de África y América Latina, aunque no es sorprendente, produce una percepción muy diferente de los intereses de cada uno. Como señala Peter Ward, refiriéndose al caso de Ciudad de México, «la perspectiva ideológica viene determinada por el estatus de la vivienda».

> El carácter heterogéneo de los asentamientos [...] socava una respuesta colectiva al dividir el asentamiento según la manera en que se produce la adquisición de la tierra, la «etapa» de consolidación en la que se encuentra, las prioridades de servicios de los residentes, las estructuras de liderazgo de las comunidades, las clases sociales, y por encima de todo las relaciones de propiedad (propietarios, ocupantes y arrendatarios). Esta división multiplica aún más la formación de grupos y la división de las comunidades [...] Arrendatarios, ocupantes hostigados e inquilinos desplazados de la ciudad se muestran más radicales y más dispuestos a manifestaciones antigubernamentales

[90] J. Beall, O. Crankshaw y S. Parnell, «Local Government, Poverty Reduction and Inequality in Johannesburg», *Environment and Urbanization* XII, 1 (abril 2000), pp. 112-113.

que aquellos que realmente han sido asimilados por el gobierno a través de diversas políticas de vivienda[91].

## 4. La frontera de los parias

A medida que el análisis se aleja del centro de la ciudad aumenta también la confusión conceptual. La historiadora Ellen Brennan hace hincapié en que «la mayoría de las ciudades del Tercer Mundo carecen de datos fiables sobre los modelos de transformación del suelo, ritmo de construcción de nuevas viviendas y su número (formales e informales), los modelos de desarrollo de infraestructuras, modelos de parcelación, etcétera, etcétera»[92]. Las periferias urbanas, esos extraños limbos donde ciudades «ruralizadas» se transforman en campos «urbanizados», son unas grandes desconocidas para sus propios gobiernos[93].

Las fronteras urbanas son la zona de impacto de dos procesos sociales que llevan a la fuerza centrífuga de la ciudad a colisionar con la implosión del campo. Pikine es la mayor y la más miserable de las áreas hiperdegradadas de Dakar y para Mohamadou Abdoul el resultado de la convergencia de «dos grandes flujos demográficos que comenzaron en la década de 1970: por un lado, la llegada de la población que había sido desalojada, frecuentemente por los militares, de los barrios tradicionales de la clase obrera y de los barrios de chabolas y, por otro, la llegada de la población procedente del éxodo rural»[94]. Igualmente, la floreciente periferia de Bangalore alberga a dos millones de personas entre la población expulsada del centro y los trabajadores rurales que abando-

---

[91] P. Ward, *Mexico City. The Production and Reproduction of an Urban Environment*, Londres, 1990, p. 193.

[92] E. Brennan, «Urban Land and Housing Issues Facing the Third World», en J. Kasarda y A. M. Parnell, *Third World Cities. Problems, Policies and Prospects*, cit., p. 80.

[93] J. Seabrook, *In the Cities of the South*, cit., p. 187.

[94] M. Abdoul, «The Production of the City and Urban Informalities», en O. Enwezor *et al.*, *Under Siege. Four African Cities. Freetown, Johannesburg, Kinshasa, Lagos*, cit., p. 342.

nan la tierra. En los límites de Ciudad de México, Buenos Aires y otras ciudades de América Latina es frecuente encontrar barrios de chabolas, habitados por emigrantes rurales, pegados a las vallas que rodean las zonas residenciales en las que las clases medias se refugian del crimen y de la inseguridad del centro de la ciudad[95].

La periferia también atrae una corriente de industrias contaminantes, tóxicas y frecuentemente ilegales que buscan la oscura permisividad que ofrecen estas zonas. El geógrafo Hans Schenk señala que las periferias urbanas de Asia son un vacío regulador, una auténtica frontera en la que «Darwin se impone sobre Keynes», donde empresarios mafiosos y políticos corruptos se mueven a sus anchas sin ningún control ni de la ley ni de la sociedad. La mayor parte de los pequeños talleres textiles clandestinos de Pekín se ocultan en un archipiélago de pueblos (todavía parcialmente agrícolas) y ciudades de chabolas en las afueras del sur de la ciudad. Al igual que en Bangalore, las fronteras urbanas son para los empresarios una fuente muy rentable de mano de obra barata sin control del Estado[96]. Surat en India y Shenzhen en China son dos ejemplos de estas capitales mundiales de la superexplotación con millones de trabajadores temporales y campesinos desesperados planeando por sus afueras. Estos trabajadores nómadas no encuentran seguridad ni en la ciudad ni en el campo, y con frecuencia pasan sus vidas en un movimiento aleatorio entre los dos lugares. En América Latina mientras tanto se produce una lógica inversa: los empresarios rurales recurren a la población de las chabolas para trabajos temporales o estacionales en el campo[97].

Pero la principal función que cumplen las fronteras urbanas en el Tercer Mundo es la de vertederos humanos. En algunos casos, la basura urbana y los emigrantes no deseados acaban juntos en infa-

---

[95] G. Thuillier, «Gated Communities in the Metropolitan Area of Buenos Aires», *Housing Studies* xx, 2 (marzo 2005), p. 225.

[96] H. Schenk, «Urban Fringes in Asia. Markets versus Plans», en I. S. A. Baud y J. Post (eds.), *Realigning Actors in an Urbanizing World. Governance and Institutions from a Development Perspective*, Aldershot, 2002, pp. 121-122, 131.

[97] C. Kay, «Latin America's Agrarian Transformation. Peasantization and Proletarianization», en D. Bryceson, C. Kay y J. Mooij (eds.), *Dissapearing Peasantries? Rural Labour in Africa, Asia and Latin America*, cit., p. 131.

mes vertederos como los de Quarantina en las afueras de Beirut, Hillat Kusha en Jartum, Santa Cruz Meyehualco en Ciudad de México, Smoky Monuntain en Manila, o el enorme Dhapa en las orillas de Calcuta. Igualmente frecuentes son los desolados campamentos gubernamentales y los rudimentarios asentamientos de tránsito, que almacenan a la población expulsada de las áreas interiores por la acción municipal. En las afueras de Penang y Kuala Lumpur, a los desalojados se les abandona en campos minimalistas supuestamente transitorios. Como explica un activista:

> el término «viviendas largas» (*rumah panjang* en malayo *bahasa*) nos trae imágenes confortables de un tipo de vivienda ancestral que se produjo en Malasia hace mucho tiempo; pero la realidad de estos campamentos de «tránsito» es bastante diferente. Las hileras de casas son inhóspitas líneas formadas por chozas endebles de contrachapado y amianto unidas por los costados, situadas a ambos lados de una pista sin pavimentar en la que no queda un solo árbol y provistas de unos servicios básicos irregulares, si es que hay alguno. Al final no han resultado tan «provisionales» después de todo. Muchos desalojados todavía están allí, veinte años después, esperando que el gobierno cumpla sus promesas de facilitar viviendas de rentas bajas […][98].

La antropóloga Monique Skidmore tuvo problemas con las autoridades en su visita a algunos de los distritos periféricos de Rangún, los llamados «Campos Nuevos», donde la dictadura militar recolocó por la fuerza a cientos de miles de personas procedentes de áreas urbanas hiperdegradadas que impedían el desarrollo turístico del centro. «Los habitantes hablaban de la pena y el dolor que había producido la pérdida de sus antiguos barrios […] las tiendas de alcohol, los montones de basura, las aguas estancadas y el lodo mezclado con las aguas fecales rodeaban la mayoría de las casas.» Por otra parte, la situación es aún peor en las chabolas de Mandalay, donde «la población debe caminar hasta

[98] Asian Coalition for Housing Rights, «Special Issue on How Poor People Deal with Eviction», *Housing by People in Asia*, 15 de octubre de 2003, p. 19.

las laderas de los montes Shan en busca de leña. Allí no existe ninguna actividad industrial, ni talleres clandestinos de ningún tipo como sucede en otros distritos de Rangún»[99].

Los refugiados internacionales y los desplazados internos suelen recibir un trato incluso peor que la población procedente de desalojos urbanos. Algunos de los mayores campos de refugiados del Tercer Mundo se han desarrollado por su propia cuenta en los límites de las ciudades. Gaza, que algunos consideran la mayor zona degradada del planeta es en esencia una aglomeración urbanizada de campos de refugiados (750.000 habitantes) con una población que subsiste en sus dos terceras partes con menos de dos dólares diarios[100]. Dadaad, en la frontera de Kenia alberga a 125.000 somalíes mientras que Goma en Zaire, a mediados de la década de 1990 era un lastimoso refugio para 700.000 ruandeses muchos de los cuales murieron de cólera debido a las espantosas condiciones sanitarias. La desértica periferia de Jartum acoge a cuatro grandes campos (Mayo Farms, Jebel Aulia, Dar el Salaam y Wad al-Bashir) con una población de 400.000 personas víctimas de la sequía, la hambruna y la guerra civil. Las ciudades de Sudán están rodeadas de grandes asentamientos que albergan a millón y medio de desplazados internos provenientes del sur del país[101].

De la misma manera cientos de miles de víctimas de la guerra y de refugiados procedentes de Irán y Pakistán acampan sin agua ni condiciones sanitarias de ningún tipo en las degradadas colinas de Kabul. *The Washington Post* informaba en agosto de 2002 que «en el distrito de Karte Ariana, cientos de familias que han huido de los combates entre los talibanes y las fuerzas de la oposición en el norte de Afganistán, se encuentran encajadas en un laberinto de infraviviendas sin cocinas ni baños, durmiendo hasta veinte personas en una chabola». En los últimos años se han producido pocas lluvias y muchos de los pozos de agua han dejado de funcionar; la población infantil padece de manera crónica enfermedades

---

[99] M. Skidmore, *Karaoke Fascism. Burma and the Politics of Fear*, Filadelfia, 2004, pp. 150-151, 156.

[100] Al-Dameer Association for Human Rights Gaza, 2002.

[101] G. E. Eltayeb, «Khartoum, Sudan», cit., p. 2.

de la garganta y de todo tipo debido al agua contaminada. Las expectativas de vida son de las más bajas del planeta[102].

Dos de las mayores poblaciones de desplazados internos están en Angola y Colombia. La primera sufrió un proceso de urbanización a la fuerza, producto del desplazamiento del 30 por 100 de su población como consecuencia de una guerra civil (1975-2002) alentada por las maquinaciones de Pretoria y de la Casa Blanca. Muchos de los refugiados no regresaron nunca a sus antiguos hogares que habían quedado en medio de un campo arrasado y peligroso y se instalaron en los deprimentes *musseques* (barrios de chabolas) que rodean Luanda, Lobito, Cabinda y otras ciudades. El resultado ha sido que Angola, que en 1970 era un país eminentemente rural con un 14 por 100 de población urbana, es en la actualidad un país mayoritariamente urbano. La mayor parte de los habitantes de las ciudades carecen por completo de recursos y están totalmente abandonados por un Estado, que en 1998 dedicó el 1 por 100 de su presupuesto a la educación y salud[103].

Las interminables guerras civiles de Colombia han añadido más de 400.000 personas al cinturón de pobreza que rodea la ciudad de Bogotá y que incluye los enormes asentamientos de Sumapaz, Ciudad Bolívar, Usme y Soacha. Según fuentes de organizaciones no gubernamentales, «la mayor parte de los desplazados son marginados sociales, excluidos de la vida y del trabajo. En la actualidad (2002) hay 653.800 habitantes de Bogotá que no tienen trabajo en la ciudad, y la mitad de ellos tienen menos de 29 años». Estos jóvenes y sus hijos, sin acceso a la educación ni oportunidades de ningún tipo, son una fuente ideal de bandas callejeras y de reclutamiento para los grupos paramilitares. Los empresarios locales que sufren el vandalismo de estos niños forman grupos de limpieza relacionados con los escuadrones de la muerte, y los cuerpos de niños asesinados se arrojan en las afueras de la ciudad[104].

---

[102] *The Washington Post*, 26 de agosto de 2002.

[103] T. Hodges, *Angola*, Oxford 2004, p. 22.

[104] Project Counseling Services, «Deteriorating Bogotá. Displacement and War in Urban Centres», *Columbia Regional Report*, Bogotá (diciembre 2002), pp. 3-4.

La misma pesadilla se repite en las afueras de Cali, donde el antropólogo Michael Taussig evoca el *Infierno* de Dante para describir la lucha por la supervivencia en dos de los tremendamente peligrosos barrios de la ciudad. Uno de ellos, Navarro, es una famosa montaña de basura donde mujeres y niños hambrientos rebuscan en los desperdicios mientras que los pistoleros jóvenes *(malo de malo)* se alquilan como asesinos a sueldo o caen asesinados por los grupos paramilitares. El otro asentamiento, Carlos Alfredo Díaz, está «lleno de niños corriendo con pistolas y granadas de fabricación casera. De la misma manera que la guerrilla tenía su base de reclutamiento más importante en los interminables bosques de Caquetá, al final de ninguna parte en la cuenca del Amazonas, el mundo de las bandas también tiene su bosque sagrado precisamente aquí, en Carlos Alfredo Díaz, las afueras miserables de la ciudad donde las chabolas se juntan con los campos de cañas»[105].

[105] M. Taussig, *Law and Lawless Land. Diary of a Limpreza in Colombia*, Nueva York, 2003, pp. 114-115.

# CAPÍTULO III

## La traición del Estado

> Si un capitalismo desaforado tiene una cara bastante inaceptable, un Estado corrupto actuando en beneficio de los ricos es todavía peor. En semejantes circunstancias hay poco que ganar intentando mejorar el sistema.
>
> Alan Gilbert and Peter Ward[1]

Recientemente, los geógrafos Alan Gilbert y Peter Ward se quejaban asombrados de que «no se haya realizado ni un solo estudio que recoja la transformación que han sufrido los asentamientos de rentas bajas, durante todo el periodo de la posguerra, en ninguna ciudad del Tercer Mundo»[2]. Tampoco nadie ha intentado presentar un panorama histórico general del modelo global de los asentamientos informales. La diversidad de las historias nacionales y de las características urbanas hace que esa síntesis sea una tarea de enormes proporciones. Sin embargo, es posible aventurar una periodización aproximada que recoja las principales tendencias y los momentos decisivos en la urbanización mundial de la pobreza.

Pero antes de considerar por qué las áreas urbanas hiperdegradadas de estas ciudades crecieron tan rápidamente en la segunda mitad del siglo xx, es necesario entender por qué lo hicieron tan *lentamente* en la primera mitad. Aunque hay algunas excepciones, la mayoría de las actuales megaciudades del Sur Global comparten una misma trayectoria: un ritmo de crecimiento relativamen-

---

[1] A. Gilbert and Peter Ward, *Housing, the State and the Poor. Policy and Practice in Three Latin America Cities*, Cambridge, 1985, p. 254.

[2] R. Harris y M. Wahba, «The Urban Geography of Low-Income Housing. Cairo (1947-96) Exemplifies a Model», *International Journal of Urban and Regional Research* xxvi, 1 (marzo 2002), p. 59.

te lento o incluso retardado, y a continuación una brusca aceleración en las décadas de 1950 y 1960 donde se produce el aumento de una emigración rural que se refugia cada vez más en periferias urbanas miserables. A comienzos del siglo xx, el traslado masivo de la pobreza rural a las ciudades se evitaba con los equivalentes políticos y económicos de un muro protector alrededor de la ciudad. Tanto la entrada en la ciudad como los derechos a una ciudadanía urbana se negaban sistemáticamente a la población rural.

## Mantener a los campesinos fuera

Evidentemente, el primer muro fue el colonialismo europeo. En las ciudades coloniales británicas del sur y del este de África la población nativa carecía del derecho a la propiedad de terrenos urbanos así como al de residencia permanente en las ciudades. Los británicos, unos maestros en el arte del «divide y vencerás», tenían miedo de que la vida urbana acabara con la estructura tribal de la población africana y fomentara una solidaridad anticolonialista[3]. La emigración hacia las ciudades se controlaba mediante visados de tránsito, mientras que las ordenanzas sobre vagabundos eran un freno para el trabajo informal. Hasta 1954 a la población africana se la consideraba solamente como residentes temporales en las zonas racialmente exclusivas de Nairobi, y no tenían acceso a la propiedad mediante el alquiler[4]. Como señala Karin Nuru, en Dar-es-Saalam los africanos «solo estaban tolerados como mano de obra temporal y debían volver al campo»[5]. En Rhodesia (actual Zimbabwe), la población africana tuvo que esperar a las vísperas de la independencia para acceder al derecho legal a la propiedad urbana, mientras que en Lusaka, concebida como «una ciudad muy ordenada, segmentada por razas, clases y géneros», los residentes africanos estaban considerados como «pobla-

[3] G. Myers, «Colonial and Postcolonial Modernities in Two African Cities», *Canadian Journal of African Studies* xxvii, 2-3, 2003, pp. 338-339.

[4] P. Amis, «Commercialized Rental Housing in Nairobi», cit., p. 238.

[5] K. Nuru, «Tanzania», en Kosta Mathéy, *Housing Policies in the Socialist Third World*, Múnich, 1990, p. 183.

ción temporal cuya única función en la ciudad era estar al servicio del personal de la administración»[6].

El *apartheid* llevó este sistema hasta su expresión más descarnada. Sudáfrica se levantó sobre los cimientos del racismo colonial. Su legislación de la posguerra no solo criminalizaba la migración urbana, sino que amparaba el desahucio brutal de comunidades de color que históricamente habían vivido en el interior de las ciudades. Más de un millón de personas fueron expulsadas de las zonas «blancas» y como resultado, la urbanización neta apenas aumentó del 43 por 100 en 1950 al 48 por 100 en 1990. Incluso durante la década de 1960, se produjo un flujo neto de población africana abandonando zonas urbanas[7]. Al final sin embargo, este ideal de «ciudades blancas, *homelands* negros» entró en contradicción con las necesidades de mano de obra del mercado, así como con la desesperada resistencia de las víctimas.

En India la estrategia británica también aislaba y perseguía los flujos rurales. En su brillante estudio sobre las ciudades de Uttar Pradesh durante el periodo de entreguerras, Nandini Gooptu refleja los esfuerzos continuos de los dirigentes coloniales y de las elites locales para empujar a la población sin recursos hacia las afueras de las ciudades. La fantásticas disposiciones que se recogían en los Town Improvements Trusts eran muy eficaces para limpiar áreas urbanas degradadas y eliminar los llamados «puntos negros» de las proximidades de zonas residenciales y comerciales, así como para reservar espacios libres alrededor de las zonas residenciales de la administración colonial y de la burguesía nativa. Simultáneamente, la normativa recogida por las «leyes sobre la invasión», que se aplicaba enérgicamente, prohibía tanto la venta ambulante como la ocupación de la calle[8]. Todo ello se acompañaba de un crecimiento económico urbano, en la época anterior a la Primera Guerra Mundial, que en el mejor de los casos se podría considerar irregular.

---

[6] G. Myers, «Colonial and Postcolonial Modernities in Two African Cities», cit., p. 334.

[7] M. Garenne, *Urbanization Poverty and Child Mortality in Sub-Saharan Africa*, París, 2003, cuadro 1, p. 22.

[8] N. Gooptu, *The Politics of the Urban Poor in Early Twentieth-Century India*, cit., capítulo 3.

Incluso Bombay, con sus famosas elites empresariales y sus empresas textiles, crecía lentamente sin llegar a doblar su población en el medio siglo que transcurre entre 1891 y 1941.

A pesar de su oposición al agrupamiento de los nativos en grandes asentamientos urbanos, los británicos fueron probablemente los mayores constructores de áreas urbanas hiperdegradadas de todos los tiempos. Su política africana obligó a los trabajadores locales a vivir en chabolas en los límites de ciudades segregadas y restringidas; en India, Birmania y Ceilán, su negativa a desarrollar la sanidad o a proporcionar mínimas infraestructuras a los barrios de población nativa fueron el origen de una elevada mortalidad debida a las epidemias (plagas, cólera, gripe) de principios del siglo xx creando inmensos problemas de miseria urbana que fueron heredados por las elites locales con la independencia.

Las demás colonias de otros países también intentaron con mayor o menor éxito restringir y controlar la emigración rural. Con pocas excepciones, los puertos y los centros de transporte coloniales generaron poco valor añadido, industrial o de transformación, que permitiera la creación de empleo o el crecimiento urbano. En todas partes, los trabajadores nativos se vieron recluidos en áreas de infraviviendas. Como muestra un reciente trabajo histórico sobre las ciudades congoleñas, la administración colonial «controlaba los flujos urbanos de manera bastante eficaz y había creado alrededor de las ciudades una vasta red de disposiciones reguladoras que ahogaba tanto al pequeño comercio, fuera de los canales autorizados, como la construcción "anárquica" de viviendas»[9].

El historiador Jean Suret-Canale, nos recuerda que en el África tropical, los franceses regulaban estrictamente los movimientos de los trabajadores rurales mientras recluían a los urbanos en periferias deprimentes. En las áreas hiperdegradadas coloniales como Medina (Dakar), Treichville (Abiyán) y Poto-Poto (Brazzaville), las calles no eran más «que callejones de arena o barro […] en lugar de alcantarillado había unas cuantos sumideros, normal-

[9] C. Young y T. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, Madison (WI), 1985, p. 87.

mente abiertos o cubiertos con losas de piedra; agua había poca o ninguna, con unas cuantas bombas de uso público que desde primeras horas de la mañana ya tenían largas colas. El alumbrado público estaba reservado a los barrios europeos. El hacinamiento era un peligro para la salud»[10]. En realidad, esta negativa prácticamente universal a proporcionar infraestructuras sanitarias mínimas a los «barrios nativos» era algo más que simple tacañería: simbolizaba claramente la negativa a reconocer a la población nativa su «derecho a la ciudad».

Pero el colonialismo europeo no fue el único sistema internacional de control del crecimiento urbano. El estalinismo asiático, a pesar de su deuda con los campesinos que lo habían llevado al poder, también intentó contener los desplazamientos de la población rural. Inicialmente, la Revolución china de 1949 abrió las puertas de las ciudades a la vuelta de los refugiados y a unos campesinos hambrientos de trabajo que abandonaban el ejército. El resultado fue una incontrolable inundación: en cuatro años 14 millones de personas llegaron a las ciudades[11]. En 1953 el nuevo régimen cortó la marea rural con controles estrictos sobre la inmigración. El maoísmo de manera simultánea privilegiaba al proletariado urbano, beneficiario del «cuenco de arroz garantizado» y de una asistencia social de por vida, mientras constreñía el crecimiento de la población urbana mediante la adopción de un sistema de registro de la vivienda *(bukou)*, que vinculaba la ciudadanía social con la sedentaria pertenencia a una unidad de trabajo.

En 1960, después de haber realojado a la población sin techo y de haber desmantelado la mayor parte de las chabolas urbanas, Pekín continuó ejerciendo una extraordinaria vigilancia sobre la emigración rural espontánea. La ciudad y el campo se concebían como mundos separados que coincidían solamente en las condiciones que cuidadosamente definía el Estado-Partido. Si los residentes urbanos algunas veces obtenían autorizaciones oficiales

---

[10] J. Suret-Canale, *French Colonialism in Tropical Africa 1900-1945*, Nueva York, 1971, p. 417.

[11] On-Kwok Lai, «The Logic of Urban Development and Slum Settlements», en B. Aldrich y R. Sandhu, *Housing the Urban Poor*, cit., p. 284.

para cambiar de ciudad, no se producían muchos casos de campesinos autorizados para abandonar sus comunas. A principios de la década de 1960 un elevado número de emigrantes no registrados (algunos cálculos hablan de 50 millones), fueron deportados a sus pueblos[12]. De acuerdo con Guilhem Fabre, miembro de la Universidad de Le Havre especializado en China, el porcentaje urbano de la población cayó desde casi el 20 por 100 en 1960, al 12,5 en 1971[13]. Durante la década de 1950 se introdujeron controles similares en Corea del Norte, Albania y más atenuados en Vietnam del Norte (el sistema *ho khau*), aunque el clímax del antiurbanismo ideológico fue la deportación brutal de ciudadanos de Phnom Penh que realizó en 1975 el régimen de Pol Pot.

En América Latina los obstáculos a la emigración hacia la ciudad también fueron muy importantes aunque menos sistemáticos. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la población urbana sin recursos vivía en el interior de las ciudades en viviendas de alquiler, pero a finales de la década de 1940, la sustitución de la industrialización por las importaciones provocó una dramática oleada que ocupó las afueras de Ciudad de México y de otras ciudades del continente. En respuesta al florecimiento de los barrios de chabolas las autoridades de muchos países, con el ferviente apoyo de las clases medias urbanas, organizaron aplastamientos masivos de asentamientos informales. Esta «guerra a la ocupación» tenía en muchos casos un componente racial muy claro, ya que muchos de los emigrantes eran *indígenas* o descendientes de esclavos.

El dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez fue un enemigo particularmente señalado de la vivienda informal. Como señalan investigadores de la Universidad de California, «la solución de gobierno que ofrecía a los *barrios*, era la excavadora. Una mañana llegaban los camiones y la policía; se metían las pertenencias de los residentes en los camiones, mientras la policía se encargaba de cualquier resistencia que pudiera producirse; cuando pertenen-

---

[12] D. Solinger, *Contesting Citizenship in Urban China. Peasant Migrants, the State and the Logic of the Market*, Berkeley, 1999, pp. 2, 41.

[13] Cuadro 1, G. Fabre, «La Chine», cit., p. 196.

cias y residentes salían hacia sus nuevos emplazamientos, las casas se demolían». La población era deportada a las afueras de Caracas donde era realojada en superbloques, monstruos de dormitorios de 15 plantas, unánimemente odiados por sus residentes[14].

En Ciudad de México las clases medias tradicionales hicieron un personaje de Ernesto Uruchurtu, que en su largo mandato como alcalde (1952-1958, 1964-1966) se enfrentó a la marea de pobreza rural que se extendía por la ciudad y que venía provocada por el modelo de crecimiento económico del PRI basado en el carácter céntrico del Distrito Federal. Cuando en 1952 llegó al cargo, miles de campesinos del centro del país se lanzaban todos los meses «en paracaídas» sobre la periferia de la ciudad. Los asentamientos ocupados llamados *colonias populares* que en 1947 albergaban un insignificante 2,3 por 100 de la población habían pasado en cinco años a representar una cuarta parte de los habitantes de la ciudad[15]. Uruchurtu se propuso detener la marea de campesinos expulsando a los «paracaidistas», sacando de las calles a los vendedores informales y llevando una política de negación de derechos y servicios hacia las *colonias* ya existentes. Como señala la socióloga Diane Davis, su estrategia de crecimiento controlado reflejaba el trasfondo racial de su política. «Como muchos de los residentes de la ciudad, Uruchurtu responsabilizaba a las masas ingentes de desheredados, muchos de ellos de origen indio, de la destrucción física y social de la ciudad»[16].

## El diluvio

Las barreras institucionales que impedían un desarrollo urbano rápido se vinieron abajo por la paradójica combinación de los procesos de contrainsurgencia colonial e independencia nacional acaecidos en Asia y África y por la caída de las dictaduras y los

[14] K. Karst, M. Schwartz y A. Schwartz, *The Evolution of the Law in the Barrios of Caracas,* cit., p. 7.

[15] K. Pezzoli, «Mexico's Urban Housing Environments», cit., p. 147.

[16] D. Davis, *Urban Leviathan. Mexico City in the Twentieth Century*, Filadelfia, 1994, pp. 132-135, 155.

regímenes de crecimiento lento en América Latina. Empujados hacia las ciudades por fuerzas irresistibles, los pobres hicieron valer su «derecho a la ciudad», aunque esto solamente significara un tugurio en las afueras. Por encima del hambre y la deuda, las palancas más efectivas y despiadadas que facilitaron la urbanización informal en las décadas de 1950 y 1960 fueron la guerra civil y la represión.

En el caso del Imperio británico en India la división del territorio y los traumas étnicos y religiosos que ocasionó, arrojaron a millones de personas a las áreas urbanas hiperdegradadas. Las ciudades de Bombay, Calcuta, Karachi, Lahore y Dacca se vieron obligadas a absorber las mareas de refugiados que se produjeron como consecuencia de la traumática división del territorio (1948), de la guerra indo-paquistaní (1964) y de la secesión de Bangladesh (1971)[17]. La población de Bombay que durante las últimas décadas había estado creciendo a un ritmo del 2 por 100 anual dobló su población a finales de las décadas de 1940 y principios de la de 1950 con la llegada de los refugiados de Pakistán y la paralela, aunque lenta, expansión de la industria textil[18]. En la década de 1950, la mitad de la población de Karachi y Hyderabad eran *muhajirs*, refugiados musulmanes del este del Punjab. Más tarde (en la década de 1970) llegaron cientos de miles de *biharis*, campesinos musulmanes y «emigrantes dobles» que primero habían huido al este de Pakistán y que con la secesión de Bangladesh volvieron a huir a Pakistán[19]. Desde sus comienzos, esta población de refugiados que encontró acomodo en las áreas urbanas, se encontró dependiendo totalmente de benefactores políticos y corruptas maquinarias de partidos. En consecuencia, tanto en India como en Pakistán, el desarrollo de las áreas urbanas hiperdegradadas estuvo perfectamente sincronizado con los ciclos electorales: las invasiones de tierras y las parcelaciones piratas en Karachi aumentaban claramente en los años electorales, mientras que en In-

[17] F. Thomas, *Calcutta Poor*, cit., p. 41.

[18] S. Patel, «Bombay's Urban Predicament», en Patel y Alicia Thorner (eds.), *Bombay. Metaphor for Modern India*, Delhi, 1996, p. xvi.

[19] O. Verkaaik, *Migrants and Militants. Fun and Urban Violence in Pakistan*, Princeton, 2004, p. 64.

dia, las elecciones proporcionaban un asidero a la población que buscaba legalizar o mejorar sus *bustes*[20].

En Vietnam del Sur la estrategia militar de Estados Unidos incluía una urbanización a la fuerza que, con una inconsciente ironía orwelliana, se calificaba de «modernización». Como consideraban Samuel Huntington y otros halcones de la guerra, «habida cuenta de que el Vietcong constituye una fuerza indestructible mientras no se la pueda aislar de su entorno, entonces destruyamos el entorno». El terror de los bombardeos estadounidenses fue un factor tan determinante que «produjo un desplazamiento masivo de la población del campo hacia la ciudad, de manera que los principios básicos de la doctrina maoísta de la guerra revolucionaria se volvieron inoperantes *[sic]*. Las bases campesinas que tenía el maoísmo desaparecieron con las políticas prourbanas de los americanos»[21]. Como señala la historiadora Marilyn Young, en el transcurso de la guerra el porcentaje urbano de la población de Vietnam del Sur pasó del 15 al 65 por 100, con cinco millones de campesinos desplazados que se convirtieron en habitantes de áreas urbanas hiperdegradadas o de campos de refugiados[22].

En Argelia los siete años de una guerra colonial brutal (1954-1961) produjeron el desplazamiento de la mitad de la población rural. Después de la independencia, alcanzada en 1962, estas masas de desplazados se volcaron sobre las ciudades. Argel triplicó su población en menos de dos años a medida que los desheredados se apiñaban en los *bidonvilles* o si podían, ocupaban alguna de las viviendas que quedaron vacías con la marcha de 900.000 colonos. El modelo soviético de industrialización forzada que adoptó el nuevo régimen en sus comienzos, junto a la falta de atención sobre la agricultura de subsistencia no hizo otra cosa que reforzar el abandono del campo. La ciudad se vio desbordada, con gran parte de la población amontonada en viviendas viejas peligrosamente deterioradas. Muchas de estas viviendas de la *casbah* simplemente se

---

[20] R.-J. Baken y J. van der Linden, *Land Delivery for Low Income Groups in Third World Cities*, Aldershot, 1992, p. 31.

[21] S. Huntington, «The Bases of Accommodation», *Foreign Affairs* xlvi, 4 (julio 1968), pp. 650-653.

[22] M. Young, *The Vietnam Wars. 1945-1990*, Nueva York, 1991, p. 177.

derrumbaron enterrando con frecuencia a sus habitantes. Al mismo tiempo, los *bidonvilles* «socialistas» continuaron su crecimiento en las afueras y a lo largo de las principales carreteras[23].

Mientras tanto, en la Turquía de la posguerra el desplazamiento de la población hacia las ciudades se vio favorecido por el Plan Marshall, la modernización de la agricultura y el crecimiento de las industrias de sustitución de importaciones. Pero como señala el sociólogo marxista Çağlar Keyder, el Estado fundado por Mustafa Kemal no estaba preparado ni para levantar viviendas públicas ni para poner el suelo público en manos del sector privado. A falta de otra alternativa, «el clientismo populista se impuso por su propia inercia». Los emigrantes procedentes de Anatolia se vieron obligados a construir sus propias ciudades de chabolas en las afueras de Ankara y Estambul, siendo la década de 1955 a 1965 la edad de oro de la ocupación, con un aumento de la población *gecekondu* que pasó del 5 por 100 (250.000) al 23 por 100 (2,2 millones) de la población total, un porcentaje que no ha variado significativamente desde entonces[24]. Por lo menos en este periodo inicial, los *gecekondu* apoyaban el sistema político que les había proporcionado lo que podría ser una modalidad primaria de vivienda popular. Keyder continúa diciendo que «para los políticos, la distribución arbitraria era un privilegio que por regla general preferían seguir manteniendo, ya que les proporcionaba un apoyo popular del que salían fortalecidos. La existencia de ese clientelismo era una de las bases para acceder a la ocupación informal de la tierra»[25].

En el resto de Oriente Próximo, el mayor aumento de la urbanización informal se produce una o dos décadas más tarde durante el *boom* de la OPEP a principios de la década de 1970. Ahmed Soliman considera que «el apogeo de la residencia urbana informal» en El Cairo se produce en el periodo de 1974 a 1990, cuan-

---

[23] D. Lesbet, «Algeria», en K. Mathéy, *Housing Policies in the Socialist Third World*, cit., pp. 252-263.

[24] Ç. Keyder, «The Housing Market from Informal to Global», cit., p. 147; H. Tarik Sengul, «On the Trajectory of Urbanization in Turkey», *International Development Planning Review* xxv, 2003, p. 160.

[25] Ç. Keyder, «The Housing Market from Informal to Global», cit., p. 147.

do empiezan a llegar desde Arabia Saudita los salarios de los trabajadores que habían emigrado y que sirven para llenar algunas de las lagunas dejadas por desaparición de la política social de la época de Nasser[26]. Las mismas razones llevan a cientos de miles de artesanos y trabajadores agrícolas a desplazarse a Teherán a principios de la década de 1970 buscando trabajo en las fábricas de ladrillos o en la construcción aunque para 1976, lo único que hacen es encontrar el desempleo. Su rabia y desencanto se convierte en la materia prima de la revolución islámica que a su vez crea un espacio único para el crecimiento de las áreas urbanas hiperdegradadas[27]. Como señala Asef Bayat, «mientras los revolucionarios desfilaban por las calles de las principales ciudades, los más desamparados estaban muy ocupados extendiendo su control sobre sus propias comunidades e incorporando nuevos terrenos al (sub) desarrollo». Después de la fuga del Sha «las familias más pobres aprovecharon el colapso de las instituciones para ocupar cientos de viviendas vacías y bloques de edificios a medio acabar reconvirtiéndolos en sus nuevas propiedades». Para disgusto del comercio tradicional, los nuevos pobres levantaron miles de tenderetes, kioscos y carritos de vendedores que convirtieron «las aceras de las calles en un espacio comercial vibrante y colorista»[28].

En África Subsahariana, el campo empezó a volcarse sobre las ciudades inmediatamente después de la independencia. Exceptuando Sudáfrica, los índices de crecimiento urbano de la mayoría de los países en la década de 1960, representaron el doble del índice de crecimiento de la población total. Por otra parte, hasta la década de 1980, el crecimiento de las ciudades se vio favorecido por las políticas coercitivas que obligaban a los campesinos a vender sus productos por debajo de los precios de mercado, al mismo tiempo que les sometían a unos impuestos desproporcionados. En Zaire, por ejemplo, el presidente Mobutu denunciaba frecuentemente «los peligros de un desarrollo urbano hipertró-

---

[26] A. Soliman, *A possible Way Out*, cit., p. 51.

[27] F. Kazemi, *Poverty and Revolution in Iran. The Migrant Poor, Urban Marginality, and Politics*, Nueva York, 1980, p. 114.

[28] A. Bayat, «Un-civil Society», cit., p. 53.

fico, y las maldiciones como el desempleo y el crimen que le acompañan», mientras al mismo tiempo estrangulaba el campo de tal manera que a los campesinos no les quedaba otra opción que huir hacia las áreas urbanas[29]. Sin embargo en África, la llamada «predisposición urbana» del desarrollo apenas supuso una ventaja para las nuevas poblaciones, y mientras las elites poscolonialistas y los grupos militares ponían el campo del revés, las infraestructuras y los servicios públicos de las ciudades se deterioraba rápidamente[30].

En América Latina, la caída de dictaduras creó oportunidades pasajeras para la invasión de tierras y la ocupación; las rivalidades entre partidos y la amenaza revolucionaria fueron oportunidades esporádicas para que los emigrantes urbanos consiguieran tierras e infraestructuras a cambio de votos. Un reciente estudio sobre Venezuela señalaba que «las fechas clave en la formación de los *barrios* de Caracas, fueron los años de 1958 a 1960». Después de la caída de Pérez Jiménez y antes de la elección de Rómulo Betancourt, el gobierno provisional suspendió el desalojo de los *barrios* y estableció ayudas públicas para los desempleados. El resultado fue que en un año 400.000 personas mayoritariamente sin recursos se trasladaron a Caracas. Poco después la lucha por los votos entre los dos principales partidos, la Acción Democrática de centro izquierda y el COPEI de centro derecha, abrió las compuertas que Pérez Jiménez había tratado de mantener cerradas al crecimiento explosivo de los barrios en las colinas de la ciudad. Caracas y otras ciudades venezolanas crecieron a la misma velocidad que algunas ciudades africanas: durante la década de 1960 el país pasó de tener una población urbana del 30 por 100 a tener una población rural de ese mismo porcentaje[31].

---

[29] C. Young y T. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, cit., p. 98; D. Posel, «Curbing African Urbanization in the 1950s and 1960s», en M. Swilling, R. Humphries y K. Shubane (eds.), *Apartheid City in Transition*, Ciudad del Cabo, 1991, pp. 29-30.

[30] C. Rakodi, «Global Forces, Urban Change, and Urban Management in Africa», en C. Radoki (ed.), *The Urban Challenge in Africa*, cit., pp. 32-39.

[31] Urban Planning Studio, Columbia University, *Disaster-Resistant Caracas*, Nueva York, 2001, p. 25.

En Ciudad de México la estrategia de crecimiento controlado que llevaba Uruchurtu en su lucha contra asentamientos informales, se mostró finalmente incompatible tanto con las necesidades de mano de obra barata que tenía la industria y la inversión extranjera, como con las demandas de viviendas baratas de los trabajadores. Su Comisión de Planificación se convirtió en un obstáculo para los proyectos de inversión de sectores poderosos del Estado y la gota definitiva fue su oposición a la construcción del suburbano. Después de derribar en septiembre de 1966 la Colonia de Santa Úrsula en Ajusco, fue destituido por el presidente Gustavo Díaz Ordaz, un político famoso por sus grandes conexiones con el capital extranjero y los especuladores de terrenos. El PRI cambió la política urbana en la capital, y estableció una agenda de crecimiento rápido en la que toleraba la urbanización pirata en la periferia a cambio de la renovación urbana en el centro[32].

Con una generación de retraso respecto a lo que había sucedido en todas partes, China empezó a relajar sus controles sobre el crecimiento urbano a principio de la década de 1980. Con un enorme excedente de campesinos (que según el *Diario del Pueblo*, incluía a más de la mitad de la mano de obra de la provincia de Sichuan), el debilitamiento de las trabas burocráticas produjo una auténtica «marea campesina»[33], y la actuación en contra de la emigración se vio superada por la avalancha de emigrantes no autorizados o «flotantes». Esta población (actualmente estimada en 100 millones) carecía de papeles que legalizaran su situación en la ciudad, lo que les dejaba sin posible acceso a viviendas o servicios y les convertía en un combustible superbarato para los talleres clandestinos del delta del río Perla o para el sector de la construcción de Sanghái y Pekín. El retorno del capitalismo a China trajo consigo las ciudades chabola, las barracas y el hacinamiento en las viviendas donde esta población tuvo que refugiarse.

Por último, a finales de la década de 1980, los dirigentes de Sudáfrica que se enfrentaban a la sublevación de los barrios de chabolas más importante de la historia (el movimiento a favor de los

---

[32] D. Davis, *Urban Leviathan*, cit., pp. 177-180.

[33] D. Solinger, *Contesting Citizenship in Urban China*, cit., p. 155.

derechos civiles de los barrios negros de las ciudades), se vieron obligadas a suprimir los sistemas de control que restringían el derecho al desplazamiento y a la residencia de la población africana, en primer lugar, la Ley de Pases en 1986, y a continuación la Ley de Áreas en 1991. El escritor Rian Malan describía el impacto que produjo en Ciudad del Cabo, donde la población africana se había triplicado entre 1982 y 1992,

> después de que la odiada Ley de Pases fuera desguazada pareció como si un lejano dique se hubiera roto, permitiendo que una humanidad desesperada y llena de esperanzas se deslizara por las montañas y se desplegara por Cape Flats. Diariamente llegaban ochenta o noventa familias y levantaban casas con sus manos desnudas, utilizando palos de madera, trozos de hojalata, residuos rescatados de los vertederos y bolsas de basura para aislar de la lluvia. En dos años, las dunas de arena habían desaparecido debajo de un mar de chabolas y barracas tan poblados como una ciudad medieval y habitadas por una variopinta colección de contrabandistas, mafiosos, profetas, rastafaris, traficantes de armas y reyes de la marihuana, amén de un millón de trabajadores corrientes[34].

## Promesas rotas y sueños robados

Sin embargo, la miseria de las áreas urbanas hiperdegradadas no era el futuro inevitable de las ciudades. A principios de la década de 1960, por ejemplo, en Cuba el Instituto Nacional del Ahorro y la Vivienda, dirigido por la legendaria Pastorita Núñez, empezó a sustituir los barrios de chabolas de La Habana (Las Yeguas, Llega y Pon, La Cueva del Humo y muchos otros) por casas prefabricadas montadas por los propios residentes. Siete años antes, durante su juicio por el ataque al cuartel de la Moncada, Fidel Castro había prometido una revolución que haría

[34] R. Malan, citado en A. van Westen, «Land Supply for Low-Income Housing: Bamako», en Baróss y van der Linden, *The Transformation of Land Supply Systems in Third World Cities*, cit., p. xxii.

cumplir el derecho a una vivienda digna que recogía la Constitución de 1940. En 1958 un tercio de la población cubana vivía en áreas degradadas y asentamientos ocupados y en consecuencia durante los años dorados de la revolución se realizó un esfuerzo enorme para realojar a la población, aunque vistos en perspectiva muchos de los proyectos fueran monótonas adaptaciones de proyectos característicos del movimiento arquitectónico moderno[35].

Aunque la Cuba revolucionaria estuviera a la vanguardia en cuanto a su compromiso con el «nuevo urbanismo», a finales de la década de 1950 y principios de la siguiente el derecho a la vivienda como ideal también se recogía en otros países del Tercer Mundo. Nasser, Nehru y Sukarno también hicieron promesas de realojar a la población de las áreas degradadas y de crear un sinfín de viviendas. Además de los subsidios a los alquileres y el control de las rentas, el «contrato con Egipto» de Nasser, garantizaba trabajo en el sector público a todos los que acabaran la enseñanza secundaria. En la Argelia revolucionaria, la legislación establecía la educación y la sanidad gratuita para todos los argelinos, junto con ayudas a la vivienda para la población más desfavorecida. Los Estados «socialistas» de África, empezando por Tanzania a principios de la década de 1960, comenzaron con ambiciosos programas para realojar a la población de las áreas degradadas en viviendas de bajo coste. En Ciudad de México durante los años de mandato de Uruchurtu, se buscaron los servicios de renombrados arquitectos de la Bauhaus como Hannes Meyer, para diseñar viviendas de muchas plantas destinadas a trabajadores sindicados y empleados del Estado, que se podían comparar perfectamente con los modelos del norte de Europa. Mientras en Brasil, el presidente João Goulart y el gobernador radical de Río Grande do Sul Leonel Brizola obtuvieron un amplio apoyo para su sueño de un Nuevo Acuerdo para las ciudades. Años más tarde, el dictador peruano Juan Velasco Alvarado plasmaría su inclinación a la izquierda con el apoyo a las invasiones de tierras y el establecimiento de un am-

[35] J. Scarpaci, R. Segre y M. Coyula, *Havana. Two Faces of the Antillean Metropolis*, Chapel Hill, 2002, pp. 199-203.

bicioso programa estatal para mejorar las *barriadas* (a las que de manera optimista rebautizó como *pueblos jóvenes*).

Casi medio siglo después, el programa cubano de cobertura de la vivienda se ha visto drásticamente reducido por las austeridades del «Periodo Especial» que ha seguido al desmoronamiento de la Unión Soviética, y la situación de la vivienda está muy lejos de los impresionantes logros en educación y sanidad. Dejando de lado los casos especiales de Hong Kong y Singapur, China ha sido durante las décadas de 1980 y 1990 el único país del Tercer Mundo que ha realizado una inversión importante en la construcción de viviendas dignas, aunque esta «revolución silenciosa» como la califica Richard Kirby queda lejos de cubrir las necesidades de las decenas de millones de campesinos que llegan a las ciudades[36].

En el resto del Tercer Mundo, la sola idea de un Estado intervencionista fuertemente comprometido con la vivienda social y la creación de empleo, parece una alucinación o una broma pesada, habida cuenta de que los gobiernos han renunciado hace mucho tiempo a realizar cualquier esfuerzo serio para combatir la degradación y la marginación urbana. En demasiadas ciudades pobres, la relación de la ciudadanía con su gobierno es similar a la que describía un habitante de las áreas hiperdegradadas de Nairobi a un periodista de *The Guardian:* «El Estado no hace nada aquí. No proporciona ni agua, ni escuelas, ni sanidad, ni carreteras, ni hospitales». Por su parte, el periodista encontró que los residentes compraban el agua a suministradores privados y contaban con grupos de vigilantes para las cuestiones de seguridad. La policía les visitaba solamente para recoger los sobornos[37].

El insignificante papel de los gobiernos nacionales en la oferta de vivienda se ha visto reforzado por la actual ortodoxia económica neoliberal que definen el FMI y el Banco Mundial. Los Programas de Ajuste Estructural (SAP) que se impusieron a los países deudores a finales de la década de 1970 y durante la siguiente

---

[36] R. Kirby, «China», en Kosta Mathéy (ed.), *Beyond Self-Help Housing*, Londres, 1992, pp. 298-299.

[37] A. Harding, «Nairobi Slum Life», serie de artículos en *The Guardian* 4, 8, 10 y 15 de octubre de 2002.

exigían una reducción de los programas estatales y con frecuencia la privatización del mercado de la vivienda. De cualquier forma, el Estado social en el Tercer Mundo, estaba marchitándose incluso antes de que las campanas de los SAP anunciaran la defunción del «bienestar». Existe una multitud de expertos que trabajan para el «Consenso de Washington», que consideran que la oferta gubernamental de vivienda conduce a un desastre inevitable. Sin embargo, conviene revisar algunos casos, empezando por los que a primera vista parecen ser las dos mayores excepciones a la regla del fracaso estatal.

Singapur y Hong Kong son las dos ciudades donde la vivienda pública a gran escala ha supuesto una alternativa a las áreas urbanas hiperdegradadas. La primera, como ciudad-Estado con una política de emigración muy restrictiva, no ha tenido que soportar la habitual presión demográfica de la población rural. Para Erhard Berner, «la mayor parte del problema se exporta a Johor Baru», la Tijuana de Singapur[38]. Hong Kong por su parte ha tenido que absorber millones de refugiados y en la actualidad emigrantes del continente, y aunque presenta éxitos de realojo como Crown Colony, no es exactamente el milagro humanitario que se describe con frecuencia.

Como ha señalado Alan Smart, la política de la vivienda en Hong Kong ha sido la acertada triangulación de los diferentes intereses de las inmobiliarias, del capital industrial y de la resistencia popular, con una posible intervención de la República Popular como telón de fondo. De lo que se trataba era de conciliar una oferta continua de mano de obra barata con unos precios disparados del terreno, y la solución preferida consistió no en rentas elevadas, que hubieran provocado el aumento de los salarios, sino el recurso a la periferia y al hacinamiento. Como señala Smart, en 1971 se había realojado a un millón de ocupantes ilegales «sobre un terreno equivalente al 34 por 100 del que ocupaban antes y en una periferia de mucho menor valor». De igual forma, cientos de miles de inquilinos pobres fueron desplazados de sus viviendas de renta controlada en el área central. A principios de la década de

[38] E. Berner, «Learning from Informal Markets», cit., p. 244.

1960, el espacio disponible que ofrecía la vivienda pública era de 2,3 metros cuadrados por adulto, con los baños y las cocinas compartidas por toda la planta. Aunque las condiciones mejoraron en las que se edificaron posteriormente, Hong Kong mantuvo la mayor densidad residencial formal del mundo: el precio por liberar el mayor espacio posible para las grandes empresas y los costosos apartamentos[39].

Los planificadores que llevaron a cabo la reestructuración espacial de la economía de Hong Kong no prestaron mucha atención al estilo de vida urbano de la población, incluyendo la habitual utilización de sus viviendas como talleres, o la necesidad que tenían de estar cerca de los mercados o de los centros de trabajo. Desde luego, la incompatibilidad de las viviendas en altura de las periferias con la estructura social y las economías informales de la población pobre es un tema antiguo, un pecado original que se va transmitiendo en todas partes entre reformadores y autócratas de las ciudades. Si nos remontamos a 1850, en medio del segundo Imperio napoleónico, las reformas de la ciudad de París que llevo a cabo el barón Haussmann, no contaron con el apoyo popular. El proyecto estrella de viviendas para trabajadores, Cité Napoléon, provocó el rechazo de sus futuros inquilinos por su uniformidad y calidad más propia de barracones. De acuerdo con la historiadora Ann-Louise Shapiro, «se quejaban de que filántropos y sociedades inmobiliarias estaban empezando a relegar a la población trabajadora a barrios especiales como sucedía en la Edad Media, y exigían que el gobierno estableciera impuestos sobre las viviendas vacías para forzar la bajada de los alquileres. De esta manera, se volverían accesibles un gran número de los alojamientos que había entre la variada vivienda del centro». Finalmente el famoso proyecto de Haussmann «albergó solamente a inquilinos burgueses»[40].

Cité Napoleón tiene muchos descendientes en el Tercer Mundo. Por ejemplo en Yakarta, la vivienda pública no resulta atractiva para las amplias masas de trabajadores informales porque no

---

[39] A. Smart, *Making Room*, cit., pp. 1, 33, 36, 52, 55.

[40] A.-L. Shapiro, «Paris», en M.J. Dauton (ed.), *Housing the Workers, 1850-1914. A Comparative Perspective*, Londres, 1990, pp. 40-41.

proporciona ningún espacio para los talleres familiares; y la mayor parte de los inquilinos son funcionarios civiles y personal militar[41]. En Pekín, donde la construcción en altura ha supuesto un aumento cuantitativo del espacio vital, los habitantes de las torres sin embargo lamentan la pérdida de su comunidad, la dramática caída de las relaciones sociales, de la vida vecinal, de los juegos infantiles y del creciente aislamiento y soledad de la población de edad avanzada[42]. Lo mismo sucede en Bangkok, donde los pobres prefieren claramente sus antiguas chabolas a los nuevos bloques de torres.

> Las instituciones que planearon el realojo de las áreas urbanas hiperdegradadas ven en los bloques de muchos pisos una alternativa barata, pero la población sabe que estos pisos reducen sus recursos y las posibilidades de una producción de subsistencia, todo ello acompañado de un acceso al trabajo más difícil debido a su emplazamiento. Por esta sencilla razón la población prefiere quedarse en sus degradados emplazamientos y empieza a movilizarse en contra de los realojos. Para ellos, la chabola es un lugar donde todavía pueden realizar labores productivas. Para los planificadores urbanos, simplemente es un cáncer para la ciudad[43].

Mientras tanto, lo que los expertos en la vivienda llaman el «furtivismo» de las clases medias sobre la vivienda pública o subvencionada, se ha convertido en un fenómeno prácticamente universal. Un ejemplo puede ser Argelia a principios de la década de 1980. Los terrenos urbanos se parcelaron y se destinaron a cooperativas de viviendas; se proporcionó el material de construcción con precios subvencionados y sin embargo, como señala el arquitecto Djaffar Lesbet, este airoso equilibrio entre la ayuda del Estado y la iniciativa local no democratizó el acceso a la vivienda. «Las parcelas para construir han permitido a aquellos privilegia-

---

[41] H.-D. Evers y R. Korff, *Southeast Asian Urbanism. The Meaning and Power of Social Space*, Nueva York, 2000, p. 168.

[42] V. Sit, *Beijing. The Nature and Planning of a Chinese Capital City*, Chichester, 1995, pp. 218-219.

[43] H. D. Evers y R. Korff., *Southeast Asian Urbanism*, cit., p. 168.

dos que han accedido a ellas, levantar sus propias viviendas. También han servido para rebajar el tono dramático de la crisis de la vivienda, transformando una cuestión nacional en un problema individual»[44]. El resultado ha sido el acceso de funcionarios civiles y personal similar a chalés y villas unifamiliares subvencionadas, mientras que los realmente pobres han acabado en chabolas ilegales y *bidonbvilles*. En Túnez, sin el aura revolucionaria de Argelia, también hubo una oferta importante de vivienda subvencionada, pero el 75 por 100 quedaba fuera del alcance de los pobres, que se apiñaban en florecientes áreas como Ettadhamen, Mellassine y Djebel Lahmar[45].

India también muestra la misma tendencia de diferentes maneras. En la década de 1970, por ejemplo, las autoridades municipales y estatales lanzaron un ambicioso plan para crear una ciudad gemela frente a la península donde se sitúa Bombay. A la población sin recursos se le prometieron nuevas viviendas y puestos de trabajo en la reluciente Nueva Bombay (actualmente Navi Bombay), pero el resultado final fue que la población local se encontró perdiendo sus tierras y modos de vida, mientras que el grueso de las nuevas viviendas caía en manos de funcionarios civiles y clases medias[46]. En Delhi sucede lo mismo; la Agencia de Desarrollo distribuyó medio millón de parcelas, pero la mayor parte «fueron cazadas por familias prósperas». Los estudios señalan que solamente se han construido 110.000 viviendas en una ciudad que actualmente está expulsando a 450.000 chabolistas «ilegales»[47].

En Calcuta, donde a finales de la década de 1970 se produjo la victoria del Frente de la Izquierda, la historia debería de haber sido diferente, habida cuenta de la campaña que había llevado el Partido Comunista a favor de la «liberación» de la población sin

---

[44] D. Lesbet, «Algeria», cit., pp. 264-265.

[45] F. Stambouli, «Tunis. Crise du Logement et Réhabilitation Urbaine», en P. Amis y P. Lloyd, *Housing Africa's Urban Poor*, p. 155.

[46] A. Jacquemin, *Urban Development and New Towns in the Third World*, cit., pp. 196-197.

[47] N. Risbud, «Policies for Tenure Security in Dehli», en A. Durand-Lasserve y L. Royston, *Holding their Ground. Secure Land Tenure for the Urban Poor in Developing Countries*, cit., p. 61.

recursos. Sin embargo, las promesas iniciales de realojar a la población se rindieron ante los privilegios que ofrece el poder. Para Frederic Thomas, «las necesidades de la población con menos recursos solo reciben palabras por respuesta. La parte del león del presupuesto se la lleva la clase media y los sectores con ingresos superiores. Solamente el 10 por 100 de la inversión que realiza la Agencia Metropolitana de Desarrollo en Calcuta, se destina a los *bustee*»[48]. Igualmente en Vietnam, las políticas revolucionarias de la vivienda se han manipulado en beneficio de las elites estatales con escasos beneficios para los que más los necesitaban. Como señalan los investigadores Nguyen Duc Nhuan y Kosta Mathéy, «el acceso a la vivienda municipal o estatal, está claramente reservado a los funcionarios civiles y miembros del ejército, que tienen un derecho adquirido sobre viviendas de dos dormitorios, que en la práctica les sirven para ganar más dinero mediante su alquiler»[49].

Nigeria estuvo proclamando su disposición para utilizar los ingresos procedentes del petróleo para realojar a su población sin recursos, pero el Tercer y Cuarto Plan Nacional de Desarrollo resultaron una parodia de sus propias pretensiones y la edificación real se quedó en una quinta parte de la prevista, beneficiando a todos menos a los pobres[50]. En la ciudad de Kano las viviendas de bajo coste para funcionarios civiles (la continuación de una tradición colonial) han caído en manos de personas sin ningún derecho para acceder a ellas, pero con gran poder político e ingresos muy por encima de los criterios que se fijaban para acceder a ellas[51]. Otro país donde la retórica populista se ha quedado en palabras es Jamaica. La Fundación Nacional de la Vivienda tiene un capital bastante significativo, pero como señalan Thomas Klak

---

[48] F. Thomas, *Calcutta Poor*, cit., p. 147.

[49] N. Duc Nhuan y K. Mathéy, «Vietnam», en K. Mathéy, *Housing Policies in the Socialist Third World*, cit., p. 282.

[50] T. Okoye, «Historical Development of Nigerian Housing Policies», en P. Amis y P. Lloyd, *Housing African's Urban Poor*, cit., p. 81.

[51] H. Main, «Housing Problems and Squatting Solutions in Metropolitan Kano», en R. Potter y A. Salau (eds.), *Cities and Development in the Third World*, Londres, 1990, p. 22.

y Marlene Smith, hace de todo menos viviendas para los pobres. «En la actualidad, la mayor parte de sus fondos se destina a pagar sus propias nóminas, a contribuir a las necesidades del gobierno central, a proporcionar financiación a las rentas más altas y a cubrir las hipotecas de unos pocos contribuyentes con ingresos mayoritariamente altos»[52].

En México, donde durante la década de 1980 el mercado formal de la vivienda proporcionaba poco más de la tercera parte de la demanda, los militares, los funcionarios civiles y los miembros de unos cuantos sindicatos fuertes como los del petróleo, reciben una importante subvención para vivienda, pero a los pobres solamente les llegan las migajas. Así, el FOVI, el organismo gubernamental que se ocupa del segmento medio del mercado (diez veces el salario mínimo), se lleva el 50 por 100 de los recursos federales destinados a la vivienda, mientras que el FONHAPO, que se ocupa de los segmentos más pobres, recibe solamente un 4 por 100[53]. John Betancur encuentra una situación similar en Bogotá, donde los niveles medios de renta obtienen subsidios generosos mientras el Estado atiende de mala gana las necesidades de los niveles más bajos[54]. Lo mismo sucede en Lima, donde los sectores con rentas medias y los empleados del Estado son los que se llevan las mayores subvenciones[55].

Las elites urbanas y las clases medias del Tercer Mundo han tenido un gran éxito en evadirse de los impuestos municipales. Según A. Oberai, de la Organización Internacional del Trabajo, «en la mayoría de los países en vías de desarrollo, los ingresos recaudatorios potenciales del Estado no llegan a producirse. Los sistemas existentes tienden a sufrir de falta de mecanismos de evaluación de la administración, de disminución de las base imponible debido a exenciones fiscales y de un rendimiento excepcional-

---

[52] T. Klak y M. Smith, «The Political Economy of Formal Sector Housing Finance in Jamaica», en K. Datta y G. A. Jones, *Housing and Finance in Developing Countries*, cit., p. 72.

[53] K. Pezzoli, «Mexico's Urban Housing Environments», cit., p. 142.

[54] J. Betancur, «Spontaneous Settlements in Colombia», en B. Aldrich y R. Sandhu, *Housing the Urban Poor*, cit., p. 224.

[55] J. Leonard, «Lima. City Profile», *Cities* XVII, 6, 2000, p. 437.

mente bajo del sistema de recaudación»[56]. Oberai se muestra demasiado comedido. Los ricos de las zonas urbanas de África, el sur de Asia y gran parte de América Latina están descarada y criminalmente cuasi exentos de impuestos por los gobiernos locales. Más aún, a medida que la crisis presupuestaria de las ciudades ha enjugada finalmente mediante la introducción de impuestos indirectos regresivos y tasas sobre los usuarios (que en Ciudad de México, por ejemplo, suponen el 40 por 100 de los ingresos), la carga fiscal ha recaído paulatinamente cada vez más sobre los pobres. En un análisis comparativo poco común de la administración fiscal en diez ciudades del Tercer Mundo, Nicks Devas encuentra un modelo regresivo consistente, sin ninguna muestra seria de intentar evaluar y recaudar impuestos de los sectores más acomodados[57].

Parte de la culpa recae sobre el FMI, que en su papel de perro guardián financiero del Tercer Mundo, defiende en todas partes el establecimiento de tasas e impuestos sobre los servicios públicos, pero no propone nunca contrapartidas para gravar la riqueza, el consumo ostentoso o los patrimonios. Al mismo tiempo, las cruzadas del Banco Mundial en pos del «buen gobierno» socavan esas mismas posibilidades habida cuenta de que rara vez apoyan una política de impuestos progresivos sobre las rentas[58].

Tanto el «furtivismo» como la fiscalidad sesgada son una muestra evidente de la poca influencia política que tiene la población sin recursos en todo el Tercer Mundo; especialmente en África, la democracia urbana es hoy por hoy la excepción más que la regla. Incluso en los lugares donde la población de las áreas urbanas hiperdegradadas tiene derecho al voto, raramente pueden utilizarlo para lograr una redistribución del gasto o de las cargas fiscales. El proceso de toma de decisiones se produce al margen del sufragio popular, mediante diversas estrategias estructurales que

---

[56] A. S. Oberai, *Population Growth, Employement and Poverty in Third World Mega-Cities*, cit., p. 169.

[57] N. Devas, «Can City Governments in the South Deliver for the Poor?», *International Development and Planning Review* xxv, 1, 2003, pp. 6-7.

[58] A. S. Oberai, *Population Growth, Employement and Poverty in Third-World Mega-Cities. Analytical Policy Issues*, cit., pp. 165, 171.

van desde la fragmentación política de la ciudad, el control de los presupuestos por parte de autoridades locales o nacionales y el establecimiento de organismos autónomos. En su estudio sobre la región de Bombay, Alan Jacquemin hace hincapié sobre la apropiación del poder local por parte de las autoridades encargadas de gestionar el desarrollo urbano, con la finalidad de construir modernas infraestructuras que permitan a los sectores ricos de las ciudades conectarse ellos, y solamente ellos, al mundo de la cibereconomía. Estas autoridades han «dinamitado las funciones de los gobiernos municipales elegidos en las urnas, que ya estaban bastante debilitadas por la pérdida de responsabilidades sectoriales y de recursos financieros y humanos, en favor de organismos creados *ex profeso*. Las necesidades expresadas por la población, sea en el barrio o en el municipio, no encuentran eco en ninguna parte»[59].

Con un puñado de excepciones el Estado poscolonial ha traicionado totalmente sus promesas originales en relación con la pobreza urbana. Hay un amplio consenso entre los estudiosos del tema de que la política de vivienda realizada en el Tercer Mundo ha beneficiado esencialmente a las clases medias y altas que esperan pagar impuestos bajos a cambio de niveles altos de servicios municipales. En Egipto, Ahmed Soliman concluye que «la inversión pública en vivienda se ha malgastado ampliamente», con el resultado de que «unos veinte millones de personas viven actualmente en casas que son peligrosas para su salud o su seguridad»[60].

Nandini Gooptu describe la situación similar que se produce en India con la inversión de las políticas a favor de los pobres de Gandhi.

> En última instancia, las grandes concepciones sobre la transformación urbana se fueron desmoronando y domesticando para satisfacer los intereses inmediatos de las clases acaudaladas. En lugar de

[59] A. Jacquemin, *Urban Development and New Towns in the Third World*, cit., pp. 41, 65; K. Sivaramakrishnan, «Urban Governance», cit., pp. 232-233.

[60] A. Soliman, en A. Roy y N. Al Sayyad (eds.), *Urban Informality. Transnational Perspectives from the Middle East, Latin America, and South Asia*, Lanham, 2004, pp. 171, 202.

proyectos idealistas de regeneración social, los programas de planificación se desarrollaron como avenidas que colmaban los intereses y las aspiraciones de la propiedad y servían de instrumento a la creciente marginación de los pobres. La lucha contra la degradación se acercó peligrosamente a una batalla por el control de asentamientos y alojamientos y finalmente en una ofensiva contra los pobres mismos[61].

[61] N. Gooptu, *The Politics of the Urban Poor in Early Twentieth-Century India*, cit., p. 84.

# CAPÍTULO IV

## Ilusiones de autoayuda

> Sería ridículo pasar de una distorsión –que las áreas urbanas hiperdegradadas son lugares de crimen, muerte y desesperación– a la contraria: que se puede dejar tranquilamente que se ocupen de sí mismos.
>
> Jeremy Seabrook[1]

En la década de 1970 los gobiernos del Tercer Mundo renunciaban paulatinamente a la lucha contra la degradación urbana, mientras las instituciones de Bretton Woods, con el FMI como el policía malo y el Banco Mundial como el bueno, iban asumiendo papeles dirigentes en el desarrollo de las líneas generales de la política de vivienda. Los préstamos para el desarrollo urbano del Banco Mundial se dispararon desde los 10 millones de dólares en 1972 hasta los más de 2.000 millones en 1988[2], y entre 1972 y 1990 el Banco Mundial ayudó a financiar un total de 116 proyectos básicos de «urbanización y servicios» y/o planes de intervención en áreas urbanas hiperdegradadas de 55 países[3]. En términos de necesidades, esto no era más que una gota en un vaso de agua, pero proporcionó al Banco Mundial una ascendencia muy importante sobre las políticas urbanas nacionales así como el papel de patrón respecto a comunidades marginadas y ONG. Igualmente le permitió imponer su propia ortodoxia sobre la política urbana a escala mundial.

La reforma más que la erradicación se convirtió en el objetivo, menos ambicioso, de la intervención pública y privada. En lugar

---

[1] J. Seabrook, *In the Cities of the South*, cit., p. 197.

[2] S. Sethuraman, «Urban Poverty and the Informal Sector. A Critical Assessment of Current Strategies», International Labour Organization (ILO), documento de trabajo, Ginebra, 1997, pp. 2-3.

[3] C. Pugh, «The Role of the World Bank in Housing», en B. Aldrich y R. Sandhu, *Housing the Urban Poor*, cit., p. 63.

de una reforma estructural de la pobreza urbana gestionada de arriba abajo, como la realizada por la socialdemocracia europea en la posguerra, y que servía de modelo a los líderes revolucionarios y nacionalistas de la década de 1950, la nueva sabiduría imperante a finales de la década de 1970 y principios de la siguiente, dictaba que el Estado se aliara con donantes internacionales y ONG para convertirse en un «capacitador» de los pobres. En su primera formulación, la filosofía del Banco Mundial, influenciada por las ideas del arquitecto inglés John Turner, hacía hincapié en una aproximación basada en «urbanización y servicios» (una provisión básica de infraestructura de agua potable y alcantarillado e ingeniería civil), que sirviera para racionalizar y mejorar la autofinanciación de la vivienda. Pero a finales de la década de 1980 el Banco Mundial ya defendía en todas partes la privatización directa del mercado de la vivienda y rápidamente se convirtió en el poderoso altavoz institucional de las teorías de Hernando de Soto, el economista peruano que propugnaba soluciones microempresariales para la pobreza urbana.

## Los amigos de los pobres

En la década de 1970 se produjo un matrimonio intelectual realmente sorprendente entre el presidente del Banco Mundial, Robert McNamara y el arquitecto inglés John Turner. El primero había sido uno de los principales estrategas de la Guerra de Vietnam y el segundo había sido un señalado colaborador del periódico anarquista inglés *Freedom*. Turner abandonó Inglaterra en 1957 para irse a trabajar a Perú, donde quedó cautivado por el genio creativo que percibía en la construcción espontánea de viviendas en los asentamientos ocupados. No fue el primer arquitecto en entusiasmarse con la capacidad de la gente sin recursos para la autoorganización y el ingenio que mostraban a la hora de resolver los problemas de la construcción; arquitectos y planificadores colonialistas franceses, como el Grupo CIAM en Argel, habían elogiado el orden espontáneo de las *bidonvilles* por la «relación orgánica entre las construcciones y el lugar (reminiscencias de la

*casbah*), la adaptación del espacio a diversas funciones y a las necesidades cambiantes de los usuarios»[4]. Turner, en colaboración con el sociólogo William Mangin, se convirtió en un divulgador y propagandista excepcionalmente efectivo que proclamaba que las áreas urbanas hiperdegradadas eran menos el problema que la solución. Al margen de sus orígenes radicales, el núcleo de su programa de autoayuda, de aumento de la construcción y de legalización de la urbanización espontánea, coincidía exactamente con la aproximación a la crisis urbana, pragmática y de coste controlado, que defendía McNamara.

En 1976 se celebró la primera conferencia de UN-Habitat (Programa de Asentamientos Urbanos de Naciones Unidas) y también fue la fecha de publicación del trabajo de Turner, *Housing by People. Towards Autonomy in Building Environments*. Esta amalgama de anarquismo y neoliberalismo se ha convertido en una nueva ortodoxia que «formula un abandono radical de la vivienda pública a favor de proyectos de "urbanización y servicios" y una reforma de las áreas hiperdegradadas *in situ*». Según Cedric Pugh, «la intención era hacer la vivienda accesible para las rentas más bajas sin otorgar subsidios en contraste con la solución de viviendas sociales fuertemente subvencionadas»[5]. En medio de una gran propaganda sobre «ayudar a los pobres para que se ayuden ellos mismos», la trascendental reducción de derechos que suponía la canonización de las áreas urbanas hiperdegradadas por parte del Banco Mundial pasó bastante desapercibida. Elogiar las habilidades de los pobres se convirtió en una cortina de humo para renegar de las obligaciones históricas del Estado en relación con la pobreza y la falta de vivienda. Como dice Jeremy Seabrook, «ensalzar interesadamente la habilidad, el coraje y la capacidad de autoayuda de la población preparó el camino para acabar con la intervención y el apoyo de los gobiernos estatales y locales»[6].

---

[4] Z. Celik, *Urban Forms and Colonial Confrontations. Algiers Under French Rule*, Berkeley, 1977, p. 112.

[5] C. Pugh, «The Role of the World Bank in Housing», cit., p. 64.

[6] J. Seabrook, *In the Cities of the South*, cit., pp. 196-197.

Turner y sus seguidores en el Banco Mundial idealizaban considerablemente los bajos costes y los resultados del aumento de la autoconstrucción. Como señala el estudio de Kavita Datta y Gareth Jones, la pérdida de las economías de escala en la construcción de viviendas provoca o unos precios muy altos de los materiales (adquiridos en pequeñas cantidades a los minoristas cercanos) o la utilización de materiales de segunda mano y de poca calidad. Datta y Jones continúan diciendo que «la autoconstrucción de la vivienda es en parte un mito: la mayor parte se realiza con la colaboración remunerada de artesanos y trabajadores cualificados»[7].

Aún más importante, las previsiones de recuperación de costes en los préstamos del Banco Mundial, que formaban parte del endurecimiento de los dogmas neoliberales, supusieron en la práctica dejar a los más pobres fuera de ellos. Lisa Peattie, una de las críticas más mordaces del Banco Mundial, señalaba que en 1987 entre un 30 y un 60 por 100 de la población, dependiendo del país, no podía hacer frente a las obligaciones financieras de los programas de «urbanización y servicios» o de los créditos para la mejora de la vivienda[8]. Por otro lado, se reprodujo lo mismo que había sucedido con la vivienda pública, esto es, los proyectos más ambiciosos y promocionados del Banco Mundial tendían a caer en manos de las clases medias o no necesitadas.

Filipinas fue un país piloto para la nueva estrategia global del Banco Mundial. Trabajando con la dictadura de Ferdinand Marcos, el personal del Banco identificó 253 «áreas de desarrollo prioritario», empezando por el área costera hiperdegradada de Tondo situada en el área metropolitana de Manila. Pero según señala Erhard Berner, «las inversiones simplemente se escurrieron hacia las promotoras inmobiliarias y la industria de la construcción». Por ejemplo, St. Joseph's Village ubicado en la ciudad de Pasig se anunció con gran despliegue como un proyecto modelo para familias pobres, e Imelda Marcos incluso recurrió al papa Pablo VI como

---

[7] K. Datta y G. A. Jones, «Preface», en K. Datta y G. A. Jones, *Housing and Finance in Developing Countries*, cit., p. 12.

[8] L. Peattie, «Affordability», *Habitat Internacional* xi, 4, 1987, pp. 69-76.

patrocinador oficial. Sin embargo, de acuerdo con Berner, cinco años después «todos los residentes iniciales se habían ido porque sus lotes habían sido vendidos a familias más ricas»[9]. El fracaso fue tan sonado que el Banco Mundial rediseñó el programa para centrarse en programas de «urbanización y servicios» en zonas fuera de la región metropolitana de Manila. La lejanía de estas localizaciones las volvía poco atractivas para los ricos, pero al mismo tiempo también eran odiadas por los pobres por las distancias respecto a los centros de trabajo y de servicios. Como señala Berner, al final, los heroicos esfuerzos del Banco Mundial dejaron la mayoría de las áreas urbanas hiperdegradadas objeto de intervención «tan congestionadas y ruinosas como siempre»[10].

Otro de los proclamados laboratorios del Banco Mundial fue la ciudad de Bombay, donde las promesas de mejorar drásticamente las áreas hiperdegradadas afectaban a 3 millones de personas y cuyos resultados fueron de nuevo irrelevantes. El programa sanitario pretendía alcanzar 1 inodoro por cada 20 residentes, pero los resultados quedaron en 1 por cada 100 al tiempo que el mantenimiento tan solo esporádico de las instalaciones impidió una mejora de la salud pública. «En 1989, el plan de intervención en estas zonas se había quedado bastante corto respecto a las expectativas y solamente el 9 por 100 de los beneficiarios pertenecían a sectores de rentas bajas»[11].

El balance general de la primera remesa de proyectos urbanos del Banco Mundial en África arroja los mismos resultados deprimentes y negativos. Después de su intervención en Dar-es-Salam entre 1974 y 1981, un estudio señala que «la mayor parte de la población con parcelas de los programas de "urbanización y servicios" había vendido sus parcelas y se habían ido a acampar en terrenos vacíos de la periferia de las áreas urbanas». La mayor parte de las parcelas de estos programas habían acabado en manos

---

[9] E. Berner, *Defending a Place*, cit., p. 31.

[10] E. Berner, «Poverty Alleviation and Eviction of the Poorest», *International Journal of Urban and Regional Research* xxiv, 3 (septiembre 2000), pp. 558-559.

[11] G. O'Hara, D. Abbot y M. Barke, «A Review of Slum Housing Policies in Munbai», *Cities* XV, 4, 1998, p. 279.

de empleados del Estado y de la clase media[12]. Para el experto Charles Choguill es un resultado lógico, habida cuenta de que los ahorros mínimos que exigía el Banco Mundial para tener derecho a los créditos para la construcción eran tan elevados que automáticamente excluían a la mayor parte de la gente[13]. Igualmente en Lusaka y Dakar, los créditos llegaron solamente a la quinta parte de sus presuntos destinatarios[14].

En 1993 A. Oberai, de la OIT, concluía que los proyectos del Banco Mundial de intervención en áreas urbanas hiperdegradadas y los programas de «urbanización y servicios» no habían tenido ningún impacto visible sobre la crisis de la vivienda en el Tercer Mundo: «A pesar de los esfuerzos realizados para que los proyectos fueran ampliables, su mismo enfoque supone concentrar excesivos esfuerzos y recursos institucionales en demasiados pocos lugares, y no ha sido capaz de elevar la oferta de vivienda hasta el nivel deseado. El planteamiento del proyecto es por lo tanto incapaz de producir un impacto significativo sobre el problema del alojamiento en la mayoría de los países en vías de desarrollo»[15]. Otras voces críticas señalan la disociación que presenta entre la provisión de vivienda y la creación de empleo, y la inevitable tendencia a situar los programas de «urbanización y servicios» en las periferias con servicios de transportes mínimos o nulos[16]. A pesar de todo, el Banco Mundial continua presentando su estrategia, actualmente rebautizada como «desarrollo del sector global de la vivienda», como la más apropiada para mejorar las condiciones de las áreas urbanas hiperdegradadas.

---

[12] A. Mosa, «Squatter and Slum Settlements in Tanzania», en B. Aldrich y R. Sandhu, *Housing the Urban Poor*, cit., p. 346; J. Campbell, «World Bank Urban Shelter Projects in East Africa», en P. Amis y P. Lloyd, *Housing Africa's Urban Poor*, cit., p. 211.

[13] C. Choguill, «The Future of Planned Urban Development in the Third World», en B. Aldrich y R. Sandhu, *Housing the Urban Poor*, cit., p. 408.

[14] J. Campbell, «World Bank Urban Shelter Projects in East Africa», cit., p. 211; R. Stren, «Urban Housing in Africa», *ibid.*, p. 41.

[15] A. S. Oberai, *Population Growth*, *Employment and Poverty in Third World Mega-Cities*, cit., p. 122.

[16] «Livelihood and Shelter Have To Be Seen as One Rather than Separate Entities», en K. Sharma, *Rediscovering Dharavi. Stories from Asia's Largest Slum*, Nueva Dehli, 2000, p. 202.

Desde mediados de la década de 1990, el Banco Mundial, el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas y otras instituciones de ayuda se han saltado de manera creciente a los gobiernos para trabajar directamente con ONG regionales o locales. Evidentemente, la revolución de las ONG (en la actualidad hay decenas de miles en las ciudades del Tercer Mundo) han redibujado el panorama de la ayuda al desarrollo de la misma manera que en Estados Unidos la Guerra contra la Pobreza de la década de 1960 transformó las relaciones entre las maquinarias políticas de la gran ciudad y las circunscripciones de los centros urbanos, habitualmente más pobres e infradotados[17]. A medida que el papel intermediario del Estado ha ido disminuyendo, las grandes instituciones internacionales, a través de ONG dependientes de ellas, han echado sus propias raíces en miles de áreas y comunidades urbanas sin recursos. Lo habitual es que un patrocinador internacional como el Banco Mundial, el Departamento de Desarrollo Internacional del Reino Unido, la Fundación Ford o la Fundación Friedrich Ebert, trabaje con una de las grandes ONG que a cambio proporcionará expertos a una ONG local o a la comunidad autóctona. Este sistema escalonado de coordinación y financiación se presenta normalmente como la última palabra en «capacitación», «sinergia» y «gobierno participativo».

Por parte del Banco Mundial, el papel ascendente de las ONG se corresponde con la reorientación de los objetivos del Banco bajo la presidencia de James Wolfensohn, un financiero y filántropo nacido en Australia que accedió al cargo en 1995. Wolfensohn, según cuenta su biógrafo Sebastian Mallaby, llegó a Washington como autoproclamado negociador mundial, «buscando reavivar la energía mesiánica del banco de McNamara» y estableciendo la reducción de la pobreza y la «colaboración» como las piezas clave de su agenda. Solicitó de los gobiernos del Tercer Mundo que permitieran la participación de las ONG y de los grupos de apo-

[17] K. Datta y G. A. Jones, *Housing and Finance in Developing Countries*, «Preface», cit., p. xviii.

yo, en la preparación de los Poverty Reduction Strategy Papers (PRSP) [Documentos Estratégicos sobre Reducción de la Pobreza], que se exigían para comprobar que la ayuda iba a llegar a los grupos a los que iba destinada. Wolfensohn también incorporó a los estratos superiores del mundo de las ONG a las redes de funcionamiento del Banco y a pesar de la emergencia del movimiento antiglobalización, cosechó un éxito completo al «transformar a los enemigos de la cumbre de Madrid de 1994 en compañeros de mesa»[18].

Aunque algunos críticos inicialmente alabaron este «giro participativo» del Banco Mundial, los auténticos beneficiarios han sido las ONG más que las poblaciones locales. En una publicación especializada, en la que se incluía un reportaje sobre el Instituto Panos con sede en Londres, Rita Abrahamsen concluía que «más que capacitar a la sociedad civil, el proceso de los PRSP ha afianzado la posición de un pequeño y homogéneo "triángulo de hierro", formado por profesionales de diversos países procedentes de ministerios clave (especialmente Hacienda), agencias de desarrollo multilateral o bilateral y ONG»[19]. Durante su breve estancia en el Banco Mundial, el premio Nobel Joseph Stiglitz habló del nacimiento de un «consenso postWashington»; sin embargo sería más acertado calificarlo como el nacimiento de un «imperialismo *light*» con las principales ONG incorporadas a la agenda del Banco Mundial y los grupos sobre el terreno dependiendo de ONG internacionales[20].

Pese a toda la rutilante retórica sobre democratización, autoayuda, capital social y fortalecimiento de la sociedad civil, en este nuevo universo de ONG las relaciones de poder reales no

---

[18] S. Mallaby, *The World's Banker: A Story of Failed States, Financial Crises, and the Wealth and Poverty of Nations*, Nueva York, 2004, pp. 89-90, 145.

[19] R. Abrahamsen, «Review Essay. Poverty Reduction or Adjustment by Another Name?», *Review of African Political Economy* 99, 2004, p. 185.

[20] El discurso de Stiglitz en 1998, «More Instruments and Broader Goals: Moving Towards the Post-Washington Consensus» es discutido en John Pender, «From "Structural Adjustement" to "Comprehensive Development Framework". Conditionality Transformed?», *Third World Quarterly* xxii, 3, 2001.

se diferencian mucho del clientelismo tradicional. Por otro lado, de la misma manera que las organizaciones comunitarias auspiciadas durante la Guerra contra la Pobreza de la década de 1960, las ONG del Tercer Mundo han demostrado su eficacia en la captación de líderes locales y en la apropiación del espacio social que tradicionalmente ocupaba la izquierda. Incluso aunque haya excepciones importantes, como las ONG implicadas en el Fórum Social Mundial, el impacto mayor de las ONG y de la «revolución de la sociedad civil», como incluso reconocen algunos de los expertos del Banco Mundial, ha consistido en la burocratización y desactivación de los movimientos sociales urbanos[21].

Así, la economista Diana Mitlin hablando sobre América Latina señala que por una parte, las ONG «se apoderan de la capacidad de edificar de las comunidades al hacerse cargo de la toma de decisiones y del papel de negociador», mientras que, por otra, se encuentran presionadas por «las dificultades de administrar los fondos de los donantes y el énfasis que estos últimos hacen sobre los proyectos a corto plazo, las responsabilidades financieras y los resultados tangibles»[22]. Refiriéndose al caso de Argentina, el arquitecto Rubén Gazzoli se queja de que las ONG monopolizan el conocimiento especializado y el papel de los intermediarios de la misma forma que las maquinarias políticas tradicionales[23]. La historiadora Lea Jellinek, después de haber pasado más de veinticinco años estudiando la pobreza en Yakarta, contaba como una conocida ONG que actuaba como un microbanco de barrio, «comenzó como un pequeño proyecto de barrio dirigido hacia las necesidades y capacidades de las mujeres locales», más tarde experimentó un crecimiento tipo Frankenstein «que la llevó a convertirse en una burocracia enorme, compleja, orientada hacia las cuestiones técnicas y estructurada

---

[21] I. Imparato y J. Ruster, *Slum Upgrading and Participation*, cit., p. 255.

[22] D. Mitlin, «Civil Society and Urban Poverty - Examining Complexity», *Environment and Urbanization* XIII, 2 (octubre 2001), p. 164.

[23] R. Gazzoli, «The Political and Institutional Context of Popular Organizations in Urban Argentina», *Environment and Urbanization* VIII (abril 1996), p. 163.

de arriba abajo» que era «menos responsable y menos solidaria con sus propias bases»[24].

Desde la perspectiva de Oriente Próximo, Asef Bayat lamenta la exageración de las capacidades de las ONG, señalando que «su potencial para una organización democrática e independiente en general se ha sobreestimado. La profesionalidad de las ONG tiende a producir la disminución de la característica movilización del activismo de base, al mismo tiempo que establece una nueva forma de clientelismo»[25]. Hablando sobre Calcuta, Frederic Thomas argumenta que «las ONG son esencialmente conservadoras. Están dirigidas por funcionarios civiles retirados y hombres de negocios mientras la base la forman trabajadores sociales con estudios básicos procedentes del desempleo y amas de casa que no tienen raíces en las áreas urbanas hiperdegradadas»[26]. El veterano activista P. K. Das, que realiza su trabajo en Bombay, ofrece una crítica aún más áspera del trabajo de las ONG en esas áreas.

> Sus esfuerzos se encaminan constantemente a socavar, desinformar y acabar con los ideales de la gente, de manera que se mantengan al margen de la lucha de clases. Adoptan y propagan las prácticas de pedir favores hablando de comprensión y de razones humanitarias y permanentemente evitando que los oprimidos tomen conciencia de sus derechos. Sistemáticamente, estas organizaciones intervienen para frenar las vías de movilización que la gente emprende para luchar por sus reivindicaciones. Su esfuerzo constante es convertir los grandes males políticos del imperialismo en cuestiones meramente locales, evitando con ello que la gente diferencie entre quiénes son sus amigos y quiénes son sus enemigos[27].

---

[24] L. Jellinek, «Collapsing Under the Weight of Success. An NGO in Jakarta», *Environment and Urbanization* XV, 1 (abril 2003), p. 171.

[25] A. Bayat, *Urban Informality. Transnational Perspectives from the Middle East, Latin America, and South Asia*, en Roy y Al Sayyad (eds.), pp. 80-81.

[26] F. Thomas, *Calcutta Poor*, cit., p. 131.

[27] P. K. Das, «Manifesto of a Housing Activist», en Patel y Thorner, *Bombay*, pp. 179-180.

Estas quejas se amplían con más detalles en el polémico libro de Gita Verma, *Slumming India* (2002), un fiero ataque digno de Swift al culto urbano de las ONG. Gita Verma es una rebelde exiliada de lo que ella llama «el sistema» que describe a las ONG como «una nueva clase» de hombres medios que con la bendición de filántropos extranjeros están usurpando las auténticas voces de los desheredados. Clama contra el paradigma del Banco Mundial de intervención en las áreas hiperdegradadas que las presenta como realidades eternas, así como contra los movimientos en contra de los desalojos que renuncian a realizar reivindicaciones más radicales. «El derecho a permanecer no es un gran privilegio [...] ocasionalmente puede detener a las excavadoras, pero por lo demás hace poco más que cambiar la etiqueta: de problema, a solución.» Y añade refiriéndose concretamente a Dehli: «Recuperar el área urbana hiperdegradada exige atacar el desequilibrio que supone el que entre una tercera o una cuarta parte de la población viva en solamente un 5 por ciento del terreno»[28].

El análisis de Verma incluye una crítica devastadora de dos de los más importantes proyectos de reforma de áreas hiperdegradadas urbanas acometidos en India. El primero, financiado por el Reino Unido y centrado en Indore (en la región central de India), obtuvo galardones en la II Conferencia de UN-Habitat en Estambul en 1996 y del Aga Khan en 1998, y fue «un desastre total presentado como un gran éxito». En teoría iba a proporcionar agua y conexiones con el alcantarillado a las viviendas de las áreas hiperdegradadas, pero aunque los barrios obtuvieron conducciones de agua, no había suficiente para beber y mucho menos para cargar las cisternas, con lo que las aguas residuales volvían a entrar en las casas y acababan en las calles; los casos de cólera y malaria se propagaron y la población comenzó a morir víctima del agua contaminada. Cada verano, «se multiplicaban los casos de beneficiarios del proyecto convertidos en personas afectadas por el proyecto; aumentaban los cortes de agua, los sumideros se atascaban, las enfermedades crecían, las lluvias monzónicas se echa-

[28] G. Verma, *Slumming India. A Chronicle of Slums and Their Saviours*, Nueva Dehli, 2002, pp. 150-152.

ban encima […] y se multiplicaban las razones para quejarse de la chapuza del proyecto y su falta de calidad»[29].

Verma se muestra igualmente crítica con el proyecto Aranya de realojamiento que también recibió profusos galardones: se trataba de uno de esos proyectos que realojan a una ínfima parte de los afectados, pero proporcionan un reconocimiento internacional para los «salvadores de las áreas degradadas». En este caso la mayor parte de los logros se produjeron únicamente sobre el papel.

> La realidad en cuanto al proyecto Aranya es que los elementos que le han proporcionado el éxito simplemente no existen en la realidad. No hay centro de la ciudad, ni zonas verdes peatonales y sobre todo, no hay 40.000 personas viviendo allí. Estas cosas solo existen en el proyecto y durante una década hemos estado festejando un dibujo, una idea de diseño que no sabemos si funcionará porque todavía no se ha realizado[30].

Incluso críticos menos ácidos que Verma se muestran de acuerdo en que la intervención del Banco Mundial y de las ONG sobre las áreas urbanas hiperdegradadas, aunque puedan producir éxitos a escala local, deja a la inmensa mayoría de la población sin recursos abandonada a su suerte. La escritora y militante Arundhati Roy señala que «las ONG acaban funcionando como los pitos de las ollas a presión. Desvían y subliman las tensiones políticas para asegurarse de que la olla no acabe explotando»[31]. El discurso oficial gira en torno a vaguedades como «hacer posible» y el «buen gobierno», juegos de palabras que esquivan las realidades de la deuda y la desigualdad global y encubren la ausencia de una estrategia global para aliviar la pobreza urbana. La brecha existente entre promesas y necesidades quizá cree esa conciencia culpable que explicaría el fervor con que algunas instituciones y ONG in-

---

[29] *Ibid.*, pp. 8-15, 33-35.

[30] *Ibid.*, pp. 90-91.

[31] A. Roy, *The Checkbook and the Cruise Missile. Conversations with Arundhati Roy*, Boston, 2004, p. 82.

ternacionales han abrazado las ideas de un Hernando de Soto, convertido en el gurú del populismo neoliberal.

Como si de un John Turner de la década de 1990 se tratara, Hernando de Soto sostiene que los males que aquejan a las ciudades del Tercer Mundo no son tanto la falta de inversiones y de empleo como el recorte de los derechos de propiedad. Enarbolando la varita mágica de los títulos de propiedad, su Instituto por la Libertad y la Democracia podría sacar grandes fondos de capital de las propias áreas hiperdegradadas. Los pobres, sigue diciendo, son realmente ricos, pero no pueden acceder a su riqueza (mejorar sobre la base de un sector informal) o convertirla en capital líquido porque carecen de derechos formales y de títulos de propiedad. De Soto asegura que los títulos crearían instantáneamente una igualdad generalizada con un coste gubernamental pequeño o nulo; parte de esta nueva riqueza serviría para proporcionar fondos a fin de que las microempresas, que actualmente carecen de crédito, pudiesen generar empleo en las áreas hiperdegradadas. Las ciudades de chabolas se convertirían en «terrenos de diamantes». De Soto habla de «billones de dólares listos para ser utilizados si podemos descifrar el misterio de cómo se transforman los activos en capital»[32].

Irónicamente, las propuestas de este Mesías del capitalismo popular no van, en la práctica, mucho más allá de lo que la izquierda en América Latina o el Partido Comunista de India en Calcuta llevan mucho tiempo reivindicando: seguridad de posesión para los ocupantes informales. Pero los títulos, como señala Geoffrey Payne, son un arma de doble filo. «Para los propietarios representan su incorporación formal a la ciudad oficial, y una oportunidad de realizar lo que puede ser un espectacular aumento de los activos. Para los inquilinos o los que no pueden pagar los impuestos que acompañan a la propiedad, pueden suponer su caída de la escalera de acceso a la vivienda.» En resumen, los títulos aumentan las diferencias sociales y no hacen nada por ayudar a los inquilinos que forman la gran mayoría de los pobres de las ciuda-

---

[32] H. de Soto, *The Mystery of Capital. Why Capitalism Triumphs in the West and Fails Everywhere Else*, Nueva York, 2000, pp. 301-331.

des. Payne advierte que incluso se corre el riesgo «de crear una amplia subclase a la que se le prohíbe el acceso a cualquier forma de vivienda asequible o aceptable»[33].

Peter Ward señala que en Ciudad de México, los títulos o la «regularización» han sido una bendición a medias para los *colonos*. «No se trata tanto de proporcionar a los pobres derechos de propiedad, como de incorporarlos al sistema impositivo». Los beneficios de tener viviendas con garantías legales se contraponen con la aparición de recaudadores de impuestos y cobradores municipales. La regularización también socava la solidaridad entre los colonos, al individualizar la lucha por la vivienda y al dar a los propietarios intereses diferentes del resto de los pobladores. Los inquilinos, ocupantes y los desplazados de la ciudad «se muestran más radicales y más dispuestos a las manifestaciones antigubernamentales que aquellos que, de hecho, han sido comprados por el gobierno a través de diferentes políticas de vivienda»[34].

Esto es lo que ha sucedido en São Paulo, donde las administraciones del Partido de los Trabajadores, en el poder desde 1989, han tratado de regularizar y mejorar la «vasta ciudad ilegal de los pobres». Aunque las reformas que ha realizado el PT han producido algunos resultados admirables, Suzana Taschner, que ha estudiado cuidadosamente su impacto, señala algunas repercusiones negativas: «Desafortunadamente, las mejoras producen la consolidación de un mercado real en el interior de la *favela*. La tierra y las viviendas se convierten en bienes de consumo y los precios se disparan». Uno de los resultados es la aparición de lo que Taschner llama «el área hiperdegradada de la propia *favela*», a medida que las casas ocupadas se sustituyen por mezquinos *cortiços* (viviendas vecinales) que alquilan habitaciones a los más pobres[35]. Sin una intervención pública decisiva en los mercados reales, los títulos de propiedad por sí mismos son incapaces de mejorar la suerte de las grandes masas de desheredados urbanos.

---

[33] G. Payne, artículo no publicado, citado por A. Gilbert y A. Varley, *Landlord and Tenant. Housing the Poor in Urban Mexico*, Londres, 1991, p. 4.

[34] P. Ward, *Mexico City*, cit., p. 193.

[35] S. Taschner, «Squatter Settlements and Slums in Brazil», en B. Aldrich y R. Sandhu, *Housing the Urban Poor*, cit., pp. 216-219.

De todas maneras, la receta mágica de Hernando de Soto sigue siendo muy popular por razones obvias: es una estrategia que promete ganancias elevadas por el simple acto de firmar un papel y así bombear vida a los cansados mensajes de autoayuda del Banco Mundial; encaja perfectamente con la ideología neoliberal dominante y con el hincapié que hace esta institución en las facilidades que debe otorgar el Estado para privatizar el mercado de la vivienda; y por otra parte, es igualmente atractiva para los gobiernos porque les promete algo: estabilidad, votos e impuestos a cambio de prácticamente nada. Philip Amis señala que «aceptar los asentamientos ilegales es una manera relativamente indolora y potencialmente rentable de apaciguar la pobreza urbana del Tercer Mundo»[36]. Y como señalan los geógrafos Alan Gilbert y Ann Varley refiriéndose a América Latina, se trata de la clásica reforma conservadora: «La verdadera naturaleza de este proceso ha contribuido a la mansedumbre política. El acceso a la propiedad ha individualizado lo que de otra manera se hubiera podido convertir en una lucha mucho más amplia»[37].

Por la misma senda se encuentran los ejemplos de Manila que proporciona Erhard Berner y que muestran cómo la compra de terrenos y la formalización de la propiedad han producido un aumento de las diferencias sociales y una amarga competencia entre lo que alguna vez fue un movimiento de ocupación combativo.

> La tarea de fijar el valor social de la tierra, de conseguir que sea aceptado por los miembros y eventualmente expulsar a aquellos que no pueden o no quieren pagar el precio, es una dura prueba para las asociaciones locales. Los tiempos en los que la K-B (asociación de ocupantes) era un «movimiento social» antisistémico, están definitivamente acabados. Ahora que son propietarios, los dirigentes de la K-B consideran obsoletas las relaciones con otras comunidades y dirigen sus miradas hacia las instituciones del gobierno[38].

---

[36] P. Amis, «Commercialized Housing in Nairobi», cit., p. 237.
[37] A. Gilbert y A. Varley, *Landlord and Tenant*, cit., p. 11.
[38] E. Berner, *Defending a Place*, cit., p. 179.

Mientras las ONG y las propuestas de desarrollo juguetean con «el buen gobierno» y «la mejora de las condiciones» de las áreas hiperdegradadas, las poderosas tendencias del mercado siguen empujando a la mayoría de la población sin recursos hacia esos mismos márgenes de la vida urbana. Los éxitos de la solidaridad internacional y de las marginales intervenciones del Estado quedan empequeñecidos por el impacto negativo de la inflación y de la especulación. Como sucedía en el caso de las urbanizaciones piratas, el mercado real ha regresado a las áreas hiperdegradadas para tomarse su venganza de los ocupantes, y a pesar de la eterna mitología sobre las tierras libres y la resistencia heroica, la pobreza urbana se ve cada día más convertida en vasalla de empresarios y propietarios de tierras.

Estas relaciones de subordinación dentro de las áreas urbanas hiperdegradadas son una enfermedad antigua, y sus manifestaciones contemporáneas evocan la comparación con lo que sucedía en el siglo xix. En el análisis que realiza Gareth Stedman Jones de la economía política del londinense East End, una de las mayores áreas urbanas hiperdegradadas del mundo en la época victoriana, se describe un círculo vicioso de demoliciones de viviendas, subida de alquileres, masificación y enfermedad. «Los mayores beneficios no procedían del auge de la inversión en los barrios, sino de unos alquileres que estaban por las nubes en los centros de las ciudades»[39]. Zonas marginales como St. Giles, Whitechapel y Bethnal Green «atrajeron una inversión de la aristocracia ante unas expectativas de elevados beneficios de las inversiones en el exterior que quedaron bastante defraudadas», así como las esperanzas de las frugales clases medias para quienes «la inversión en el centro pobre de la ciudad era la forma más popular y accesible de obtener ganancias de capital». Jones señala que un amplio abanico de la sociedad londinense que abarcaba desde propietarios como Thomas Flight, de quien

[39] G. Stedman Jones, *Outcast London. A Study in the Relationship Between Classes in Victorian Society*, Londres, 1971, pp. 209.

se decía que obtenía rentas de más de 18.000 alojamientos, a «pequeños comerciantes, constructores retirados amén de las posesiones parroquiales, cada uno manejando unas cuantas casas», tuvieron una lucrativa participación en la degradación del East End[40].

De manera similar, en Nápoles de *fin-de-siècle*, la «Calcuta europea», los estudiosos contemporáneos observan maravillados el milagro de las elevadas rentas que se pagaban en los míseros *fondaci* y *locande*. Frank Snowden, en su extraordinario trabajo sobre la pobreza napolitana señala que:

> a finales de siglo, la renta se había multiplicado por cinco, mientras la población de la ciudad se había vuelto más pobre. Resulta irónico que las rentas más altas por metro cuadrado procedían de las habitaciones más pequeñas de las áreas hiperdegradadas, que en términos absolutos eran las más baratas y las que mayor demanda tenían. Desgraciadamente, la demanda de alojamiento crecía con la pobreza, lo que contribuía a la espiral de las rentas que afectaba precisamente a los más desfavorecidos[41].

La pobreza urbana actual genera los mismos paradójicos y vergonzosos beneficios. Durante generaciones los propietarios de tierras rurales de los países del Tercer Mundo, han ido transformándose en los dueños de las áreas degradadas. «La ausencia de propietarios de tierras es en gran parte un fenómeno urbano», la base relativamente amplia que tiene la propiedad de la vivienda o la legalización de las ocupaciones en América Latina, contrasta con lo que sucede en muchas ciudades de Asia y África, señalan Hans-Dieter Evers y Rüdiger Korff[42]. En su estudio comparativo, los dos investigadores alemanes descubrieron que en 16 ciudades del sureste asiático, el 53 por 100 de la tierra pertenecía al 5 por 100 de los terratenientes, mientras que en las ciudades alemanas,

---

[40] *Ibid.*, pp. 212-213.

[41] F. Snowden, *Naples in the Time of Cholera, 1884-1911*, Cambridge, 1995, p. 39.

[42] H. D. Evers y R. Korff, *Southeast Asian Urbanism*, cit., p. 180.

ese porcentaje se reducía al 17 por 100[43]. Según señala Erhard Berner, de hecho cerca de la mitad de Manila pertenece a un puñado de familias[44].

En India, se calcula que las tres cuartas partes del espacio urbano pertenece al 6 por 100 de los propietarios, y que 91 personas controlan la mayoría de los terrenos vacíos de Bombay[45]. La especulación con el suelo echa por tierra la reforma de la vivienda en Karachi y otras grandes ciudades paquistaníes. Como señala Ellen Brennan,

> el gobierno de Karachi ha intentado controlar la especulación limitando el número de parcelas que puede tener cada persona, pero la utilización de los lazos familiares ha sido una sencilla manera de saltarse la ley. Las ganancias de activos y de rentas del capital han dirigido a los inversores hacia parcelas que nunca han pretendido ocupar y como muestra de ello, podemos ver que de las 260.000 parcelas desarrolladas por el gobierno durante la década de 1970, entre 80.000 y 100.000 se pueden considerar como inversiones y permanecían vacías diez años después[46].

Esta tendencia hacia el *latifundio* urbano, está fuertemente enraizada en la crisis y en el declive de la economía productiva. Es de suponer que hubo un tiempo en que el valor de los terrenos urbanos estaba relacionado con el crecimiento económico y la inversión industrial. Sin embargo, desde la década de 1970, la relación se ha evaporado a medida que el patrimonio urbano se ha ido convirtiendo en un imán para el ahorro nacional. La crisis de la deuda, la inflación galopante y la terapia de choque que aplicó el FMI a finales de la década de 1970 y a lo largo de la de 1980, destruyeron la ma-

---

[43] *Ibid.*, Como remarcan los autores, «al margen de la conocida ausencia de datos sobre propiedad urbana y el contraste con los existentes sobre la propiedad en las zona rurales».

[44] E. Berner, *Defending a Place*, cit., p. 21.

[45] R-J. Baken y J. van der Linden, *Land Delivery for Low Income Groups in Third World Cities*, cit., p. 13.

[46] E. Brennan, «Urban Land and Housing Issues Facing the Third World», cit., p. 78.

yor parte de los incentivos a la inversión industrial y al empleo público, y los Programas de Ajuste Estructural canalizaron el ahorro nacional desde las actividades productivas hacia la especulación del suelo. Hablando sobre Accra, el economista Kwadwo Konadu-Agyemang señala que «el elevado índice de inflación ha desanimado el ahorro y ha convertido la inversión en terrenos parcialmente urbanizados, en la forma más segura y rentable de mantener activos que también podrían venderse en divisas extranjeras»[47].

El resultado ha sido el nacimiento o la persistencia de floreciente burbujas de propiedad en medio de un estancamiento o declive generalizado de la economía. Çağlar Keyder centrándose en Estambul señala que «en la década de 1980, la situación de inflación generalizada convirtió el patrimonio inmobiliario en el sector más rentable [...] donde se juntaban la corrupción política, el desarrollo capitalista y los financieros internacionales»[48]. En Ankara el flujo de la inversión se dirigió hacia la reconversión de áreas degradadas en barrios de torres de apartamentos. Özlem Dündar explica cómo la localización central de los antiguos *gecekondus* los convirtió en blancos irresistibles para el proceso de renovación y aburguesamiento que desarrollaban a gran escala las inmobiliarias, que al mismo tiempo tenían «la influencia política y la capacidad financiera necesarias para resolver la gran confusión que había en los *gecekondus* en torno a las cuestiones de propiedad»[49].

En el mundo árabe, como ha puesto de relieve Janet Abu-Lughod, los ingresos petrolíferos y las ganancias en los mercados exteriores no han revertido en la producción sino «en el suelo como "banco" para el capital. El resultado ha sido una creciente especulación que convierte en imposible una planificación racional de la ciudad y en algunos casos una construcción desorbitada de pisos de lujo»[50]. En el caso de Egipto, el estallido del suelo urbano de la

---

[47] Kwadwo Konadu-Agyemang, *The Political Economy of Housing and Urban Development in Africa. Ghana's Experience from Colonial Times to 1998*, Westport, 2001, p. 123.

[48] Ç. Keyder, «The Housing Market from Informal to Global», cit., p. 153.

[49] Ö. Dündar, «Informal Housing in Ankara», *Cities* XVIII, 6, 2001 p. 393.

[50] J. Abu-Lughod, «Urbanization in the Arab World and the International System», en J. Gugler, *Cities of the Developing World*, cit., p. 196.

década de 1990, se vio reforzado por subvenciones públicas masivas al sector bancario y a los empresarios que gozaban del favor político. Como muestra el geógrafo Timothy Mitchell en su llamativo estudio sobre «Dreamland», un suburbio de El Cairo:

> […] el ajuste estructural estaba pensado para producir una explosión de las exportaciones, no del sector de la construcción. Egipto tenía que prosperar vendiendo frutas y vegetales a Europa y a los países del Golfo, no asfaltando campos para hacer autopistas de circunvalación. Pero al margen del petróleo, los bienes inmobiliarios han sustituido a la agricultura como el tercer sector que mayores inversiones atrae, después de la industria y el turismo. Por otra parte, se le podría considerar el primero de los tres, ya que la mayor parte de las inversiones que se producen en el sector turístico se dirigen hacia la construcción de pueblos y casas para vacaciones, lo que no deja de ser otra forma de inversión en bienes inmobiliarios[51].

Aunque el metro de El Cairo haya doblado su recorrido en los últimos cinco años y en el desierto de la parte oeste de la ciudad aparezcan nuevos barrios, la crisis de la vivienda sigue estando viva. La mayor parte de las nuevas viviendas siguen siendo demasiado caras para los pobres, y una gran parte de ellas se encuentran vacías porque sus dueños están trabajando en Arabia Saudita o en los Países del Golfo. Según Jeffrey Nedoroscik, «más de un millón de apartamentos están vacíos […] no hay escasez de viviendas como tal, de hecho El Cairo está lleno de edificios medio vacíos»[52].

«Dacca, la megaciudad más pobre del planeta, ha sufrido –explica Ellen Brennan– una intensa especulación inmobilidaria en torno al suelo. Se calcula que una tercera parte de los ahorros procedentes de la emigración que recibe el país se han invertido en compras de terrenos. Los precios del suelo han crecido entre un 40 y un 60 por 100 más deprisa que otros bienes y están com-

---

[51] T. Mitchell, «Dreamland. The Neoliberalism of your Desires», *Middle East Report* (primavera 1999).

[52] J. Nedoroscik, *The City of the Dead*, cit., p. 42.

pletamente disparados en relación a los niveles de ingresos»[53]. Otro ejemplo lo encontramos en la ciudad de Colombo en Sri Lanka, donde el valor de la propiedad urbana se multiplicó por mil desde finales de la década de 1970 y a lo largo de la de 1980, enviando a un gran número de personas residentes en la zona urbana hacia áreas periurbanas[54].

Los alojamientos masificados y que a duras penas se mantienen en pie, son frecuentemente más rentables por metro cuadrado que otras modalidades de inversión inmobiliaria. En Brasil, donde una parte importante de la clase media es el casero de los pobres, la propiedad de unos cuantos alojamientos, *çorticos*, ha lanzado a muchos profesionales y pequeños empresarios hacia los estilos de vida de Copacabana. Los investigadores de UN-Habitat se sorprendieron al encontrar que «la renta media por metro cuadrado en los *çorticos* de São Paulo es un 90 por 100 más alta que la del sector formal de la vivienda»[55]. A través de urbanizadores piratas que funcionan como intermediarios, los propietarios ricos venden en Quito parcelas en las laderas de las colinas y en los barrancos, situadas por encima de los 2.850 metros de altura que alcanza el suministro de agua municipal, a emigrantes hambrientos de tierra, dejando que sean los residentes los que se pongan a luchar para acceder a los servicios públicos[56]. Debatiendo sobre el mercado pirata de la vivienda en Bogotá, el economista Humberto Molina se queja de que «los especuladores están desarrollando la periferia urbana con unos precios de monopolio y unos beneficios enormes»[57].

En su estudio sobre Lagos, Margaret Peil explica que «ha habido muchas menos ocupaciones que en el este de África o en

---

[53] E. Brennan, «Urban Land and Housing Issues Facing the Third World», cit., p. 76.

[54] R. Dayaratne y R. Samarawickrama, «Empowering Communities», cit., p. 102.

[55] M. Fix, P. Arantes y G. M. Tanaka, «São Paulo, Brazil», cit., p. 18.

[56] D. Glasser, «The Growing Housing Crisis in Ecuador», cit., p. 151. Sobre Quito se puede consultar también a G. Burgwal, *Caciquismo, Paralelismo and Clientismo. The History of a Quito Squatter Settlement*, Amsterdam, 1993.

[57] H. Molina, «Bogotá. Competition and Substitution Between Urban Land Markets», en R-J. Baken y J. van der Linden, *Land Delivery for Low Income Groups in Third World Cities*, cit., p. 300.

América Latina, debido a que el bajo nivel de control gubernamental sobre la construcción hacía que la vivienda legal fuera fácil y rentable de construir: edificar para los pobres era un buen negocio […] la mejor inversión que se podía encontrar y la que producía una amortización rápida del capital»[58]. Los acomodados propietarios de Lagos preferían alquilar antes que vender, de manera que pudieran seguir manteniendo el control de los beneficios en un mercado que se revaluaba rápidamente[59]. Como en Kenia, los políticos junto a los jefes de las comunidades tradicionales han sido los mayores especuladores[60].

Las áreas hiperdegradadas de Nairobi son una gran fuente de ingresos para los políticos y las clases más acomodadas. Aunque la mayor parte de los alquileres se producen «sin que haya una base legal […] las relaciones de propiedad existen de hecho gracias a la corrupción del sistema político»[61]. En Mathare, donde 28.000 personas, los más pobres de entre los pobres, alquilan casuchas de barro y caña de 9 por 12 metros, un estudio realizado por el Ministerio de Comunicaciones, señalaba que los propietarios «son frecuentemente prominentes figuras públicas, se encuentran en su órbita o son individuos y empresas acaudaladas»[62]. Otro trabajo de Naciones Unidas recogía el hecho de que «el 57 por 100 de los alojamientos en las áreas degradadas de Nairobi pertenecen a políticos y funcionarios civiles, y las chabolas son las viviendas más rentables de la ciudad. Un propietario en un área hipedegradada que pague 160 dólares por una chabola de 9 metros cuadrados, recupera su inversión en cuestión de meses»[63].

Como muestra este ejemplo de Nairobi, y como también sucede en Egipto, Pakistán, China y Mali entre otros muchos paí-

---

[58] M. Peil, «Lagos. The City Is the People», Londres, 1991, p. 146.

[59] M. Peil, «Urban Housing and Services in Anglophone West Africa», en Hamish Main y Stephen Williams (eds.), *Environment and Housing in Third World Cities*, Chichester, 1994, p. 176.

[60] D. Drakakis-Smith, *Third World Cities*, cit., p. 146.

[61] P. Amis, «Commercialized Rental Housing in Nairobi», cit., p. 245.

[62] P. Wasike, «The Redevelopment of Large Informal Settlements in Nairobi», Ministry of Roads and Public Works, Kenia.

[63] Citado por D. Maharaj, «Living on Pennies», *Los Angeles Times*, 16 de julio de 2004.

ses, la especulación florece incluso cuando los terrenos son oficialmente de propiedad pública. En la región metropolitana de El Cairo, el arquitecto Khaled Adham señala que «la venta a bajo precio de terrenos públicos ha supuesto un cambio hacia las manos privadas del desierto que rodea a la ciudad». Los beneficiarios han sido «una nueva clase de empresarios que están cada vez más relacionados con el Estado y las corporaciones internacionales». Se habla de que altos cargos del régimen de Mubarak tienen intereses ocultos en las empresas que desarrollan las urbanizaciones del desierto, al oeste de las pirámides de Giza[64].

La periferia de Karachi se supone que está formada por terrenos públicos controlados por la Autoridad del Desarrollo. Sin embargo, como señalan Peter Nientied y Jan van der Linden, este organismo se ha mostrado totalmente incapaz de «proporcionar vivienda a los sectores con rentas más bajas», la periferia se ha dividido ilegalmente entre sindicatos de funcionarios, policías corruptos e individuos de las clases medias a los que se llama *dalals*. Al final de todo, lo que han tenido que hacer los habitantes de las áreas hiperdegradadas ha sido buscarse un padrino. «Habida cuenta de que toda la operación es ilegal, las solicitudes, por definición, se basan en los favores más que en los derechos»[65]. El trabajo de Erhard Berner sobre la ciudad de Hyderabad en India muestra cómo «los usurpadores de terrenos en complicidad con el Consejo de Rentas» se apropiaron de un ambicioso proyecto de viviendas para desfavorecidos, extorsionando mediante cuotas ilegales a los residentes y robando extensiones de terrenos públicos. «El recurso a la policía empeoró la situación, ya que esta no hizo otra cosa que apropiarse del papel de los extorsionadores y dedicarse a recaudar ellos directamente»[66].

---

[64] K. Adham, «Cairo's Urban Déjà vu», en Yasser Elsheshtawy (ed.), *Planning Middle Eastern Cities. An Urban Kaleidoscope in a Globalizing World*, Londres, 2004, p. 157.

[65] P. Nientied y J. van der Linden, «The Role of the Government in the Supply of Legal and Illegal Land in Karachi», en R-J. Baken y J. van der Linden, *Land Delivery for Low Income Groups in Third World Cities*, cit., pp. 230, 237-238.

[66] E. Berner, «Learning from Informal Markets», cit., pp. 241.

La especulación ilegal en la periferia urbana se ha convertido en una de las principales formas de la corrupción oficial en China. Según informaba *The New York Times*, «en un pequeño pueblo de la rica provincia de Zhejian, los agricultores estaban cobrando 3,040 dólares por *mŭ*, solamente para ver cómo los funcionarios de la ciudad los revendían a las inmobiliarias a 122 dólares *mu?*». Un viejo campesino se quejaba de que «los funcionarios expropiaron la tierra para invertir en desarrollo y, sin embargo, se han estado metiendo el dinero en su propio bolsillo». En Shaanxi una mujer que se quejaba recibía la siguiente respuesta de un funcionario del Partido Comunista: «¿Así que tú, pobre basura crees que puedes oponerte al gobierno de la ciudad? No tienes ni una sola maldita oportunidad»[67].

En Bamako (Mali), donde la propiedad comunal del suelo coexiste con el mercado formal, a medida que las necesidades fueron en aumento, la periferia de las ciudades se fue dividiendo según la tradición, entre los cabezas de familia. Sin embargo, en la práctica, igual que había sucedido en Karachi, la nueva casta de burócratas se apropió del sistema. «Dos tercios de las parcelas fueron a parar a manos de los especuladores en lugar de alojar a la familia del supuesto propietario El problema venía de la yuxtaposición de dos conflictivas formas de propiedad: la primera un sistema tradicional, teóricamente igualitario de asignación de tierras, y la otra un mercado puramente comercial con títulos de propiedad ya registrados. Esta mezcla hacía mucho más sencillo el obtener sustanciosos beneficios.» Comerciantes y funcionarios civiles se convirtieron en arrendadores urbanos, mientras una creciente parte de la población se convirtió en inquilinos o en «ocupantes ilegales […] políticamente apoyados por una parte de la clase dirigente»[68].

Por último, la ocupación también puede ser una saludable estrategia de las elites para manipular los valores de los terrenos. Escribiendo sobre Lima, el geógrafo Manuel Castells describe

---

[67] «Farmer Being Moved Aside by China's Booming Market in Real Estate», *The New York Times*, 8 de diciembre de 2004.

[68] A. van Westen, «Land Supply for Low-Income Housing: Bamako», en P. Baróss y J. van der Linden, *The Transformation of Land Supply Systems in Third World Cities*, cit., pp. 101-102.

cómo la ocupación ha sido utilizada por los terratenientes como una forma de iniciar un proceso de urbanización.

> Con mucha frecuencia, los propietarios de la tierra y los empresarios privados han manipulado a los protagonistas de la ocupación para lograr la incorporación del terreno al mercado inmobiliario. Primero obtenían para los asentamientos ilegales infraestructuras básicas que aumentaban el valor de la tierra y abrían el camino para una construcción de viviendas muy rentable. Después expulsaban a los ocupantes ilegales que se veían obligados a volver a empezar en la nueva frontera de una ciudad que se había ampliado a base de sus esfuerzos[69].

Más recientemente, Erhard Berner observó el mismo proceso de «invasiones toleradas» en Manila, donde la ocupación «convirtió áridas laderas de colinas, campos marginales o zonas pantanosas en terreno edificable» produciendo un aumento del valor de los terrenos para los propietarios, que podían elegir después entre expulsar a los ocupantes o establecer suculentos alquileres[70].

## ¿El fin de la frontera urbana?

El ocupante sigue siendo el mayor símbolo humano de la ciudad en el Tercer Mundo tanto en el papel de héroe como en el de víctima. Sin embargo, la edad de oro en la que la ocupación se realizaba sin costes o con costes mínimos había acabado claramente en 1990. Ya en 1984 en una reunión de expertos en Bangkok se advertía que «la ocupación gratuita de la tierra es un fenómeno temporal», y que «las opciones que planteaban soluciones informales a la crisis de la vivienda se han visto reducidas y lo serán aún más en el futuro, a medida que las organizaciones privadas vayan tomando el control de la urbanización en la periferia». Asimismo, la formalización de títulos de propiedad aceleraba el proceso por el que empresarios

---

[69] M. Castells, *The City and the Grassroots. A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*, Nueva York, 1983, p. 191.

[70] E. Berner, «Learning from Informal Markets», cit., pp. 234-235.

que sorteaban o corrompían los planes de urbanización estaban en condiciones de privatizar la ocupación[71].

Unos años más tarde, Ellen Brennan repetía la misma advertencia: «Muchas de las opciones que existían anteriormente para la población con menos recursos, como los terrenos públicos abandonados, están desapareciendo rápidamente al restringirse el acceso a los terrenos de la periferia. Los terrenos libres en general están siendo controlados y urbanizados por las empresas, de manera legal o ilegal». Brennan observaba que el problema era común tanto para los lugares donde el terreno era mayoritariamente de propiedad pública, como Karachi y Delhi, como para los que estaban en manos privadas como Manila, Seúl y Bangkok[72].

En el mismo periodo, Alan Gilbert escribía con creciente pesimismo sobre el papel que iban a cumplir en el futuro la ocupación y la autoayuda en el área de la vivienda, como válvulas de seguridad para las contradicciones sociales urbanas en América Latina. Pronosticaba que la confluencia de las urbanizaciones piratas, del estancamiento económico y de los costes de transporte haría que la propiedad de la vivienda en la periferia o en los barrios de chabolas resultara menos atractiva de lo que había sido hasta entonces: «Cada vez más familias ocuparán parcelas más pequeñas, tardarán más tiempo en consolidar sus casas y se verán obligadas a vivir más tiempo sin acceso a servicios»[73]. Alain Durand-Lasserve, otra autoridad mundial en el tema, aunque remarcaba que los mercados inmobiliarios de la periferia todavía proporcionaban un alternativa importante a las familias de clase media, se mostraba de acuerdo con Brennan y Gilbert en que «la incorporación al mercado había cerrado prácticamente la puerta de acceso libre a la tierra» que la población sin recursos había disfrutado hasta entonces[74].

---

[71] P. Baróss y J. van der Linden, «Introduction», en *The Transformation of Land Supply in Third World Cities*, cit., pp. 1-2, 8.

[72] E. Brennan, «Urban Land and Planning Issues Facing the Third World», cit., p. 75-76.

[73] A. Gilbert *et al.*, *In Search of a Home*, cit., p. 3.

[74] A. Durand-Lasserve, «Articulation between Formal and Informal Land Markets in Cities in Developing Countries. Issues and Trends», en P. Baróss y J. van der Linden, *The Transformation of Land Supply in Third World Cities*, cit., p. 50.

Por todas partes, los poderosos intereses locales representados por grandes constructores, políticos y juntas militares, han ido tomando posiciones para beneficiarse de las ventas de terrenos periféricos a emigrantes y asalariados urbanos. Como ejemplo se puede citar la encuesta sobre la propiedad de la periferia en Yakarta, que revelaba que «grandes extensiones de terrenos, especialmente en las colinas de Priangan, han cambiado de manos, y ahora pertenecen a las familias de altos mandos militares, a elites funcionariales y a otros miembros de la clase privilegiada»[75]. Keith Pezzoli encontró que lo mismo sucede en Ciudad de México, donde la mayor parte de la vivienda nueva proviene de la división de las comunas rurales conocidas como *ejidos*, y donde la población de estas comunas «es la víctima del proceso de urbanización a medida que los constructores y especuladores van tomando el control del terreno»[76]. En Bogotá, a medida que los constructores proyectan viviendas en la periferia para la clase media, el valor de los terrenos va quedando fuera del alcance de los pobres, mientras que en Brasil la especulación está presente en todo tipo de terrenos y se calcula que una tercera parte del suelo edificable se encuentra libre a la espera de futuras revalorizaciones[77].

La periferia urbana de China se ha convertido en el escenario de un conflicto social entre los gobiernos de las ciudades y los agricultores pobres. El apetito insaciable que muestran los responsables del desarrollo hacia tierras nuevas destinadas a la actividad económica o a la residencia, expulsa a los campesinos con unas compensaciones mínimas; igualmente, los pueblos y barrios obreros tradicionales se ven arrasados rutinariamente por construcciones masivas de las que se benefician los funcionarios y miembros corruptos del partido. Las protestas se silencian con las fuerzas de la policía y frecuentemente acaban en la cárcel[78].

La población sin recursos de Manila se ha visto arrojada a la ilegalidad por unos precios del suelo que excluían del mercado

---

[75] H. D. Evers y R. Korff., *Southeast Asian Urbanism*, cit., p. 176.

[76] K. Pezzoli, *Human Settlements*, cit., p. 15.

[77] A. Gilbert y A. Varley, *Landlord and Tenant*, cit., pp. 3, 5.

[78] Véase la quinta entrega de la serie sobre desigualdades urbanas/rurales en China, que publicó J. Yardley en *The New York Times*, 8 de diciembre de 2004.

formal a un amplio sector de la población. Greg Bankoff señala que «durante la década de 1980, el precio del suelo subió entre 35 y 40 veces en Quezon City, entre 50 y 80 en Makati, entre 250 y 400 en Diriman, y en 2.000 veces en Escolta. En 1996 el distrito central estaba registrando una subida anual del 50 por 100, e incluso el valor de los terrenos de la periferia subía un 25 por 100»[79]. La vivienda formal se volvió inasequible para cientos de miles de personas y la única alternativa que quedaba para la población sin recursos era arriesgar la vida en los *esteros*, las zonas propensas a las inundaciones, establecerse en los cauces de ríos u ocupar las huecos de los *barangays* [unidad mínima del gobierno municipal], de donde fácilmente eran expulsados con violencia.

Por todo el Tercer Mundo, la frontera de la que hablaba John Turner, donde comenzaban las tierras libres, ha desaparecido: los miserables «barrios de esperanza» se han sustituido por el latifundismo urbano y el capitalismo descarnado. La restricción o el fin de las oportunidades para ocupar terrenos en las periferias han tenido una repercusión muy importante sobre la estabilidad de las ciudades pobres. Acompañando al aumento creciente de los arrendatarios, la especulación del suelo en un contexto de estancamiento o declive del empleo formal, ha disparado la densidad de población en las áreas hiperdegradadas. Kibera en Nairobi y Cité Soleil en Puerto Príncipe han alcanzado densidades de población similares a las de las granjas de pollos, por encima de los famosos barrios congestionados que formaban el Lower East Side en la década de 1900 o de núcleos urbanos contemporáneos como Tokio y Manhattan. La mayor de estas áreas urbanas hiperdegradadas de Asia, se encuentra en Dharavi en Bombay, y alcanza una densidad de población que dobla la que tenían Nueva York o la propia Bombay en el siglo XIX y que para Roy Lubove eran «los lugares más superpoblados del planeta»[80].

---

[79] G. Bankoff, «Constructing Vulnerability. The Historical, Natural and Social Generation of Flooding in Metropolitan Manila», *Disasters* XXVII, 2003, p. 232.

[80] En algún distrito se llegaba a alcanzar una población de 243.641 personas por kilómetro cuadrado, y en Koombarwara en Bombay se llegaba a 187.722. R. Lubove, *The Progressives and the Slums. Tenement House Reform in New York City, 1890-1917*, Pittsburg, 1962, p. 94.

Esta implacable explosión resulta difícil de creer. En los *bustees* de Calcuta la media de personas por habitación es de 13,4. Si se da crédito a las estadísticas municipales, Dharavi soporta a 18.000 personas por cada 4.000 metros cuadrados, en habitaciones de 3 por 4,5 metros apiladas unas encima de otras[81]. Manshiyet Nasr, a los pies de Muqattam Hills en El Cairo, se encuentra ligeramente menos congestionado: solamente medio millón de personas se apiñan en menos de 350 hectáreas y en la parte sur, «en condiciones dantescas» los famosos *zaballeen* buscan su subsistencia en las basuras[82]. Las *favelas* de Río crecen al estilo de Manhattan como respuesta a la falta de terreno y a la creciente demanda de habitaciones de alquiler. Suzana Taschner señala que «podemos ver cómo simultáneamente con la localización periférica de las *favelas*, se produce un crecimiento vertical de las más antiguas, donde frecuentemente se encuentran edificios en alquiler que llegan a las seis plantas»[83].

Gracias a la mercantilización del desarrollo en las fronteras urbanas, el aumento de la densidad de población se produce actualmente tanto en el centro urbano como en las periferias. En Caracas, por ejemplo, los *barrios* están creciendo un 2 por 100 anual, y gran parte de este porcentaje recae sobre el crecimiento vertical en las laderas de la montaña. Un grupo de investigadores de la Universidad de Columbia, estudiando los peligros de los corrimientos de tierras en la ciudad, se quedaron asombrados por la faceta montañera que implica el ser pobre en Venezuela. «Algunos residentes tienen que escalar el equivalente a 25 pisos para alcanzar sus *ranchos*, y el habitante medio del barrio tiene un paseo de 30 minutos andando para llegar hasta el transporte público»[84]. En Bogotá, la expansión hacia el sur de las áreas hiperdegradadas no ha sido obstáculo para mantener una elevada densidad de po-

---

[81] K. Sharma, *Rediscovering Dharavi,* cit., pp. xx, xxvii.

[82] J. Drummond, «Providing Collateral for a Better Fortune», *Financial Times*, 18 de octubre de 2001.

[83] S. Tascher, «Squatter Settlements and Slums in Brazil», cit., pp. 196, 219.

[84] Urban Planning Studio, *Disaster Resistant Caracas*, Nueva York, Columbia University, 2001, p. 27.

blación, a pesar del aumento del tamaño de las casas que se produce en la periferia[85].

Ajegunle, el mayor arrabal de Lagos, representa la peor de las combinaciones, una localización extremadamente periférica unida a una masificación extrema. En 1972 Ajegunle reunía a 90.000 personas sobre 8 kilómetros cuadrados de terrenos pantanosos; actualmente un millón y medio de personas se amontonan sobre una superficie ligeramente mayor, empleando una media de tres horas diarias en transporte[86]. Lo mismo sucede en Kibera, en las afueras de Nairobi, donde más de 800.000 personas luchan por su subsistencia en medio de la basura y del barro, mientras afrontan unos gastos de transporte excesivos y unos alquileres desorbitados. Rasna Warah, en su informe para UN-Habitat, pone el ejemplo de la vendedora de verduras ambulante que se gasta la mitad de los 21 dólares de sus ingresos mensuales en el transporte de ida y vuelta hasta el mercado[87].

La mercantilización de la vivienda en una metrópolis demográficamente dinámica pero carente de puestos de trabajo es una excelente receta para producir el círculo vicioso de rentas en ascenso y masificación continua, que se registraba en Londres y Nápoles a finales del siglo XIX. Las fuerzas del mercado a las que apela el Banco Mundial para resolver la crisis de la vivienda en el Tercer Mundo son las instigadoras clásicas de esa misma crisis. Pero el mercado rara vez actúa en solitario. En el próximo capítulo analizaremos la lucha de clases en los espacios urbanos de las ciudades del Sur Global y el papel de la violencia del Estado en la mercantilización de la tierra. Como señala Erhard Berner de manera agria pero certera, «hasta la fecha, los Estados han sido más eficaces en la destrucción masiva de viviendas que en su construcción»[88].

---

[85] R. Mohan, *Understanding the Developing Metropolis*, cit., p. 55.

[86] M. Peil, *Lagos*, cit., p. 178; M. Peil, «Urban Housing and Services in Anglophone West Africa», cit., p. 180.

[87] R. Warah, «Nairobi's Slums: Where Life for Women is Nasty, Brutish and Short», *Habitat Debate* viii, 3 (septiembre 2002).

[88] E. Berner, «Learning from Informal Markets», cit., p. 230.

# CAPÍTULO V

## Haussmann en los trópicos

> Las raíces de la degradación urbana no parecen estar en la pobreza urbana, sino en la riqueza urbana.
>
> Gita Verma[1]

La desigualdad urbana del Tercer Mundo es visible incluso desde el espacio: el reconocimiento por satélite de Nairobi revela que más de la mitad de la población vive en el 18 por 100 del área de la ciudad[2]. Esto evidentemente supone contrastes colosales de la densidad de la población. El periodista Jeevan Vasagar escribía en *The Guardian*, «el abismo entre pobres y ricos en Nairobi, una de las ciudades con mayor desigualdad de todo el planeta, está perfectamente ilustrado por los barrios que forman la ciudad. En los barrios residenciales de Karen, y de acuerdo con el censo de 1999, hay menos de 360 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que en algunas zonas de Kibera se llega a las 80.000 personas en el mismo espacio»[3]. Pero Nairobi no es la única ciudad que obliga a los pobres a vivir en hormigueros mientras los ricos disfrutan de sus jardines y zonas de recreo. En Dacca se calcula que el 70 por 100 de la población se amontona en el 20 por 100 del espacio[4]. En Santo Domingo los dos tercios de la población

---

[1] G. Verma, *Slumming India*, cit., p. XIX.

[2] G. Sartori, G. Nembrini y F. Stauffer, «Monitoring of Urban Growth of Informal Settlements and Population Estimation from Aerial Photography and Satellite Imagining», *Occasional Paper* # 6; Geneva Foundation (junio 2002).

[3] J. Vasagar, «Bulldozers Go in To Clear Kenya's Slum City», *The Guardian*, 20 de abril de 2004.

[4] S. Mahmud y Umut Duyar-Kienast, «Spontaneous Settlements in Turkey and Bangladesh. Preconditions of Emergence and Environmental Quality of Gecekondu Settlements and Bustees», *Cities* XVIII, 4, 2001, p. 272.

que vive en campamentos y asentamientos ocupados utiliza solamente la quinta parte del espacio urbano, mientras la octava parte de la población más pobre se hacina en el centro urbano, que representa solamente el 1,6 por 100 del área de la ciudad[5]. Según algunos estudios, Bombay puede ser el caso extremo: «Mientras los ricos poseen el 90 por 100 de la tierra y viven confortablemente con grandes espacios abiertos, los pobres viven bien apretados en el 10 por 100 restante»[6].

Estos modelos extremos de uso de la tierra y de densidad de población vienen a ser las consecuencias lógicas del control imperialista y de la dominación racial. En todo el Tercer Mundo las elites poscoloniales han heredado y reproducido los modelos de las ciudades coloniales. Al margen de las retóricas de liberación nacional y de justicia social, han adoptado las formas agresivas del periodo colonial para defender sus propios privilegios de clase y la exclusividad del espacio.

El África Subsahariana es, no sorprendentemente, otro caso extremo. En Accra, según relata Kwadwo Konadu-Agyemang, «después de la independencia, la elite nativa asumió los puestos que habían dejado los europeos junto con los beneficios que producían, y no solamente ha mantenido el estatus, sino que lo ha intensificado mediante la creación de zonas residenciales exclusivas, donde los ingresos, la posición social o las influencias son determinantes para acceder a ellas»[7]. También en Lusaka, la capital de Zambia, el modelo colonial proporcionó el esquema para la segregación total entre funcionarios del Estado y profesionales y sus compatriotas po-

---

[5] E. Morel y M. Mejía, «The Dominican Republic», en A. Azuela, E. Duhau y E. Ortiz (eds.), *Evictions and the Right to Housing. Experience from Canada*, *Chile*, *The Dominican Republic*, *South Africa*, *and South Korea*, Ottawa, 1998, p. 90; M. Fay y A. Wellenstein, «Keeping a Roof Over One's Head», cit., p. 97.

[6] G. O'Hara, D. Abbott y M. Barke, «A Review of Slum Housing Policies in Mumbai», cit., p. 276. A. Appadurai da el dato de 6.000.000 de habitantes en el 8 por 100 de la superficie de la ciudad. «Deep Democracy. Urban Governmentality and the Horizon of Politics», *Environmental and Urbanization* xiii, 2 (octubre 2001), p. 27.

[7] K. Konadu-Agyemang, *The Political Economy of Housing and Urban Development in Africa*, cit., p. 73.

bres. En Harare, capital de Zimbawe, la ocupación de los barrios blancos por parte de políticos y funcionarios civiles después de 1980 fue el comienzo de su creciente papel para mantener las barreras y privilegios residenciales del *ancien régime*[8]. El geógrafo de Ciudad del Cabo Neil Dewar señala que «el movimiento que se produjo resultaba demostrativo de la falta de voluntad de realizar una política socialista de reparto de la vivienda»[9].

En Kinshasa el modelo zaireño que auspiciaba la dictadura de Mobutu no hizo nada para disminuir las distancias entre La Ville de los *blancs*, heredada por las nuevas castas cleptócratas y La Cité de los *noirs*. La capital de Malawi, Lilongwe, es, por otro lado, una nueva ciudad expresamente levantada como escaparate de la independencia del país, y aun así reproduce claramente el modelo colonial de control urbano. Según Allen Howard, «el presidente Hastings Kamuzu Banda supervisó personalmente su construcción y puso al frente de ella a europeos y surafricanos blancos. El resultado fue un modelo de segregación similar al *apartheid*, con zonas residenciales protegidas por grandes espacios»[10]. Luanda está más que nunca claramente dividida entre la ciudad asfaltada que dejaron los portugueses y los *novos ricos*, y la enorme y polvorienta periferia que forman los *barrios* y *musseques*. Incluso Adís Abeba, una de las pocas ciudades subsaharianas con un origen autóctono, ha conservado la huella racista que produjo su breve ocupación por los italianos entre 1936 y 1941, y que ahora se manifiesta en forma de segregación económica.

En India la independencia hizo poco para cambiar la geografía excluyente de la administración inglesa. *Rediscovering Dharavi* es el trabajo de Kalpana Sharma sobre las grandes áreas urbanas hi-

---

[8] A. Brown, «Cities for the Urban Poor in Zimbabwe. Urban Space as a Resource for Sustainable Development», en D. Westendorff y D. Eade, *Development in Cities. Essays from Development Practice*, cit., p. 269; C. Mwimba, «The Colonial Legacy of Town Planning in Zambia», documento de trabajo, Planning Africa 2002 Conference, Durban (septiembre 2002), p. 6.

[9] N. Dewar, «Harare. A Window on the Future for the South African City?», en A. Lemon (ed.), *Homes Apart. South Africa's Segregated Cities*, Ciudad del Cabo, 1991, p. 198.

[10] A. Howard, «Cities in Africa, Past and Present», *Canadian Journal of African Studies* xxxvii, 2-3, 2003, p. 206.

perdegradadas de Asia, y en él se hace hincapié sobre el hecho de que «las desigualdades que definían a Bombay como una ciudad colonial pobre han seguido existiendo […] la inversión siempre es capaz de embellecer las zonas privilegiadas de la ciudad, pero no hay dinero para proporcionar los servicios mínimos a las zonas pobres»[11]. En el conjunto urbano de India, Nandini Gooptu ha señalado como el «socialista» Partido del Congreso, que durante las décadas de 1930 y 1940 ensalzaba a los *garib janata* (la gente pobre), después de la independencia se transformó en un firme defensor del diseño colonial de exclusión urbana y segregación social. Gooptu señala que «de manera explícita o no, los pobres vieron como se les negaba un lugar en la vida civil y en la cultura urbana, al mismo tiempo que se les consideraba un impedimento para el progreso y la mejora de la sociedad»[12].

## Eliminando «estorbos humanos»

La segregación urbana no es un *statu quo* congelado, sino más bien una incesante guerra social en la que el Estado interviene en nombre del progreso, del embellecimiento e incluso de la justicia social, para redibujar las fronteras urbanas en beneficio de propietarios de terrenos, inversores extranjeros, elites nacionales y clases acomodadas. Como sucedía en París en 1860, bajo el fanático reinado del barón Haussmann, el desarrollo urbano actual todavía se esfuerza para simultanear el máximo beneficio privado con el máximo control social. El desplazamiento contemporáneo de la población es enorme: cada año cientos de miles, algunas veces millones de personas son expulsadas por la fuerza de barrios enteros. Como resultado, los pobres urbanos son nómadas, «transeúntes en continuo estado de recolocación» como describe Tunde Agbola la situación en su Lagos natal[13], y reproducen la historia

[11] K. Sharma, *Rediscovering Dharavi*, cit., p. 8.
[12] N. Gooptu, *The Politics of the Urban Poor in Twentieth-Century India*, cit., p. 421.
[13] T. Agbola, *Architecture of Fear*, Ibadán, 1997, p. 51.

de los *sans-culottes* expulsados de sus antiguos *quartiers* por Haussmann, de quienes Auguste Blanqui decía que «están cansados de grandiosos actos homicidas […] y de esa extensa remodelación producida por el despotismo»[14]. También están exasperados del lenguaje rancio de la modernización que los describe como «estorbos humanos», citando a las autoridades de Daccar que en la década de 1970 desalojaron a 90.000 personas de los *bidonvilles* del centro urbano[15].

Los conflictos de clases más intensos centrados en el espacio urbano tienen lugar lógicamente en los núcleos de las ciudades y en los grandes nodos urbanos. En su ejemplar trabajo sobre Manila, Erhard Berner señala que la globalización de la propiedad choca con la apremiante necesidad que tienen los pobres de estar cerca de sus fuentes de ingresos.

> La región metropolitana de Manila es una de las áreas más densamente pobladas del planeta. El precio del metro cuadrado en cualquier lugar cercano a los centros comerciales excede ampliamente los ingresos anuales de cualquier conductor de autobús o guardia de seguridad. Sin embargo, las posibilidades de obtener ingresos exigen que la población permanezca cerca de sus lugares de trabajo, porque el alejamiento significa costes prohibitivos de tiempo y dinero […] el resultado lógico es la proliferación de la ocupación. Todas las rendijas que puedan dejar los planes de desarrollo urbano, rápidamente son ocupadas por asentamientos que superan todas las marcas en cuanto a densidad de población[16].

En Manila, los vendedores callejeros y otros trabajadores informales abarrotan las plazas, los rincones de las calles y los parques. Berner describe el fracaso de los mecanismos del mercado e incluso de la seguridad privada para detener esta invasión de pobres, que después de todo no hacen más que comportarse como

---

[14] A. Blanqui, «Capital et travail», 1885, citado por W. Benjamin, *The Arcades Project*, Cambridge, 2002, p. 144 [ed. cast.: *Libro de los pasajes*, Madrid, Ediciones Akal, 2005].

[15] R. Stren, «Urban Housing in Africa», cit., p. 38.

[16] E. Berner, *Defending a Place*, cit., p. xv.

agentes económicos. Al final, los propietarios de los terrenos dependen de la represión del Estado para mantener a raya a ocupantes y vendedores ambulantes, así como para desahuciar a las poblaciones residuales de trabajadores de viviendas de alquiler y casas vecinales.

Al margen del aspecto político que presenten y los distintos grados de tolerancia hacia la ocupación y hacia los asentamientos informales de las periferias, los gobiernos de las ciudades del Tercer Mundo están en conflicto permanente con los pobres de las áreas urbanas centrales. En algunas ciudades –Río es un caso famoso– la limpieza de las zonas hiperdegradadas se ha ido desarrollando durante generaciones, pero en la década de 1970 experimentó un auge irresistible, cuando los valores de los terrenos empezaron a subir. Algunos gobiernos metropolitanos como los de El Cairo, Bombay, Delhi y Ciudad de México, por citar algunos, levantaron ciudades satélites para atraer y recolocar a la población en la periferia. En la mayor parte de los casos, sin embargo, las nuevas ciudades simplemente absorbieron a la población procedente de las zonas colindantes, mientras la pobreza urbana tradicional seguía agarrándose desesperadamente a barrios mejor situados en relación al trabajo y a los servicios. Como resultado, en las áreas urbanas centrales ocupantes, arrendatarios e incluso algunas veces algún pequeño propietario, han sido expulsados con pocas ceremonias, compensaciones o derecho a apelar la decisión. Actualmente en las grandes ciudades, el papel coercitivo del barón Haussmann está representado por agencias de desarrollo especialmente creadas para la ocasión, financiadas por organismos exteriores como el Banco Mundial, e inmunes a la política local. Su misión es limpiar, edificar y defender islas de cibermodernidad en medio de unas necesidades urbanas insatisfechas y de un subdesarrollo generalizado.

El urbanista Solomon Benjamin ha estudiado el caso de Bangalore, donde la Agenda Task Force, el organismo que establece las líneas estratégicas, está por completo en manos del primer ministro y de los intereses de las grandes corporaciones, mostrando una total falta de responsabilidad hacia los representantes populares. «El celo demostrado por las elites políticas en su empeño de

convertir Bangalore en una nueva Singapur, ha provocado la expulsión de población y las demoliciones de asentamientos, especialmente de los pequeños talleres artesanales de las ciudad. Las demoliciones proporcionan espacios nuevos que van a parar mediante una planificación coherente a corporaciones y sectores acomodados»[17].

De igual forma en Delhi, Banashree Chatterjimitra observa cómo el gobierno ha desvirtuado por completo «el objetivo de proporcionar viviendas a los sectores con menos recursos» al permitir que de manera furtiva cayeran en manos de las clases medias. Los planes oficiales colocan a una población cercana al millón de personas como objetivo para un desalojo o una «recolocación voluntaria»[18]. La capital de India es una confirmación brutal de las opiniones de Jeremy Seabrook, en el sentido de que «la palabra "infraestructura" es la palabra clave para realizar una limpieza sin ceremonias de los frágiles refugios de la pobreza»[19].

Yamuna Pushta es una zona hiperdegradada *(jhuggi)*, que se extiende por las riberas del río Yamuna a su paso Delhi, y constituye un escaparate de pobreza formado por 150.000 viviendas ocupadas por una población muy pobre mayoritariamente compuesta por refugiados musulmanes de Bengala. A pesar de las protestas y los disturbios que las acompañaron, la limpieza de la zona comenzó en 2004 con el objetivo de levantar un paseo ribereño y atracciones para los turistas. Mientras el gobierno disfruta del reconocimiento internacional por su apuesta «ecologista», los residentes son trasladados en camiones hacia una periferia que se encuentra a 20 kilómetros, sin importar las advertencias del *Hindustan Times*, que revelan «que los ingresos familiares de la población desplazada del *jhuggi* han sufrido una disminución del 50 por

---

[17] S. Benjamin, «Globalization's Impact on Local Government», UN-Habitat *Debate* vii, 4 (diciembre 2001), p. 25.

[18] B. Chatterjimitra, «Land Supply for Low-Income Housing in Delhi», en R-J. Baken y J. van der Linden, *Land Delivery for Low Income Groups in Third World Cities*, cit., pp. 218-229; N. Risbud, «Policies for Tenure Security in Delhi», A. Durand-Lasserve y L. Royston (eds.), *Holding Their Ground. Secure Land Tenure for the Urban Poor in Developing Countries*, cit., p. 61.

[19] J. Seabrook, *In the Cities of the South*, cit., p. 267.

100»[20]. Como decían a otro periodista, «el traslado a los lugares de trabajo, nos cuesta la mitad de lo que ganamos»[21].

El África urbana ha sido escenario de repetidos éxodos forzosos para facilitar la construcción de carreteras o de complejos residenciales. La destrucción de Maroko en Lagos rivaliza con las demoliciones que el régimen del *apartheid* llevó a cabo en Sofiatown y Crossroads. Maroko era un pueblo de pescadores en el extremo pantanoso de la península de Lekki, que fue colonizado a finales de la década de 1950 por la población desplazada de las islas Victoria e Ikoyi que a su vez estaban siendo urbanizadas para el disfrute de europeos y africanos ricos. A pesar de su empobrecimiento, Maroko se hizo famosa por su *joie de vivre*, su macabro sentido del humor y su espectacular música. A principios de la década de 1980, la península, que hasta entonces había sido una zona marginal, se convirtió en un objetivo para la ampliación de la zona de residencial de alto nivel. En 1990 las excavadoras acabaron con Maroko, dejando a 300.000 personas sin ningún refugio[22]. Odia Ofeimun escribe que «pocos nigerianos que todavía vivan habrán olvidado el trauma y la sensación de traición que quedó tras la destrucción de Maroko por las botas militares. Ha pasado a formar parte de la literatura, en forma de poesía, drama o prosa»[23].

En Kenia el régimen de Daniel Arap otorgó permisos para edificar viviendas para alquiler en terrenos que supuestamente iban destinados a carreteras –incluyendo una franja de 60 metros que cruzaba de un extremo al otro el área hiperdegradada de Kibera– a jefes políticos y arrendadores importantes e influyentes en Nairobi. Posteriormente el actual gobierno de Mwai Kibaki decidió

---

[20] V. Soni, «Slumming It», *Hindustan Times*, 24 de octubre de 2003.

[21] R. Devraj, «No Way but Down for India's Slum Dwellers», *Asia Times*, 20 de julio de 2000.

[22] M. Peil, «Urban Housing and Services in Anglophone West Africa», cit., p. 178.

[23] O. Ofeimun, «Invisible Chapters and Daring Visions», *This Day*, 31 de julio de 2003; O. Ifowodo, *Red Rain* y *Maroko's Blood*, dos colecciones de poemas; M. Nwosu, *Invisible Chapters*, Lagos, 2001; J. P. Clark, «Maroko» incluido en el libro de poemas *A Lot From Paradise*, East Lansing (MI), 1999; Chris Abani, *Graceland*, Nueva York, 2004.

«restaurar el orden» y volver a los planes primitivos, lo que ha provocado el éxodo de más de trescientas mil personas[24]. Durante las últimas demoliciones, los residentes, muchos de los cuales habían invertido los ahorros de su vida en parcelas que ahora se han convertido en carreteras, se encontraban con las fuerzas de la policía que les daban un par de horas para abandonar sus casas[25].

**Cuadro 10.** Algunos de los desalojos más conocidos de áreas urbanas hiperdegradadas[26]

| Años | Ciudad | Número de expulsados |
|---|---|---|
| 1950 | Hong-Kong | 107.000 |
| 1965-1974 | Río de Janeiro | 139.000 |
| 1972-1976 | Dakar | 90.000 |
| 1976 | Bombay | 70.000 |
| 1986-1992 | Santo Domingo | 180.000 |
| 1988 | Seúl | 800.000 |
| 1990 | Lagos | 300.000 |
| 1990 | Nairobi | 40.000 |
| 1995-1996 | Rangún | 1.000.000 |
| 1995 | Pekín | 100.000 |
| 2001-2003 | Yakarta | 500.000 |
| 2005 | Harare | 750.000+ |

Cuando los precios del suelo se disparan, las cuestiones ideológicas y las promesas que se hayan podido hacer a los pobres no significan nada para los burócratas en el poder. En Calcuta el gobierno comunista no ha tenido reparos en desalojar a la población desde el centro urbano hacia las afueras, ni de repetir la

[24] J. Vasagar, «Bulldozers go in to Clear Kenya's Slum City», cit.

[25] Véase los artículos en *The East African Standard*, Nairobi, 8-9 de febrero de 2004.

[26] Datos obtenidos de diversas fuentes periodísticas.

operación de nuevo cuando hacía falta terreno para parcelaciones para la clase media. Como señala Ananya Roy, «la frontera territorial de la región de Calcuta ha ido ensanchándose por ciclos ininterrumpidos de asentamiento, expulsión y nuevo asentamiento»[27]. De la misma manera, el antiguamente «marxista» MPLA de Angola no pestañea cuando expulsa a miles de luandeses de sus chabolas. Como señala Tony Hodges en *The Economist*, «entre el 80 y el 90 por 100 de los residentes urbanos vive en campamentos o viviendas que no tienen un estatus legal definido [...] el problema es aún más grave para los residentes de las zonas hiperdegradadas que acogen a la mayoría de la población urbana. En estos asentamientos informales, la mayor parte de la población vive con el miedo constante a la expulsión que provoca la falta de documentos legales». El miedo está justificado: en julio de 2001 el gobierno envió a la policía junto a las excavadoras para quitar de en medio a 10.000 familias del área hiperdegradada de Boavista en la bahía de la capital, con vistas a levantar viviendas de lujo. Dos residentes murieron a tiros, el resto fue empaquetado en camiones y abandonado a 40 kilómetros de distancia para que se buscaran la vida[28].

De cualquier forma, las contradicciones más extraordinarias entre teoría política y práctica real se producen en China, donde un Estado supuestamente socialista permite que la maquinaria del desarrollo urbano desplace a millones de los antiguos héroes de la Revolución. En un provocativo ensayo en el que comparaba la reciente reconversión de las ciudades en la República Popular con la renovación urbana que se produjo en Estados Unidos a finales de la década de 1950 y principios de la siguiente, Yan Zhang y Ke Fang señalan que la transformación de Sanghái entre 1991 y 1997 provocó la reubicación de más de millón y medio de ciudadanos que tuvieron que dejar el sitio a los rascacielos, los apartamentos de lujo, los centros comerciales y las nuevas infraestructuras; en el

---

[27] A. Roy, «The Gentleman's City. Urban Informality in the Calcutta of New Comunism», en A. Roy y N. AlSayyad, *Urban Informality. Transnational Perspectives from the Middle East, Latin America, and South Asia*, Lanham (MD), 2003, p. 159.

[28] T. Hodges, *Angola*, cit., pp. 30-31.

mismo periodo, en Pekín un millón de residentes de la Ciudad Vieja fueron expulsados a las afueras[29].

En un principio, el desarrollo urbano en la China de Deng Xiaoping, al igual que en la América de Harry Truman, consistía en proyectos piloto de viviendas que no parecían ser amenazas para la estructura urbana tradicional.

> Cuando las localidades empezaron a realizar estos experimentos a mayor escala acelerando la reconversión urbana no había previsiones en los proyectos que limitaran los precios de mercado y los usos no residenciales. Las viviendas de precios medios y bajos perdieron rápidamente interés para los constructores, que aprovechándose del vacío legal se han dedicado a construir tantas viviendas de lujo y centros comerciales como han podido. En algunos casos, como en el proyecto Hubeikou de Pekín, ninguno de los residentes originales podía plantearse el volver a su antiguo barrio. En otros casos, como la Nueva Plaza de Oriente, directamente no se han construido viviendas y actualmente se levanta el mayor centro comercial de Asia[30].

## El embellecimiento de la ciudad

La población de las áreas urbanas hiperdegradadas del Tercer Mundo tiene pavor a los grandes acontecimientos. Conferencias y festivales internacionales, visitas de Estado, pruebas deportivas, concursos de belleza… suponen cruzadas gubernamentales encaminadas a limpiar la ciudad de gente como ella; es consciente de que resulta un elemento «sucio» o una «plaga» que es mejor mantener oculta. Durante la celebración de la independencia de Nigeria, las autoridades levantaron una valla para tapar la ruta desde el aeropuerto, de manera que la representante de la Reina

---

[29] Yan Zhang y Ke Fang, «Is History Repeating Itself? From Urban Renewal in the United States to Inner-City Redevelopment in China», *Journal of Planing Education and Research* 23, 2004, pp. 286-289.

[30] *Ibid.*

Isabel, la princesa Alexandria, no sufriera con la visión del panorama de miseria de Lagos[31]. Los gobiernos actuales llevan la política de mejorar el paisaje arrasando las zonas hiperdegradadas y mandando a los habitantes a otro sitio más lejos.

La población de Manila se muestra especialmente horrorizada ante estas campañas de «embellecimiento». Durante el gobierno de Imelda Marcos, los habitantes de las chabolas fueron expulsados sucesivamente en 1974 de los escenarios de la elección de Miss Mundo, en 1975 de la ruta que seguía la visita de Gerald Ford y en 1976 de los lugares donde se celebraba la reunión conjunta del FMI y del Banco Mundial[32]. Los tres sucesos provocaron el desplazamiento de 160.000 personas que desaparecieron del paisaje para acabar hacinadas en las afueras a 30 kilómetros de sus antiguos alojamientos[33]. «El poder del pueblo» que vino de la mano de Corazón Aquino resultó más despiadado todavía, y durante su presidencia 600.000 personas fueron expulsadas de sus lugares de residencia, normalmente sin ningún alojamiento alternativo[34]. A pesar de sus promesas electorales de defender la vivienda para los pobres, Joseph Estrada continuó con las expulsiones y durante la primera mitad de 1999 se destruyeron 22.000 chabolas[35]. Más tarde en noviembre de ese mismo año, con motivo de la celebración de la cumbre de la Asociación de Países del Sureste Asiático (ASEAN), las brigadas de demolición entraron en el área hiperdegradada de Dabu-Dabu en Pasay. La resistencia de la población produjo la entrada en escena de las fuerzas militares que, armadas con sus M16, dejaron cuatro muertos y una veintena de heridos. Las casas y sus contenidos fueron incendiados, y la población fue recolocada en zonas insalubres donde rápida-

---

[31] B. Omiyi, *The City of Lagos. Ten Short Essays*, Nueva York, p. 48.

[32] E. Berner, «Poverty Alleviation and the Eviction of the Poorest», *International Journal of Urban and Regional Research* xxiv, 3 (septiembre 2000), p. 559.

[33] D. Drakkakis-Smith, *Third World Cities*, cit., p. 28.

[34] E. Berner, *Defending a Place*, cit., p. 188.

[35] Task Force Detainees of the Philippines (TFDP-AMRSP), «Urban Poor, Demolition and the Right to Adequate Housing», documento informativo, Manila, 2000.

mente las infecciones intestinales comenzaron a afectar a la población infantil[36].

Como presidente entronizado en 1965 por los marines de Estados Unidos, el dominicano Joaquín Balaguer se hizo famoso como «el Gran Expulsador». En su retorno al poder en 1986, el anciano autócrata decidió reconstruir Santo Domingo con vistas a la celebración del V Centenario de la llegada de Colón al Nuevo Mundo y de la visita del Papa. Con el apoyo de gobiernos y fundaciones europeas, se embarcó en gigantescos proyectos sin precedentes en la historia del país: el Faro de Colón, la Plaza de Armas y un archipiélago de parcelaciones dirigidas a la clase media. Sus deseos de pasar a la historia como el barón Haussmann dominicano le llevaron a Sabana Perdida, la extensa zona alta de la ciudad habitada por una población con recursos bajos. «El plan consistía en librarse de los problemáticos *barrios* de las clases trabajadoras encarrilándolos hacia las afueras. Las revueltas y disturbios de 1965 y 1984 aconsejaban eliminar este centro de oposición política»[37].

Después de que se produjeran protestas masivas dirigidas por la *coordinadora* de los *barrios* y que recibieron el apoyo de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, la zona alta de la ciudad quedó a salvo, pero las demoliciones masivas en las que era frecuente la participación del ejército, continuaron en el centro y sur de Santo Domingo. Entre 1986 y 1992, 40 barrios fueron arrasados por las excavadoras y 180.000 residentes fueron expulsados. Edmundo Morel y Manuel Mejía cuentan en su estudio sobre estas demoliciones la campaña de terror gubernamental que se llevó en contra de la población.

> Las casas se demolían lo mismo vacías que con gente dentro, se utilizaron tropas de choque paramilitares como medio de aterrorizar a la población y obligarla a abandonar sus viviendas, los bienes de las casas eran destruidos o robados, la orden de desalojo se presentaba el

---

[36] H. Basili, «Demolition the Scourge of the Urban Poor», *Transitions* (Boletín del Service for the Treatment and Rehabilitation of Torture and Trauma Survivors), # 6 (mayo 2000).

[37] E. Morel y M. Mejía, «The Dominican Republic», cit., p. 85.

mismo día de su ejecución, se secuestró a personas, mujeres embarazadas y niños sufrieron violencia física, los servicios públicos se suprimieron y la policía actuaba como juez[38].

Los modernos Juegos Olímpicos tienen una faceta especialmente oscura y poco conocida. Como preparación a las Olimpiadas de 1936, los nazis limpiaron la ciudad de indigentes sin techo y de las chabolas susceptibles de ser vistas por los visitantes extranjeros. Las Olimpiadas siguientes incluyendo las celebradas en Ciudad de México, Atenas y Barcelona fueron acompañadas por desalojos y renovaciones urbanas, y los juegos de Seúl, a la vista de las consecuencias que tuvieron para todos los sectores más desfavorecidos, fueron únicos por la escala de la violencia oficial desplegada sobre los propietarios pobres: más de 720.000 personas fueron desplazadas de Seúl e Injon, llevando a una ONG católica a declarar que Corea del Sur competía con Sudáfrica como el país «donde el desalojo por la fuerza es más brutal e inhumano»[39].

Los preparativos de Pekín como sede de los Juegos Olímpicos de 2008 parece que van por el mismo camino: «Solamente el terreno empleado en la construcción de instalaciones provocará el realojo de 350.000 personas»[40]. La organización no gubernamental Human Rights Watch ha llamado la atención sobre la complicidad existente entre los planes oficiales y los constructores, que manipulan la excitación patriótica que conllevan las Olimpiadas, para justificar los desalojos masivos y las apropiaciones de terrenos en el corazón de Pekín[41]. Anne-Marie Broudehoux, en su brillante trabajo *The Making and Selling of Post-Mao Beijing* (2004), afirma que para el capitalismo de Estado en China, más que de reducir, de lo que se trata es de esconder la pobreza detrás de fachadas tipo Potemkin, y que los planes olímpicos supondrán la repetición de la traumática

---

[38] *Ibid.*, pp. 95-97.

[39] Catholic Institute for International Relations, *Disposable People. Forced Evictions in South Korea*, Londres, 1988, p. 56.

[40] Asian Coalition for Housing Rights, *Housing by the People in Asia*, 15 de octubre de 2003, p. 12.

[41] Human Rights Watch, «Demolished. Forced Evictions and the Tenants' Rights Movement in China», en hrw.org/reports/2004/china.

(y para la clase trabajadora, irónica) experiencia de las celebraciones del cincuenta aniversario de la Revolución china.

> Durante más de dos años la población de Pekín estuvo soportando los trastornos causados por la campaña de embellecimiento que se lanzó para camuflar las plagas físicas y sociales de la ciudad. Se derribaron cientos de casas, miles de personas fueron desplazadas y se gastaron miles de millones de yuans para levantar una fachada de orden y progreso. Para asegurarse de que las ceremonias tan cuidadosamente planeadas se llevasen a cabo sin tensiones, la ciudad quedó congelada durante todo el fin de semana que duraron las celebraciones. La población fue invitada a permanecer en sus casas y a seguir los actos por la televisión, como había sucedido con las ceremonias de apertura de los Juegos asiáticos[42].

Los preparativos realizados en Birmania por la dictadura militar con motivo del Año de Myanmar (una llamada al turismo internacional en 1996), fueron un proceso de «embellecimiento urbano» que George Orwell podría haber descrito en alguna de sus novelas. Los militares, que tienen en la heroína una de sus principales fuentes de ingresos, desarrollaron un plan sobre Rangún y Mandalay, que produjo el desplazamiento de millón y medio de personas, un increíble 16 por 100 de la población urbana total. Desde 1989 hasta 1994, y llegando al extremo de incendiar directamente las viviendas, la población fue recolocada en cabañas de bambú con techos de paja situados en una periferia rebautizada como Campos Nuevos. Nadie sabía cuándo le iba a tocar el turno, e incluso los muertos fueron expulsados de los cementerios. En su libro *Karaoke Fascism*, Monique Skidmore describe escenas brutales en Rangún y Mandalay, que recuerdan el criminal descenso de población que sufrió Phnom Penh a manos del régimen de Pol Pot. «Los bloques de viviendas desaparecían en cuestión de días, a la población se la amontonaba en camiones y se la descargaba en los nuevos municipios que el gobierno había crea-

---

[42] A.-M. Broudehoux, *The Making and Selling of Post-Mao Beijing*, Nueva York, 2004, p. 162.

do en los arrozales de las mayores ciudades». Los vecindarios urbanos fueron remplazados por proyectos como los campos de golf dirigidos a turistas occidentales y empresarios japoneses. «Los militares desplazaron a una comunidad que llevaba viviendo allí desde hacía cuarenta años. Los que se resistieron fueron arrestados y el resto desplazado a un nuevo asentamiento a 24 kilómetros de distancia»[43].

Skidmore asegura que esta dislocación espacial constante ha sido una de las bases sobre las que descansa «la política del miedo» que practica la dictadura. «La fuerte presencia de los militares y de sus armas, unida a los cambios de nombres, de emplazamiento y a la reconstrucción de monumentos tradicionales ha provocado una nueva reconfiguración de Rangún […] la junta militar ha suprimido los barrios potencialmente conflictivos, ha demolido el centro pobre de la ciudad y ha creado nuevos centros que inmortalizan los principios del autoritarismo.» En el lugar de barrios tradicionales y edificios históricos, se levantan torres de hormigón y cristal donde se llevan las finanzas de la droga (la narcoarquitectura), hoteles para turistas y pagodas estridentes. Rangún se ha convertido en una pesadilla formada por el maravilloso país del turismo budista, los gigantescos cuarteles y los cementerios: un paisaje que glorifica el control y la visión autoritaria que tienen sus dirigentes[44].

## Criminalizar el área urbana hiperdegradada

La estrategia de limpieza urbana de los militares birmanos tiene por supuesto precedentes bastante siniestros en el hemisferio occidental. Durante las décadas de 1960 y 1970, las dictaduras militares del Cono Sur declararon la guerra a *favelas* y *campamientos* a los que consideraban centros potenciales de subversión o simples obstáculos para la expansión de los sectores acomodados.

---

[43] M. Skidmore, *Karaoke Fascism*, cit., 2002, p. 88. También el apartado de Birmania en www.idpproject.org.

[44] *Ibid.*, pp. 84-85, 89, 159-160.

Hablando sobre Brasil después de 1964, Suzana Taschner dice que «con el golpe de Estado de los militares, comienza un periodo caracterizado por el autoritarismo, en el que las zonas degradadas se destruyen de manera compulsiva mediante la utilización de la fuerza armada». Amparándose en la amenaza de un posible foco de guerrilla marxista, los militares arrasaron 80 *favelas* y expulsaron a 140.000 personas de las colinas que rodean Río[45]. Con el apoyo de Estados Unidos, la política de demolición continuó para crear espacios a la expansión industrial o simplemente para embellecer las zonas limítrofes de los barrios ricos. Aunque las autoridades fracasaron en su intento de eliminar «todas las chabolas de Río en el plazo de diez años», su actuación sirvió en cambio para radicalizar los conflictos entre barrios burgueses y *favelas* y entre población joven y policía, que treinta años más tarde todavía permanecen igual de virulentos[46].

En 1973, en Santiago de Chile, después asesinar a los dirigentes de la izquierda popular, uno de los primeros actos de la dictadura de Pinochet fue restablecer la hegemonía de las clases medias en el centro de la ciudad, expulsando a unas 35.000 familias de *poblaciones* y *callampas*, que habían sido toleradas por el gobierno de Allende[47]. Como señala Hans Harms, «el objetivo declarado del gobierno era el de crear en la ciudad, "áreas homogéneas desde el punto de vista socioeconómico" […] la soledad y el miedo ocuparon el lugar que las organizaciones vecinales dejaron vacío durante los treinta años de dictadura»[48]. En 1984, tras el resurgir del activismo político, la dictadura desató otra oleada de demoliciones contra los *pobladores* y como señala Cathy Schneider en su excelente historia de la resistencia vecinal contra Pinochet, el resultado fue que muchos desplazados y muchas familias jóvenes se vieron obligados a refugiarse en casas de amigos o familiares. «El porcentaje de familias viviendo como *allegados* (con más

---

[45] S. Taschner, «Squatter Settlements and Slums in Brazil», cit., p. 205.

[46] M. Barke, T. Escasany y G. O'Hare, «Samba. A Metaphor for Rio's Favelas», *Cities* XVIII, 4, 2001, p. 263.

[47] A. Rodríguez y A. M. Icaza, «Chile», en Azuela, Duhau y Ortiz, *Evictions and the Right to Housing,* cit., p. 51.

[48] H. Harms, «To Live in the City Centre», cit., p. 198.

de tres personas por dormitorio) creció de un 25 por 100 en 1965 hasta el 41 por 100 en 1985»[49].

En Argentina, desde 1967 hasta 1970, la política de la junta militar sobre las áreas urbanas hiperdegradadas estuvo claramente determinada por la lucha contra la subversión. Como señala Cecilia Zanetta, el «Plan de Erradicación de Villas de Emergencia» estaba claramente dirigido contra las comunidades en las que se desarrollaban experimentos de autogobierno en determinados barrios chabolistas, y los desplazados se veían obligados a atravesar una fase de «ajuste social» antes de ser realojados en la periferia. De cualquier forma, los primeros intentos de los militares para eliminar la vivienda informal no tuvieron más que un éxito parcial, y con la restauración del poder civil a principios de la década de 1970, las zonas hiperdegradadas volvieron a ser focos del peronismo y socialismo radical. Cuando en marzo de 1976 los militares volvieron al poder, lo hicieron con la determinación de destruir las *villas miseria* de una vez por todas; durante los terribles años de la dictadura de Videla, el control de los alquileres desapareció, el 94 por 100 de los asentamientos ilegales del gran Buenos Aires fueron arrasados y 270.000 personas se quedaron sin hogar. Los militantes de organizaciones sociales desde la izquierda radical hasta católicos laicos, «desaparecieron» de manera sistemática. Como en Chile, la liquidación de los barrios que ofrecían resistencia, se acompañó de un reciclado especulativo de los nuevos terrenos y las expulsiones se concentraron en «el centro y norte del área metropolitana, donde el valor de los terrenos era mayor»[50].

En Egipto, la década de 1970 también trajo una violenta represión del Estado en contra de los barrios urbanos «subversivos»[51]. Uno de los episodios más conocido son los disturbios que se produjeron en El Cairo en 1977, con motivo de la reunión del FMI.

---

[49] C. Schneider, *Shantytown Protest in Pinochet's Chile*, Filadelfia, 1995, p. 101.

[50] C. Zanetta, *The Influence of the World Bank on National Housing and Urban Policies. The Case of Mexico and Argentina in the 1990s*, Aldershot, 2004, pp. 194-196.

[51] R. Harris y M. Wahba, «The Urban Geography of Low-Income Housing: Cairo (1947-96)», cit., p. 68.

Las fallidas políticas neoliberales de la *Infitah* del presidente Sadat, habían provocado un déficit enorme que tanto Jimmy Carter como el FMI querían que Sadat corrigiera. La periodista Geneive Abdo escribe que «para nivelar este déficit se vio obligado a elegir entre acabar con las subvenciones o sangrar a los sectores acomodados con impuestos sobre la renta. Sin embargo, las clases acomodadas eran un soporte fundamental para Sadat, así que optó por reducir a la mitad los subsidios para alimentos»[52]. La medida provocó la furia de la población que respondió atacando los símbolos de la *Infitah*, hoteles de cinco estrellas, casinos, salas de fiestas, almacenes y las comisarías de policía. Durante el levantamiento ocho personas murieron y más de mil resultaron heridas.

Después de llenar las cárceles de izquierdistas, una política que favoreció el auge de los radicales islámicos, Sadat puso su atención en la zona hiperdegradada de Ishash al-Turguman, en el distrito de Bulaq pegado al centro de El Cairo al que acusaba de ser un foco «de bandidos dirigido por los comunistas». Manifestó a los periodistas extranjeros que la zona era literalmente un nido de la subversión donde se escondían los comunistas y «donde no se les podía capturar porque la estrechez de sus calles impedían que los coches de la policía pudieran entrar»[53]. La antropóloga Farha Ghannam dice que Sadat, como Napoleón III en su momento, «quería volver a dibujar el centro de la ciudad para poder tener un control social y policial». Los estigmatizados habitantes de Ishash al-Turguman fueron divididos en dos grupos y expulsados a la periferia, mientras su antiguo barrio se convertía en aparcamientos. Ghannam sostiene que la purga de Bulaq fue el primer paso de un proceso mucho más ambicioso que pretendía transformar la ciudad «utilizando el modelo de Los Ángeles y Houston»[54].

Desde la década de 1970, todos los gobiernos han estado de acuerdo en justificar la eliminación de las áreas urbanas hiperdegradadas como un paso imprescindible de la lucha contra el cri-

---

[52] G. Abdo, *No God but God. Egypt and the Triumph of Islam*, Oxford, 2000, pp. 129-130.

[53] F. Ghannam, *Remaking the Modern. Space, Recolocation, and the Politics of Identity in a Global Cairo*, Berkeley, 2002, p. 38.

[54] *Ibid.*, p. 135.

men. Se las considera amenazas porque el Estado no puede ni ver ni controlar lo que sucede en su interior, así que cuando en 1986 el presidente de Zambia, Kenneth Kaunda desencadenó una oleada de expulsiones y demoliciones por toda Lusaka, las justificaba porque «la mayor parte de los criminales encuentran refugio en estas ciudades ilegales, que por sus propias características no tienen los adecuados sistemas de control»[55].

La justificación de las expulsiones se realiza sobre cualquier cosa, incluyendo las leyes de la época colonial. En Oriente Próximo, el ejército israelí invoca de manera rutinaria ordenanzas británicas e incluso de épocas anteriores, cada vez que expulsa familias o dinamita las casas de los «terroristas». Kuala Lumpur, en su pretensión de lograr en 2005 verse «libre de áreas hiperdegradadas», proporcionó a la policía poderes que se remontaban a las leyes de Emergencia de la década de 1950, cuando los británicos arrasaron los asentamientos de la población china, alegando que se trataba de bastiones comunistas. Las Leyes antisubversivas actuales amparan una masiva y corrupta política de apropiación de terrenos. «En 1998, la mitad de los asentamientos de la ciudad habían sido desalojados, dejando a 129.000 personas viviendo entre la miseria y el miedo, en 220 nuevos asentamientos»[56]. En 1999 las autoridades de Dacca, utilizando como excusa la muerte de un policía a manos de una banda de delincuentes, arrasaron 19 «áreas del crimen» y dejaron sin techo a 50.000 personas[57].

La «seguridad» también fue uno de los pretextos esgrimidos para justificar la masacre de la plaza de Tiananmen en 1989; seis años más tarde también se hablaba de «seguridad» a la hora de eliminar el área hiperdegradada de Zhejiang Village, en el extremo sur de Pekín. Michael Dutton señala que «tradicionalmente, la parte sur de la ciudad era de los pobres, como lo reflejaba un viejo dicho local: "al este, los ricos; al oeste, los aristócratas y el sur todo para los pobres"»[58]. La

---

[55] M. Mulwanda y E. Mutale, «Never Mind the People, the Shanties Must Go», *Cities* XI, 5, 1994, pp. 303, 311.

[56] Asian Coalition for Housing Rights, *Housing by People in Asia*, cit., pp. 18-19.

[57] BBC News, 8 y 23 de agosto de 1999.

[58] M. Dutton, *Streetlife China*, cit., p. 149.

mayor parte de los 100.000 residentes de Zhejiang Village procedían de Wenzhou, en la provincia de Zhejiang, una zona famosa por la habilidad negociadora de sus habitantes y la escasez de tierras cultivables. En su mayoría eran gente joven, sin educación, *mangliu*, población *flotante* sin permisos de residencia, que arrendaban casuchas a los agricultores locales y trabajaban en talleres clandestinos controlados por clanes mafiosos, donde se producía la ropa de invierno barata y los artículos de cuero que se vendían en la ciudad[59]. Dorothy Solinger describe como por todas partes de Zhejiang Village «era habitual encontrar cuatro o cinco máquinas de coser, cuatro o cinco adultos y por lo menos un niño, con dos o tres camastros metidos en una habitación de diez metros cuadrados»[60].

La demolición comenzó a principios de noviembre de 1995, duró dos meses, y fue una prolongada operación militar que movilizó a cinco mil policías y cuadros del Partido y estuvo coordinada por miembros del Comité Central y del Consejo de Estado. Aunque la imagen oficial de Zhejiang Village era de bandas mafiosas, droga, crimen y una elevada incidencia de las enfermedades venéreas, según señala Salinger, su destrucción «fue decidida al más alto nivel por el propio primer ministro Li Peng [...] como advertencia para todos aquellos que quisieran aventurarse en las ciudades de manera ilegal». Finalmente se destruyeron 9.917 viviendas, 1.645 negocios «ilegales» (desde calesas de pedales a clínicas médicas) y se deportó a 18.621 residentes también «ilegales»[61]. Como señala Dorothy Solinger, «de cualquier forma, unos meses después de esta dramática destrucción, muchos de los residentes comenzaron a regresar de nuevo»[62].

La demolición a gran escala de áreas urbanas hiperdegradadas, como Zhejiang Village, frecuentemente va de la mano de la represión de la venta ambulante y del trabajo informal. El general Sutiyoso, el poderoso gobernador de Yakarta, no anda lejos de sus colegas birmanos en cuanto al abuso de los derechos humanos de la

---

[59] L. Xiaoli y L. Wei, «Zhejiangcun. Social and Spatial Implications of Informal Urbanization on the Periphery of Beijing», *Cities*. xiv, 2, 1997, pp. 95-98.

[60] D. Solinger, *Contesting Citizenship in Urban China*, cit., p. 233.

[61] M. Dutton, *Streetlife China*, cit., pp. 152-159 (citando de documentos oficiales).

[62] D. Solinger, *Contesting Citizenship in Urban China*, cit., p. 69.

población. Famoso por su persecución de los disidentes bajo la dictadura de Suharto, en 2001 comenzó una «cruzada personal para limpiar la ciudad de asentamientos informales y *kampungs*, así como de vendedores, músicos callejeros, personas sin techo y calesas de pedales». Con el apoyo de grandes empresas y constructores y más tarde de la propia presidenta Megawati, desalojó a más de 50.000 personas, dejando sin trabajo a 34.000 taxistas, arrasado los tenderetes de 21.000 vendedores y arrestado a cientos de músicos callejeros. Su objetivo manifiesto es convertir a Yakarta (con una población de 12 millones) en una «segunda Singapur». Sin embargo, para organizaciones de base como la Alianza de Pobres Urbanos, se trata simplemente de limpiar las áreas hiperdegradadas para dejar el camino libre a futuros planes de desarrollo en los que están interesados sus sostenedores y compinches políticos[63].

Si algunos de los habitantes de las áreas urbanas hiperdegradadas cometen el «crimen» de encontrarse en el camino del progreso, otros cometen el «error» de ejercer sus derechos democráticos. Después de las corruptas elecciones de 2005 en Zimbabwe, el presidente Robert Mugabe dirigió su venganza contra los mercados callejeros y barrios de chabolas de Harare y Bulawayo, donde la población había votado mayoritariamente a favor del Movimiento por el Cambio Democrático (MDC). El primer paso de la siniestra «Operación Murambasvina» [Retirada de basura], a comienzos de mayo, consistió en un asalto policial sobre 34 mercados tradicionales. Un oficial de la policía exhortaba a sus hombres diciéndoles que «a partir de mañana quiero informes sobre la mesa que digan que hemos disparado sobre la gente. El presidente ha dado su total apoyo a esta operación, así que no hay nada que temer. Considerad que se trata de una operación de guerra»[64].

---

[63] Asian Coalition for Housing Rights, «Housing by People in Asia», así como publicaciones en la prensa de Asian Human Rights Commision and Urban Poor Consortium (véase la página web de Urban Poor: www.urbanpoor.or.id).

[64] M. Gwisai, «Mass Action Can Stop Operation Murambasvina», International Socialist Organization (Zimbabwe), 30 de mayo de 2005; Noticias de la BBC, 27 de mayo de 2005; *The Guardian*, 28 de mayo de 2005; *Los Angeles Times*, 29 de mayo de 2005.

Y la policía así lo hizo. Las mercancías y los tenderetes fueron sistemáticamente quemados o saqueados y más de 17.000 comerciantes y taxistas fueron arrestados. Una semana más tarde, la policía lanzó las excavadoras sobre las chozas de los barrios tanto del MDC como de los que habían apoyado a Mugabe, y que estaban situados en terrenos codiciados por la reurbanización. Uno de ellos era Hatcliffe, al oeste de Harare, donde la policía desalojó a miles de residentes que se habían instalado allí a principios de la década de 1990, después de una campaña de limpieza con motivo de la visita de la reina Isabel II. A mediados de julio, más de 700.000 personas, «basura humana» según la terminología oficial, habían sido expulsadas, mientras que los que trataron de resistirse fueron puntualmente abatidos por los disparos, golpeados o arrestados[65]. Los investigadores de Naciones Unidas encontraron que «el grado de sufrimiento es inmenso, especialmente entre viudas, madres solteras, población infantil y huérfanos y la gente discapacitada o de edad avanzada», y el secretario general Kofi Annan, denunció la «Operación Murambasvina» como «una injusticia de proporciones catastróficas»[66].

Un miembro de la oposición socialista, Brian Raftopoulos de la Universidad de Zimbabwe, comparaba la limpieza étnica de Mugabe con las despreciables políticas de Ian Smith y la época colonial.

> Como sucedía en la época colonial, el régimen actual ha utilizado la criminalidad y la miseria urbana como argumentos para «restaurar el orden» en las ciudades, y como ha sucedido con intentos anteriores, esto no resolverá los problemas […] las bases de esta pobreza urbana se encuentran en la falta de creación de empleo y en el fracaso continuo de la actual política económica para estabilizar el sustento de los trabajadores urbanos. De hecho, los trabajadores se encuentran en una posición mucho más vulnerable para ganarse el sustento de lo que se encontraban en 1980 después de haber tenido que soportar los efectos de la caída de los salarios reales, del aumento de los

[65] Noticias de la BBC, 8 de junio de 2005 y Mail&Guardian Online (www.mg.co.za), 21 de julio de 2005.

[66] Noticias de la BBC, 22 de julio de 2005.

> precios de los alimentos y de los recortes masivos del salario social […] En ningún momento del periodo posterior a 1980 y probablemente tampoco antes, la ciudad ha estado tan mal dirigida y con menos consideración hacia la mayoría de sus residentes[67].

## Mundos aparte

En contraste con París durante el Segundo Imperio, la haussmanización contemporánea frecuentemente reclama el centro urbano para unas desagradecidas clases altas que ya tienen sus maletas en urbanizaciones de la periferia. Si los pobres resisten como pueden en el núcleo de la ciudad, los ricachones cambian de manera voluntaria los barrios antiguos por urbanizaciones de fantasía convenientemente valladas en la periferia. Ciertamente, las zonas «de oro» como Zamalez en El Cairo, Riviera en Abiyán y Victoria Island en Lagos, continúan existiendo, pero desde principios de la década de 1990, la tendencia global ha sido la explosión de urbanizaciones exclusivas en las periferias de las ciudades del Tercer Mundo. Incluso (o especialmente) en China, las urbanizaciones exclusivas se han considerado «el aspecto más significativo del planeamiento y diseño urbano de los últimos años»[68].

Estos «mundos aparte», por utilizar la terminología de *Blade Runner*[69], se conciben frecuentemente como réplicas de los que se encuentran en el sur de California. «Beverly Hills» no tiene únicamente el código postal 90210; junto a Utopia y Dreamland es una ciudad residencial a las afueras de El Cairo «cuyos habitantes se mantienen al margen de la cruda pobreza, de la violencia y del activismo islámico que parecen extenderse por las

---

[67] B. Raftopoulos, «The Battle for the Cities», una contribución para un debate en marcha en Internet sobre Zimbabwe (http//list. kabissa.org/mailman/listinfo/debate).

[68] P. Miao, «Deserted Streets in a Jammed Town. The Gated Community in Chinese Cities and Its Solution», *Journal of Urban Design* viii, 2003 p. 45.

[69] «Off worlds», en el original inglés, traducido en la versión en lengua española de *Blade Runner* como «mundo exterior». *[N. del T.]*

ciudades»[70]. Exactamente igual «Orange County» es una urbanización vallada al norte de Pekín, con residencias de un millón de dólares de estilo californiano, diseñadas por algún arquitecto de Newport Beach y decoradas por Martha Stewart. Como explicaba uno de los promotores de la urbanización a un periodista, «la gente en Estados Unidos sabe que Orange County es una población, pero aquí en China, la gente piensa que es un nombre de marca, algo así como Giorgio Armani»[71]. Long Beach es otra ciudad residencial del norte de Pekín provista de una autopista de seis carriles que *The New York Times* describe como una versión *faux* de su homónima en Los Ángeles[72]. Palm Springs es un enclave de Hong Kong celosamente protegido, donde sus acomodados residentes pueden «jugar al tenis y dar un paseo por algún parque temático, donde unos cómicos personajes de Disney se mueven entre ridículas columnas griegas y pabellones neoclásicos». La teórica urbana Laura Ruggeri señala el contraste entre los lujosos estilos de vida importados de California que llevan sus habitantes, con las condiciones en las que se encuentran las criadas filipinas que duermen en las azoteas como las gallinas en los gallineros[73].

Bangalore es famosa por su recreación en las zonas residenciales del sur de la ciudad de los estilos de vida de Palo Alto y Sunnyvale, con su cadena de tiendas Starbucks y sus complejos de ocio. De acuerdo con Solomon Benjamin, los ricos apátridas (oficialmente hindúes no residentes), viven como lo podrían hacer en California, en mansiones rurales y edificios de apartamentos con piscinas y gimnasios privados, protegidos por verjas electrificadas 24 horas, seguridad privada y centros comunitarios exclusivos[74].

---

[70] A. Bayat y E. Denis, «Who is Afraid of *Ashiwaiyat*», *Environment and Urbanization* XVII, 2 (octubre 2000), p. 199.

[71] *Orange County Register*, 14 de abril de 2002.

[72] *The New York Times*, 3 de febrero de 2003.

[73] L. Ruggeri, «Palm Springs. Imagineering California in Hong Kong, 1991/94». El sitio web de la autora es www.spacing.org. Otro «Palm Springs» es un elegante complejo residencial de Pekín.

[74] S. Benjamin, «Governance, Economic Settings and Poverty in Bangalore», *Environment and Urbanization* XII, 1 (abril 2000), p. 39.

Lippo Karawaci en el distrito de Tangerang al oeste de Yakarta no tiene un nombre americano, pero por lo demás es una copia de las zonas residenciales de la Costa oeste que presume de una infraestructura más o menos autosuficiente que incluye hospital, universidad, centros comerciales y deportivos, campos de golf, cines y restaurantes. También tiene áreas interiores que se llaman «zonas de protección total»[75].

La búsqueda de la seguridad y del aislamiento social resulta obsesiva y universal. En las zonas residenciales de Manila, tanto del centro como de la periferia, los propietarios ricos cierran con barricadas las calles públicas y realizan una constante cruzada a favor de la demolición de las zonas hiperdegradadas. Erhard Berner describe el exclusivo municipio de Loyola Heights:

> Un sistema muy elaborado de puertas de hierro, obstáculos en la calzada y puestos de control delimita las fronteras del área y la aísla del resto de la ciudad, sobre todo por la noche. Las amenazas a la vida, a la integridad y a la propiedad son las preocupaciones habituales y abrumadoras de sus acomodados residentes. Las casas están convertidas en auténticas fortalezas rodeadas de altos muros rematados por trozos de cristales, alambradas de espino y rejas de hierro en las ventanas[76].

Esta «arquitectura del miedo», como describe Tunde Agbola los estilos de vida fortificados de Lagos, es un lugar común en el Tercer Mundo y en algunas zonas del Primero, pero alcanza su máxima expresión en las grandes ciudades en las que las desigualdades sociales son mayores: Sudáfrica, Brasil, Venezuela y Estados Unidos[77]. En Johannesburgo, antes de la elección de Nelson Mandela, las grandes empresas y los blancos acomodados ya estaban huyendo del centro en dirección a los barrios del norte (Sandton, Randburg, Rosebank…) que se transformaron en zonas de

---

[75] H. Leisch, «Gated Communities in Indonesia», *Cities* XIX, 5, 2002, pp. 341, 344-345.

[76] E. Berner, *Defending a Place*, cit., p. 163.

[77] Para una descripción de las casas fortificadas de Lagos, véase T. Agbola, *Architecture of Fear*, cit., pp. 68-69.

alta seguridad similares a las *edge cities* americanas. El antropólogo Andre Czegledy encuentra que con esta proliferación de fortificaciones, con sus verjas, viviendas rodeadas de espacios libres y calles públicas cerradas con barricadas, la seguridad ha pasado a ser una cultura del absurdo.

> Los muros exteriores se rematan frecuentemente con pinchos de metal, alambres de espino y últimamente con alambradas electrificadas conectadas a alarmas. En unión de dispositivos de aviso de control remoto, las alarmas de las viviendas se encuentran conectadas a compañías de seguridad que proporcionan una «respuesta armada». El carácter surrealista de esta violencia implícita se me mostró un día mientras caminaba con un colega por Westdene, uno de los vecindarios de clase media del norte de la ciudad. En la calle estaba aparcada una furgoneta de una compañía local de seguridad que presumía, con unas letras bien grandes en los laterales del vehículo, de responder con «armas de fuego y explosivos». ¿Explosivos?[78].

En Somerset West, el elegante barrio de las afueras de Cape Town, las fortificaciones del fin del *apartheid* se están sustituyendo por viviendas de aspecto más inocente sin grandes obras aparentes de seguridad. El secreto de estas amables residencias está en la verja electrificada que rodea toda la propiedad o como se las llama localmente, «pueblo seguro». Verjas con diez mil voltios, pensadas en un principio para mantener alejados a los leones del ganado, y que proporcionan una descarga que se supone desanima a cualquier intruso sin llegar a matarlo. La creciente demanda global de estas tecnologías ha hecho que las empresas del sector en Sudáfrica esperen explotar el mercado de las exportaciones de material de seguridad[79].

---

[78] A. Czegledy, «Villas of the Highveld. A Cultural Perspective on Johannesburg and Its Northern Suburbs», en R. Tomlinson *et al.* (eds.), *Emerging Johannesburg. Perspectives on the Postapartheid City*, Nueva York, 2003, p. 36.

[79] M. Williams, «Gated Villages Match on among City's Super-Rich», *Cape Argus* (Cape Town), 6 de enero de 2004. Para detalles sobre la tecnología de electrificación de vallas, véase www.electerrific.co.za

*Alphaville*, la futurista película en la que Godard presentaba un nuevo mundo oscuro y deshumanizado, da nombre a la más famosa de las *edge cities* de Brasil. Situada en el cuadrante noroeste de São Paulo, Alphaville es una ciudad completamente privada, con grandes complejos de oficinas, centros comerciales, zonas residenciales rodeadas de muros y todo ello defendido por más de 800 guardias de seguridad privados. En *City of Walls* (2000) el famoso estudio de Teresa Caldeira sobre la militarización del espacio urbano en Brasil, se afirma que «la seguridad es uno de los elementos principales en los que se basa su publicidad y una obsesión para todos los que se encuentran implicados en ella». En Alphaville esto supone una aplicación sumaria de la justicia a los intrusos mientras los jóvenes residentes pasan sus años dorados campando a sus anchas; un habitante de la ciudad reconocía a Caldeira que «hay una ley para la gente común, pero no reza para los habitantes de Alphaville»[80].

Las *edge cities* de Johannesburgo y São Paulo, así como las de Bangalore y Yakarta, son «mundos aparte» autosuficientes porque están basados en elevados niveles de empleo unidos a la mayoría de las ofertas culturales y comerciales que reunían los centros urbanos tradicionales. En los casos de enclaves más estrictamente residenciales, la construcción de autopistas rápidas al estilo norteamericano ha sido condición *sine qua non* para estas urbanizaciones de la opulencia. Como señala Dennis Rodgers refiriéndose a las elites en Managua, «estos espacios protegidos y privados han resultado "viables", precisamente por la interconexión que presentan, y no se puede dudar de que el elemento clave que ha permitido el nacimiento de esta red de fortificaciones ha sido el desarrollo, durante la última mitad de la pasada década, de un estratégico sistema de carreteras rápidas, bien iluminadas y bien mantenidas»[81]. Rodgers continúa su crítica sobre el proyecto conservador de la «Nueva Managua» que realizó el entonces presidente Arnoldo Alemán, que

---

[80] T. Caldeira, *City of Walls. Crime, Segregation, and Citzenship in São Paulo*, Berkeley, 2000, pp. 253, 262, 278.

[81] D. Rodgers, «"Disembedding" the City. Crime, Insecurity and Spatial Organization in Managua», *Environment and Urbanization* XVI, 2 (octubre 2004), pp. 120-121.

además de destruir los murales revolucionarios de la ciudad, levantó el nuevo sistema de carreteras prestando una especial atención a la seguridad de los acomodados conductores en sus coches deportivos:

> La proliferación de rotondas [...] puede unirse al hecho de que reducen el riesgo de violencia contra los vehículos al permitir que no se detengan, mientras que el primer objetivo de las circunvalaciones parece ser el de evitar a los conductores el paso por algunas zonas de Managua reputadas por su alto nivel de delincuencia. [...] Los nuevos trazados no solamente conectan lugares asociados con las elites urbanas, sino que al mismo tiempo ignoran por completo las zonas de la ciudad que no están asociadas con ellas [es decir: pro sandinistas][82].

Lo mismo sucede en Buenos Aires, donde la inversión privada en carreteras es lo que permite a los ricos vivir en sus residencias campestres en el lejano Pilar, y desplazarse diariamente a sus oficinas en el centro. (El Gran Buenos Aires tiene un proyecto de *edge city* o *mega empredimiento*, llamado Nordelta, con una viabilidad financiera un tanto dudosa)[83]. En Lagos se abrió un amplio pasillo a través de poblados, asentamientos, chabolas y miseria, para poder construir una autopista para los dirigentes y funcionarios del Estado que viven en el rico barrio de Ajah. Los ejemplos de estas redes de comunicaciones son muy numerosos y Rodgers enfatiza el hecho de que «la apropiación de grandes franjas de las metrópolis para su exclusiva utilización por parte de las elites [...] supone una invasión del espacio público de la ciudad mucho mayor aún que los enclaves fortificados»[84].

Es importante darse cuenta de que a lo que nos estamos enfrentando es a una reorganización fundamental del espacio urbano, que incluye una disminución drástica de las intersecciones

---

[82] *Ibid.*

[83] G. Thuillier, «Gated Communities in the Metropolitan Area of Buenos Aires», pp. 258-259.

[84] D. Rodgers, «"Disembedding" the City. Crime, insecurity and spatial organization in Managua, Nicaragua», *Environment and Urbanization* XVI, 10, 2004, 2004, p. 123.

entre la vida de los ricos y la de los pobres en un grado que trasciende la segregación social y la fragmentación urbana tradicional. Algunos autores brasileños han hablado recientemente de «la vuelta a la ciudad medieval», pero las implicaciones que tiene la ruptura de las clases medias con el espacio público y con cualquier forma de compartir un espacio ciudadano común con los pobres, suponen un cambio más radical aun[85]. Rodgers, siguiendo el camino de Anthony Giddens, conceptualiza la esencia del proceso como el «divorcio» entre las actividades de las elites y los contextos territoriales locales, un intento casi utópico de desconectar de una sofocante matriz de pobreza y violencia social[86]. Laura Ruggeri hablando sobre el caso concreto de Palm Springs en Hong Kong, reflexiona también sobre la búsqueda contemporánea que las desarraigadas elites del Tercer Mundo, realizan de un estilo de vida basado en las imágenes televisivas de una California mitificada, que «para ser posible tiene que estar aislada de la realidad del entorno»[87].

Enclaves de fantasía convenientemente fortificados, *edge cities* desgajadas de sus propios paisajes sociales pero integradas en una etérea globalización al estilo californiano [...] todo esto nos llevan directamente a Philip K. Dick. En este «dorado cautiverio», añade Jeremy Seabrooks, la burguesía urbana del Tercer Mundo «deja de ser ciudadana de su propio país y se convierte en nómada que pertenece y debe lealtad a una topografía del dinero, que es patriota de la riqueza y nacionalista de un no lugar exclusivo y dorado»[88].

Mientras tanto, sobre el suelo del planeta, los pobres urbanos están desesperadamente atascados en la ecología de la hiperdegradación urbana.

---

[85] A. Geraiges de Lemos, F. Scarlato y R. Machado, «O Retorno a Cidade Medieval. Os Condominios Fechados da Metropole Paulistana», en L. F. Cabrales Barajas (ed.), *Latinoamérica. Países abiertos, ciudades cerradas*, Guadalajara, 2000, pp. 217-236.

[86] D. Rodgers, «"Disembedding" the City. Crime, insecurity and spatial organization in Managua, Nicaragua», cit., p. 123.

[87] L. Ruggeri, «Palm Springs», cit.

[88] J. Seabrook, *In the Cities of the South*, cit., p. 211.

# CAPÍTULO VI

## Ecología de las áreas urbanas hiperdegradadas

> Aquellos que fueron a las metrópolis han caído en un desierto.
>
> Pepe Kalle

No es de extrañar que una *villa miseria* de las afueras de Buenos Aires pueda tener el peor *feng shui* del mundo, habida cuenta de que estará levantada «sobre un antiguo lago, un vertedero tóxico, un cementerio o en una zona con un riesgo elevado de inundaciones»[1]. Sin embargo, un lugar peligroso, que suponga una grave amenaza para la salud podría ser la definición geográfica de lo que es un típico asentamiento ocupado. Da igual que se trate de un *barrio* en el río Pasig en Manila precariamente levantado con postes sobre un nauseabundo y estancado río, o un *bustee* en Vijayawada donde «los residentes tienen pintados los números de las casas en elementos de mobiliario, para poder recuperarlos después de las inundaciones que se producen todos los años»[2]. Los ocupantes obtienen unos metros cuadrados de terreno y una cierta posibilidad de evitar el desalojo a cambio de renunciar a la salud pública y poner en peligro su seguridad física. Son los primeros colonizadores de pantanos, zonas de inundaciones, laderas de volcanes, colinas inestables, montañas de basura, vertederos químicos, vías muertas y bordes de desiertos. Visitando Dacca, Jeremy Seabrook describe una pequeña área hiperdegradada –«un refugio para desplazados por la erosión, los ciclones, las inundaciones, la hambruna o por el más reciente generador de inseguridad: el desarrollo»– que ha hecho un pacto con el diablo y ha obtenido

[1] E. Stillwaggon, *Stunded Lives, Stagnant Economies*, cit., p. 67.
[2] G. Verma, *Slumming India*, cit., p. 69.

una precaria cornisa de terreno entre una fábrica altamente tóxica y un lago envenenado. Su peligrosidad y su falta de atractivo hacen que ofrezca «protección frente a los valores en alza de los terrenos en la ciudad»[3]. Semejantes lugares son nichos de pobreza en la ecología de la ciudad y los más pobres no tienen más alternativa que convivir con el desastre.

## Riesgos no naturales

El punto de partida de un área urbana hiperdegradada es una geología adversa. Las áreas hiperdegradadas de Johannesburgo, por ejemplo, se corresponden exactamente con un cinturón de terrenos calizos que son peligrosos, inestables y están contaminados por los residuos de la minería. Por lo menos la mitad de la población no blanca de la región vive en asentamientos informales situados en zonas de residuos tóxicos y en las que el terreno sufre un colapso crónico[4]. Igualmente, las *favelas* de Belo Horizonte y de otras ciudades de Brasil se levantan sobre laderas de terreno ferruginoso altamente erosionado y están catastróficamente expuestas a desmoronamientos y desprendimientos[5]. Los estudios geomorfológicos realizados en 1990 revelaron que una cuarta parte de las *favelas* de São Paulo estaban situadas en zonas peligrosamente erosionadas, mientras el resto se repartía entre abruptas laderas de colinas o riberas de ríos. El 60 por 100 de los ocupantes estaban expuestos de manera inminente o a medio plazo a «riesgos para la vida y/o para sus propiedades»[6]. Las conocidas *favelas* de Río de Janeiro están levantadas sobre terrenos igualmente inestables encima de estructuras de granito y laderas de colinas que frecuentemente se desmoronan con resultados

---

[3] J. Seabrook, *In the Cities of the South*, cit., p. 177.

[4] M. Lupton y T. Wolfson, «Low-Income Housing, the Environment and Mining on the Witwatersrand», en H. Main y S. Williams, *Environment and Housing in Third World Cities*, cit., pp. 115, 120.

[5] C. Viana y T. Galvão, «Erosion Hazards Index for Lateritic Soils», *Natural Hazards Review* iv, 2 (mayo 2003), pp. 82-89.

[6] S. Taschner, «Squatter Settlements and Slums in Brazil», cit., p. 218.

mortales. Entre 1966 y 1967 hubo 2.000 muertes a consecuencia de desprendimientos, 200 en 1998 y en las navidades de 2001 murieron 70 personas[7]. El peor desastre natural en Estados Unidos desde la posguerra, fueron las lluvias torrenciales que cayeron sobre las inestables laderas de Ponce en Puerto Rico y que provocaron una avalancha que se llevó la vida de 500 habitantes de las chabolas de Mamayes.

Con una población de 5,2 millones de habitantes en 2005, Caracas es «la tormenta perfecta» desde el punto de vista geológico. Las áreas hiperdegradadas que albergan a las dos terceras partes de la población urbana están levantadas sobre laderas inestables de montañas o en profundos barrancos alrededor del valle de Caracas, una zona que registra actividad sísmica. Antiguamente, la vegetación mantenía la frágil corteza en su lugar, pero el desbrozamiento del terreno unido a una construcción devastadora han desestabilizado unas laderas densamente pobladas y han producido un aumento radical de los corrimientos y avalanchas de tierras: de menos de una por década antes de 1950 al ritmo actual de dos o más al mes[8]. De todas formas, la creciente inestabilidad del terreno no ha evitado que se colonicen las cornisas de la montaña, las pendientes de las torrenteras, o las bocas de los barrancos que sufren inundaciones periódicas.

A mediados del mes de diciembre de 1999, el norte de Venezuela, y especialmente el macizo del Ávila sufrió unas tormentas extraordinariamente fuertes. La lluvia que se recogía en un año, cayó en cuestión de días sobre un terreno que ya estaba saturado de agua. En algunas zonas se alcanzaron los niveles más altos de los «últimos mil años»[9]. Las riadas y las avalanchas que cayeron

---

[7] R. Pike, D. Howell y R. Grayner, «Landslides and Cities. An Unwanted Partnership», en G. Heiken, R. Fakundiny y J. Sutter (eds.), *Earth Science in the City. A Reader*; Washington DC, 2003, p. 199.

[8] V. Jiménez-Díaz, «The Incidente and Causes of Slope Failure in the Barrios of Caracas», en H. Main y S.Williams, *Environment and Housing in Third World Cities*, cit., pp. 127-129.

[9] G. F. Wieczorek *et al.*, «Debris-Flow and Flooding Hazards Associated with the December 1999 Storm in Coastal Venezuela and Stretegies for Mitigation», US Geological Survey, Open File Report 01-0144, Washington DC, 2000, p. 200.

sobre Caracas y especialmente sobre la vertiente caribeña del macizo de Ávila, provocaron 32.000 muertos, 140.000 personas sin techo y otras 200.000 perdieron sus trabajos. La costa de Caraballeda fue devastada por la avalancha de 1,8 millones de toneladas de tierra, incluyendo rocas tan grandes como casas[10]. Un obispo católico sugirió que era la respuesta divina al triunfo electoral del izquierdista Hugo Chávez. El ministro de Asuntos Exteriores José Vicente Rangel le respondió diciendo que «sería un Dios muy cruel si descargara su venganza sobre el sector más desvalido de la comunidad»[11].

Los deslizamientos del terreno son a la región de Caracas lo mismo que las frecuentes inundaciones al área metropolitana de Manila. La ciudad se encuentra en una planicie semialuvial limitada por tres ríos y sujeta a lluvias torrenciales y tifones; es una cuenca donde las inundaciones son algo natural. Después de 1898 las autoridades coloniales estadounidenses construyeron canales, dragaron las zonas sometidas a las mareas *(esteros)* y levantaron estaciones de bombeo para drenar las aguas de las tormentas y proteger la parte central de la ciudad. Las mejoras en el sistema que se han realizado en los últimos años se han visto contrarrestadas por la ingente cantidad de residuos que van a parar a los canales y a los *esteros* (se calcula que el lecho del río Pasig está formado por una capa de cuatro metros de residuos)[12]; la sobreexplotación de las aguas subterráneas, la deforestación de las riberas de Marikina y Montalban, y por encima de todo por el incesante crecimiento de viviendas de chabolas en los humedales. La crisis de la vivienda ha transformado tanto el carácter como la magnitud del problema de las inundaciones, dejando a la quinta parte de la población expuesta de manera regular al peligro físico o a la pérdida de propiedades. En noviembre de 1988, las inundaciones dañaron o destruyeron las viviendas de más de 300.000 personas y en otra catástrofe

---

[10] R. Pike, D. Howell y R. Graymer, «Landslides and Cities», cit., p. 200.

[11] Citado por R. Gott, *In the Shadow of the Liberator. Hugo Chávez and the Transformation of Venezuela*, Londres, 2001, p. 3.

[12] E. Berner, *Defending a Plan*, cit., p. xiv.

similar el asentamiento de Tatlon fue sepultado bajo seis metros de agua. En julio de 2000, el diluvio que acompañó a un tifón provocó el hundimiento de la famosa «montaña de basura» de Payatas, en la hiperdegradada Quezon City, sepultando 500 chabolas y matando a mil personas. (Payata ha sido objeto de varios excelentes documentales por parte del cineasta japonés Hiroshi Shinoimiya)[13].

Los ejemplos de Caracas y de Manila muestran cómo la pobreza amplifica los peligros climáticos o geológicos. La vulnerabilidad ambiental urbana, *el riesgo*, se calcula algunas veces como el producto de *los peligros* (frecuencia y magnitud de los fenómenos naturales) por *los recursos* (población y viviendas expuestas al peligro) y *la fragilidad* (características físicas del tipo de construcciones). Es decir, riesgo = peligros x recursos x fragilidad. La urbanización informal ha multiplicado, algunas veces hasta por diez, los peligros naturales inherentes de los entornos urbanos. Un ejemplo de libro de texto son las lluvias que cayeron en Sudán en 1988 que produjeron el consiguiente desbordamiento del Nilo y el desplazamiento de más de 800.000 personas en Jartum: los investigadores señalan que aunque los niveles de la inundación no habían llegado a los extremos de 1946, sus efectos devastadores fueron diez veces superiores, debido principalmente a la proliferación de áreas urbanas hiperdegradadas en las zonas habituales de crecida del río[14].

Las ciudades ricas que se encuentran en lugares de riesgo como Los Ángeles o Tokio pueden reducir los peligros geológicos y metereológicos mediante grandes obras públicas e «ingeniería estructural»: estabilizando las laderas con redes, revestimientos y fijaciones a la roca; nivelando y creando terrazas sobre las laderas de las colinas; perforando pozos de drenaje y bombeando el agua fuera de los terrenos saturados; creando peque-

---

[13] G. Bankoff, «Constructing Vulnerability», cit., pp. 224-236; *Asian Economic News*, 31 de diciembre de 2001 (sobre la película que recoge el desastre de Payatas).

[14] H. Main y S. Williams, «Marginal Urban Environments as Havens for Low-Income Housing», en H. Main y S. Williams, *Environment and Housing in Third World Cities*, cit., p. 159.

ñas presas y esclusas y canalizando las aguas de las tormentas hacia una amplia red de canales y alcantarillas. Las coberturas que ofrecen los seguros, junto a las ayudas por incendios o terremotos, garantizan a los residentes la reparación y reconstrucción en el caso de que se produzcan daños. Las zonas urbanas hiperdegradadas del Tercer Mundo que carecen de letrinas y de agua potable difícilmente se benefician de las obras públicas o de la cobertura de las compañías de seguros. Los expertos hacen hincapié en que la deuda externa y el subsiguiente «ajuste estructural» han conducido a un siniestro «equilibrio entre producción, competencia y eficiencia, produciendo unas consecuencias negativas sobre los asentamientos, en términos de vulnerabilidad frente a los desastres»[15]. «Fragilidad» es simplemente un sinónimo de la negligencia sistemática de los gobiernos para proporcionar seguridad al entorno, muchas veces como consecuencia de presiones financieras exteriores.

Sin embargo, por otro lado, la realidad es que también la intervención gubernamental puede ser un factor que multiplique el riesgo. En noviembre de 2001 los distritos pobres de Bab el-Oued, Frais Vallon y Meaux Fraisier en Argel fueron sacudidos por unas devastadoras inundaciones y avalanchas de lodo. Durante 36 horas los torrentes de lluvia arrasaron las chabolas de las laderas e inundaron los barrios de las zonas bajas; el resultado fueron 900 muertos. A la vista de que la ayuda oficial no llegaba, fueron los propios habitantes, especialmente los más jóvenes, los que tuvieron que realizar las labores de rescate. Tres días después, cuando apareció por allí el presidente Bouteflika, lo hizo para decir a las víctimas que «el desastre es simplemente voluntad de Dios y nada se puede hacer contra eso»[16].

Los habitantes locales sabían que eso eran tonterías. Como señalaron los ingenieros inmediatamente, las viviendas en las lade-

---

[15] M. Hamza y R. Zetter, «Structural Adjustement, Urban Systems, and Disaster Vulnerability in Developing Countries», *Cities* XV, 4, 1998, p. 291.

[16] A. Layachi, «Algeria: Flooding and Muddled State-Society Relations», *The Middle East Research and Information Project (MERIP) Online*, 11 de diciembre de 2001.

ras de las colinas eran un desastre anunciado: «Se trataba de estructuras débiles vulnerables a las lluvias intensas. Por todo el país, este tipo de construcciones han estado muy expuestas a las lluvias debido a su degradación, las reparaciones inadecuadas, el envejecimiento y las negligencias»[17]. En realidad, gran parte de la destrucción fue consecuencia de la guerra gubernamental contra la guerrilla islámica y de la decisión de destruir los posibles escondites de los insurgentes y cerrar sus rutas de escape, para lo cual las autoridades habían deforestado las colinas sobre Bab el-Oued y condenado las alcantarillas. «Las alcantarillas bloqueadas dejaron a las aguas sin ningún sitio por donde salir. La corrupción también había permitido construir viviendas de ínfima calidad en el lecho del río, enriqueciendo a los empresarios a costa de la seguridad pública»[18].

Pero más que los desprendimientos de tierras y las inundaciones, los seísmos constituyen un indicador exacto del alcance de la crisis de la vivienda urbana. Aunque algunos de ellos, como el de 1985 en Ciudad de México, afecten a edificios altos, normalmente la destrucción provocada por los seísmos se concentra con asombrosa precisión sobre viviendas de ladrillo y barro de poca calidad, de manera especial cuando van acompañados de hundimientos de laderas y terrenos pantanosos. El peligro sísmico es uno de los elementos del pacto diabólico que supone la vivienda informal. Para Geoffrey Payne, «la indiferencia hacia la planificación y el incumplimiento de los niveles mínimos de calidad, ha permitido durante mucho tiempo a la población sin recursos en Turquía obtener un acceso fácil al suelo y a los servicios, siendo esa misma indiferencia hacia el cumplimiento de las normativas en la edificación la responsable de la muerte y destrucción que ocasionó el terremoto de 1999»[19].

El geógrafo Kenneth Hewitt afirma que los terremotos destruyeron más de 100 millones de viviendas durante el siglo xx,

---

[17] «Flood and Mudslides in Algeria», *Geotimes*, enero de 2002.

[18] A. Layachi, «Algeria», cit.

[19] G. Payne, «Lowering the Ladder. Regulatory Frameworks for Sustainable Development», en D. Westendorff y D. Eade, *Development and Cities. Essays from Development Practice*, cit., p. 259.

principalmente en las áreas urbanas hiperdegradadas, los bloques de viviendas en barrios o en las aldeas rurales. El riesgo sísmico se presenta distribuido de manera tan irregular, dentro de la mayor parte de las ciudades, que se acuñó la expresión «terremoto clasista» para describir un modelo de destrucción que no afecta a todos por igual.

> El problema se hizo evidente de la manera más cruda en la catástrofe que asoló Guatemala en febrero de 1978 en la que 1,2 millones de personas perdieron sus viviendas. En Ciudad de Guatemala, de las 59.000 viviendas destruidas prácticamente todas pertenecían a las áreas urbanas hiperdegradadas; estaban construidas en barrancos, ocupando las laderas, en los riscos inestables o en las zonas de sedimentos volcánicos jóvenes que no estaban consolidados. Las pérdidas en el resto de la ciudad y entre las viviendas de calidad fueron insignificantes, ya que estaban levantadas sobre terrenos mucho más sólidos[20].

En una situación en la que la mayoría de la población urbana mundial se concentra o está cerca del campo de acción de las placas tectónicas, especialmente a lo largo de las costas de India y del océano Pacífico, varios miles de millones de personas afrontan el riesgo de movimientos sísmicos, volcanes, tsunamis así como de las olas provocadas por las tormentas y los tifones. Si el terremoto de Sumatra de diciembre de 2004 y el consiguiente *tsunami* fueron un fenómeno relativamente anormal, durante el presente siglo habrá otros virtualmente inevitables. Los *gecekondus* de Estambul están en el punto de mira de los seísmos sigilosamente activos que se producen a lo largo de las placas que forman la falla del norte de Anatolia. Las autoridades de Lima predicen que el próximo terremoto que se producirá en algún momento de este siglo, se llevará por delante por lo menos 100.000 estructuras, la mayor parte en *tugurios* y *barriadas*[21].

---

[20] K. Hewitt, *Regions of Risk. A Geographical Introduction to Disasters*, Harlow, 1997, pp. 217-218.

[21] J. Leonard, «Lima», cit., p. 439.

Pero a los pobres urbanos, ni los terremotos ni las inundaciones les quitan el sueño. Su temor más inmediato es un elemento que aparece con mucha más frecuencia: el fuego. Algunos estudios consideran a las áreas urbanas hiperdegradadas, y no al bosque mediterráneo o a los eucaliptos de Australia, como la primera fuente de incendios a escala global. La mezcla de materiales inflamables en las viviendas, la elevada densidad de población y la dependencia del fuego como medio de cocinar y de obtener calor forman una receta muy eficaz para provocar combustiones accidentales. Un simple accidente con los hornillos de gasolina o keroseno puede transformarse en un fuego que arrase cientos o miles de alojamientos. El fuego se propaga en las chabolas a una velocidad extraordinaria, y los vehículos de los bomberos, en el caso de que acudan, en muchas ocasiones son incapaces de moverse entre las estrechas calles de estas zonas.

De cualquier forma, los incendios en las áreas hiperdegradadas suelen ser cualquier cosa menos accidentes. Antes que tener que afrontar costosos procedimientos judiciales o tener que esperar una demolición oficial, los propietarios de terrenos y las inmobiliarias con frecuencia prefieren la vía rápida del incendio provocado. Manila tiene una sonora reputación por los sospechosos incendios que se producen en las áreas hiperdegradadas. Según señala Jeremy Seabrook, «entre febrero y abril de 1993 hubo ocho grandes incendios en estas áreas, incluyendo los provocados en Smoky Mountain, Aroma Beach y Navotas. La zona más castigada está junto a los muelles donde se quiere ampliar la terminal de contenedores»[22]. Erhard Berner añade que uno de los métodos favoritos, que los terratenientes llaman «demolición en caliente», es cazar «una rata o un gato (los perros mueren demasiado rápido), empaparlo de keroseno y después de prenderle fuego, soltarlo en el lugar adecuado […] un fuego de estas características resulta difícil de controlar, ya que el animal puede incendiar muchas chabolas antes de morir»[23].

---

[22] J. Seabrook, *In the Cities of the South*, cit., p. 271.
[23] E. Berner, *Defending a Place*, cit., p. 144.

**Cuadro 11.** Pobreza en combustión

| Periodo | Ciudad | Viviendas destruidas | Población sin techo |
|---|---|---|---|
| **2004** | | | |
| *Enero* | Manila (Tondo) | 2.500 | 22.000 |
| *Febrero* | Nairobi | | 30.000 |
| *Marzo* | Lagos | | 5.000 |
| *Abril* | Bangkok | 5.000 | 30.000 |
| *Noviembre* | Dacca | 150 | |
| **2005** | | | |
| *Enero* | Khulna (Bangladesh) | | 7.000 |
| | Nairobi | 414 | 1.500 |
| *Febrero* | Delhi | | 3.000 |
| | Hyderabad | 4.000 | 30.000 |

En Bangalore, donde los valores del suelo se están disparando y donde los pobres se encuentran con frecuencia en el lugar equivocado, los incendios provocados también son un método *ad ho*c de renovación urbana. Hans Schenk escribe que «una parte de estos incendios son provocados por dirigentes de las áreas hiperdegradadas que quieren hacerse con una parte de las compensaciones gubernamentales, otros provienen de las mafias políticas que quieren eliminar sectores "indeseados" y el resto, de los propietarios privados que quieren urbanizar un terreno y necesitan limpiarlo de ocupantes ilegales por una vía rápida»[24].

## Patologías de las formas urbanas

Si la pobreza magnifica los riesgos de los peligros naturales, su interacción con las industrias contaminantes, la anarquía del tráfico y el colapso de las infraestructuras produce unos peligros

[24] H. Schenk, «Living in Bangalore's Slums», en H. Schenk (ed.), *Living in India's Slums. A Case Study of Bangalore*, Delhi, 2001, p. 34.

nuevos y completamente artificiales. La forma caótica de tantas ciudades del Tercer Mundo, «mandelbrots urbanos» de acuerdo con el teórico urbano Matthew Gandy, anula gran parte de la eficacia medio ambiental de la vida de la ciudad y sirve para alimentar los pequeños desastres que constantemente aterrorizan a metrópolis como Ciudad de México, El Cairo, Dacca y Lagos. Como señala Gandy, «Lagos no existe realmente como ciudad en sentido convencional; sus límites no están claros, muchos de sus elementos parecen funcionar de manera independiente…»[25]. Todos los principios clásicos de la planificación urbana, incluyendo la conservación de espacios abiertos y la separación entre los usos peligrosos del terreno y los usos residenciales se vuelven del revés en las ciudades pobres. Alrededor de las actividades industriales peligrosas y de las infraestructuras de transporte, unas ordenanzas de urbanismo infernales parecen organizar un despliegue de zonas de chabolas densamente pobladas. Prácticamente todas las grandes ciudades del Tercer Mundo, o al menos todas aquellas que tienen algún tipo de actividad industrial, tienen un dantesco barrio hiperdegradado envuelto en la contaminación y situado cerca de alguna conducción de gas o de petróleo, de plantas químicas o de refinerías: Iztapalapa en México, Cubatäo en São Paulo, Belford Roxo en Río de Janeiro, Cibubur en Yakarta, la periferia sur de Túnez y así sucesivamente.

En su libro sobre las ciudades pobres del hemisferio sur, Jeremy Seabrook hace una crónica del inacabable calendario de desastres que azotaron el área portuaria hiperdegradada de Klong Toey en Bangkok, una zona emparedada entre los muelles, las industrias químicas y las autopistas. En 1989, una explosión en una instalación química provocó el envenenamiento de cientos de residentes, dos años después la explosión de un almacén dejó a 5.500 residentes sin techo y ocasionó una misteriosa enferme-

---

[25] M. Gandy, «Amorphous Urbanism. Chaos and Complexity in Metropolitan Lagos» (noviembre 2004), pp. 1-2, manuscrito; publicado en *New Left Review* 33, «Learning from Lagos» (mayo-junio 2005); *New Left Review* 33, «Aprender de Lagos» (julio-agosto 2005), Madrid, Ediciones Akal.

dad que mataría a muchos de ellos. En 1992 el fuego destruyó 62 viviendas, 460 en 1963 (año en el que también se produciría una nueva explosión), y varios cientos más en 1994[26]. Miles de áreas similares de todo el planeta tienen historias parecidas a Klong Toey. Padecen de lo que Gita Verma llama «el síndrome del basurero»: una concentración de actividades industriales tóxicas tales como las metalúrgicas, las industrias de tintes, el curtido, el reciclado de baterías, las fundiciones, las reparaciones de vehículos, las manufacturas químicas, etc., que las clases medias nunca permitirían en sus propios barrios[27]. Se han realizado muy pocas investigaciones sobre la salud medioambiental en semejantes lugares, especialmente si tenemos en cuenta los riesgos que surgen de la sinergia de tanta toxina y contaminación actuando en el mismo lugar.

Normalmente el mundo presta atención a estas mezclas fatales de pobreza e industrias tóxicas cuando se produce alguna explosión con suficientes muertos. 1984 fue el *annus horribilis*. En febrero un oleoducto explotó en Cubatäo, el «valle de la contaminación» de São Paulo y abrasó a más de 500 personas de las *favelas* cercanas. Ocho meses más tarde, un gaseoducto de la Pemex explotó como una bomba en el distrito de San Juanico de Ciudad de México matando a más de 2.000 habitantes (es un decir, no se llegó a realizar un cálculo fiable de la mortalidad):

> Cientos de ellos nunca se levantaron, murieron incluso antes de darse cuenta de lo que estaba pasando. Llamaradas enormes saltaban de la planta de almacén de gas y se elevaban 1.600 metros en el aire. Los cuerpos simplemente desaparecieron en medio de la bola de fuego, arrancados de la tierra sin dejar rastro. La gente corría por las calles, algunos con el pelo o la ropa en llamas gritando de terror. Todavía no había amanecido, pero la luz de las llamaradas iluminaba la escena como si fuera mediodía[28].

---

[26] J. Seabrook, *In the Cities of the South*, cit., p. 192.

[27] G. Verma, *Slumming India*, cit., p. 16.

[28] J. Simon, *Endangered Mexico. An Environment on the Edge*, San Francisco 1997, p. 157.

Menos de tres semanas después, la planta de Unión Carbide en Bhopal, la capital de Madhya Pradesh, liberó su infame y letal nube de isocianato de metilo. De acuerdo con un estudio de Amnistía Internacional, entre 7.000 y 10.000 personas murieron inmediatamente y otras 15.000 morirían en los años siguientes de enfermedades relacionadas con la catástrofe. Las víctimas eran los pobres de los pobres, principalmente musulmanes. La planta de envasado de pesticidas, «una actividad relativamente simple y segura», había sido construida en una lugar que llevaba mucho tiempo como asentamiento ilegal. Al mismo tiempo que la planta iba creciendo y derivaba su actividad hacia la fabricación de pesticidas, los *bustees* florecían a su alrededor. Hasta el momento en que los niños empezaron a morir en las calles, los habitantes no tenían ni idea de lo que se producía en la planta o del apocalíptico riesgo que suponían las enormes cantidades de isocianato de metilo[29].

Por otro lado, los habitantes de las áreas hiperdegradadas son plenamente conscientes del peligro que supone el tráfico salvaje que inunda las calles de la mayor parte de las ciudades. El crecimiento urbano sin el acompañamiento de una inversión social en transporte público y las autopistas de uso restringido, han convertido el tráfico en una catástrofe para la salud pública. A pesar de los niveles de pesadilla que alcanza la contaminación, la utilización de los vehículos de motor en las ciudades en vías de desarrollo se está disparando (véase cuadro 12). En 1980, el Tercer Mundo representaba solamente al 18 por 100 de los propietarios de vehículos a escala global; para el 2020, aproximadamente la mitad de los 1.300 millones de coches, autobuses y camiones que se calcula que habrá en el mundo, juntamente con varios cientos de millones de motocicletas y escúteres, atascarán las calles y los caminos de los países más pobres[30].

---

[29] Amnesty International, *Clouds of Injustice. The Bhopal Disaster 20 Years On*, Londres, 2004, pp. 12, 19; G. Walter, «Industrial Hazards, Vulnerability and Planning», en H. Main y S. Williams, *Environment and Housing in the Third World Cities*, cit., pp. 50-53.

[30] M. Pemberton, *Managing the Future–World Vehicle Forecasts and Stretegies to 2020, Vol 1: Changing Patterns of Demand*, 2000; y D. Sperling y E. Clausen, «The Developing World's Motorization Challenge», *Issues in Science and Technology Online* (otoño 2002), p. 2.

**Cuadro 12.** Motorización del Tercer Mundo[31]

| Ciudades | Año | Millones | |
|---|---|---|---|
| El Cairo | 1978 | 0,5 | |
| | 1991 | 2,6 | (Vehículos privados) |
| | 2006 | 7,0 | |
| Bangkok | 1984 | 0,54 | |
| | 1992 | 10,5 | |
| Indonesia | 1995 | 12,0 | (Vehículos de todo tipo) |
| | 2001 | 21,0 | |

La explosión de los parques automovilísticos viene manejada por las poderosas fuerzas de la desigualdad. Como explican Daniel Sperling y Eileen Clausen, la política de transporte de la mayor parte de las ciudades es un círculo vicioso en el que la disminución de la calidad del transporte público refuerza la utilización privada del automóvil y a la inversa:

> En la mayor parte de las ciudades, el transporte público está fuertemente subvencionado no solamente por las consecuencias positivas que se le atribuye, referidas a reducir los atascos y la necesidad de ampliar las carreteras, sino como medio de asegurar el acceso al transporte de la población pobre. Sin embargo, aun así una gran parte de la población sigue sin poder hacer frente a ese gasto y presiona para que los precios sean lo más bajos posibles; lo que penaliza la calidad y el confort del servicio. Los viajeros de las clases medias reaccionan comprándose un coche en cuanto pueden. Los precios bajos de motocicletas y escúteres facilitan la desbandada de la clase media; los ingresos de las empresas de transporte disminuyen y en consecuencia reducen la calidad para dirigirse hacia una clientela

[31] M. El Arabi, «Urban Growth and Environment Degradation. The Case of Cairo», *Cities* XIX, 6, 2002, p. 294; Expressway and Rapid Transit Authority of Bangkok, *Statistical Report*, 1992, Bangkok 1993; US Department of Energy, Energy Information Administration, «Indonesia: Environmental Issues» (febrero 2004).

más pobre. Aunque la disminución de calidad es lo primero que se acusa, normalmente a continuación se produce una disminución de la frecuencia del servicio[32].

Las organizaciones internacionales para el desarrollo alientan las políticas destructivas en el transporte por sus preferencias en financiar carreteras antes que vías de tren, así como por su apoyo a la privatización del transporte público. En China, el antiguo paraíso de la bicicleta, los planificadores otorgan en la actualidad una preferencia irracional al automóvil. En Pekín se han destruido vastas franjas de las tradicionales viviendas de patios, así como la red de pintorescos *hutong* (callejón trasero), para hacer sitio a bulevares y autovías. Al mismo tiempo los ciclistas ven como aumentan los impuestos municipales y las restricciones de acceso a carreteras y se acaban las subvenciones para bicicletas que antiguamente proporcionaban las unidades de trabajo[33].

La colisión de la pobreza urbana con el tráfico produce una auténtica matanza. En el Tercer Mundo más de un millón de personas, tres cuartas partes peatones, ciclistas y pasajeros, mueren cada año a consecuencia de accidentes de tráfico. Un investigador de la Organización Mundial de la Salud (OMS) señala que «la gente que más riesgo afronta es la que nunca tendrá un coche en su vida»[34]. Los minibuses y camionetas que frecuentemente carecen de ningún tipo de licencia y de ningún tipo de mantenimiento, resultan especialmente peligrosos. En Lagos los autobuses son conocidos como *danfos* y *mules*, «ataúdes volantes» y «morgues móviles»[35]. El paso de tortuga que lleva el tráfico, tampoco sirve para reducir su peligrosidad. En El Cairo, aunque la velocidad

---

[32] D. Sperling y E. Clausen, «The Developing World's Motorization Challenge», cit., p. 3.

[33] V. Sit, *Beijing. The Nature and Planning of a Chinese Capital City*, cit., pp. 288-289.

[34] Estudio de OMS, «Road Traffic Injuries Research Network», citado en *Detroit Free Press*, 24 de septiembre de 2002.

[35] V. Nantulya y M. Reich, «The Neglected Epidemic. Road Traffic Injuries in Developing Countries», *British Journal of Medicine* 324, 11 de mayo de 2002, pp. 1139-1141.

media de coches y autobuses es de 10 kilómetros por hora, el índice anual de accidentes por cada 1.000 vehículos produce 8 muertos y 60 heridos[36]. En Lagos, donde el ciudadano medio pasa tres horas diarias atrapado en estridentes atascos, los conductores se vuelven literalmente locos y subirse a las aceras o conducir por la izquierda es una práctica frecuente, que ha llevado al Ministerio de Comunicaciones a imponer pruebas psiquiátricas a los infractores[37]. En Delhi *The Hindustan Times* se quejaba recientemente de que los conductores rara vez se molestan en parar después de producirse el atropello de algún buscador de basura o de niños mendigos[38].

De acuerdo con la OMS, el coste global de los muertos y heridos en las carreteras del Tercer Mundo alcanza «el doble de la ayuda para el desarrollo recibida por esos países». La OMS considera el tráfico como uno de los mayores peligros a los que se enfrenta la pobreza urbana, y calcula que en 2020 los accidentes de tráfico serán la tercera causa de muerte[39]. China, donde los automóviles están despojando a las bicicletas y a los peatones del control de las calles, será desafortunadamente para ella la primera de la lista: casi 250.000 ciudadanos fallecieron o sufrieron heridas graves en accidentes de tráfico solamente en los primeros cinco meses de 2003[40].

La motorización desenfrenada también está agudizando la pesadilla de la contaminación del aire. Miles de coches viejos, autobuses machacados y camiones totalmente desvencijados asfixian las zonas urbanas con su mortal respiración, mientras que los viejos motores de dos tiempos que mueven los vehículos pequeños,

---

[36] M. El Arabi, «Urban Growth and Environmental Degradation», cit., pp. 392-394; A. S. Oberai, *Population Growth*, *Employment and Poverty in Third World Mega-Cities*, cit., p. 16.

[37] G. McKenzie, «Psychiatric Tests Required for Traffic Offenders», *RedNova*, 20 de junio de 2003; M. Peil, «Urban Housing and Services in Anglophone West Africa», cit., p. 178.

[38] *The Hindustan Times*, 1 de febrero de 2004.

[39] OMS, «Road Safety Is No Accident!» (noviembre 2003), y «Road Traffic Injuries Research Network», citado por *Detroit Free Press*, 24 de septiembre de 2002.

[40] *People's Daily* (edición inglesa), 1 de febrero de 2004.

emiten diez veces más contaminantes que los coches modernos. De acuerdo con una reciente investigación, el aire fétido que se respira en megaciudades como Ciudad de México (300 días de nubes de contaminación al año), São Paulo y Pekín es particularmente nocivo para la salud[41]. Respirar el aire de Bombay es lo mismo que fumarse dos paquetes y medio de cigarrillos diarios y el Centro para la Ciencia y el Medio Ambiente en Delhi ha advertido recientemente que las ciudades de India se estaban convirtiendo en «mortíferas cámaras de gas»[42].

## La invasión de las reservas medioambientales

De manera abstracta las ciudades serían la solución a la crisis global del medio ambiente: la aglomeración urbana se traduciría en una mayor eficacia en el aprovechamiento del suelo, de la energía y de los recursos, mientras que los espacios públicos y las instituciones culturales proporcionarían una mayor calidad de entretenimiento que el consumo individualizado y el ocio comercializado. Sin embargo, como vienen reconociendo los teóricos urbanos empezando por Patrick Geddes (el verdadero padre del biorregionalismo), tanto la eficacia medioambiental como la prosperidad pública requieren de la conservación de una matriz ecológica de ecosistemas intactos, espacios abiertos y sistemas naturales. Las ciudades necesitan establecer una alianza con la naturaleza para poder convertir los enormes residuos que originan en *inputs* para la agricultura y la producción de energía. El urbanismo sostenible presupone la conservación de los humedales y de la agri-

---

[41] A. Khan, «Urban Air Pollution in Megacities of the World», *Green Times* (primavera 1997), publicado por Penn Environmental Group. Véase también: «Commentary: Urban Air Pollution», en *Current Science* lxxvii, 3, 10 de agosto de 1999, p. 334; «World Bank Group Meets to Clean Up Asia's Deadly Air», Associated Press, 22 de julio de 2003.

[42] S. Mehta, *Maximum City. Bombay Lost and Found*, Nueva York 2004, p. 29; K. Constantino-David, «Unsustainable Development. The Philippine Experience», en D. Westendorff y D. Eade, *Development and Cities. Essays from Development Practice*, cit., p. 163.

cultura. Desafortunadamente, con pocas excepciones, las ciudades del Tercer Mundo están sistemáticamente contaminando, urbanizando y destruyendo los sistemas en los que se apoya su entorno natural.

Por ejemplo, los espacios urbanos abiertos están generalmente sepultados por montañas de basura, creando pequeños paraísos para las ratas y los mosquitos. El déficit crónico entre la basura que se genera y la que se puede recoger resulta sobrecogedor. En Dar-es-Salaam, apenas el 25 por 100, en Karachi el 40 y en Yakarta el 60[43]. El director de planificación municipal de Kabul se lamenta de que «la ciudad se está convirtiendo en una gran reserva de basura […] cada 24 horas, 2 millones de personas producen 800 metros cúbicos de residuos sólidos. Aunque los 40 camiones de que disponemos realicen tres viajes al día, solamente pueden sacar de la ciudad entre 200 y 300 metros cúbicos»[44]. El contenido de las basuras resulta a veces espeluznante. En Accra, el *Daily Graphic* describía recientemente «vertederos llenos de bolsas de plástico negras que contienen fetos humanos procedentes de las *kayayee* (porteadoras) y quinceañeras. De acuerdo con las autoridades metropolitanas, el 75 por 100 de las bolsas negras de plástico contienen abortos humanos»[45].

Los cinturones verdes de la periferia van convirtiéndose en páramos muertos. Tanto en África como en Asia la producción de alimentos se pone en peligro por la innecesaria destrucción de las tierras de cultivo que produce el desbordamiento urbano. En India cada año se pierden 50.000 hectáreas de tierras de cultivo en favor de la urbanización[46]. En el momento álgido de la «marea campesina» que se produjo en China entre 1987 y 1992, aproxi-

---

[43] V. Ifeany Ogu, «Private Sector Participation and Municipal Waste Management in Benin City», *Environment and Urbanization* XII, 2 (octubre 2000), pp. 103, 105.

[44] *The Washington Post*, 26 de agosto de 2002.

[45] *The Daily Graphic* (Accra), 12 de agosto de 2000, citado por H. Wellington, «Kelewle, Kpokpoi, Kpanlogo», en R. Mills-Tetley y K. Adi-Dako (eds.), *Visions of the City. Accra in the Twenty-First Century*, Accra, 2002, p. 46.

[46] S. Fazal, «Urban Expansion and Loss of Agricultural Land–A GIS-based Study of Saharanpur City, India», *Environment and Urbanization* XII, 2 (octubre 2000), p. 124.

madamente un millón de hectáreas pasaban anualmente de uso agrícola a urbano[47]. En Egipto, el país con el mayor sector agrícola del planeta, la expansión del sector ha llegado a un punto de inflexión: alrededor de El Cairo, el desarrollo urbano consume de 30.000 hectáreas anuales, como señala Florian Steinberg, «una extensión más o menos equivalente a los terrenos ganados para uso agrícola mediante los grandes proyectos de regadío que empezaron con la presa de Asuán»[48].

La agricultura que sobrevive en las zonas periurbanas está contaminada además por las aguas residuales. Vistas desde el aire, las ciudades de Asia tradicionalmente aparecían rodeadas por una brillante corona de actividades agrícolas altamente productivas, pero las aguas residuales procedentes de la industria son altamente tóxicas por la presencia de metales pesados y otros agentes patógenos. En las afueras de Hanoi, donde agricultores y pescadores constantemente se ven desplazados por el desarrollo urbano, las aguas residuales procedentes de la ciudad y de las actividades industriales se emplean rutinariamente como sustitutos de los fertilizantes artificiales. Cuando los investigadores preguntaron sobre esta práctica tan nociva, recibieron «una respuesta cínica por parte de los productores, sobre la gente rica de las ciudades». «Ellos no se preocupan de nosotros y nos engañan con compensaciones inútiles [por las tierras agrícolas], así que ¿por qué no tomarse algún tipo de venganza?»[49]. Igualmente en Colombo, donde las zonas hiperdegradadas se reproducen en los campos, «ha surgido una nueva forma de cultivo llamada *keera kotu*, donde la basura urbana se utiliza con fines agrícolas para obtener un crecimiento rápido y en cualquier sitio»[50].

---

[47] «Loss of Agricultural Land to Urbanization», en www.infoforhealth.org/pr/m13 chap13_3.shtml#top; y «Farmland Fenced off as Industry Makes Inroads», *China Daily*, 18 de agosto de 2003.

[48] F. Steinberg, «Cairo. Informal Land Development and the Challenge for the Future», en R-J. Baken y J. van der Linden, *Land Delivery for Low Income Groups in Third World Cities*, p. 131.

[49] L. Van der Berg, M. Van Wijk y P. Van Hoy, «The Transformation of Agriculture and Rural Life Downsteam of Hanoi», cit., p. 52.

[50] R. Dayaratne y R. Samarawickrama, «Empowering Communities», cit., p. 102.

A medida que la crisis de la vivienda se agudiza, las áreas hiperdegradadas también invaden santuarios ecológicos y humedales protegidos. En Bombay, han penetrado tanto en el interior del parque nacional de Sanjay Gandhi, que algunos de los habitantes han sido devorados por los leopardos (10 muertes en junio de 2004). Los *geekondus* de Estambul se reproducen en los humedales del bosque de Ormeli; en Quito las chabolas rodean la reserva de Antisana y en São Paulo las *favelas* amenazan con contaminar más aún el agua de la reserva natural de Guarapiranga, que ya ha alcanzado fama por su desagradable sabor y que proporciona el 21 por 100 del consumo de la ciudad. São Paulo está manteniendo una lucha enconada para conseguir mantener la potabilidad del agua: 170.000 toneladas de productos para el tratamiento del agua al año, equivalentes a la carga de 17.000 camiones. Los expertos advierten que estos métodos son una solución insostenible.

> La mitad de las *favelas* de São Paulo están localizadas a la orilla de las reservas que abastecen de agua a la ciudad. Esto supone un peligro para la salud pública, ya que la población tira sus basuras directamente a la reserva o a los arroyos que le proporcionan agua. Los sistemas para controlar la calidad de la red de distribución de agua municipal han tenido muchos problemas en los últimos años. Además del constante aumento de la cloración del agua para evitar el tifus, apenas pueden controlar el crecimiento de las algas, ya que estas se multiplican muy deprisa cuando se producen acumulaciones de materia orgánica[51].

En todas partes las aguas residuales envenenan el agua potable. En Kampala (Uganda) los residuos de las áreas hiperdegradadas contaminan el lago Victoria, mientras que en Monrovia (Liberia) que después de años de guerra civil ha alcanzado 1,3 millones de habitantes, pero que mantiene una infraestructura de una ciudad de menos de 250.000, los excrementos apestan el paisaje por com-

---

[51] S. Taschner, «Squatter Settlements and Slums in Brazil», cit., p. 193; L. Galvão, «A Water Pollution Crisis in the Americas», *Habitat Debate* (septiembre 2003), p. 10.

pleto: playas, calles, patios y riachuelos[52]. En las zonas más deprimidas de Nairobi, el agua del grifo no es potable debido a que viene contaminada fecalmente en origen[53]. Mientras tanto, en Ciudad de México el área de Ajusco, que constituye el pulmón ecológico de la zona, se está degradando peligrosamente por los desechos de las *colonias*[54]. Los expertos calculan que el 90 por 100 de la basura en América Latina va a parar a ríos y arroyos sin ningún tratamiento previo[55]. Desde un punto de vista sanitario, las ciudades pobres de todo el planeta son poco más que cloacas atascadas y rezumantes.

## Viviendo entre la mierda

La acumulación de excrementos es uno de los primeros problemas urbanos. En la década de 1830 y a principios de la siguiente, cuando el cólera y el tifus resplandecían en Londres y en otras ciudades industriales europeas, la burguesía británica se vio obligada a enfrentarse a un hecho que no era adecuado para comentar en los salones. Como recoge Stephen Marcus, «la conciencia burguesa se vio desagradablemente turbada por el hecho de que millones de ingleses, hombres, mujeres y niños estaban viviendo virtualmente en medio de la mierda. La cuestión inmediata parece que fue el saber por qué no se ahogaban directamente en ella»[56]. El origen de las epidemias en los apestosos miasmas de los barrios degradados, hizo que las elites mostraran un repentino interés por condiciones similares a las que había reflejado Friedrich Engels sobre Manchester, donde en algunas calles «unas doscientas per-

---

[52] *The News* (Monrovia), 23 de enero de 2004.

[53] P. Mutevu, «Project Proposal on Health and Hygiene Education to Promote Safe Handling of Drinking Water and Appropiate Use of Sanitation Facilities in Informal Settlements», Nairobi (abril 2001).

[54] I. Imparato y J. Ruster, *Slum Upgrading and Participation,* cit., p. 61; K. Pezzoli, *Human Settlements,* cit., p. 20.

[55] E. Stillwaggon, *Stunted Lives, Stagnant Economies,* cit., p. 97.

[56] S. Marcus, *Engels, Manchester and the Working Class*, Nueva York, 1974, p. 184.

sonas compartían el mismo retrete» o sobre el pintoresco río Irk que se había convertido en «una mancha apestosa, negra como el carbón, lleno de mugre y basura». Marcus, haciendo una glosa freudiana de Engels reflexiona sobre la ironía de que «generaciones de seres humanos, de cuyas vidas se obtenía la riqueza de Inglaterra, estaban obligadas a vivir en el polo opuesto de esa riqueza»[57].

Ocho generaciones después de Engels, la mierda sigue cubriendo las vidas de los pobres urbanos, y citando de nuevo a Marcus, «como la plasmación virtual de su condición y del lugar que ocupan en la sociedad»[58]. Desde luego se puede abrir *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844* simultáneamente con una novela contemporánea de algún autor africano como por ejemplo *Going Down River Road* (1976) de Meja Mwangi y observar la continuidad excremental y existencial que se produce. Hablando de Manchester, Engels dice: «En uno de esos patios, justo a la entrada, donde el pasaje cubierto se acaba, hay un retrete sin puerta. Está tan sucio que los residentes solo pueden entrar o salir del patio vadeando a través de charcos de orines y excrementos»[59]. Meja Mwangi por su parte, hablando de Nairobi en 1974 dice: «La mayor parte de los senderos que cruzan la pradera estaban llenos de excrementos humanos […] El frío viento que soplaba traía al mismo tiempo que el olor a mierda y orines, el rumor ocasional, la extraña expresión de miseria, incertidumbre y resignación»[60].

El tema realmente es poco delicado, pero es un problema fundamental del que es muy difícil escapar. Durante diez mil años las sociedades han luchado contra la funesta acumulación de sus propios desechos; incluso las ciudades ricas expulsan sus excrementos corriente abajo o a algún océano próximo. Las megaciudades pobres de la actualidad como Nairobi, Lagos, Bombay, Dacca y tantas otras, son apestosas montañas de basura que horrorizarían a la

---

[57] *Ibid.*

[58] *Ibid.*

[59] F. Engels, *The Condition of the Working-Class in England in 1844, Marx-Engels Collected Works* iv, Moscú, 1975, p. 351 [ed. cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Ediciones Akal, 1976].

[60] M. Mwangi, *Going Down River Road*, Nairobi, 1976, p. 6.

burguesía victoriana, exceptuando probablemente a Rudyard Kipling, un entendido en la materia, que en su *City of Dreadful Night* distinguía alegremente entre «la peste de la gran Calcuta» y el aroma único de Bombay, Peshawar y Benares[61]. La intimidad constante con la basura del vecino es una de las fronteras más claras de la división social. Al igual que la habitual presencia de parásitos en los cuerpos de los pobres, vivir en medio de la mierda, como bien sabía la burguesía victoriana, delimita realmente la existencia de dos humanidades.

La crisis sanitaria global desafía cualquier hipérbole. Sus orígenes son los mismos que muchos otros problemas del Tercer Mundo y se remontan al colonialismo. Los imperios europeos se abstuvieron por lo general de proporcionar sistemas sanitarios y canalizaciones de agua a los barrios nativos, optando por la exclusión racial y los cordones sanitarios para aislar los cuarteles y los barrios blancos de las epidemias. Los regímenes poscoloniales, desde Accra a Hanoi, heredaron un déficit sanitario que pocos podían afrontar. Las ciudades de América Latina tienen graves problemas sanitarios, pero no son nada comparados con los existentes en África y Asia.

La megaciudad de Kinshasa se va acercando rápidamente a los 10 millones de habitantes, pero carece por completo de un sistema de canalización de aguas residuales. Esta situación se repite constantemente por todo el continente. En Nairobi, el barrio de Laini Saba en el área hiperdegradada de Kibera, tenía en 1998 exactamente diez letrinas excavadas en el suelo para una población de 40.000 personas, mientras que en Mathare había cuatro servicios públicos para 28.000 personas. Como resultado, la población de las áreas hiperdegradadas utiliza muchas veces lo que llaman «retretes volantes» o «misiles *scud*»: los desechos se meten en una bolsa de plástico y se tiran al camino o al tejado del vecino[62]. La abundancia de excrementos también sirve para nuevas e

---

[61] R. Kipling, *City of Dreadful Night*, cit., pp. 10-11.

[62] K. Salmon, «Nairobi's "Flying Toilets". Tip of an Iceburg», *Terra Viva*, Johannesburg, 26 de agosto de 2002; Mutevu, «Project Proposal on Health and Hygiene Education».

innovadoras formas de vida. En Nairobi la población que se desplaza en sus coches, tiene enfrente a «niños de 10 años inhalando disolventes de envases de plástico, con bolas de excrementos humanos en las manos preparadas para arrojarlas por la ventanilla de los vehículos que no quieran dar alguna propina»[63].

La situación de la sanidad en el sur y sureste de Asia solamente es marginalmente mejor que en África subsahariana. En Dacca, hace una década, la conducción de agua abastecía solamente 67.000 viviendas y al sistema de recogida de aguas residuales solo se conectaban 8.500. En la región metropolitana de Manila, menos del 10 por 100 de las viviendas están conectadas al sistema de alcantarillado[64]. Yakarta, dejando aparte a sus deslumbrantes rascacielos, todavía depende de zanjas abiertas como depósitos de aguas residuales. Actualmente en India, donde aproximadamente 70 millones de personas defecan al aire libre, solamente 17 entre 3.700 ciudades y pueblos grandes realizan un mínimo tratamiento de las aguas antes de evacuarlas. Un estudio sobre 22 áreas urbanas hiperdegradadas del país encontró que en 9 de ellas no había ni una sola letrina y en otras 10 había 19 para 102.000 personas[65]. El cineasta Prahlad Kakkar, el autor de *Bumbay*, un documental sobre los cuartos de baño, manifestaba en una entrevista a un atónito periodista que «en Bombay la mitad de la población no tiene un cuarto de baño donde cagar, así que lo hacen al aire libre. Eso viene a ser cinco millones de personas. Si cada uno caga medio kilo de mierda, eso hace dos millones y medio de kilos de mierda todas las mañanas»[66]. Igualmente Susan Chaplin señala que «un estudio sobre Delhi realizado en 1990, mostraba que 480.000 familias en 1.110 áreas hiperdegradadas tenían acceso a solamente 160 retretes y 110 letrinas móviles. La falta de instalaciones sanitarias en las áreas hiperdegradadas ha obligado a sus habitantes a utilizar cualquier espacio abierto, incluyendo los parques públicos, con lo que se han creado tensiones entre ellos y las clases

[63] A. Harding, «Nairobi's Slum Life», *The Guardian*, 4, 8, 10 y 15 de octubre 2002.

[64] E. Berner, *Defending a Place*, cit., p. xiv.

[65] UN-Habitat, *Debate* VIII, 2, junio de 2002, p. 12.

[66] S. Mehta, *Maximum City*, cit., p. 127.

medias sobre el derecho a defecar»[67]. Arundhati Roy habla del caso de tres personas «abatidas por disparos por defecar en lugares públicos»[68].

En China donde las ciudades de chabolas han reaparecido tras las reformas de mercado, muchos emigrantes viven sin instalaciones sanitarias ni agua corriente. Dorothy Solange escribe diciendo que «hay informes de gente viviendo en chabolas en Pekín donde 6.000 personas comparten un retrete; de una barriada en Shenzhen que alberga cincuenta albergues, donde cientos de personas subsisten sin agua corriente; [...] y un estudio realizado en Sanghái en 1995 revelaba que solamente el 11 por 100 de cerca de 4.500 viviendas de emigrantes tenían un cuarto de baño»[69].

Estar obligados a realizar públicamente las funciones corporales es realmente una humillación para cualquiera, pero en el caso de las mujeres es todavía peor. Las mujeres se encuentran en una situación como la que describía la novela de Joseph Heller, *Catcht 22*. Por un lado, se las obliga a mantener un comportamiento de absoluta discreción y al mismo tiempo se les niega el acceso a cualquier tipo de higiene. «La ausencia de servicios –como señala la periodista Asha Krishnakumar– resulta devastadora para las mujeres. Afecta seriamente a su dignidad, salud, seguridad y sentido de la privacidad, e indirectamente a su desarrollo cultural y a su productividad. Para defecar, las mujeres y las niñas deben esperar a la noche, lo que las expone al acoso y a las agresiones sexuales»[70].

---

[67] S. Chaplin, «Cities, Sewers and Poverty: India's Politics of Sanitation», *Environment and Urbanization* XI, 1 (abril 1999), p. 152. Estas luchas de clase en torno al «derecho a defecar», son la continuación de un conflicto crónico en las ciudades coloniales. Gooptu, por ejemplo, cita el caso producido en Kanpur en 1932, cuando los ocupantes de un asentamiento al ver rechazados sus intentos de obtener agua potable e instalaciones sanitarias, invadieron un campo próximo a los bungalows de funcionarios civiles y en protesta empezaron a utilizarlo como la letrina comunal. La policía acudió rápidamente y se produjeron disturbios: N. Gooptu, *The Politics of the Urban Poor in Early Twentieth-Century India*, cit., p. 87.

[68] A. Roy, «The Cost of Living», *Frontline* XVII, 3, 5-8 de febrero de 2000.

[69] D. Solinger, *Contesting Citizenship in Urban China*, cit., p. 121.

[70] A. Krishnakumar, «A Sanitation Emergency», *Focus* XX, 24, 22 de noviembre-5 de diciembre de 2003.

En las áreas hiperdegradadas de Bangalore, la ciudad escaparate de la tecnología avanzada, «el Resplandor de India», las mujeres pobres que no pueden pagar para utilizar las letrinas, deben esperar al anochecer para lavarse o hacer sus necesidades. Loes Schenk-Sandbergen dice:

> Los hombres pueden orinar en cualquier momento y en cualquier lugar, mientras que las mujeres solo pueden seguir los dictados de la naturaleza antes del amanecer o al anochecer. Para evitar peligros, las mujeres van en grupos a las cinco de la madrugada […] frecuentemente hacia terrenos pantanosos donde suele haber serpientes, o a algún descampado plagado de ratas y otros roedores. Hay mujeres que dicen que no comen por la mañana precisamente para evitar tener que ir al campo abierto por la tarde[71].

En Bombay las mujeres hacen sus necesidades «entre las dos y las cinco de la madrugada, porque es el único momento donde pueden tener privacidad». Suketu Mehta señala que los servicios públicos no son una solución para las mujeres porque rara vez funcionan. «La gente hace sus necesidades alrededor de ellos, porque los pozos llevan meses o años atascados»[72].

La solución a la crisis sanitaria que han propuesto algunas eminencias sentadas en sus cómodos sillones de Chicago y Boston ha sido convertir la necesidad de defecar en un negocio global. Realmente uno de los grandes logros del neoliberalismo que patrocina Washington ha sido convertir los servicios públicos en puntos de recaudación de fondos para pagar la deuda externa y actualmente los servicios de pago son una industria floreciente en las áreas urbanas hiperdegradadas del Tercer Mundo. En Ghana el cobro de los servicios lo introdujo el gobierno militar en 1981; a finales de la década de 1990 los servicios fueron privatizados y ahora se los considera una «mina de oro» por su rentabilidad[73]. En Kumasi

---

[71] L. Schenk-Sandbergen, «Women, Water and Sanitation in the Slums of Bangalore. A Case Study of Action Research», en H. Schenk (ed.), *Living in India's Slums. A Case Study of Bangalore*, cit., p. 198.

[72] S. Mehta, *Maximum City*, cit., p. 128.

[73] D. Pellow, «And a Toilet for Everyone!», en R. Mills-Tetley y K. Adi-Dako, *Visions of the City*, cit., p. 140.

(Ghana), por ejemplo, donde los miembros de la Asamblea Nacional fueron los que obtuvieron los lucrativos contratos, un inodoro privado utilizado por una familia una vez al día, cuesta el 10 por 100 del salario mínimo[74]. En Kenia sucede lo mismo, y en Mathare (Nairobi) cuesta seis centavos de dólar cada visita a una letrina; demasiado caro para los pobres, que prefieren defecar al aire libre y gastarse el dinero en agua o comida[75]. Este también es el caso de Soweto o Kamwokya en Kampala, donde la visita al servicio cuesta la desalentadora cantidad de cien chelines[76].

## Asesinos de niños

«En Cité-Soleil he sufrido mucho», dice Lovly Josaphat, una mujer de la mayor de las áreas hiperdegradadas de Puerto Príncipe:

> Cuando llueve, la parte de Cité donde vivo se inunda, y el agua entra en la casa. Siempre hay agua en el terreno, verdosa y maloliente y no hay caminos. Los mosquitos nos devoran. Mi hijo de cuatro años tiene bronquitis, malaria y ahora parece que también tifus [...] el médico dice que le dé agua hervida, que no le dé comida con grasa y que no le deje andar por el agua. Pero el agua está en todas partes; no puede poner un pie fuera de la casa sin andar sobre ella. El médico dice que si no le cuido, lo perderé[77].

En todas partes encontramos el agua verdosa y maloliente. Según dice la experta en salud pública Eileen Stillwaggon, «a escala mundial, las enfermedades relacionadas con el suministro de agua, la retirada de desechos y las basuras provocan la muerte de 30.000 personas diarias y constituyen el 75 por 100 de las enfermedades

---

[74] N. Devas y D. Korboe, «City Governance and Poverty. The Case of Kumasi», *Environment and Urbanization* XII, 1 (abril 2000), pp. 128-130.

[75] K. Salmon, «Nairobi's Flying Toilets», cit.

[76] H. Vasalla, «Kampala´s Soweto», *The Monitor*; Kampala, 19-25 de noviembre de 2003.

[77] B. Bell, *Walking on Fire. Haitian Women's Stories of Survival and Resistance*, Ithaca, 2001, p. 45.

que afectan a la humanidad»[78]. Realmente es cierto, las enfermedades del aparato digestivo producidas por la falta de condiciones sanitarias y la contaminación del agua, incluyendo diarrea, enteritis, colitis, tifus y fiebres tifoideas, son la principal causa de muerte en el planeta, y afectan principalmente a la población infantil[79]. Las cloacas y el agua contaminada van asociadas a los parásitos intestinales y lombrices de todo tipo que infectan a decenas de millones de niños en las ciudades pobres. El cólera, que fue el azote de las ciudades europeas durante el siglo XIX, continúa golpeando con fuerza gracias a la contaminación fecal de las aguas urbanas, especialmente en ciudades africanas como Antananarivo, Maputo y Lusaka, donde UNICEF calcula que el 80 por 100 de las muertes naturales (dejando aparte el HIV/SIDA) tiene su origen en las deficientes condiciones sanitarias. La diarrea que va asociada al SIDA es un fatal añadido al problema[80].

La omnipresente contaminación del agua potable y de los alimentos por aguas residuales hace inútiles los esfuerzos de la población para mantener una higiene protectora. En Kibera, el mayor área urbana hiperdegradada de Nairobi, la investigadora de UN-Habitat Rasna Warah recogió la vida diaria de una vendedora ambulante de verduras llamada Mberita Katela, que recorre cada mañana un cuarto de milla para comprar agua. Utiliza una letrina comunal cavada en el suelo muy cerca de su puerta, compartida con cien de sus vecinos. Su casa apesta. Frecuentemente se queja del miedo que le produce la posible contaminación del agua que utiliza para lavar y cocinar; Kibera ha sido devastada en los últimos años por el cólera y otras enfermedades asociadas a la contaminación fecal[81]. En Calcuta hay poco que puedan hacer las

---

[78] E. Stillwaggon, *Stunted Lives, Stagnant Economies*, cit., p. 95.

[79] D. Pellow, «And a Toilet for Everyone!», cit.; N. Thapar y I. Sanderson, «Diarrhoea in Children: an Interface Between Developing and Developed Countries», *The Lancet* 363, 21 de febrero de 2004, pp. 641-650; R. Mills-Tetley y K. Adi-Dako, *Visions of the City*, cit., p. 138.

[80] UN Integrated Regional Information Networks, nota de prensa, 19 de febrero de 2003.

[81] R. Warah, «Nairobi's Slum. Where Life for Women is Nasty, Brutish and Short», cit.

madres con los infames servicios que se ven obligadas a utilizar. Las pequeñas barracas de ladrillos, ocultan retretes que nunca se limpian de manera regular, y que garantizan que «la apestosa materia alrededor de la letrina acabará yendo a parar a las charcas y tanques donde la gente lava la ropa, los utensilios de cocina y se lavan ellos mismos»[82].

Los ejemplos de impotencia por parte de los pobres para afrontar la crisis sanitaria que tiene la población sin recursos, son ilimitados. Los residentes de Ciudad de México por ejemplo, respiran mierda. El polvo fecal procedente del lago Texcoco durante la estación cálida y seca es el origen de la hepatitis y el tifus. En los «Campos Nuevos» de la periferia de Rangún, donde el régimen militar ha realojado brutalmente a cientos de miles de residentes del interior de la ciudad, Monique Skidmore describe a familias que viven en una situación sanitaria similar al infierno de barro que fueron las trincheras de la Primera Guerra Mundial: cocinan y defecan en el barro directamente enfrente de unos minúsculos trozos de plástico que forman el techo. No resulta sorprendente saber que los «Campos Nuevos» están asolados por el cólera, la disentería, las fiebres del dengue y la malaria[83]. En la gigantesca área hiperdegradada de Sadr City en Bagdad, la hepatitis y las epidemias como el tifus están totalmente fuera de control. Los bombardeos estadounidenses destrozaron los pozos de abastecimiento y las redes de alcantarillado y como resultado las aguas residuales se filtraron hacia las viviendas. Dos años después de la invasión norteamericana, el sistema permanece destruido, y a simple vista se pueden observar restos de excrementos en el grifo del agua. En medio de las tórridas temperaturas del verano no existe otra fuente de agua al alcance de la población sin recursos[84].

Entretanto las campañas sanitarias vienen y van a lo largo de los años. Naciones Unidas estableció la de 1980 como la Década Internacional por el Agua Potable y la Sanidad, pero como señala el investigador del Banco Mundial Anqing Shi «a finales de la

---

[82] S. Chaplin, «Cities, Sewers, and Poverty», cit., p. 151.
[83] M. Skidmore, *Karaoke Fascism*, cit., p. 156.
[84] *Los Angeles Times*, 4 de agosto de 2004.

década la situación apenas había mejorado»[85]. La OMS reconoce que «en 2025 se producirán todavía 5 millones de fallecimientos de niños menores de cinco años por causas que se podrían evitar […] la mayor parte por enfermedades infecciosas entre las que la diarrea seguirá teniendo un papel importante[86]. Un informe de la OMS de 1996 añade que «en cada instante, cerca de la mitad de la población urbana del Sur Global se encuentra afectada por una o varias de las enfermedades que se asocian con la falta de condiciones sanitarias y de agua potable»[87]. Aunque el agua limpia es la más barata y la más importante de las medicinas en el mundo, la existencia de un suministro público de agua, y de letrinas gratuitas, con frecuencia se enfrenta a poderosos intereses privados.

En las ciudades pobres la venta de agua es una industria bastante lucrativa. Nairobi, como resulta habitual, es un buen ejemplo. Los empresarios bien relacionados con el poder político revenden el agua municipal, que a las familias con dinero suficiente para tener grifos les sale barata, en las áreas hiperdegradadas a precios disparatados. Como manifestaba recientemente Joe Aketch, «un estudio muestra cómo la población de Kibera paga cinco veces más por un litro de agua que los ciudadanos medios de Estados Unidos. Resulta una vergüenza que los ricos de Nairobi puedan utilizar su riqueza para aprovecharse de servicios que se niegan a los pobres»[88]. Incapaces de pagar o no deseando hacerlo, algunos de los residentes recurren a soluciones desesperadas que incluyen «la utilización de aguas de las alcantarillas, la renuncia al baño y a lavarse, la recogida de agua de lluvia y sacar agua de cañerías rotas»[89].

---

[85] A. Shi, «How Access to Urban Potable Water and Sewerage Connections Affects Child Mortality», cit., p. 2.

[86] N. Thapar y I. Sanderson, «Diarrhoea in Children», cit., p. 650.

[87] Informe de 1996 de WHO, recogido por David Satterhwaite, «The Links Between Poverty and the Environments in Urban Areas of Africa, Asia and Latin America», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 590, 1993, p. 80.

[88] Intermediate Technology Development Group (ITDG) *East Africa Newsletter*, agosto de 2002.

[89] M. Amuyunzu-Nyamongo y N. Taffa, «The Triad of Poverty, Environment and Child Health in Nairobi Informal Settlements», *Journal of Health and Population in Developing Countries*, 8 de enero de 2004, p. 7.

**Cuadro 13.** Agua: los pobres pagan más.
Agua embotellada frente al agua corriente[90]
(margen de beneficio en %)

| Ciudad | Margen de precios en % |
|---|---|
| Faisalabad (Pakistán) | 6.800 |
| Bundun (Nigeria) | 5.000 |
| Manila | 4.200 |
| Bombay | 4.000 |
| Phom Penh | 1.800 |
| Hanoi | 1.300 |
| Karachi | 600 |
| Dacca | 500 |

La situación en Luanda es incluso peor. La población con menos recursos se ve obligada a destinar un 15 por 100 de sus ingresos para obtener un agua que las compañías privadas extraen directamente del cercano y contaminado río Bengo[91]. En Kinshasa, situada a la orilla del segundo río más grande del planeta, «el agua es algo tan raro como en el desierto del Sáhara». Como informan la geógrafa Angeline Mwacan y el antropólogo Theodore Trefon, aunque el agua de las cañerías resulta barata, los grifos están normalmente secos así que los pobres deben andar kilómetros para sacar agua de ríos contaminados. El carbón vegetal es demasiado caro para poder hervir el agua, y la consecuencia es que el 30 por 100 de las visitas médicas son por enfermedades relacionadas con el agua como el cólera, el tifus y la disentería[92]. En Dar-es-Salaam, el Banco Mundial presionó a las autoridades para que pusieran en manos de una compañía privada británica, la empresa Biwater, el

[90] Datos procedentes de la Comisión Económica y Social de Naciones Unidas para Asia y el Pacífico, 1977.

[91] T. Hodges, *Angola*, cit., p. 30.

[92] A. Mwacan y T. Trefon, «The Tap is on Strike», en T. Trefon (ed.), *Reinventing Order in the Congo. How People Respond to State Failure in Kinshasa*, Kampala 2004, pp. 33, 39, 42.

suministro de agua. De acuerdo con los informes de las organizaciones de ayuda, los resultados han sido un aumento de los precios sin un aumento del suministro; las familias pobres han tenido que encaminarse hacia fuentes de agua poco seguras. *The Guardian* informaba por su parte que «en un pozo privado en Tabata (Tanzania), un bidón de veinte litros se vendía por 8p, una cantidad importante en un sitio donde mucha gente vive con menos de 50p diarios. Las familias que no pueden pagar ese precio, cavan pozos poco profundos». De cualquier forma, las autoridades se han ganado el aplauso de Washington por su apoyo a la privatización[93].

## Una carga doble

Las diferencias más extremas de salud ya no se encuentran entre la ciudad y el campo, sino entre las burguesías urbanas y los pobres urbanos. La mortalidad infantil de niños menores de cinco años en las áreas urbanas hiperdegradadas de Nairobi es del 151 por 1.000, dos o tres veces superior a la de la ciudad en su conjunto, e igual a la que se registra en las zonas rurales más pobres[94]. Igualmente en Quito, la mortalidad infantil es 30 veces más alta en las áreas hiperdegradadas que en los barrios más acomodados, mientras que en Ciudad del Cabo, la tuberculosis es 50 veces más frecuente entre la población sin recursos negra que entre los blancos adinerados[95]. Como en la antigüedad, Bombay sigue siendo un osario con índices de mortalidad en las áreas hiperdegradadas un 50 por 100 por encima de los distritos rurales adyacentes. Un asombroso 40 por 100 de la mortalidad total se atribuye a infecciones y parásitos relacionados con el agua contaminada y las lamentables condiciones sani-

---

[93] J. Vasagar, «Pipes Run Dry in Tanzania», *The Guardian*, 27 de septiembre de 2004.

[94] D. Herr y G. Kart, *Estimating Global Slum Dwellers*, cit., p. 14.

[95] C. Stephens, «Healthy Cities or Unhealthy Islands? The Health and the Social Implication of Urban Innequality», *Environment and Urbanization* VIII, 2 (octubre 1996), pp. 16, 22.

tarias[96]. Y de acuerdo con estadísticas médicas, en Dacca y Chittagong (Bangladesh), «se calcula que un tercio de la población de las áreas hiperdegradadas está enferma en cada momento». En cualquier otro contexto urbano esto se consideraría una pandemia[97].

Los habitantes de las áreas urbanas hiperdegradadas soportan una doble carga de enfermedades. Como señala un equipo de investigación, «la población sin recursos de las ciudades es el punto de encuentro entre el subdesarrollo y la industrialización y los modelos sanitarios que les afectan reflejan los problemas de ambos. De una parte, sufren la pesada carga de las enfermedades infecciosas y la malnutrición, mientras que de la otra padecen el abanico completo de enfermedades sociales crónicas»[98]. Como añade Richard Horton, editor de *Lancet*, «de la mano de la urbanización han llegado epidemias que hasta el momento se circunscribían a zonas rurales»[99] que se suman a la diabetes, el cáncer y los problemas de corazón que también tienen su lugar entre los pobres[100]. Esta doble carga normalmente es más pesada «en las ciudades más pequeñas y menos prósperas de los países con rentas bajas o en las zonas de rentas bajas de países más avanzados». La dominación política que ejercen las megaciudades les supone una gran facilidad para exportar algunos de sus problemas sanitarios y medioambientales corriente abajo, utilizando a otras regiones como vertederos de basura y contaminación[101].

---

[96] A. Jacquemin, *Urban Development and New Towns in the Third World*, cit., pp. 90-91.

[97] A. Barkat, Mati Ur Rahman y Manik Bose, «Family Planning Choice Behavior in Urban Slums of Bangladesh. An Econometric Approach», *Asia-Pacific Population Journal* xii, 1 (marzo 1977), p. 1.

[98] E. Werna, I. Blue y T. Harpman, «The Changing Agenda for Urban Health», en Cohen *et al.*, *Preparing for the Urban Future*, cit., p. 201.

[99] R. Horton, *Health Wars. On the Global Front Lines of Modern Medicine*, Nueva York, 2003, p. 79.

[100] De los 17 millones de muertes que se atribuyen a ataques al corazón, 11 se producen en los países en vías desarrollo. Véase D. Yach *et al.*, «Global Chronic Diseases», *Science*, 21 de enero de 2005, p. 317, así como un intercambio de cartas, 15 de julio de 2005, p. 380.

[101] D. Satterthwaite, «Environmental Transformation in Cities as They Get Larger, Wealthier and Better Managed», *The Geographical Journal* clxiii, 2 (julio 1997), p. 217.

La reestructuración neoliberal de la economía urbana de los países del Tercer Mundo que ha tenido lugar desde finales de la década de 1970 ha supuesto un devastador impacto sobre los medios públicos de asistencia sanitaria, que afecta especialmente a las mujeres y a los niños. Como señala Women's Global Network for Reproductive Rights, los programas de ajuste estructural, el protocolo por el que los países deudores cedían su independencia económica al FMI y al Banco Mundial, «exigen una reducción del gasto público que incluye el recorte del gasto en salud, pero no de los gastos militares»[102]. En América Latina y el Caribe, la obligada austeridad que impusieron los Planes de Ajuste Estructural en la década de 1980 redujo la inversión pública en sanidad y agua potable, acabando con el descenso de mortalidad infantil que se producía en aquel momento. En México, después de la adopción del segundo Plan de Ajuste en 1986, el porcentaje de nacimientos atendido por personal sanitario cayó del 94 por 100 de 1983 al 45 por 100 de 1988, mientras la mortalidad entre las mujeres en el parto se disparó del 82 por 1.000 en 1980, al 150 en 1988[103].

En Ghana el «ajuste» no solo supuso la reducción del 80 por 100 de los gastos en sanidad y educación entre 1975 y 1983, sino que también provocó el éxodo de la mitad de los licenciados del país. Igualmente en Filipinas, a principios de la década de 1980, el gasto medio en sanidad cayó a la mitad[104]. En un país rico en petróleo como Nigeria pero que ha sufrido la dureza de los planes de ajuste, la quinta parte de la población infantil muere antes de los cinco años[105]. El economista Michel Chossudovsky achaca el estallido de una epidemia infecciosa en Surat en 1994 al «empeoramiento de la sanidad urbana y de las infraestructuras de la salud,

---

[102] Women's Global Network for Reproductive Rights, *A Decade After Cairo. Women's Health in a Free Market Economy*, Corner House Briefing 30, Sturminister Newton 2004, p. 8.

[103] A. Shi, «How Acces to Urban Portable Water and Sewerage Connections Affects Child Mortality», cit., pp. 196, 203, 205.

[104] F. Stewart, *Adjustement and Poverty. Options and Choices*, Londres, 1995, pp. 196, 203, 205.

[105] World Bank, estadísticas citadas por *Financial Times*, 1 de septiembre de 2004.

que acompañaron a la adaptación de los presupuestos nacionales y municipales, a los programas de ajuste estructural que desarrollaron el FMI y el Banco Mundial a partir de 1991»[106].

Los ejemplos son innumerables, por todas partes el sometimiento a los acreedores internacionales ha supuesto el recorte del gasto sanitario, la emigración de médicos y personal sanitario, el fin de los subsidios para alimentos y el desvío de la producción agrícola de subsistencia hacia los cultivos para la exportación. Como recalca Fantu Cheru, un experto en deuda de Naciones Unidas, el tributo impuesto por el Primer Mundo a los países en vías de desarrollo es la diferencia que hay entre la vida y la muerte para millones de personas.

> Actualmente existen casi 36 millones de personas en el mundo afectadas por el HIV/SIDA. De ellas, alrededor del 95 por 100 viven en el Sur Global. En concreto, el África subsahariana es el hogar de 25 millones de personas afectadas por la enfermedad […] diariamente mueren en África 5.000 personas víctimas del SIDA. Los expertos calculan que la comunidad internacional necesita destinar de siete a diez mil millones de dólares anuales para combatir tanto el SIDA como otras enfermedades como la tuberculosis y la malaria. En medio de esta situación de crisis humanitaria, los países de África pagan de manera continua 13.500 millones de dólares anuales a países e instituciones de crédito por los intereses de la deuda, una cantidad que excede ampliamente de los fondos que Naciones Unidas proponen para la lucha contra el SIDA. Esta masiva transferencia de recursos de los países africanos pobres a los ricos acreedores del norte es uno de los factores decisivos que ha debilitado la asistencia a la salud y la educación en los países que ahora están más afectados por la pandemia[107].

El Banco Mundial por su parte viene combinando una retórica feminista sobre los derechos maternales de las mujeres y la igual-

---

[106] Women's Global Network for Reproductive Rights *A Decade After Cairo*, cit., p. 12.

[107] F. Cheru, «Debt, Adjustment and the Politics of Effective Response to HIV/AIDS in Africa», *Third World Quarterly* xxiii, 2, 2002 p. 300.

dad de sexos en la medicina con una incesante presión sobre los países receptores de ayuda, orquestada en nombre de la «reforma», para que abran sus mercados a la competencia de las empresas privadas del sector sanitario y a las compañías farmacéuticas del mundo occidental. El documento que presentó en 1993 el Banco Mundial titulado «Invirtiendo en Salud», resumía el nuevo paradigma de la asistencia sanitaria basada en las reglas del mercado: «La limitación del gasto público a una estrecha franja de servicios; el establecimiento de tasas sobre los servicios públicos y la privatización de la asistencia sanitaria y de la financiación»[108]. Zimbabwe fue uno de los primeros países donde se aplicaron las nuevas ideas a principios de la década de 1990: el resultado fue que la tasa de mortalidad infantil se multiplicó por dos[109].

Sin embargo, la crisis del Tercer Mundo no es solamente responsabilidad de los acreedores extranjeros. A medida que las elites urbanas se desplazan hacia complejos residenciales en las afueras, se preocupan menos de las amenazas que se ciernen sobre las áreas hiperdegradadas y más sobre la seguridad de sus viviendas y la construcción de carreteras rápidas. Susan Chaplin refiriéndose a India señala que la reforma sanitaria está torpedeada por los funcionarios corruptos y la indiferencia de las clases acomodadas.

> Las condiciones medioambientales de las ciudades de la India se están deteriorando continuamente debido a la política que llevan los sectores acomodados de excluir del acceso a los servicios básicos urbanos a amplios sectores de la población. La consecuencia de esta monopolización de los recursos y de los beneficios del Estado es que mientras entre las clases acomodadas crece la conciencia de los problemas medioambientales, hasta la fecha han estado más preocupados por los inconvenientes que les suponen las carreteras congestionadas y la contaminación del aire que por los riesgos de epidemias y de enfermedades endémicas[110].

---

[108] *Ibid.*, p. 9.

[109] D. Potts y C. Muntambirwa, «Basics Are Now a Luxury. Perceptions of Structural Adjustment's Impact on Rural and Urban Areas in Zimbabwe», *Enviroment and Urbanization* x, 1 (abril 1998), p. 75.

[110] S. Chaplin, «Cities, Sewers and Poverty», cit., p. 156.

Pero ante plagas como el HIV/SIDA, «que hacen temblar la tierra y agitan el cielo»[111], la segregación urbana ofrece solamente una ilusión de protección biológica. La realidad es que la hiperdegradación de las áreas urbanas actuales es una fuente de incubación de nuevas enfermedades que pueden viajar por todo el mundo a la velocidad de un avión a reacción. Como señalaba en mi reciente libro sobre el inminente peligro de la gripe aviar (*The Monster at Our Door*, 2005), una globalización económica que no vaya acompañada por una infraestructura sanitaria global es realmente una fórmula ideal para producir una catástrofe[112].

[111] M. Mwangi, *The Last Plague*, Nairobi, 2000, p. 4.

[112] M. Davis, *The Monster at Our Door. The Global Threat of Avian Flu*, Nueva York, 2005.

# CAPÍTULO VII

## Ajustando y erosionando estructuralmente el Tercer Mundo[1]

> Después de su misteriosa risa, cambiaron rápidamente de conversación pasando a otros temas. Los que se habían quedado en casa, ¿cómo estaban sobreviviendo a los Planes de Ajuste Estructural?
>
> Fidelis Balogun[2]

Las áreas urbanas hiperdegradadas, a pesar de su carácter funesto e inseguro, tienen un brillante futuro. El campo seguirá siendo durante un corto periodo de tiempo la sede de la mayoría de los pobres del planeta, pero este dudoso honor pasará a las áreas urbanas antes de 2035. Por lo menos la mitad de la inminente explosión de la población urbana del Tercer Mundo se producirá a cuenta de las comunidades informales lo que nos enfrentará a la monstruosa e incomprensible perspectiva de encontrarnos en 2030 o 2040 con una población de 2.000 millones de personas viviendo en áreas urbanas hiperdegradadas[3]. Sin embargo la pobreza urbana excede y desborda a las áreas hiperdegradadas por sí mismas. Los investigadores del Urban Observatory de Naciones Unidas advierten que en 2020 «la pobreza urbana podría afectar al 45 o el 50 por 100 de la población urbana total»[4].

---

[1] Literalmente «SAPing the Third World»: juego de palabras con el acrónimo de Structural Adjustment Plans (SAP) y el verbo *to sap* [menoscabar, agotar, erosionar]. *[N. del T.]*

[2] F. Odun Balogun, *Adjusted Lives. Stories of Structural Adjustments*, Trenton (NJ), 1995, p. 75.

[3] M. Ravallion, *On the Urbanization of Poverty*, documento del Banco Mundial, 2001.

[4] E. López Moreno, *Slums of the World. The Face of Urban Poverty in the New Millenium?*, Nairobi, 2003, p. 12.

La evolución de esta nueva pobreza urbana no ha sido, como hemos visto, un proceso histórico lineal. La lenta suma de barrios de chabolas a los degradados límites urbanos se ha visto sacudida por tormentas de pobreza y repentinas explosiones en la construcción de infraviviendas. En su colección de relatos titulados *Adjusted Lives*, el escritor nigeriano Fidelis Balogun compara la llegada de los Programas de Ajuste Estructural impuestos por el FMI a mediados de la década de 1980 con un gran desastre natural que ha destruido para siempre el viejo espíritu de Lagos y a «vuelto a esclavizar» a la población urbana.

> La extraña lógica de este programa económico parecía ser que para devolver la vida a una economía moribunda primero había que exprimir bién los jugos a los ciudadanos con menos recursos. La clase media desapareció rápidamente y los montones de basura de los cada vez más ricos debían ser la mesa de la comida de una creciente población lamentablemente pobre. La fuga de cerebros hacia los ricos países árabes productores de petróleo y hacia el mundo occidental se convirtió en una sangría[5].

Las quejas de Balogun sobre «privatizar a toda máquina y pasar cada día más hambre» así como su enumeración de las malévolas consecuencias de los Planes de Ajuste serían totalmente familiares no solo para los supervivientes de otros 30 países africanos, sino para cientos de millones de personas en Asia y América Latina. La década de 1980, cuando el FMI y el Banco Mundial utilizaron la deuda como palanca para reestructurar las economías de la mayoría de los países del Tercer Mundo, son los años en que las áreas urbanas hiperdegradadas se convirtieron en un implacable destino no solamente para los emigrantes rurales, sino también para millones de personas que tradicionalmente habían vivido en los centros de las ciudades y que se vieron expulsadas hacia aquellas por la violencia del «ajuste».

---

[5] F. O. Balogun, *Adjusted Lives*, cit., p. 80.

Entre 1974 y 1975, como consecuencia del impacto que produjo el alza de los precios del petróleo, el Fondo Monetario Internacional seguido por el Banco Mundial, cambió el centro de su estrategia desde los países industrializados hacia el Tercer Mundo. La concesión de préstamos fue aumentando poco a poco, al mismo tiempo que se reforzaban los «condiciones» y «ajustes estructurales» que se imponían a los países clientes. Como señala la economista Frances Stewart en un brillante trabajo, «los comportamientos externos que necesitaban un reajuste, fundamentalmente la caída de los precios de las materias primas y los exorbitantes intereses de la deuda, no fueron abordados por estas instituciones», pero en cambio, todos los programas públicos, locales o nacionales, eran terreno apto para el recorte[6]. En agosto de 1982, cuando México amenazaba con el impago de sus créditos, el Banco Mundial y el FMI, conjuntamente con los principales bancos comerciales, se habían convertido en instrumentos explícitos de la revolución capitalista promovida por los gobiernos de Reagan, Thatcher y Kohl. El Plan Baker de 1985, que recibía el nombre del entonces secretario del Tesoro James Baker, pero que realmente pertenecía a su ayudante Richard Darman, exigía claramente a los 15 países del Tercer Mundo más endeudados, el abandono de la estrategia estatal del desarrollo antes de volver a recibir nuevas facilidades de crédito y como condición para seguir manteniendo un puesto en la economía mundial. El Plan también empujaba al Banco Mundial a convertirse en el director a largo plazo de los programas de ajuste estructural que estaban dando forma al mundo feliz del así llamado «consenso de Washington».

No cabe duda de que nos encontramos en un mundo en el que las reclamaciones de los bancos y países acreedores siempre tienen preferencia respecto a las necesidades de supervivencia de los pobres rurales y urbanos. Se trata de un mundo en el que se considera «normal» que un país pobre como Uganda emplee doce veces más recursos en la devolución de los créditos que en asisten-

[6] F. Stewart, *Adjustment and Poverty*, cit., p. 213.

cia sanitaria, todo ello en medio de una crisis como la del HIV/SIDA[7]. Como enfatiza *The Challenge of Slums*, los Planes de Ajuste Estructural eran «por naturaleza deliberadamente antiurbanos» y fueron diseñados para invertir cualquier «sesgo urbano» que pudiera existir anteriormente en las políticas de sanidad, en la estructura de los gastos e ingresos públicos o en la inversión pública. En todo el mundo, el FMI y el Banco Mundial, en su papel de alguaciles de los grandes bancos y respaldados por las administraciones de Reagan y de George H. Bush, ofrecieron a los países pobres el mismo cáliz envenenado: devaluación, privatización, desaparición de aranceles y subvenciones agrícolas, recuperación forzosa de costes en sanidad y educación y una despiadada reducción del sector público. Un famoso telegrama del secretario del tesoro George Shultz a los funcionarios en el exterior encargados de la ayuda estadounidense, ordenaba que «en la mayor parte de los casos, las empresas del sector publico deben ser privatizadas»[8]. Al mismo tiempo, los Planes de Ajuste devastaban a los pequeños agricultores que se quedaban sin subvenciones y se veían obligados a nadar o a hundirse en un mercado global dominado por la agricultura, fuertemente subvencionada, gestionada por las grandes empresas del Primer Mundo.

Como nos recuerda William Tabb en su reciente historia de la gobernanza económica global, la deuda ha sido el punto clave que ha provocado una pérdida de poder de los Estados del Tercer Mundo en favor de las instituciones de Bretton Woods. De acuerdo con Tabb, el personal del Banco Mundial es el equivalente contemporáneo de los antiguos funcionarios coloniales, «que igual que sucedía con las administraciones coloniales, solo desaparecen para ser sustituidos por equipos de refresco, con el mismo aspecto y los mismos poderes sobre la sociedad y la economía local»[9].

---

[7] S. Mallaby, *The World's Banker*, cit., p. 110.

[8] T. Killick, «Twenty-five Years in Development. The Rise and Impending Decline of Market Solutions», *Development Policy Review* 4, 1986, p. 101.

[9] W. Tabb, *Economic Governance in the Age of Globalization*, Nueva York, 2004, p. 193.

A pesar de sus manifestaciones a favor del desarrollo económico, los países acreedores no han permitido a los pobres utilizar las reglas que ellos mismos utilizaron para fomentar su propio desarrollo a finales del siglo XIX y principios del XX. Los ajustes estructurales son para el economista Ha-Joon Chang una hipócrita «patada a la escalera» de los aranceles proteccionistas y las subvenciones que los países de la OCDE habían empleado históricamente en su propia ascensión desde unas economías basadas en la agricultura a otras economías urbanas basadas en los bienes de alto valor y en los servicios[10]. Stefan Andreasson, observando los desalentadores resultados de los planes de ajuste en Zimbabwe y de las políticas neoliberales que se desarrollaban en Sudáfrica, se pregunta si el Tercer Mundo puede esperar algo más que una «democracia virtual» a la vista de que sus políticas macroeconómicas vienen dictadas por Washington: «La democracia virtual significa el fracaso de la democracia participativa, así como de cualquier posibilidad de extender el bienestar público que los proyectos socialdemócratas habían auspiciado en otros sitios»[11].

*The Challenge of Slums* plantea la misma cuestión cuando señala que «durante las décadas de 1980 y 1990, la principal causa del incremento de la pobreza y de la desigualdad ha sido la inhibición del Estado». Además de las reducciones del gasto y de la propiedad pública que forzaban los Planes de Ajuste Estructural, los autores también señalan el sutil cambio que supone la disminución de la capacidad de actuación del Estado como consecuencia de su «subsidiaridad», entendida como la cesión de poder a escalones inferiores del gobierno y especialmente a ONG directamente relacionadas con las grandes agencias internacionales del desarrollo.

> El conjunto de esta estructura aparentemente descentralizada es ajeno a la noción del gobierno representativo que ha sido una buena

---

[10] H.-J. Chang, «Kicking Away the Ladder. Infant Industry Promotion in Historical Perspective», *Oxford Development Studies* XXXI, 1 (septiembre 2003), p. 21.

[11] S. Andreasson, «Economic Reforms and "Virtual Democracy" in South Africa», *Journal of Contemporary African Studies* XXI, 3 (septiembre 2003), p. 385.

> receta para los países desarrollados, al mismo tiempo que está a expensas de los proyectos del poder hegemónico global. La perspectiva internacional dominante [es decir, la de Washington] se convierte *de facto* en el paradigma del desarrollo, de manera que el mundo entero rápidamente se unifica en la dirección que los donantes y las organizaciones internacionales señalan[12].

El África urbana y América Latina se convirtieron en el gran éxito de la depresión artificial organizada por el FMI y la Casa Blanca, y en muchos países, el impacto de los Planes de Ajuste Estructural durante la década de 1980, unido a la prolongada sequía, la subida de los precios del petróleo y de los intereses de los créditos, a la caída de los salarios y de los precios de las materias primas produjo un efecto más severo y duradero que la Gran Depresión. Las ciudades del Tercer Mundo especialmente se vieron atrapadas por un círculo vicioso de aumento de la inmigración, descenso del empleo formal y de los salarios así como un derrumbe generalizado de los ingresos. El FMI y el Banco Mundial, como hemos visto, promovían una imposición de tasas sobre los servicios públicos que utilizaban los pobres, pero en contrapartida no proponían ninguna reducción de los gastos militares o gravar los ingresos de los ricos. Como resultado, la sanidad pública y su infraestructura se vieron desbordadas por el aumento de la población. Como dice Theodore Trefon hablando de Kinshasa, «la población considera los servicios públicos básicos como algo del pasado»[13].

El balance del ajuste estructural en África realizado por Carole Rakodi incluye la huida de capitales, el colapso de la producción, un descenso o un insignificante aumento de los ingresos por exportaciones, un recorte drástico de los servicios públicos urbanos, un aumento vertiginoso de los precios y una caída de los salarios reales[14]. Por todo el continente la gente aprendió a decir «tengo

---

[12] UN-Habitat, *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 48.

[13] T. Trefon, «Introduction: Reinventing Order», en T. Trefon, *Reinventing Order in Congo*, cit., p. 1.

[14] C. Rakodi, «Global Forces, Urban Change, and Urban Management in Africa», en C. Rakodi (ed.), *The Urban Challenge in Africa*, cit., pp. 50, 60-61.

la crisis» de la misma manera que otros dicen «tengo un catarro»[15]. En Dar-es-Salaam, el gasto por habitante en servicios públicos estuvo cayendo un 10 por 100 anual durante la década de 1980, lo que supone prácticamente un derrumbamiento del Estado[16]. En Jartum, como señalan los investigadores locales, la liberalización y el ajuste estructural produjeron 1,1 millones de nuevos pobres, la mayor parte de ellos procedentes del esquilmado sector público[17]. En Abiyán, una de las pocas ciudades africanas con un sector industrial importante y servicios urbanos modernos, la aplicación de los Planes de Ajuste Estructural condujo a la desindustrialización, al colapso de la construcción y a un rápido deterioro del transporte y la sanidad pública. En consecuencia, la pobreza urbana en Costa de Marfil, ciudad hasta entonces considerada como la locomotora económica de África del oeste, se multiplicó por dos entre 1987 y 1988[18]. En la Nigeria de la que hablaba el escritor Fidelis Balogun, la pobreza extrema que se había desarrollado en Lagos, Ibadán y otras ciudades, pasó del 28 por 100 en 1980 al 66 por 100 en 1966. Según informaba el Banco Mundial, «el Producto Nacional Bruto se sitúa actualmente en 260 dólares, una cifra inferior a la que se registraba en el momento de la independencia hace 40 años y por debajo de los 370 dólares que se alcanzaban en 1985»[19]. Deborah Potts señala que en las ciudades africanas, los salarios en su conjunto han caído a un nivel tan bajo, que los investigadores no pueden comprender cómo consigue sobrevivir la población. Es lo que se llama el «puzle de los salarios»[20].

En América Latina, empezando en 1973 con el golpe del general Pinochet, el ajuste estructural estuvo claramente unido a la

---

[15] A. Mbembe y J. Roitman, «Figures on the Subject in Times of Crisis», en O. Enwezor *et al*., *Under Siege. Four African Cities. Freetown*, *Johannesburg*, *Kinshasa*, *Lagos*, cit., p. 112.

[16] M. Mattingly, «The Role of the Goverment of Urban Areas in the Creation of Urban Poverty», en S. Jones y N. Nelson (eds.), *Urban Poverty in Africa. From Understanding to Alleviation*, Londres, 1999, cit., p. 21.

[17] A. Mustafa Ahmad y A. El-Hassan El-Batthani, «Poverty in Khartoum», *Environment and Urbanization* VII, 2 (octubre 1995), p. 205.

[18] S. Sethuraman, «Urban Poverty and the Informal Sector», cit., p. 3.

[19] Banco Mundial, *Nigeria. Country Brief* (septiembre 2003).

[20] D. Potts, «Urban Lives», cit., p. 459.

dictadura militar y a la represión de la izquierda popular. Uno de los resultados más llamativos del auge de las dictaduras fue la rápida urbanización de la pobreza. En 1970 las teorías *foquistas* del Che Guevara sobre la insurrección rural, todavía se adecuaban a una realidad donde la pobreza rural (75 millones de personas) era superior a la urbana (45 millones). Sin embargo, a finales de la década de 1980 la gran mayoría de la pobreza (115 millones) se encontraba en las *colonias*, *barriadas* y *villas miseria* antes que en las haciendas o pueblos rurales (80 millones)[21].

De acuerdo con un estudio de la Organización Internacional del Trabajo, la pobreza urbana en América Latina creció un extraordinario 50 por 100 en la primera mitad de la década de 1980[22]. Los ingresos reales de las clases trabajadoras cayeron un 40 por 100 en Venezuela, el 30 por 100 en Argentina y el 21 por 100 en Brasil y Costa Rica[23]. Entre 1980 y 1987, en México el empleo informal se dobló, mientras que el gasto público cayó a la mitad del nivel que tenía en 1980[24]. En Perú la década de 1980 acabó con una recesión brutal que en tres años redujo el empleo formal de las clases trabajadoras urbanas del 60 al 11 por 100, y abrió las puertas de los miserables barrios de Lima al misticismo revolucionario de Sendero Luminoso[25].

Mientras tanto, amplios sectores de las clases medias que estaban acostumbrados a tener servicio doméstico y a disfrutar de las vacaciones en Europa, se encontraron repentinamente en las filas de los nuevos pobres. En algunos casos, esta movilidad social fue tan acusada como la que se había producido en África, aumentando, por ejemplo, el porcentaje de la población urbana que vivía en la pobreza un 5 por 100 en 1980, tanto en Chile como en Brasil[26].

---

[21] UN, *World Urbanization Prospects, the 2001 Revision*, cit., p. 12.

[22] D. Potts, «Urban Lives», cit., p. 459.

[23] A. Minujin, «Squeezed. The Middle Class in Latin America», *Environment and Urbanization* VII, 2 (octubre 1995), p. 155.

[24] A. Escobar y M. González de la Rocha, «Crisis, Restructuring and Urban Poverty in Mexico», *Environment and Urbanization* VII, 1 (abril 1995), pp. 63-64.

[25] H. Dietz, *Urban Poverty, Political Participation, and the State: Lima, 1970-1990*, Pittsburg, 1988, pp. 58, 65.

[26] A. S. Oberai, *Population Growth, Employment and Poverty in Third World Mega-Cities*, cit., p. 85.

Sin embargo, estos ajustes que estrangularon a la población sin recursos y a las clases medias dependientes del sector público, ofrecieron unas oportunidades inmejorables a inversores, al sector de las importaciones, a los narcotraficantes, a gerifaltes del ejército y a políticos corruptos. Durante la década de 1980, el consumo ostentoso alcanzó unos niveles alucinantes en América Latina y en África con los nuevos ricos yéndose de compras derrochadoras a París o a Miami mientras sus compatriotas pasaban hambre en las chabolas.

Los índices de desigualdad alcanzaron cifras de récord en esa década. En Buenos Aires las rentas del decil de la población con ingresos más elevados pasaron de ser 10 veces más altas en 1984 a 23 veces en 1989. En Río de Janeiro la desigualdad calculada de acuerdo con el coeficiente de Gini pasó del 0,58 en 1981 al 0,67 en 1989[27]. La década de 1980 no hizo más que profundizar las desigualdades de la topografía social por toda América Latina. De acuerdo con un informe del Banco Mundial, los coeficientes de Gini son 10 veces más elevados en América Latina que en Asia; 17,5 veces más altos que en los países de la OCDE y 20,4 veces más altos que en los países del este de Europa. Incluso Uruguay, el país más igualitario de América Latina, tiene una distribución más desigual que cualquier país europeo[28].

## El ajuste desde abajo

Las sacudidas económicas de la década de 1980 obligaron a la población del Tercer Mundo a reagruparse en torno a viviendas comunes y a desarrollar la capacidad de supervivencia y el ingenio de las mujeres. A medida de que la población masculina perdía posibilidades de trabajo, el peso de los ajustes estructurales en las zonas urbanas fue recayendo de manera especial sobre las mujeres

---

[27] L. Ainstein, «Buenos Aires. A Case of Deepening Social Polarization», en A. Gilbert, *The Mega-City in Latin America*, cit., p. 139.

[28] Banco Mundial, *Inequality in Latin America and the Caribbean. Breaking with History?*, Nueva York, 2003.

en general: como señala un estudio sobre India, «si las cargas de la supervivencia [para las familias] eran enormes, para las mujeres eran aún mayores»[29]. La geógrafa Sylvia Chant por su parte insiste en que con los planes de ajuste las mujeres tenían que trabajar más aún tanto fuera como dentro del hogar, para compensar el recorte de los gastos sociales y de los ingresos de los varones, al mismo tiempo que veían como las nuevas tasas y el aumento de las ya existentes, impedían su acceso a la educación y a la asistencia sanitaria[30]. Algunos investigadores argumentan que los Planes de Ajuste Estructural explotaban de manera cínica la idea de que la fuerza de trabajo femenina es mucho más elástica de cara a las necesidades de supervivencia de los hogares, con lo cual se suponía que podría arreglarse de uno u otro modo[31]. Esta es la variable secreta y culpable de las ecuaciones neoclásicas del ajuste económico: se espera que las mujeres pobres y sus niños carguen sobre sus espaldas con el peso de la deuda del Tercer Mundo.

Así, en China y en las ciudades industrializadas del sureste asiático millones de mujeres jóvenes se engancharon a las cadenas de producción y a las miserias de las fábricas. «Las mujeres suponen el 90 por 100 de los 27 millones de trabajadores de las Zonas de Libre Comercio»[32]. En África y en la mayor parte de América Latina, exceptuando las ciudades fronterizas del norte de México, esta posibilidad no existía. En su lugar, la desindustrialización y la caída del empleo de los varones en el sector formal, acompañada con frecuencia por su emigración, ha llevado a las mujeres a buscar el sustento como trabajadoras a destajo, vendedoras de licores y lotería, en la venta ambulante y en oficios varios como peluqueras, costureras, limpiadoras, recogedoras de trapos, niñeras y pros-

---

[29] U. Kalpagam, «Coping with Urban Poverty in India», *Bulletin of Concerned Asian Scholars* xvii, 1, 1985, p. 18.

[30] S. Chant, «Urban Livelihoods, Employment and Gender», en Robert Gwynne y Cristóbal Kay (eds.), *Latin America Transformed. Globalization and Modernity*, Londres, 2004, p. 214.

[31] C. Moser y L. Peake, «Seeing the Invisible. Women, Gender and Urban Development», en R. Stren (ed.), *Urban Research in Developing Countries – Volume 4: Thematic Issues*, Toronto, 1996, p. 309.

[32] Women's Global Network for Reproductive Rights, *A Decade After Cairo*, cit., p. 12.

titutas. En una región donde la participación de la mujer en el mercado laboral había sido más baja que en otros continentes, la incorporación de la mujer durante la década de 1980 al sector terciario de América Latina ha sido especialmente dramática.

En su detallado estudio sobre el «ajuste desde abajo», la antropóloga social Carolina Moser describe el impacto de ocho planes sucesivos entre 1982 y 1988 sobre un degradado barrio de chabolas de la pantanosa ribera de Guayaquil, un barrio que hasta entonces estaba experimentando un desarrollo positivo. Aunque el desempleo se multiplicó por dos en Ecuador, el rasgo más característico de la crisis de la década de 1980 fue la explosión del trabajo informal, que se calcula absorbió a la mitad de la fuerza de trabajo de Guayaquil y Quito. En el barrio de Indio Guayas, los varones que habían tenido un empleo de jornada completa se encontraron con empleos temporales y sin trabajo durante la mitad del año. Los hogares se vieron obligados a enviar a más miembros a trabajar, tanto mujeres como niños. Después de la introducción de los Planes de Ajuste Estructural, la participación de la mujer en el trabajo pasó del 40 al 52 por 100, pero el declive del empleo industrial, las obligaba a competir entre ellas por trabajos como empleadas del hogar o vendedoras callejeras. Junto con esta movilización de los recursos humanos de los hogares, las condiciones de vida, especialmente las que se referían a la alimentación infantil empeoraron dramáticamente. Moser encontró que el 80 por 100 de la población infantil de las áreas hiperdegradadas sufrían síntomas de malnutrición. La privatización y el encarecimiento de la asistencia sanitaria supusieron que las familias de Indio Guayas, que hasta entonces habían tenido unas perspectivas optimistas, quedaran excluidas de estos servicios[33].

La experiencia de Guayaquil se reprodujo en Guadalajara en el periodo siguiente a la crisis de la deuda de 1982. En una ciudad que tradicionalmente había sido la capital de las empresas y talle-

---

[33] C. Moser, «Adjustment from Below. Low-Income Women, Time, and the Triple Role in Guayaquil, Ecuador», en Sarah Radcliffe y Sallie Westwood (eds.), *«Viva»: Women and Popular Protest in Latin America*, Londres, 1993, pp. 178-185.

res familiares de México, la caída libre de los salarios y el derrumbe de la inversión pública fue seguida por los acuerdos del GATT de 1986 que trajeron la despiadada competencia de las empresas extranjeras. La especialización de la ciudad en el sector de bienes de consumo mediante empresas familiares no pudo sobrevivir al aluvión de las importaciones asiáticas. El resultado, de acuerdo con Agustín Escobar y Mercedes González, fue simultáneamente un aumento significativo del empleo informal, casi un 80 por 100 entre 1980 y 1987, la emigración hacia California y Texas, y lo que fue más importante, la reestructuración del mercado formal del trabajo, donde «la precariedad en el empleo se convirtió en la norma. La seguridad en el empleo desapareció, el trabajo a tiempo parcial aumentó, la subcontratación se convirtió en una práctica generalizada y a los trabajadores y asalariados en general se les exigieron mayores obligaciones para conservar sus empleos». La respuesta de los hogares, como había sucedido en Guayaquil, fue enviar a las mujeres al servicio doméstico y sacar a los niños de los colegios para incorporarles a la vida laboral. Estas estrategias de supervivencia a corto plazo, como advertían Escobar y González, suponían un perjuicio para la mejora de las condiciones sociales a largo plazo. «El empeoramiento de las condiciones económicas, obliga a las familias trabajadoras urbanas a movilizar todos sus recursos humanos para poder sobrevivir, lo cual limita sus estrategias de movilidad social a largo plazo»[34].

En América Latina, al igual que en Asia y África, muchas familias se «ajustan al ajuste» mandando a algunos miembros de vuelta al campo, donde subsistir resulta más barato. Cedric Pugh, refiriéndose a Costa Rica, señala que «los hogares se dividen, las mujeres y los niños con frecuencia se vuelven a las zonas más pobres donde los gastos de viviendas son menores. Algunas veces esto se añade a la separación y al divorcio, con consecuencias a largo plazo sobre el nivel de vida y la demanda de vivienda entre los hogares divididos»[35].

---

[34] A. Escobar y M. González, «Crisis, Restructuring and Urban Poverty in Mexico», cit., pp. 63-73.

[35] C. Pugh, «The Role of the World Bank in Housing», cit., p. 55.

La experiencia urbana en África ha sido aún más terrible. La población ha tenido que sumar a los ajustes, la sequía y las guerras civiles, el holocausto que ha supuesto el SIDA y que se ha beneficiado de la prostitución forzosa a que se han visto abocadas muchas mujeres pobres. En Harare, el Plan de Ajuste Estructural de 1991 supuso el aumento del coste de la vida en un 45 por 100 en un solo año, y 100.000 personas acabaron en las salas de los hospitales por los efectos de la malnutrición. Como muestran los estudios que realizaron de manera independiente Nazneen Kanji y Christian Rogerson, la competencia despiadada se ha convertido en la norma de la economía de mercado informal, especialmente en lo que se refiere al empleo femenino y a la venta callejera: «En general, los ingresos que se generan en estas actividades, que en su mayor parte están en manos de las mujeres, no alcanzan normalmente más que a producir unas mínimas ganancias, no suponen inversión de capital, prácticamente ninguna capacitación especial y muy pocas oportunidades de convertirlos en un medio viable de subsistencia»[36]. En medio de este panorama en el que la mortalidad infantil se doblaba, el SIDA se extendía y la malnutrición infantil crecía, las desesperadas madres de Harare mandaban a los niños pequeños al campo, o se producían reagrupamientos familiares para ahorrar alquileres o electricidad[37]. Decenas de miles de niños tuvieron que abandonar las escuelas para ponerse a trabajar o a buscar entre la basura, sin ninguna esperanza de poder retomar alguna vez su educación. La situación muchas veces se vuelve tan opresiva que la propia solidaridad familiar acaba por desaparecer. «Lo que antes pudo ser una unidad que apoyaba y mantenía a sus miembros se ha convertido actualmente en una unidad en la que los miembros compiten entre sí para sobrevivir»[38].

---

[36] C. Rogerson, «Globalization or Informalization? African Urban Economies in the 1990s», en C. Rakodi (ed.), *The Urban Challenge in Africa*, cit., p. 347.

[37] N. Kanji, «Gender, Poverty and Structural Adjustment in Harare, Zimbabwe», *Environment and Urbanization* VII, 1 (abril 1995), pp. 48-50; D. Drakakis-Smith, *Third World Cities*, cit., p. 148; D. Potts y C. Mutambirwa, «Basics Are Now a Luxury», cit., pp. 73-75.

[38] B. Rwezaura *et al*., citado por M. Grant, «Dificult Debut. Social and Economic Identities of Urban Youth in Bulawayo, Zimbabwe», *Canadian Journal of African Studies* XXXVII, 2/3, 2003, pp. 416-417.

A finales de la década de 1970 y durante la siguiente fueron las mujeres las que en muchos casos encabezaron las clásicas revueltas populares que se han producido históricamente, motivadas por los precios y la falta de alimentos. Las áreas urbanas hiperdegradadas de África, América Latina y Asia meridional no aceptaron de buena gana los planes del FMI que les llevaban a la catástrofe y optaron por la rebelión. En su innovador estudio sobre las raíces de la resistencia a los Planes de Ajuste, *Free Markets and Food Riots* (2004), John Walton y David Seddon recogieron 146 revueltas contra el FMI en 39 países desde 1976 hasta 1992[39]. A principios de la década de 1990 todos los «elementos humanos» que podían atribuirse a los Planes de Ajuste Estructural –las llamadas «dimensiones sociales del ajuste»– fueron respuestas a esta extraordinaria explosión de protesta global.

> El carácter internacional que tienen los programas de austeridad se plasma simbólicamente en ataques contra las agencias de viaje, los automóviles extranjeros, los hoteles de lujo y las sedes de las agencias internacionales. Las protestas adoptaron diversas formas, desde las clásicas revueltas de alimentos (Marruecos, Brasil, Haití), a las manifestaciones pacíficas que degeneran en violencia (Sudán, Turquía, Chile) o las huelgas generales (Perú, Bolivia, India). De todas formas, con frecuencia las protestas que comenzaban de alguna de estas maneras evolucionaban en otras direcciones, las manifestaciones se convertían en revueltas, y la violencia espontánea daba paso a la organización política.
>
> Las revueltas contra la carestía de la vida y el precio de los alimentos como expresión de la protesta popular han sido una manifestación frecuente y probablemente universal en las sociedades de mercado, y se han producido menos como consecuencia de la evolución política e industrial, que como respuesta a una estrategia de empobrecimiento en la que los pobres y los sectores marginales reclaman sus derechos a la justicia social. En los Estados modernos, enmarcados en la integración económica internacional, el centro de

[39] J. Walton y D. Seddon, *Free Markets and Food Riots. The Politics of Structural Adjustment*, Oxford, 1994, pp. 39-45.

> la protesta popular se ha desplazado con la mayoría de la población a las ciudades, donde se juntan los procesos de acumulación global, desarrollo nacional y justicia social[40].

La primera ola de manifestaciones contra el FMI se produjo entre 1983 y 1985, para dar paso a una segunda oleada en 1989. En febrero de ese mismo años, en Caracas, el descontento popular creado por la imposiciones del FMI que produjeron el alza del precio de la gasolina y del transporte, se transformó en violentos disturbios a cargo de transportistas y estudiantes universitarios, y la actuación de la policía rápidamente convirtió las manifestaciones en casi una insurrección. Durante la semana larga que duró el *Caracazo*, decenas de miles de personas bajaron de los barrios de las colinas para asaltar centros comerciales, quemar coches de lujo y levantar barricadas. Por lo menos 400 murieron. Un mes más tarde Lagos explotaba tras las protestas estudiantiles contra el FMI; después de tres días de pillaje y de lucha callejera, cincuenta personas habían muerto en una ciudad en la que la mayor parte de la población compartía la explosiva rabia del «rey» de la novela de Chris Albani, *Graceland:*

> La mayor parte de nuestro pueblo es gente honesta y trabajadora. Pero están a merced de esa banda de bastardos, desalmados y bandidos que forman el FMI, el Banco Mundial y Estados Unidos […] ahora resulta que tú y yo, junto con toda esta pobre gente debemos al Banco Mundial diez millones de dólares por nada. Son unos bandidos y los desprecio[41].

## ¿La década utópica?

De acuerdo con las teorías neoclásicas y con los proyectos del Banco Mundial, la década de 1990 debía haber servido para rectificar los errores de la década anterior y permitir a las ciudades del

---

[40] *Ibid.*, p. 43.
[41] C. Abani, *Graceland*, cit., p. 280.

Tercer Mundo recuperar el terreno perdido y atenuar los abismos de desigualdad que habían provocado los Planes de Ajuste Estructural. Al dolor del ajuste le debería haber seguido el analgésico de la globalización. De hecho, la década de 1990, como señala irónicamente *The Challenge of Slums*, era la primera década en la que el desarrollo urbano global se producía acompañado de todos los parámetros ideales del concepto neoclásico de libertad de mercado.

> Durante la década de 1990 el comercio continuaba expandiéndose a un ritmo sin precedentes, los mercados se abrieron y el gasto militar se redujo […] Todos los *inputs* básicos de la producción bajaron de precio, y los tipos de interés cayeron conjuntamente con el precio de las materias primas. Los flujos de capital se liberaron de los controles nacionales y se podían desplazar rápidamente a las áreas más productivas. Bajo lo que eran las condiciones económicas perfectas de acuerdo con la teoría económica neoliberal predominante podía esperarse que durante la década se habría producido una prosperidad y unas cotas de justicia social hasta entonces nunca alcanzadas[42].

Sin embargo, de acuerdo con el «United Nations Development Programme» de 2004 [Informe de Naciones Unidas sobre Desarrollo Humano], «la década de 1990 supuso una marcha atrás en el desarrollo de un número sin precedente de países. En 46 de ellos, la población tiene menos recursos actualmente que en 1990, en otros 25 la gente pasa más hambre hoy que hace una década»[43]. Los países del Tercer Mundo sufrieron una nueva oleada de Planes de Ajuste y de programas neoliberales que aceleraron el derrumbamiento del empleo estatal, de la industria local y de los mercados agrícolas interiores. Las mayores metrópolis industriales de América Latina –Ciudad de México, São Paulo, Belo Horizonte y Buenos Aires– sufrieron una pérdida masiva de empleo industrial. En São Paulo, el sector industrial pasó de repre-

---

[42] UN-Habitat, *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 34.

[43] United Nations Development Programme, *Human Development Report 2004*, Nueva York, 2004, p. 132.

sentar el 40 por 100 del empleo en 1980, al 15 por 100 en 2004[44]. Los intereses de la deuda, que en un país como Jamaica a finales de la década de 1990 se comían el 60 por 100 del presupuesto, dejaban sin recursos a los programas sociales y de ayudas a la vivienda, lo que en palabras de Don Robotham significaba «el abandono social» de los pobres urbanos[45].

El Banco Mundial, por su parte, aplaudía la desaparición del papel dirigente del Estado en su informe de 1991, *Urban Policy and Economic Development. An Agenda for the 1990s*, en el que conceptualizaba el sector público como un simple «habilitador» del mercado. La geógrafa Cecilia Zanetta, en su análisis de los programas urbanos del Banco Mundial aplicados en México y Argentina, afirma que «con un objetivo prioritario dirigido hacia la revitalización de los mecanismos del mercado, las políticas urbanas se encaminaban hacia la eliminación de las barreras que restringían la productividad de los agentes económicos, tanto formales como informales, pretendiendo con ello maximizar sus contribuciones a la economía nacional»[46]. Esta «fetichización» de la «productividad urbana» en la práctica condujo a un presión masiva hacia la privatización de empresas y servicios, al margen de las consecuencias que produjeran sobre el empleo o la distribución equitativa. Por parte del Banco Mundial, no había ninguna posibilidad de que el empleo en el sector público recuperara el terreno perdido en la década de 1990.

En general, la explosión de las exportaciones solo produjo beneficios para una pequeña minoría. Angola, uno de los mayores productores de petróleo y diamantes, fue uno de los ejemplos más claros. En Luanda, donde en 1993 un terrible 84 por 100 de la población estaba sin trabajo o subempleada, la desigualdad entre ricos y pobres se disparó, «de 10 a 37 veces, solamente entre 1995

---

[44] H. Chu, «Jobless in São Paulo», *Los Angeles Times*, 30 de mayo de 2004.

[45] D. Robotham, «How Kingston Was Wounded», en J. Schneider e I. Susser (eds.), *Wounded Cities. Destruction and Reconstruction in a Globalized World*, Oxford, 2003, pp. 111-124.

[46] C. Zanetta, *The Influence of the World Bank on National Housing Policies*, cit., p. 64.

y 1998»[47]. En México el porcentaje de población que vivía en la extrema pobreza aumento del 16 por 100 en 1992 al 28 por 100 en 1999, a pesar de los alardeados «triunfos» de las empresas *maquiladoras* de la frontera y de los acuerdos del Área de Libre Comercio de Norteamérica[48]. En Colombia durante el mandato de César Gaviria (elegido en 1990), mientras los salarios urbanos caían, la superficie destinada al cultivo de coca se triplicaba y los carteles de la droga resultaban los más favorecidos por estas políticas neoliberales[49]. La desigualdad global calculada por los economistas del Banco Mundial sobre la población mundial alcanzó en el índice de Gini un increíble 0,67 a finales del siglo xx, lo que desde el punto de vista matemático representa que dos tercios de la población no tienen ningún ingreso y el tercio restante se lo lleva todo[50].

La agitación social global que se producía a finales de la década se correspondía con asombrosa exactitud con las ciudades y regiones que habían experimentado los mayores aumentos de la desigualdad. En todo el Oriente Próximo y en los países musulmanes del sur de Asia el creciente abismo que separaba a los ricos de los pobres daba argumentos a islamistas y salafistas radicales sobre el carácter irreformable de los regímenes establecidos. El asalto final sobre los remanentes «socialistas» que quedaban del Estado del FNL en Argelia empezaron en 1995 con la privatización de 230 empresas y el despido de 130.000 empleados del Estado; la pobreza se disparó del 15 por 100 en 1998 al 23 por 100 en 1995[51].

---

[47] P. Jenkins, Paul Robson y Allan Cain, «Luanda», *Cities* XIX, 2, 2002, p. 144.

[48] C. Zanetta, *The Influence of the World Bank on National Housing Policies*, cit., p. 64.

[49] F. Hylton, «An Evil Tour. Uribe's Colombia in Historical Perspective», *New Left Review* 23 (septiembre-octubre 2003), p. 84 [ed. cast.: «La hora crítica. Perspectiva histórica de la Colombia de Uribe», *New Left Review* 23, noviembre-diciembre 2003, Madrid, Ediciones Akal].

[50] S. Chen y M. Ravaillon, «How did the World's Poorest Fare in the 1990s?», documento de trabajo del Banco Mundial, Washington DC, 2000, p. 18.

[51] L. Belkacem, «Poverty Dynamics in Algeria», Arab Planning Institute, documento de trabajo, Kuwait (junio 2001), pp. 3, 9.

De la misma manera, en Teherán, a medida de que la Revolución islámica abandonaba sus políticas a favor de los pobres, la pobreza aumentó del 26 al 31 por 100 entre 1993 y 1995[52]. En Egipto, después de cinco años de crecimiento económico, los datos del Banco Mundial referidos a 1999 mostraban que no había habido ningún descenso de la pobreza de los hogares (definida sobre un nivel inferior a 610 dólares anuales) y registraban una caída del consumo per cápita[53]. Pakistán por su parte, hacía frente a una crisis doble: por un lado, el descenso de la competitividad industrial de sus exportaciones textiles amenazadas por China y, por otro, el declive de su producción agrícola debido a la falta crónica de inversión en regadíos. Como consecuencia, se produjo una caída de los salarios de los trabajadores eventuales e informales, y el crecimiento de la pobreza a un ritmo que *The National Human Development Report* calificaba de «sin precedentes dentro de la historia del país». La desigualdad urbana, medida sobre el índice de Gini, aumentó del 31,7 por 100 en 1992, al 36 por 100 en 1998[54].

Sin embargo, el acontecimiento más importante de la década de 1990 fue la incorporación al Tercer Mundo del «Segundo Mundo» que formaban los antiguos países socialistas de Europa y Asia. A principios de la década de 1990 los cálculos sobre la población que vivía en la extrema pobreza en los «países en transición», como Naciones Unidas los llamaba, se disparó de 14 a 168 millones de personas, una pauperización instantánea que no tenía precedentes en la historia[55]. La pobreza evidentemente existía en la antigua Unión Soviética en una escala desconocida, pero de acuerdo con los expertos del Banco Mundial se situaba entre el 6 y el 10 por 100[56]. En la actualidad, de acuerdo con el informe de Alexey Kras-

---

[52] D. Salehi-Isfahani, «Mobility and the Dynamics of Poverty in Iran. What Can We Learn from the 1992-95 Panel Data?», documento de trabajo del World Bank (noviembre 2003), p. 17.

[53] A. Soliman, *A Possible Way Out*, cit., p. 9.

[54] A. Hussain, *Pakistan National Human Development Report 2003. Poverty, Growth and Governance*, Karachi, 2003, pp. 1, 5, 7, 15, 23.

[55] UN-Habitat, *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 2.

[56] J. Braithwaite, C. Grootaert y B. Milanovic, *Poverty and Social Assistance in Transition Countries*, cit., p. 47.

heninnokov para UN-Habitat, el 60 por 100 de las familias rusas vive en la pobreza, mientras que al resto de la población «solamente se la puede considerar clase media de manera muy amplia». Las «clases medias» rusas, por ejemplo, se gastan el 40 por 100 de sus ingresos en alimentación en comparación con niveles similares a escala global en los que el gasto es inferior al 30 por 100[57].

Aunque lo peor de esta «transición a la pobreza» permanece oculto en regiones abandonadas de la antigua República Soviética, las ciudades muestran espeluznantes cambios radicales, de la riqueza a la miseria, producidos de la noche a la mañana. En San Petersburgo, por ejemplo, la desigualdad entre los ingresos del decil de los más ricos y de los más pobres pasó del 4,1 en 1989 al 13,2 en 1996[58]. Actualmente Moscú puede tener más millonarios que Nueva York, pero también tiene un millón de ocupantes ilegales, muchos de ellos emigrantes ilegales procedentes de Ucrania (200.000), China (150.000), Vietnam y Moldavia. Esta población vive en condiciones ínfimas en edificios abandonados, dormitorios comunales y antiguos cuarteles. Las empresas de superexplotación de la mano de obra, consideradas muchas veces en el Occidente como la vanguardia del capitalismo, «prefieren emplear a esta población ilegal a la que pueden pagar unos salarios miserables y amontonar a 10 o 15 de ellos en apartamentos de una sola habitación», y por la cual no tienen que realizar ningún tipo de cotización[59]. Los expertos rusos calculan que la economía sumergida o informal alcanza un 40 por 100 de la economía formal[60].

En la antigua Unión Soviética la vivienda urbana estaba controlada por el Estado, pero era prácticamente gratuita. Los gastos de vivienda representaban del 2 al 3 por 100 de los ingresos de los hogares, y las viviendas formaban parte de una especial infraestruc-

---

[57] A. Krasheninnokov, «Moscow», UN-Habitat Case Study, Londres, 2003, pp. 9-10.

[58] T. Protasenko, «Dynamics of the Standard of Living During Five Years of Economic Reform», *Internacional Journal of Urban and Regional Research* XXI, 3, 1997, p. 449.

[59] A. Krasheninnokov, «Moscow», cit., p. 10.

[60] T. Protasenko, «Dynamics of the Standard of Living During Five Years of Economic Reform», cit., p. 449.

tura social que incluía calefacción y transporte así como una cultura y un ocio basados en el lugar de trabajo. Sin embargo, desde finales de la década de 1990 el gobierno de Vladimir Putin ha aceptado las estipulaciones del Banco Mundial de elevar los alquileres y los gastos de calefacción a los niveles del mercado, a pesar de la caída de los salarios[61]. Simultáneamente ha habido un descuido, abandono y desinversión de las infraestructuras básicas de los barrios y de los servicios sociales basados en las empresas, por el que los bloques más antiguos de apartamentos, de hecho barrios y ciudades enteras, han regresado a la condición de áreas hiperdegradadas. Muchas zonas residenciales de las clases trabajadoras se caracterizan por tuberías rotas, alcantarillas atascadas, escasez de iluminación y lo que es más peligroso, falta de calefacción en invierno. Millones de personas en Rusia sufren el azote del frío, del hambre y del aislamiento de manera asombrosamente parecida al cerco de Leningrado durante la Segunda Guerra Mundial.

Este modelo ruso de transición hacia la pobreza también se produce en otros países del este europeo, principalmente en Bulgaria y Albania. En la ciudad de Sofía, machacada por la desindustrialización y el cierre de empresas, la pobreza y la desigualdad explotaron entre 1995 y 1996, principalmente sobre las minorías gitana y turca, las mujeres y las familias numerosas. El 43 por 100 de la población vive ahora por debajo del nivel de pobreza, Sofía probablemente tenga la población de áreas urbanas hiperdegradadas más numerosa de toda Europa y «Cambodia», en Fakulteta probablemente también sea el área urbana más miserable de toda Europa en la que 35.000 gitanos, el 90 por 100 sin empleo, viven en unas condiciones de *ghetto* que recuerdan la miseria de los parias de India[62]. La ciudad europea más pobre es Elbasan, con una población de 100.000 personas, que antiguamente fue el centro industrial de Albania y que ahora sobrevive solamente gracias a los fondos que envían los emigrantes que han marchado a Italia y a Grecia. La capital Tirana está rodeada de una floreciente perife-

---

[61] *Ibid.*

[62] World Bank, «Bulgaria. Poverty During the Transition», citado por Social Rights Bulgaria, 29 de junio de 2003, www.socialrights.org.

ria de hiperdegradadas ciudades de chabolas, donde es fácil encontrar a mucha gente durmiendo en los nidos de ametralladoras que la paranoica dictadura de Hoxha levantó por todas partes[63].

## ¿Historias de éxitos?

Los dos grandes éxitos que se atribuye la globalización en la década de 1990 fueron la explosión de empleo y de ingresos que experimentaron las ciudades costeras de China, y el surgimiento del «Resplandor de India» formado por enclaves de alta tecnología y parques empresariales. En ambos casos, el desarrollo no era solamente una ilusión: el bosque de rascacielos alrededor de Sanghái así como los nuevos centros comerciales con sus cadenas internacionales de Bangalore eran muestra del dinamismo económico. Sin embargo, estos milagros se produjeron a costa de un elevado aumento de la desigualdad económica.

Desde finales de la década de 1970 la distribución de los ingresos y de la riqueza en las ciudades chinas ha pasado de ser una de las más igualitarias de Asia a todo lo contrario. Como señalan Azizur Khan y Carl Riskin, «el aumento de la desigualdad urbana ha sido proporcionalmente mucho mayor que el de la desigualdad rural»[64]. Junto a los nuevos ricos aparecen los nuevos pobres: por un lado, los trabajadores tradicionales que han sufrido la desindustrialización y, por otro, los emigrantes ilegales procedentes del campo. Los ciudadanos de las urbes, ya no comen en la misma mesa como sucedía en los austeros pero seguros tiempos de Mao. En septiembre de 1997 el presidente Jiang Zemin manifestaba en una conferencia del Partido Comunista que «los trabajadores deben ir cambiando sus ideas sobre el empleo», en lo que era un aviso de que en una sociedad de mercado dinámica, la seguridad

---

[63] World Bank, «Albania. Growing Out of Poverty», documento de trabajo, 20 de mayo de 1997, p. 41.

[64] A. Khan y C. Riskin, *Inequality and Poverty in China in the Age of Globalization*, Oxford, 2001, p. 36. Como remarcan los autores, las estadísticas de los ingresos urbanos en China, no incluyen la vasta población *flotante* de emigrantes rurales, lo que supone un obstáculo para calcular la desigualdad real.

social desde la cuna hasta la tumba ya no era factible[65]. Esto ha significado la pérdida o la disminución de la seguridad social para decenas de millones de trabajadores industriales y empleados estatales que han sufrido la reestructuración y pérdida de sus empleos en los últimos años.

Entre 1996 y 2001 el número de compañías de propiedad estatal se redujo en un 40 por 100 dejando en la calle a 36 millones de trabajadores. Las estadísticas oficiales en cambio mostraban solamente un ligero aumento del paro debido a que estos trabajadores se consideraban «un grupo aparte», ya que todavía recibían ayudas sociales a través de sus antiguos centros de trabajo. Los cálculos reales sitúan el desempleo urbano entre el 8 y el 13 por 100. Un porcentaje importante de esta población son mujeres, lo que según la redactora de *The Far Eastern Economic Rerview*, Pamela Yatsko, se debía a que «el gobierno consideraba que la mujeres sin empleo eran menos peligrosas para la seguridad que los hombres». La población femenina que antes trabajaba en las fábricas de soldadoras, torneras o tenía empleo en el sector naval, se encontró obligada a pelear por trabajos poco remunerados en el sector servicios, como criadas, camareras, niñeras o vendedoras ambulantes[66].

Sin embargo, los antiguos héroes de la historia de los que hablaba Mao, conservan mayoritariamente los privilegios de un estatus oficial urbano junto a la seguridad de sus ingresos. La «marea campesina» disfruta de los derechos sociales oficiales solamente en los empobrecidos pueblos de donde ha huido. En Sanghái se calcula que unos tres millones de trabajadores emigrantes carecen actualmente de asistencia sanitaria, seguridad social o de cualquier tipo de apoyo. Los emigrantes también han sido el chivo expiatorio de las contradicciones de la nueva economía de mercado. Algunos observadores han comparado las discriminaciones, similares a las de las castas, que se producen contra la población rural emigrante con la que sufría «la población negra en Sudáfrica antes de 1990 o los negros y asiáticos en

---

[65] P. Yatsko, *New Shanghai. The Rocky Rebirth of China's Legendary City*, Singapur, 2003, p. 113.

[66] *Ibid.*, pp. 113-115.

Estados Unidos en la primera mitad del siglo xx»[67]. A finales de la década de 1990 Yatsko encontró repetidas veces escenas en Sanghái que recordaban desagradablemente la ciudad maldita de la década de 1930.

> La ciudad, como muchas otras en China, solo permite a los emigrantes realizar los trabajos peor pagados, excluyéndoles del resto y expulsándoles si no pueden demostrar que tienen empleo. Se mezclan muy poco con la población de Sanghái, que les mira con desprecio y reniega automáticamente de ellos cada vez que se comete un crimen en la ciudad. La mayoría son varones que encuentran trabajo en el sector de la construcción. Por la noche duermen en barracones improvisados en la obra o se buscan un alojamiento barato en las afueras de la ciudad; los que no tienen trabajo, ocupan un trozo de la acera. Las mujeres algunas veces encuentran trabajo de criadas o en peluquerías decrépitas de las zonas deterioradas de la ciudad, donde cobran 10 yuan por lavar la cabeza (1,20 dólares) y en algunos casos proporcionan servicios sexuales por un poco más. Niños con la cara sucia vestidos con harapos, solos o con sus madres, se dedican a pedir monedas alrededor de los bares, especialmente de los frecuentados por extranjeros[68].

Con una cierta justificación, los funcionarios chinos alaban el progreso económico de la nación, especialmente el increíble aumento de un 10 por 100 anual del PIB que se ha producido desde 1980; sin embargo se muestran menos comunicativos a la hora de hablar de pobreza y privaciones. Los indicadores sociales chinos carecen por completo de fiabilidad, lo que ya empieza a ser admitido incluso de manera oficial. En 2002 el comité de expertos que forma el Centro de Investigación y Desarrollo, del Consejo de Estado, advertía que la pobreza urbana se había subestimado radicalmente. Propuso elevar las cifras oficiales desde los 14,7 hasta por lo menos 37,1 millones de personas, a pesar de que reconocía que el alza seguía sin incluir a decenas de millones de desemplea-

---

[67] D. Solinger, *Contesting Citizenship in Urban China*, cit., p. 5.
[68] P. Yatsko, *New Shanghai*, cit., pp. 120-121.

dos o a los 100 millones de «trabajadores flotantes» que todavía figuraban como agricultores[69].

La pobreza urbana en India está más reconocida y produce más debates que en China, pero investigadores y activistas sociales que tratan de llamar la atención sobre la otra cara del crecimiento económico reciente también tienen que nadar en contra del triunfalismo de la retórica oficial. Como sabe cualquier lector de la prensa de negocios, la drástica reforma neoliberal de la economía de India después de 1991 produjo una explosión del sector de las altas tecnologías y un mercado de valores cuyos frenéticos centros fueron un puñado de ciudades como Bangalore, Pune, Hyderabad y Chennai. El PIB creció un 6 por 100 durante la década de 1990, mientras los rendimientos del mercado de valores se doblaban prácticamente todos los años. Aparecieron nuevos millonarios, muchos de ellos ingenieros e informáticos que habían regresado de Sunnyvale y Redmond. Sin embargo, el crecimiento simultáneo de la pobreza recibió menos publicidad. En este proceso, India sumó 56 millones de nuevos pobres. Como muestra Jeremy Seabrook, el comienzo de la década de 1990 puede haber sido «la peor época para los pobres desde la independencia», habida cuenta de que entre 1991 y 1994 la desregulación de los precios produjo, por ejemplo, un aumento del 58 por 100 del precio de los cereales[70].

El crecimiento ha sido totalmente desequilibrado, con una gran inversión especulativa en el sector de las tecnologías de la información mientras se abandonaba en el estancamiento al sector agrícola y se permitía el deterioro de las infraestructuras. Antes que establecer impuestos sobre los nuevos millonarios, el gobierno neoliberal del Partido Popular Indio [Bharatiya Janata Party (BJP)] se dedicó a autofinanciarse mediante la privatización masiva de la industria estatal, gracias a la cual, Enron produce la electricidad cerca de Bombay a un precio tres veces superior al del

---

[69] *People's Daily* (versión en inglés), 30 de octubre de 2002; Athar Hussain, «Urban Poverty in China. Measurement, Patterns and Policies», documento de tabajo de la OIT, Ginebra, 2003.

[70] J. Seabrook, *In the Cities of the South*, cit., p. 63.

servicio público. Las políticas neoliberales, como sucedía en China, han causado estragos en el descuidado medio rural de India, donde las tres cuartas partes de los hogares carecen de acceso a la sanidad y al agua potable mientras claman inútilmente por *«bijli, sadaak, paani»* (electricidad, carreteras y agua). Como escribía en 2000 Praful Bidwai en *The Asian Times:*

> La mortalidad infantil aumenta incluso en Estados como Kerala y Maharashtra, que tienen unos indicadores sociales bastante fiables [...] El gobierno está recortando la inversión en el desarrollo rural, incluyendo los programas agrícolas, el empleo, los planes contra la pobreza, así como la sanidad, el acceso al agua potable y la educación. El crecimiento de los ingresos en las zonas rurales, donde vive el 70 por 100 de la población, alcanzaba una media del 3,1 por 100 en la década de 1980, mientras que ahora ha caído al 1,8. Los salarios reales de los trabajadores rurales disminuyeron el año pasado más de un 2 por 100[71].

Mientras las clases medias urbanas disfrutan de los nuevos sabores del estilo californiano con sus urbanizaciones y centros deportivos, los derrotados pobres rurales han estado muriendo por millares. El periodista Edgard Luce escribía en julio de 2004, que solamente en Andhra Pradesh «ha habido 500 suicidios de agricultores este año, frecuentemente ingiriendo el pesticida que habían comprado con los créditos que ahora no podían devolver»[72]. El aumento de la desesperación en el medio rural ha desplazado a un gran número de agricultores cuya única alternativa ha sido emigrar hacia las áreas urbanas hiperdegradadas de ciudades como Bangalore y demás escenarios de la explosión tecnológica.

Como centro del sector de las tecnologías informáticas así como de la construcción de aviones de combate, Bangalore, que tiene una población de 6 millones de habitantes, está orgullosa de su estilo de vida californiano que incluye centros comerciales, cam-

---

[71] P. Bidwai, «India's Bubble Economy Booms as Poverty Grows», *Asian Times*,17 de marzo de 2000.

[72] *Financial Times*, 24, 25 de julio de 2004.

pos de golf, restaurantes de la *nouvelle cuisine*, hoteles de cinco estrellas y cines con películas en inglés. Docenas de campus universitarios exhiben los logotipos de Oracle, Intel, Dell y Macromedia, y las universidades y escuelas técnicas locales producen 40.000 graduados y técnicos anuales. Bangalore se presenta a sí misma como «una próspera ciudad jardín» y sus barrios del sur son realmente un paraíso de la clase media. Al mismo tiempo, unos programas de renovación urbana draconianos han expulsado del centro urbano a la población menos favorecida, que se ha visto arrojada a la periferia donde viven junto a los emigrantes rurales. Se calcula que dos millones de personas, muchas de ellas de las desdeñadas castas inferiores, acampan en unas mil áreas urbanas hiperdegradadas, la mayor parte de ellas en terrenos de propiedad pública. La población de estas áreas ha crecido al doble de velocidad que la población global, y los investigadores han descrito la periferia de Bangalore como «el vertedero donde se manda a la población cuya mano de obra es necesaria para la economía urbana, pero cuya presencia visual debe reducirse todo lo posible»[73].

La mitad de la población de Bangalore carece de agua potable y en un conjunto de 10 áreas urbanas hiperdegradadas, los investigadores encontraron que había 19 letrinas para 102.000 residentes[74]. Solomon Benjamin señala que «la población infantil sufre diarrea e infecciones intestinales, una gran mayoría está mal alimentada, y los índices de mortalidad infantil de estas zonas son mucho más altos que los del conjunto del Estado». Sin embargo, con el nuevo milenio, la burbuja neoliberal que es Bangalore ha estallado: aunque el sector del *software* continúa creciendo, «las perspectivas de empleo en el resto de los sectores, especialmente en el sector público se han hundido o hacen frente a proyectos

---

[73] H. Schenk y M. Dewitt, «The Fringe Habitat of Bangalore», en H. Schenk (ed.), *Living in India's Slums. A Case Study of Bangalore*, cit., p. 131.

[74] H. Schenk, «Living in Bangalore's Slums» y «Bangalore. An Outline», *ibid.*, pp. 23, 30-32, 44, 46; y H. Ramachandran y G. S. Sastry, «An Inventory and Typology of Slums in Bangalore», *ibid.*, p. 54; S. Benjamin, «Governance, Economic Settings and Poverty in Bangalore», p. 39, www.agapeindia.com/street_children.htm, para más datos sobre mendigos y niños abandonados.

dudosamente realizables. Las sedes de granito, acero y vidrio oscuro pertenecientes mayoritariamente a compañías de *software*, presentan un marcado contraste con el descuidado aspecto de las fábricas que hacen frente a la caída de los pedidos y a condiciones crediticias más duras»[75]. Con evidentes muestras de pesar, un experto económico occidental, se veía obligado a reconocer que «el *boom* tecnológico de Bangalore no es más que una gota en el mar de la pobreza»[76].

[75] S. Benjamin, «Governance, Economic Settings and Poverty in Bangalore», cit., pp. 36-39.

[76] W. Levis, citado por B. Wysocki, «Symbol Over Substance», *The Wall Street Journal*, 25 de septiembre de 2000.

# CAPÍTULO VIII

## ¿Una humanidad excedente?

> Un proletariado sin fábricas, ni talleres, ni trabajo; sin patronos. En el caos de los trabajos marginales, ahogándose para sobrevivir y recorriendo su existencia como un camino entre las brasas.
>
> Patrick Chamoiseau[1]

La brutal tectónica de la globalización neoliberal desde 1978 es similar al catastrófico proceso que entre 1870 y 1900 dio forma al Tercer Mundo en la época del imperialismo europeo. A finales del siglo XIX, la incorporación forzosa al mercado mundial de las economías de subsistencia de las grandes poblaciones campesinas de Asia y África supuso la hambruna para millones de personas y el desplazamiento de sus zonas tradicionales de decenas de millones. El resultado final, que también se produjo en América Latina, fue la «semiproletarización» rural, la creación de una extensa clase semicampesina mundial rodeada de miseria y una subsistencia totalmente precaria de los trabajadores agrícolas. Todo ello hizo que el siglo XX no fuera el siglo de las revoluciones urbanas que habían imaginado los marxistas clásicos, sino el de levantamientos rurales y las guerras de liberación apoyadas en el campesinado[2].

El ajuste estructural ha supuesto igualmente una reorganización fundamental de las expectativas de futuro humanas. Como concluyen los autores de *The Challenge of Slums*, «en vez de ser un foco de crecimiento y prosperidad, las ciudades se han convertido en vertederos para un excedente de población empleada en traba-

---

[1] P. Chamoiseau, *Texaco*, Nueva York, 1997, cit., p. 314.

[2] Véase mi trabajo *Late Victorian Holocaust. El Niño Famines and the Making of the Third World*, Londres, 2001, especialmente pp. 206-209 [ed. cast.: *Los holocaustos de la era victoriana tardía*, Valencia, Universitat de València, 2006].

jos que no requieren ninguna cualificación, que carecen de protección y que son retribuidos con ingresos ínfimos en el sector informal de la industria y el comercio». Los autores declaran sin rodeos, que «esto es el resultado directo de la liberalización». Algunos sociólogos brasileños llaman a este proceso, similar a la semiproletarización de los campesinos sin tierra, una *proletarización pasiva*, que supone «la disolución de las formas tradicionales de (re)producción, que para la mayoría de los productores se traduce en la imposibilidad de acceder a una posición de asalariado en el mercado formal del trabajo»[3].

Esta clase trabajadora informal, sin derechos ni reconocimiento legal, tiene antecedentes históricos importantes. En la historia moderna de Europa fue Nápoles, por encima de Dublín o del East End londinense, el mejor ejemplo de lo que es una economía urbana informal. Frank Snowden se refiere a ella como «la ciudad más horrible del siglo XIX», una «superabundancia crónica de mano de obra» sobrevivía por los milagros que producen la improvisación económica y la constante subdivisión de los espacios de subsistencia. Una falta estructural de empleo formal –el paro alcanzaba el 40 por 100– se transformaba en el abrumador espectáculo del mercado informal. La escena callejera del Nápoles del *Risorgimento* (que describe Snowden bajo estas líneas) era una colorida pero trágica anticipación contemporánea de Lima o Kinshasa.

> Una característica de la renqueante economía local estaba en las decenas de miles de personas que subsistían vendiendo sus mercancías en medio de calles y callejones de la ciudad. Estos míseros empresarios eran los que daban a Nápoles su enfebrecida actividad como gran centro comercial. Estos hombres y mujeres no eran trabajadores, sino «capitalistas con harapos» que cumplían una desconcertante variedad de papeles que confundían cualquier intento de enumerarlas, y a los que una autoridad local calificaba de «microindustriales». La elite ca-

[3] UN-Habitat, *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, cit., pp. 40, 46; T. Mitschein, E. Miranda y M. Paraense, *Urbanization Selvagem e Proletarização Passiva na Amazônia – O caso de Belém*, Belém, 1989 (citado por J. Brodwer y B. Godfrey, *Rainforest Cities. Urbanization, Development and Globalization of the Brazilian Amazon*, cit., p. 32).

llejera eran los vendedores de periódicos que mantenían su oficio todo el año y disfrutaban de una remuneración estable. Los otros vendedores eran «mercaderes gitanos», auténticos nómadas de los mercados que cambian de actividad según dictaban las circunstancias. Había vendedores de verduras, de castañas y de cordones de zapatos; proveedores de pizzas, de mejillones y de ropa de segunda mano; vendedores de agua mineral, de mazorcas de maíz y de caramelos. Algunos completaban su actividad actuando de recaderos, repartidores de publicidad o basureros privados, que vaciaban los pozos negros y recogían la basura doméstica por unos cuantos *centesimi* a la semana. Otros actuaban como dolientes profesionales y cobraban por acompañar a los coches fúnebres que llevaban los cuerpos de los ciudadanos de bien al cementerio de Poggioreale. Con su presencia, los mendigos contratados aumentaban la asistencia, permitiendo a las clases acomodadas confirmar su importancia y su poder[4].

En la actualidad existen cientos, incluso miles de ciudades como Nápoles. Durante la década de 1970, Manuel Castells y otros críticos radicales pudieron criticar reiteradamente el «mito de la marginalidad» que asociaba las áreas urbanas hiperdegradadas con la economía informal, señalando el elevado número de trabajadores industriales y empleados públicos, que se veían obligados a alojarse en viviendas por debajo del estándar en ciudades como Caracas y Santiago[5]. Sus críticas también se veían apoyadas por el hecho de que, por lo menos en América Latina, la tendencia dominante del mercado urbano del trabajo durante la época anterior al hundimiento de la industrialización provocado por las importaciones, fue la reducción relativa del empleo informal, del 29 por 100 en 1940, al 21 por 100 en 1970[6].

De cualquier forma, a partir de 1980, la economía informal volvió con más fuerza, y la correlación entre marginalidad urbana

---

[4] F. Snowden, *Naples in the Time of Cholera*, cit., 1995, pp. 35-36.

[5] M. Castells, *The City and the Grassroots*, cit., pp. 181-183.

[6] O. de Oliveira y B. Roberts, «The Many Roles of the Informal Sector in Development. Evidence from Urban Labor Market Research, 1940-1989», en C. Rakowski (ed.), *Contrapunto. The Informal Sector Debate in Latin America*, Albany, 1994, p. 56.

y ocupacional se ha vuelto irrefutable y abrumadora: los trabajadores informales de acuerdo con Naciones Unidas, constituyen las dos quintas partes de la población activa del Tercer Mundo[7]. El Banco Interamericano de Desarrollo, señala que en América Latina la economía informal actualmente ocupa al 57 por 100 de la fuerza de trabajo y proporciona cuatro de cada cinco nuevos «empleos»[8]. (Realmente, los únicos empleos que se han creado en México entre 2000 y 2004 han sido en el sector informal.) Otras fuentes mantienen que más del 50 por 100 de la población urbana de Indonesia, entre el 60 y 75 de la de América Central, el 65 por 100 de la de Dacca y Jartum y el 75 por 100 de la de Karachi subsisten en el sector informal[9].

En las ciudades más pequeñas como Huancayo en Perú, o Allahabad y Jaipur en India, el mercado informal tiende a ser más importante todavía, con las tres cuartas partes de la fuerza de trabajo viviendo en las sombras de la economía sumergida[10]. En China millones de emigrantes rurales se aferran a la vida urbana de las maneras más precarias y con frecuencia ilegales. De acuerdo con Aprodicio Laquian, «la mayor parte de los trabajos que se encuentran en los pueblos y ciudades pequeñas están en el sector informal: puestos de comida y restaurantes, salones de belleza y peluquerías, sastrerías o el pequeño comercio». Si bien los empleos en el sector informal tienden a ser intensivos y pueden absorber a un significativo número de personas, quedan muchas cuestiones sin resolver en cuanto a su eficacia económica y potencial productivo[11].

---

[7] UN-Habitat, *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 40, 46.

[8] Citado por *The Economist*, 21 de marzo de 1998, p. 37.

[9] UN-Habitat, *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 103; Rondinelli y Kasarda, «Job Creation Needs in Third World Cities», *Third World Cities*, Hasan, «Intoduction»" en Khan, *Orangi Pilot Project*, p. XL (cita el Karachi Master Plan de 1989); U. Rob, M. Kabir y M. Mutahara, «Urbanization in Bangladesh», en G. Ness y P. Talwer (eds.), *Asian Urbanization in the New Millenium*, Singapur, 2005, p. 36.

[10] Rondinelli y Kasarda, «Job Creation Needs in Third World Cities», cit., p. 107.

[11] A. Laquian, «The Effects of National Urban Strategy and Regional Development Policy on Patterns of Urban Growth in China», cit., p. 66.

En la mayor parte de las ciudades subsaharianas el mercado formal del trabajo en la práctica ha dejado realmente de existir. Un estudio de la OIT sobre Zimbabwe, que sufría una persistente inflación, el estancamiento económico y el desempleo masivo que provocaron los ajustes estructurales a principios de la década de 1990, mostraron que el sector formal solo estaba creando unos 10.000 empleos anuales frente a una fuerza de trabajo que crecía a razón de 300.000 personas en el mismo periodo[12]. Igualmente, un estudio de la OCDE sobre África occidental, predice que un sector formal en claro retroceso dará trabajo a menos de una cuarta parte de la fuerza de trabajo en el año 2020[13]. Esto se corresponde con las desalentadoras perspectivas de Naciones Unidas que prevén que en África durante la próxima década, el sector informal absorberá al 90 por 100 de los nuevos trabajadores urbanos[14].

## Los mitos de la informalidad

La clase trabajadora informal considerada globalmente representa a 1.000 millones de personas, que coincide solo parcialmente con la población de las áreas urbanas hiperdegradadas. Esto la convierte en la clase social de mayor crecimiento y con menos precedentes del planeta. Desde que el antropólogo Keith Hart estableciera en 1973 el concepto de «sector informal» en su estudio sobre Accra ha habido una enorme cantidad de trabajos que se han enfrentado a los grandes problemas teóricos y prácticos que suponen el estudio de las estrategias de supervivencia de los nuevos pobres urbanos. Aunque es cierto que en la época victoriana ya existían amplios sectores informales en muchas ciudades europeas, incluso en Sanghái o en las

---

[12] G. Mhone, «The Impact of Structural Adjustment on the Urban Informal Sector in Zimbabwe», «Issues in Development» documento de trabajo # 2, Ginebra n.d., p. 19.

[13] Cour y Snrech, *Preparing for the Future*, cit., p. 64.

[14] UN-Habitat, *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 104.

ciudades coloniales de India (una realidad aplastante y duradera, según Nandini Gooptu), el actual papel macroeconómico de la informalidad, es revolucionario[15].

Entre los investigadores existe un consenso básico en cuanto a que la crisis de la década de 1980, durante la cual el empleo en el sector informal creció entre dos y cinco veces más rápido que en el sector formal, ha invertido las posiciones estructurales relativas de ambos sectores, situando la supervivencia derivada del sector informal como la primera forma de vida en la mayoría de las ciudades del Tercer Mundo. Incluso en las ciudades de China, donde se ha producido una rápida industrialización, «ha habido una proliferación de actividades informales rudimentarias que proporcionan los medios de supervivencia a los pobres urbanos»[16]. Parte de este proletariado informal proviene del sector formal de la economía, y muchos estudios han puesto de manifiesto como las redes de subcontratación de Wal-Mart y de otras grandes compañías internacionales se han beneficiado de la miseria de colonias y *chawls*. Igualmente, el aumento de la precariedad del empleo formal y el crecimiento del sector informal son fenómenos que están relacionados de manera continua, y en la economía internacional contemporánea, la mayoría de la población trabajadora de las áreas urbanas degradadas se encuentra real y verdaderamente sin techo al final del día. Los investigadores se han visto obligados a desmontar el optimista «modelo de Todaro», enarbolado por los teóricos de la modernización e ideólogos de la Alianza para el Progreso durante la década de 1960, según el cual el sector informal es simplemente una escuela de oficios urbanos de la que la mayor parte de los emigrantes rurales saldrán graduados hacia el sector formal[17]. En lugar de esa movilidad social ascendente parece que nos encontramos con una escalera de caracol por la que los

---

[15] N. Gooptu, *The Politics of the Urban Poor in Early Twentieth-Century India*, cit., p. 2.

[16] A. Khan y K. Riskin, *Inequality and Poverty in China in the Age of Globalization*, cit., p. 40.

[17] M. Todaro, «A Model of Labor Migration and Urban Employment in Less Developed Countries», *American Economic Review* LIX, 1, 1969, pp. 138-145.

trabajadores excedentes del mercado formal y los que pierden sus empleos en el sector público, descienden hacia el mundo de la economía sumergida.

Aun así, ha habido mucha resistencia hasta que se ha llegado a la conclusión de que el crecimiento de la informalidad es una explosión de desempleo «activo», lo que el investigador de la OIT, A. S. Oberai, caracteriza como la «sustitución de los incrementos en el desempleo explícito por el subempleo y el desempleo enmascarado»[18]. Los apóstoles de la autoayuda y de la actuación de las ONG debieron palidecer cuando veteranos investigadores como Jan Breman, que se ha pasado 40 años estudiando la pobreza en India e Indonesia, concluían que la movilidad social ascendente en una economía informal es por completo «un mito inspirado por ilusiones»[19]. Frente a estas palabras, innumerables estudios frecuentemente financiados por el Banco Mundial y otros pilares del llamado Consenso de Washington han querido traer consuelo pregonando que el sector informal es potencialmente el *deux ex machina* de las urbes del Tercer Mundo.

Hernando de Soto es una de las voces más conocidas a escala internacional, que proclama que esta enorme población de trabajadores marginales y antiguos campesinos es una frenética colmena de protocapitalistas anhelando derechos formales de propiedad y un espacio competitivo sin regulaciones: «Marx se quedaría perplejo al ver cómo en los países en vías de desarrollo la mayor parte de las ingentes masas no está formada por proletarios legalmente explotados sino por pequeños *empresarios* extralegalmente oprimidos»[20]. El modelo autosuficiente de desarrollo que propone De Soto es especialmente popular por la simplicidad de su receta: quitar de en medio al Estado (y a los sindicatos del sector formal), proporcionar microcréditos para microempresarios y títulos de propiedad para los ocupantes ilegales. Una vez hecho

---

[18] A. S. Oberai, *Population Growth, Employment and Poverty in Third-World Mega-Cities*, cit., p. 64.

[19] J. Breman, *The Labouring Poor. Patterns of Exploitation, Subordination, and Exclusion*, Nueva Delhi, 2003, p. 174.

[20] D. Krueckeberg, «The Lessons of John Locke or Hernando de Soto. What if your Dreams Come True?», *Housing Policy Debate* XV, 1, 2004, p. 2.

esto, dejar que el mercado siga su curso para producir la transmutación de la pobreza en capital. El optimismo de De Soto se lleva al absurdo cuando algunos burócratas de las agencias de ayuda han redefinido las áreas urbanas hiperdegradadas como «sistemas estratégicos de gestión urbana de ingresos bajos»[21]. De cualquier forma, esta semiutópica visión del sector informal está basada en un montón de falacias epistemológicas.

Primero, el populismo neoliberal no ha tenido en cuenta las advertencias que ya en 1978 realizó William House en sus trabajos sobre las áreas hiperdegradadas de Nairobi, en los que hablaba de la necesidad de distinguir entre la microacumulación y la subsistencia:

> En la economía urbana de los países menos desarrollados, el establecer una simple dicotomía entre el sector formal y el informal es claramente inadecuado. El sector informal se puede analizar más detalladamente para ver que está formado por dos subsectores: un sector intermedio que aparece como reserva de mano de obra para los empresarios emprendedores y una comunidad de los pobres, que está formada por un masa de trabajadores marginales y residuales[22].

Alejandro Portes y Kelly Hoffman, siguiendo los pasos de House, calcularon recientemente el impacto global de los Planes de Ajuste Estructural y de las políticas neoliberales sobre la estructura social de América Latina desde la década de 1970. Cuidadosamente realizaban una distinción entre una *pequeña burguesía informal*, «la suma de los propietarios de microempresas, que emplean a menos de cinco trabajadores, más los técnicos y profesionales que trabajan por su cuenta», y el *proletariado informal*, «la suma de los trabajadores por cuenta propia menos los profesiona-

---

[21] M. Mutter, UK Department for International Development, citado por *Environment and Urbanization* XV, 1 (abril 2003), p. 12.

[22] Véase W. House, «Nairobi´s Informal Sector. Dynamic Entrepreneurs or Surplus Labor?», *Economic Development and Cultural Change* 32 (enero 1984), pp. 298-299; también «Priorities for Urban Labour Market Research in Anglophone Africa», *The Journal of Developing Areas*, 27 (octubre 1992).

les y técnicos, el servicio doméstico y los trabajadores pagados y no pagados de las microempresas». En prácticamente todos los países encontraron una estrecha correlación entre la expansión del sector informal y el retroceso del empleo en el sector público y del proletariado formal. Parece como si los heroicos «microempresarios» de los que habla De Soto no fueran más que profesionales desplazados del sector público o montones de obreros especializados que se han quedado sin trabajo. Desde la década de 1980 han pasado a representar del 5 al 10 por 100 de la población urbana económicamente activa, una tendencia que refleja la «*empresarialización forzosa* que ha recaído sobre antiguos asalariados y que ha sido producto de la caída del empleo en el sector formal»[23].

Segundo, los asalariados, cobraran o no, del sector informal han sido tan invisibles en los estudios que se han realizado sobre los mercados de trabajo del Tercer Mundo, como los arrendatarios de las chabolas en los estudios sobre la vivienda[24]. En contra de la imagen del heroico autoempleado, la mayor parte de los actores de la economía informal trabajan directa o indirectamente para algún otro, ya sea mediante la distribución de bienes o el alquiler de una carretilla o de una calesa, por ejemplo.

Tercero, como nos recuerda Jan Breman, «el empleo informal» significa, por su propia definición, la ausencia de contratos, derechos, regulaciones y de la capacidad de negociar. La franquicia permanentemente editada para recrear la pequeña explotación es su propia esencia, y hay una creciente desigualdad *dentro* del propio sector informal comparable con su desigualdad frente al sector formal[25]. La «revolución invisible» del capital informal de la que hablaba De Soto está formada en realidad por una multitud de redes de explotación. Así, Breman y Arvind Das describían el implacable micro capitalismo de la ciudad india de Surat:

---

[23] A. Portes y K. Hoffman, «Latin America Class Structures. Their Composition and Change during the Neoliberal Era», *Latin America Research Review* XXXVIII, 1, 2003, p. 55.

[24] A. S. Oberai, *Population Growth, Employment and Poverty in Third-World Mega-Cities*, cit., p. 109.

[25] J. Breman, *The Labouring Poor. Patterns of Exploitation, Subordination, and Exclusion*, cit., pp. 4, 9, 154, 196.

> Además de la descarada explotación de los trabajadores, lo que caracteriza al sector informal es la tecnología primitiva, la falta de inversión de capital y la excesiva naturaleza manual de la propia producción. Al mismo tiempo, el sector también produce unos beneficios elevados y grandes acumulaciones de capital, proceso caracterizado por el hecho de que el sector informal […] no está controlado y menos aún paga impuestos. Uno de los cuadros más expresivos de este sector es la imagen del «elegante» propietario de un almacén de basuras, sentado sobre su motocicleta con su traje bien planchado, en medio de los montones de residuos que los recogedores han recopilado dolorosamente para que él saque sus beneficios. De mendigo a millonario; realmente es un cambio[26].

Cuarto, y como corolario de los dos puntos anteriores, la informalidad asegura un abuso extremo de las mujeres y de los niños. De nuevo es Breman el que en sus trabajos sobre India saca a la luz las realidades ocultas: «Lo normal es que sean los hombros más débiles y más pequeños los que tengan que cargar con los pesos mayores de la informalización. La imagen de la pobreza compartida no hace justicia a la desigualdad que existe dentro de los propios hogares»[27].

Quinto, en contraste con el optimismo del que hacen gala los ideólogos de la autosuficiencia, el sector informal, como señalaba Frederic Thomas en Calcuta, genera trabajo no porque origine nuevas vías, sino porque divide las ya existentes, dividiendo claro está, también los ingresos:

> […] tres o cuatro personas repartiéndose una tarea que podría realizar una sola, mujeres en el mercado sentadas durante horas delante de pequeños montones de fruta o verdura, peluqueros y limpiadores de zapatos ocupando las aceras todo el día para atender a unos cuantos clientes, chicos jóvenes moviéndose entre el tráfico vendiendo

---

[26] J. Breman y Arvind Das, *Down and Out. Labouring Under Global Capitalism*, Nueva Delhi, 2000, p. 56.

[27] J. Breman, *The Labouring Poor. Patterns of Exploitation, Subordination, and Exclusion*, cit., p. 231.

pañuelos, limpiando cristales de los coches, voceando la prensa o vendiendo cigarrillos sueltos, obreros de la construcción esperando todas las mañanas, y con frecuencia en vano, la oportunidad de conseguir un trabajo[28].

Los excedentes de trabajadores que se transforman en «empresarios» informales son muchas veces asombrosos. Un estudio realizado en 1992 en Dar-es Salaam, calculaba que la mayoría de las 200.000 vendedoras ambulantes de la ciudad no eran las famosas Mama Lishe (mujeres tradicionalmente vendedoras de alimentos), sino simplemente jóvenes sin empleo. Los investigadores señalaban que «en general la venta ambulante es el último recurso de la población urbana más vulnerable económicamente»[29]. La economía informal y las pequeñas empresas del sector formal están en guerra permanente por los espacios del mercado; vendedores callejeros contra pequeños comercios, taxistas ilegales contra el transporte público y tantos otros ejemplos[30]. Como dice Bryan Roberts refiriéndose a América Latina en los comienzos del siglo xxi, «el sector informal crece, pero los ingresos en su interior disminuyen»[31].

La competencia dentro del sector informal urbano se ha vuelto tan intensa que recuerda la famosa analogía de Darwin sobre la lucha de las especies en la naturaleza: «[…] puede comparase con una superficie cubierta por diez mil cuñas afiladas [las estrategias de supervivencia urbanas] de diferentes formas y tamaños, que reciben incesantes golpes y que cada vez van clavándose más, todas luchando entre sí para penetrar más adentro». El espacio para nuevas incorporaciones solo se puede producir por la disminución de los ingresos per cápita y/o por la intensificación del trabajo, al margen

---

[28] F. Thomas, *Calcutta Poor*, cit., p. 114.

[29] W. Kombe, «Institutionalising the Concept of Environmental Planning and Management», en D. Westendorff y D. Eade, *Development and Cities. Essays from Development Practice*, cit., p. 69.

[30] S. Sethuraman, «Urban Poverty and the Informal Sector», cit., p. 8.

[31] B. Roberts, «From Marginality to Social Exclusión: From Laissez Faire to Pervasive Engagement», *Latin America Research Review* XXXIX, 1 (febrero 2004), p. 196.

de la disminución de los retornos marginales. Este esfuerzo para «proporcionar a todos algún nicho, por pequeño que sea, en el conjunto del sistema» opera mediante el mismo tipo de sobresaturación y «elaboración gótica» de los nichos que Clifford Geertz caracterizó celébremente como «involución», tomando prestado el término de la historia del arte, al referirse a la economía agrícola de Java durante la época colonial. La *involución urbana* parece ser la mejor manera de describir la evolución de la estructura del empleo informal en las ciudades del Tercer Mundo[32].

Las tendencias hacia la involución urbana también existían desde luego durante el siglo XIX, las revoluciones urbanas europeas no fueron capaces de absorber por completo a toda la mano de obra desplazada del campo, especialmente después de que la agricultura continental se tuviera que enfrentar a la competencia de las praderas norteamericanas y de las pampas argentinas a partir de la década de 1870. Sin embargo, la emigración hacia América, Australia o Siberia fue la válvula de escape que evitó el desbordamiento de ciudades como Dublín o Nápoles, así como la propagación del anarquismo entre el subproletariado que había echado raíces en las zonas más deprimidas del sureste de Europa. En la actualidad, por el contrario, los excedentes de mano de obra encuentran barreras sin precedentes para emigrar a los países ricos.

SEXTO, debido a las desesperadas condiciones a las que tienen que hacer frente no resulta sorprendente que los pobres se vuelquen con fanática esperanza sobre una «tercera economía» de subsistencia, formada por las loterías, los juegos de azar y otras fórmulas igualmente mágicas de hacerse rico. En su estudio sobre la economía familiar del área hiperdegradada de Klong Thoey en la zona portuaria de Bangkok, Hans-Dieter Evers y Rüdiger Korff descubrieron que un 20 por 100 de los ingresos se gastaba en el

---

[32] C. Geertz, *Agricultural Involution. The Processes of Ecological Change in Indonesia*, Berkeley, 1963, pp. 80-82. T. McGhee utiliza la metáfora de la «involución urbana» en «Beachheads and Enclaves. The Urban Debate and the Urbanization Process in Southeast Asia since 1945», en Y. M. Yeung y C. P. Lo (eds,), *Changing South-East Asian Cities. Readings on Urbanization*, Londres, 1976.

juego y en las apuestas[33]. En todo el Tercer Mundo la devoción religiosa gira alrededor de los intentos de alcanzar la fortuna o de atraer a la buena suerte.

Séptimo, en esta situación tampoco resulta extraño que iniciativas como el microcrédito y los préstamos a cooperativas, aunque sean beneficiosos para empresas informales que tratan de mantenerse a flote, no supongan mayor impacto sobre la reducción de la pobreza, ni siquiera en Dacca, el hogar del mundialmente famoso Grameen Bank[34]. Como dice un veterano activista social en Lima, el empeño «en desarrollar las microempresas» se ha convertido en un objetivo de culto para unas ONG bienintencionadas:

> Se ha puesto mucho énfasis sobre las pequeñas empresas y las microempresas, como si fueran la solución mágica para facilitar el desarrollo económico de los pobres urbanos. El trabajo que hemos desarrollado en los últimos veinte años sobre los pequeños negocios, que por otro lado se multiplican día a día, muestra que la mayor parte de ellos son simples tácticas de supervivencia con pocas o ninguna expectativa de acumulación[35].

Octavo, la creciente competencia dentro del sector informal reduce el capital social y disuelve las redes de ayuda y de solidaridad que son esenciales para la supervivencia de los más pobres, de nuevo especialmente entre las mujeres y los niños. Yolette Etienne, una trabajadora de una ONG en Haití, describe la íntima lógica del individualismo neoliberal en un contexto de completa miseria:

> Ahora todo está en venta. Antiguamente cuando ibas a la casa de una mujer, te recibía con hospitalidad, compartía contigo todo lo que tuviera. De manera general, podías recibir un plato de comida en casa del vecino, un niño podía obtener un coco en casa de su abuela o dos

---

[33] D. Evers y R. Korff., *Southeast Asian Urbanism*, cit., p. 143.

[34] S. Hoque, «Micro-credit and the Reduction of Poverty in Bangladesh», *Journal of Contemporary Asia* XXXIV, 1, 2004, pp. 21, 27.

[35] J. Joseph, «Sustainable Development and Democracy in Megacities», en D. Westendorff y D. Eade, *Development and Cities. Essays from Development Practice*, cit., p. 115.

> mangos en la de su tía. Pero estos actos de solidaridad están desapareciendo con el aumento de la pobreza. Ahora cuando llegas a una casa, la mujer te ofrece venderte una taza de café, o directamente no tiene nada en absoluto. La tradición de apoyo mutuo que nos había permitido ayudarnos a sobrevivir […] todo eso se está perdiendo[36].

Igualmente en México, Mercedes de la Rocha advierte «que dos décadas de pobreza constante realmente han puesto de rodillas a la población sin recursos». Sylvia Chant continua: «Mientras que en el pasado la movilización de la solidaridad de los hogares, las familias y la comunidad, proporcionaba unos recursos vitales, actualmente entre la gente predispuesta hay un límite que establece hasta dónde se puede llegar. En particular, hay síntomas de que las desproporcionadas cargas que han caído sobre los hombros de las mujeres han llevado al límite sus reservas personales. La cuerda se ha estirado demasiado y ha acabado por romperse»[37].

Noveno, y último, bajo una competencia tan extrema, la receta neoliberal que propone el Banco Mundial en su *1995 World Development Report* de flexibilizar aún más el mercado del trabajo es simplemente catastrófica[38]. Las consignas de De Soto lo que hacen es engrasar el camino hacia el infierno del todos contra todos, del que hablaba Thomas Hobbes. La competencia dentro del sector informal junto a la oferta inacabable de mano de obra coloca a la población al borde de esa guerra que acaba estallando en forma de conflictos étnicos o religiosos. Los padrinos y los señores de las áreas urbanas hiperdegradadas, que nunca aparecen en los estudios, utilizan de manera inteligente las coacciones e incluso la violencia sistemática para regular la competencia y proteger sus inversiones. Como remarca Philiph Amis, «las dificultades para entrar en el sector informal toman forma de barreras en términos de capital y con frecuencia también en términos políti-

---

[36] B. Bell, *Walking on Fire*, cit., p. 120.

[37] S. Chant, «Urban Livelihoods, Employment and Gender», cit., pp. 212-214.

[38] J. Breman, *The Labouring Poor. Patterns of Exploitation, Subordination, and Exclusion*, cit., pp. 5, 201.

cos y favorecen una tendencia hacia el monopolio de las zonas rentables del sector»[39].

Desde el punto de vista político, el sector informal representa la ausencia de derechos laborales; es un reino semifeudal de sobornos, protecciones pagadas, lealtades tribales y exclusión étnica. Nunca se puede disponer libremente del espacio. Un lugar en la acera, el alquiler de un carro, un día de trabajo en una obra o las referencias para un nuevo trabajo, todo requiere un padrinazgo o la pertenencia a alguna red cerrada, muchas veces una milicia étnica o una banda callejera. Mientras que las industrias tradicionales del sector formal, como el sector textil en India o el petróleo en Oriente Próximo, tendían a mantener una cierta solidaridad interétnica a través de sindicatos y partido políticos radicales, el crecimiento de un sector informal sin ningún tipo de protección laboral ha ido en muchas ocasiones acompañado de la agudización de las diferencias étnicas y religiosas y la consiguiente violencia sectaria[40].

## Un museo de la explotación

Si el sector informal no es el mundo feliz con el que soñaban los entusiastas neoliberales, en cambio con toda certeza es un auténtico museo viviente de la explotación humana. No hay nada en

---

[39] P. Amis, «Making Sense of Urban Poverty», *Environment and Urbanization* VII, 1 (abril 1995), p. 151.

[40] Creo que M. Castells y A. Porters han ido demasiado lejos en su ensayo de 1989, que sugiere que el proletariado se está «desvaneciendo» en medio de un «aumento de la heterogeneidad de las relaciones laborales y consecuentemente, de las condiciones sociales» (M. Castells y A. Porters, «World Underneath. The Origins, Dynamics and Effects of the Informal Economy», en A. Porters, M. Castells y L. Benton [eds.], *The Informal Economy. Studies in Advanced and Less Developed Countries*, Baltimore, 1989, p. 31). De hecho, los trabajadores informales tienden a estar hacinados en agujeros donde una organización y una «conciencia de clase» podría ser posible si existieran los derechos laborales. Es precisamente la falta de esta ciudadanía económica, más que la heterogeneidad de los medios de vida por sí mismos, lo que hace que el sector informal sea tan proclive a la subordinación y a la fragmentación étnica. Por eso yo me uno a J. Breman cuando dice que el cuestión principal del sector informal es la formalización de los derechos del trabajo, no de la propiedad (p. 201).

el catálogo de la miseria victoriana que recogían Dickens, Zola o Gorky, que no exista actualmente en algún lugar de alguna ciudad del Tercer Mundo. No se trata solamente de los atavismos o los vestigios de otras épocas, sino de las formas primitivas de explotación que han resucitado gracias a la globalización posmoderna, y de ellas, el trabajo infantil es uno de los ejemplos más destacados.

Aunque los ideólogos del capitalismo autosuficiente, no suelen incluir en su discurso a la población infantil, el trabajo extralegal que realiza ésta, frecuentemente en beneficio de exportadores internacionales, constituye un sector muy importante en la mayoría de las economías informales. La Convención sobre los Derechos de la Infancia, ratificada por todos los países menos Estados Unidos y Somalia, prohíbe los abusos evidentes, pero como han señalado tanto Human Rights Watch como UNICEF no se respeta en las ciudades más pobres y naufraga en medio de las divisiones raciales o de casta. El alcance completo del trabajo infantil contemporáneo se oculta fervorosamente de la vista y desafía cualquier cálculo posible. No obstante, lo que se ha llegado a conocer es terrible.

Un reciente estudio sobre la población infantil de las áreas hiperdegradadas de Dacca puso de manifiesto que «casi la mitad de los niños entre 10 y 14 años estaba produciendo ingresos con su trabajo, solamente el 7 por 100 entre 5 y 16 años iba a la escuela». Dacca tiene el mayor número de niños trabajadores de Asia, unos 750.000, y sus ganancias proporcionan la mitad de los ingresos de los hogares encabezados por mujeres y la tercera parte de los ingresos en hogares en los que hay un varón[41]. Aunque Bombay presume de sus altos niveles de asistencia escolar, Arjun Appadurai encuentra que su «gigantesca economía de restaurantes y servicios depende de un gran ejército de niños trabajadores»[42]. En El Cairo y en otras ciudades egipcias, los niños con menos de doce

---

[41] J.Pryer, *Poverty and Vulnerability in Dhaka Slums. The Urban Livelihoods Study*, Aldershot, 2003, p. 176; Victoria de la Villa y Matthew S. Westfall (eds.), *Urban Indicators for Managing Cities. Cities Data Book*, Manila, 2001. (datos sobre trabajo infantil).

[42] Arjun Appadurai, «Deep Democracy. Urban Governmentality and the Horizon of Politics», *Environment and Urbanization* XIII, 2 octubre de 2001, p. 27.

años podrían representar el 7 por 100 de la fuerza de trabajo; esto incluye a los miles de niños que recogen y vuelven a vender las colillas de los cigarrillos. Un paquete al día cuesta la mitad del salario mensual de un pobre[43].

La capital mundial de la esclavitud y de la explotación infantil es probablemente la ciudad sagrada de Benares, en Uttar Pradesh, con una población de 1,1 millones de personas. Famosa por sus textiles, sus templos y sus hombres sagrados, la ciudad teje sus alfombras y borda sus *saris* con el trabajo forzoso de más de 200.000 niños con edades inferiores a 14 años[44]. A cambio de pequeños préstamos y dinero en efectivo, musulmanes y parias venden a sus niños, o a la familia entera, a empresarios textiles sin escrúpulos. De acuerdo con la UNICEF, miles de niños de las fábricas de alfombras están «secuestrados, atraídos con engaños o directamente entregados por sus familias a cambio de míseras cantidades de dinero».

> A la mayor parte de ellos se les mantienen en cautividad, son torturados y obligados a trabajar 20 horas diarias sin interrupción, en cuclillas desde el amanecer hasta el anochecer, produciendo la atrofia de su crecimiento. Los activistas sociales tienen muchas dificultades para trabajar por el fuerte control mafioso que los empresarios realizan de la zona[45].

La situación en las empresas de Benares investigada por Human Rights Watch donde se producen los *saris* de seda tampoco es mejor. «Los niños trabajan doce o más horas diarias, seis días y medio o siete a la semana, en condiciones de abuso físico y psíquico. Los más pequeños tienen cinco años y sus ingresos van desde cero hasta 400 rupias (8,33 dólares) al mes.» En uno de los talleres, los investigadores descubrieron a un niño de 9 años encadenado a su telar, y en todas partes había niños cubiertos por las

---

[43] J. Nedoroscik, *The City of the Dead*, cit., p. 64.

[44] Z. Coursen-Neff, *Small Change. Bonded Child Labor in India's Silk Industry*, Human Rights Watch Report XV, 2 (enero 2003), p. 30.

[45] UNICEF, *The State of the World's Children 1977*, Oxford, 1998, p. 35.

ampollas de las quemaduras producidas por la peligrosa labor de hervir los capullos de los gusanos, así como con la vista dañada por interminables horas de tejer con una luz muy pobre[46].

Otro famoso centro de trabajo infantil es la capital del cristal de India, Firozabad, con una población de 350.000 personas y que también se encuentra en Uttar Pradesh. Resulta amargamente irónico que las pulseras de cristal tan deseadas por las mujeres casadas estén hechas por 50.000 niños que trabajan en unas 400 factorías de las más infernales del país:

> Los niños realizan todo tipo de trabajos, como llevar moldes de arcilla llenos de cristal fundido en los extremos de barras de hierro, a 60 centímetros de su cuerpo; sacar el cristal fundido de las calderas donde la temperatura oscila entre los 1.500 y 1.800 grados centígrados, con unos brazos tan pequeños que prácticamente tocan el horno; unir y templar los brazaletes en una habitación iluminada por una lámpara de keroseno, sin ventilación para evitar que las corrientes de aire puedan provocar un incendio. Todo el suelo de la factoría está lleno de trozos de cristales y los niños acarrean descalzos el cristal fundido. Los cables eléctricos pelados cuelgan por todas partes porque los propietarios de la fábrica no necesitan molestarse en hacer una instalación adecuada[47].

Sin embargo, a escala mundial el sector donde se produce la mayor concentración de trabajo infantil es incuestionablemente el servicio doméstico. Un sector muy amplio de la burguesía urbana del Tercer Mundo explota directamente a niños y jóvenes sin recursos. Un estudio sobre hogares con ingresos medios en Colombo mostraba que uno de cada tres tenía a un niño de menos de 14 años como empleado de la casa, el mismo porcentaje que se alcanzaba en Yakarta. En Puerto Príncipe, así como en San Salvador y Ciudad de Guatemala, no es raro encontrar niños de seis, siete u ocho años, trabajando noventa horas a la semana con un día libre al mes. Igualmente en Kuala Lumpur y en otras ciudades de Malasia, donde el

---

[46] Z. Coursen-Neff, *Small Change*, cit., pp. 8, 30.
[47] UNICEF, *State of World's Children*, cit., p. 37.

personal de servicio está constituido normalmente por chicas jóvenes de Indonesia, las medias de trabajo son 16 horas al día, 7 días a la semana sin ningún descanso reconocido[48].

Mientras los niños pobres urbanos son tratados como esclavos o trabajadores sometidos a servidumbre por deudas, muchos de sus padres son poco más que animales de carga. Las calesas tiradas por personas han sido siempre un símbolo de la degradación del trabajo en Asia. Inventadas en Japón en la década de 1860, permitían remplazar con animales humanos a los carros de mulas y carruajes de caballos como el principal medio de transporte en las grandes ciudades del este y sur de Asia.

Excepto en Japón, los taxistas humanos sobrevivieron incluso a la competencia de los automóviles después de la Primera Guerra Mundial, a causa de su carácter práctico, el bajo coste y el papel simbólico que tenían para la burguesía. En la década de 1920 el novelista pequinés Xi Ying escribía: «La gente tiende a pensar que si no tienes ni siquiera una calesa privada, no eres nadie en este mundo»[49]. El tirar de las calesas se consideraba uno de los trabajos más duros, y en Sanghái la mayor parte de ellos, que podían quedarse contentos si ganaban el equivalente a diez céntimos diarios, fallecían por ataques al corazón o por tuberculosis en pocos años[50].

Los revolucionarios evidentemente denunciaron este trabajo y prometieron una próxima liberación para miles de personas, pero en muchas partes de Asia ese día ha quedado pospuesto sin fecha. Realmente, el transporte informal movido por el esfuerzo humano, incluyendo las calesas antiguas y de fantasía y las cabinas montadas sobre bicicletas (inventadas en 1940), probablemente dan empleo y explotan a más personas en la actualidad que en 1930. La OIT ha calculado que hay más de tres millones de trabajadores

---

[48] *Ibid.*, p. 30. Human Rights Watch, «Chile Domestics. The World's Invisible Workers», 10 de junio de 2004, p. 3.

[49] D. Strand, *Rickshaw Beijng. City People and Politics in the 1920s*, Berkeley, 1989, p. 28; James Warren, *Rickshaw Coolie. A people's History of Singapore, 1880-1940*, Singapur, 2003.

[50] S. Dong, *Shanghai. The Rise and Fall of a Decadent City*, Nueva York, 2000, pp. 162-163.

empleados en este sector en las calles de Asia[51]. En Dacca («la ciudad de Dios», como la calificó un planificador urbano a Jeremy Seabrook, porque funciona automáticamente») el sector del taxi humano es «la segunda fuente de empleo de la ciudad, solo por detrás del millón de personas que se calcula trabajan en el sector de la confección». Los 200.000 desconocidos Lance Amstrong del Tercer Mundo, pedalean 60 kilómetros diarios a través de la polución y el tráfico de pesadilla que tiene la ciudad[52]. Como último recurso para los varones en una ciudad de pobreza creciente, hay una competencia violenta entre taxistas con y sin licencia, y estos últimos viven con el miedo de que la policía les quite y después queme sus vehículos «ilegales»[53].

Igualmente en Calcuta, donde Jan Breman ha descrito acertadamente a los taxistas como «cultivos urbanos», el armazón del sector está formado por 50.000 emigrantes de Bihar. La mayor parte de ellos pasan semanas sin ver a sus familias, amontonados todos juntos en cobertizos o establos dependiendo de grupos pequeños y cerrados que controlan el trabajo. No son «pequeños empresarios que operan independientemente buscando ascender por la vía de la acumulación, sino proletarios dependientes que viven a la defensiva». Su pequeña compensación simbólica es que no son los que se encuentran en peor situación, por debajo de ellos existen los *thelas* que son carruajes tan pesados que necesitan que toda la familia tire de ellos[54].

La parte más macabra de la economía informal, aún más que la prostitución infantil, es la creciente demanda mundial de órganos humanos, un mercado que aparece en la década de 1980 tras los espectaculares avances que se realizan en las operaciones de trasplantes de riñón. En India, la empobrecida periferia de Chennai ha alcanzado fama mundial por sus «granjas de órganos». De acuerdo con una investigación de *Frontline*, «durante ocho años, entre

---

[51] S. Sethuraman, «Urban Poverty and the Informal Sector», cit., p. 7.

[52] J. Seabrook, *In the Cities of the South*, cit., pp. 35, 37.

[53] Véase el artículo publicado en *Housing by People in Asia* 15, publicado por Asian Coalition for Housing Rights (octubre 2003).

[54] J. Breman, *The Labouring Poor. Patterns of Exploitation, Subordination, and Exclusion*, cit., pp. 149-154.

1987 y 1995, el área urbana hiperdegradada de Bharati Nagar en Villivakkam, a las afueras de Chennai, se convirtió en el centro del comercio de órganos del Estado de Tamil Nadu. En su momento de más apogeo, parcialmente provocado por los extranjeros que acudían a India en busca de órganos para trasplantes, al barrio se le conocía como Riñón Nagar, o Riñón bakkam». La mayor parte de la población eran refugiados que habían huido de la sequía y que se buscaban la vida como taxistas o jornaleros. Los periodistas calcularon que más de 500 personas, o una persona por familia, habían vendido un riñón para transplantes locales o para exportarlos a Malasia; la mayor parte de las personas eran mujeres, incluyendo «a muchas mujeres abandonadas [...] obligadas a esta operación para obtener dinero para ellas y sus niños»[55].

También las áreas hiperdegradadas de El Cairo han sido en los últimos años una fuente de partes de la anatomía humana. Como cuenta Jeffrey Nedoroscik, «en estos asuntos, la mayor parte de los clientes son gente con dinero de los países árabes del Golfo, y aunque hay otros países en Oriente Próximo que también tienen centros donde realizar trasplantes, en cambio pocos tienen la enorme cantidad de pobres que están deseando vender sus órganos. En el pasado, los laboratorios mandaban gente a las zonas hiperdegradadas de la ciudad, como la Ciudad de los Muertos, para reclutar posibles donantes»[56].

## Las pequeñas brujas de Kinshasa

¿Hasta dónde puede estirarse el elástico tejido de la informalización para seguir proporcionando refugio y formas de vida a los nuevos pobres urbanos? Quizá la respuesta se pueda buscar en Kinshasa, una gran ciudad, expulsada de la economía mundial por

---

[55] Otras comunidades pobres como las de las ciudades gemelas de Pallipalayan y Kumarapalayam también se vieron envueltas en el tráfico que se desarrollaba en Tamil Nadu. Muchos de los «donantes» eran tejedores de talleres que se enfrentaban al despido y a la competencia exterior. «One-Kidney Communities», *Frontline* XIV, 25, 13-26 de diciembre de 1997.

[56] J. Nedoroscik, *The City of the Dead*, cit., p. 70.

los supervisores de Washington y que lucha por la subsistencia en medio de los fantasmas de sus sueños traicionados. Kinshasa es la capital de un país naturalmente rico y artificialmente pobre, donde, como el propio presidente Mobutu decía, «todo está en venta y todo se puede comprar». De las megaciudades del planeta, solamente Dacca es tan pobre como ella y Kinshasa supera a todas en su desesperada dependencia de las estrategias informales de supervivencia. Como señala un antropólogo con la mirada sobrecogida «es el milagro y la pesadilla simultáneas» de una ciudad enorme donde la economía formal y las instituciones del Estado, aparte del aparato represivo, se han derrumbado por completo[57].

Kinshasa es una ciudad universalmente descrita por sus propios habitantes como *«cadavre, épave»* (cadáver, naufragio) o «Kin-la-poubelle» (Kinshasa la basura)[58]. El antropólogo René Devisch señala que «actualmente se calcula que menos del 5 por 100 de los residentes tienen un sueldo regular»[59]. La población sobrevive con «los huertos que se plantan por todas partes y con su ingenio; comprando, vendiendo, con el contrabando y el regateo». «El artículo 15» que se aplica a los ladrones, se ha convertido en el estandarte de la ciudad, y *se débrouiller* («arreglárselas a pesar de todo») es el eslogan social oficioso[60]. Realmente con su doble cara de formalidad e informalidad, Kinshasa reinventa las categorías de la economía política en el análisis urbano. Como se pregunta Filip De Boeck en su estudio sobre la población infantil en Congo:

> En una ciudad, con una población estimada de 6 millones de personas, ¿cómo se comprende que sea difícil encontrar transporte público o privado, por la simple razón de que durante semanas o meses no hay una gota de gasolina disponible en la ciudad? ¿Por qué conti-

---

[57] R. Devisch, «Frenzy, Violence, and Ethical Renewal in Kinshasa», *Public Culture* VII, 3, 1995 p. 603.

[58] T. Mayamba Nlandu, «Kinshasa: Beyond Dichotomies», Conferencia sobre Pobreza Urbana, *African News Bulletin-Bulletin d'Information Africaine Supplement*, 347, 1998, p. 2.

[59] R. Desvich, «Parody in Matricentered Christian Healing Communes of the Sacred Spirit in Kinshasa», *Contours* 1, 2, 2003, p. 7.

[60] M. Wrong, *In the Footsteps of Mr. Kurtz*, cit., p. 152.

nuar con el convencionalismo social de considerar un cheque como «dinero», cuando diariamente puedes comprobar que no es más que un inútil pedazo de papel? ¿De qué sirve distinguir entre economía formal e informal o paralela, cuando la informal se ha vuelto la habitual y la formal prácticamente ha desaparecido?[61].

Los habitantes de Kinshasa afrontan las ruinas de su ciudad con un irreprimible sentido del humor, pero incluso el abrigo de la ironía se rinde ante el sombrío panorama social: los ingresos medios han caído por debajo de los 100 dólares anuales; el 65 por 100 de la población está mal alimentada; la clase media ha desaparecido; y uno de cada cinco adultos es HIV positivo[62]. La asistencia sanitaria está fuera del alcance de tres cuartas partes de la población, que busca refugio en la curación por la fe de la Iglesia pentecostal o en la magia de los curanderos[63]. Y como veremos en un momento, los niños de Kinshasa se están volviendo brujos y brujas.

Kinshasa, como el resto de Congo-Zaire, ha sido destrozado por un vendaval de cleptocracia, las geopolíticas de la Guerra Fría, el ajuste estructural y una guerra civil crónica. La dictadura de Mobutu, que durante 32 años saqueó el país, fue un Frankenstein creado y mantenido por Washington, el FMI y el Banco Mundial, con el respaldo del gobierno de París. A comienzos de su reinado, el Banco Mundial presionado por el Departamento de Estado, colaboró activamente para que Mobutu pudiese utilizar la industria minera del país para obtener grandes créditos de la banca extranjera; sabiendo perfectamente que la mayor parte del dinero iba a parar directamente a cuentas en Suiza. Más tarde

---

[61] F. De Boeck, «Kinshasa. Tales of the "Invisible City" and the Second World», en O. Enwezor *et al.*, *Under Siege. Four African Cities. Freetown*, *Johannesburg*, *Kinshasa*, *Lagos*, cit., p. 258.

[62] J. Astill, «Congo Cast out its Child Witches», *The Observer*, 11 de mayo de 2003.

[63] L. Cripe *et al.*, «Abandonament and Separation of Children in the Democratic Republic of the Congo», US Agency for Internacional Development, informe evaluatorio realizado por Displaced Children and Orphans Fund and Leahy War Victims Contract (abril 2002), pp. 5-7.

aparecería en escena el FMI con su primer Plan de Ajuste Estructural de 1977 para asegurarse que la población pagara los créditos y sus intereses. Las primeras condiciones presentadas por el FMI al Banco de Zaire y por funcionarios franceses al Ministerio de Asuntos Exteriores diezmaron el sector público y 250.000 empleados públicos, el sector más importante dentro de la economía formal, se quedaron en la calle sin ninguna indemnización. Los que no perdieron su puesto de trabajo pronto acabaron dedicándose por completo al desfalco y a los chanchullos en general, con la bendición pública del propio Mobutu.

Una década más tarde, con la impresionante infraestructura que una vez había tenido, oxidada o saqueada, el FMI impuso un nuevo Plan de Ajuste Estructural. Tshikala Biaya cuenta cómo el acuerdo de 1987 «buscaba dar "poder legal" al sector informal y convertirlo en una nueva vaca lechera que remplazara al Estado de bienestar que el FMI y el Banco Mundial habían destruido». El Club de París refinanció la deuda de Mobutu a cambio de un nuevo reajuste del sector público, mayor apertura de los mercados y un aumento de la exportación de diamantes. Las importaciones inundaron el país, las industrias locales cerraron y en Kinshasa se perdieron otros 100.000 empleos. La hiperinflación pronto destrozó el sistema monetario y cualquier resto de racionalidad económica[64].

René Dervisch escribía que «el dinero parecía ser una entidad misteriosa y fantástica que no guardaba ninguna relación con el trabajo o la producción. La gente venía para buscar refugio en una economía de la fortuna»[65]. La población de Kinshasa se vio envuelta en un desesperado frenesí de apuestas, carreras de caballos, loterías organizadas por grandes cervecerías, juegos en las chapas de los refrescos, y una estructura del juego de la pirámide secretamente controlada por los militares. (Una pirámide similar produciría en Albania los mismos resultados devastadores entre 1996 y

[64] T. Biaya, «SAP: A Catalyst for the Underdevelopment and Privatiation of Public Administration in the Democratic Republic of Congo, 1997-2000», *DPMN Bulletin* VII, 3 diciembre de 2000.

[65] R. Devisch, «Frenzy, Violence, and Ethical Renewal in Kinshasa», cit., p. 604.

1997, exprimiendo y destrozando la mitad del producto nacional bruto)[66]. Los primeros inversores obtuvieron aparatos de radio y electrodomésticos que venían de Sudáfrica, e hicieron creer a todos los demás que podían embarcarse y abandonar el barco antes de que se estrellara. Sin embargo hubo pocos supervivientes al inevitable desastre. Como explica Devisch, «con una parte tan grande de la población metida en este asunto, los efectos del colapso de la economía especialmente en el sector informal, fueron desastrosos. El amargo desengaño de la gente hizo que se extendiera una mentalidad viciada por la brujería»[67].

En el periodo siguiente, en medio de una persistente inflación se produjo la *jacquerie* urbana de septiembre de 1991, cuando la población de las áreas hiperdegradadas, en complicidad con el ejército, se lanzó a un masivo festival de pillaje de empresas, tiendas y almacenes. Devisch describe que la «ausencia de la ley provocó un efecto eufórico y perverso sobre la violencia interiorizada por una población, sometida a la presión de una inflación galopante y a la bancarrota del mercado de trabajo»[68]. Otros desastres se produjeron a continuación. En enero de 1993 Kinshasa fue objeto de nuevo del pillaje, pero esta vez a cargo exclusivo de los militares. El sistema bancario colapsó, la administración pública prácticamente había desaparecido, las empresas recurrían a hacer trueques y el pequeño resto del empleo público vio cómo sus salarios en términos reales eran la octava parte de lo que habían sido en 1988. De acuerdo con De Boeck, «la retirada del FMI y del Banco Mundial de Congo atestiguaba el hecho de que el país ya no participaba de la economía mundial»[69]. Con la economía nacional en ruinas y la riqueza del país bien guardada en las arcas de los bancos suizos, Mobutu fue fi-

---

[66] Véase los análisis de los investigadores del Banco Mundial Carlos Elbirt, «Albania Under the Shadow of the Pyramids», y U. Bhattacharya, «On the Possibility of Ponzi Schemes in Transition Economies», en *Transition Newsletter* (enero-febrero 2000).

[67] R. Devisch, «Frenzy, Violence, and Ethical Renewal in Kinshasa», cit., p. 604.

[68] *Ibid.*, p. 606.

[69] F. De Boeck, «Kinshasa», cit., p. 258.

nalmente derrocado en 1997, aunque la «liberación» solo condujo a intervenciones extranjeras y a una guerra civil inacabable. La Agencia de Ayuda de Estados Unidos calculaba que en 2004 la guerra había producido la muerte de 3 millones de personas, la mayor parte por hambre y enfermedades[70]. La rapiña de las bandas armadas en el este del país, que recordaban escenas de Europa durante la Guerra de los Treinta Años, provocaron la llegada de nuevas oleadas de refugiados a las atestadas áreas urbanas hiperdegradadas de Kinshasa.

Haciendo frente a la defunción de la ciudad formal y de sus instituciones, los habitantes de a pie de Kinshasa, pero sobre todo las madres y las abuelas, lucharon por su subsistencia «ruralizando» la ciudad: restablecieron la agricultura de subsistencia y las tradicionales formas rurales de autoayuda. Cada metro cuadrado de terreno libre, incluyendo las medianas de las carreteras fue plantado con mandioca, mientras que las que no tenían terreno, las *mamas miteke*, salían a buscar raíces entre la maleza[71]. Con los sucesivos colapsos del mundo del trabajo y del mundo del juego y la lotería, la gente volvió a confiar en los rituales mágicos y los cultos proféticos, buscando alivio de «las enfermedades de los blancos», *«yimbeefu kya mboongu»:* la fatal enfermedad del «dinero»[72]. Las fábricas abandonadas y los almacenes saqueados se convirtieron en pequeñas iglesias y los grupos de oración levantaron sus tenderetes con rudimentarios pero llamativos signos exteriores. En las grandes áreas degradadas como Masina, localmente llamada República de China por su elevada densidad de población, la Iglesia pentecostal se propagó a una velocidad increíble: «A finales del 2000, se registraban 2.177 sectas religiosas de reciente constitución, muchas de las cuales se reunían en sesiones de rezos que duraban toda la noche»[73].

---

[70] A. Gambino, antiguo director de la Agencia norteamericana en Congo, eleva actualmente la cifra a 3.800.000, M. Dizoele, «Eye on Africa: SOS Congo», UPI, 28 de diciembre de 2004.

[71] F. De Boeck, «Kinshasa», cit., p. 266.

[72] R. Devisch, «Frenzy, Violence, and Ethical Renewal in Kinshasa», cit., p. 625.

[73] A. Maliq Simone, cit., p. 24.

Como señalan tanto Devisch como otros autores, el fenómeno pentecostal es variado y complejo, dado que incorpora una mezcla de elementos indígenas con otros importados. Algunas de las iglesias fueron fundadas por clérigos católicos o antiguos seminaristas, que careciendo de los medios financieros o de la educación para ordenarse sacerdotes crearon lucrativas franquicias, al estilo de los predicadores norteamericanos, con un discurso basado en el evangelio de la prosperidad y en la confianza en que las heridas se curarán[74]. Otras, como la Iglesia de Mpeve Ya Nlongo, son comunidades dirigidas por mujeres, donde los trances, las visiones proféticas y las «lenguas celestiales» se utilizan como medio para acceder al Espíritu Santo y a sus antecesores locales, mientras llega el mundo sin pobreza y sin desigualdades. Devisch dice que «estas comunidades centradas en madres hablan de la necesidad de tener referencias morales en la nueva ciudad, del cuidado de los valores y otras ideas que muestran un cierto grado de encogimiento y domesticación»[75]. En cualquier caso, el desarrollo de la Iglesia pentecostal en Kinshasa corresponde a una renovación espiritual de la población de base, un desencanto con el catastrofismo de la modernidad en un contexto histórico donde los políticos han quedado completamente desacreditados.

Pero los defensores de esta autoorganización y del «arreglárselas a pesar de todo» tienen limitaciones materiales y una cara más siniestra. A pesar de los heroicos esfuerzos que realizan, especialmente las mujeres, la estructura social tradicional se está desmoronando. Frente a una miseria absoluta, los antropólogos describen la disolución de los intercambios de regalos y de las relaciones de reciprocidad que caracterizaban a la sociedad de Zaire. Incapaces de afrontar el precio de las novias, o de convertirse en cabezas de familia, los jóvenes abandonan a las mujeres

---

[74] S. Kakule entrevistado en «Democratic Republic of the Congo: Torture and Death of an Eight-Year-Old Child», Federation Internationale de L'Acat (Action des Chrétiens pour L'Abolition de la Torture) (FIATCAT) (octubre 2003).

[75] R. Devisch, resumen de una charla «"Pillaging Jesús". The Response of Healing Churches of Central Africa to Globalization», *Forum for Liberation Theology, Annual Report 1997-1998*.

embarazadas y los padres desertan[76]. Al mismo tiempo, el holocausto del SIDA deja detrás un gran número de huérfanos y seropositivos. Hay grandes presiones sobre las familias pobres urbanas, que han perdido las redes de apoyo familiares del medio rural y en cambio están sobrecargadas de demandas de solidaridad de linaje, que les llevan a abandonar a sus miembros más dependientes. Como señalaba amargamente un investigador de Save the Children, «la capacidad de las familias y de las comunidades para asegurar la protección básica para sus niños parece estar desplomándose»[77].

Esta crisis de la familia ha coincidido con la explosión de la Iglesia pentecostal y el renacer del miedo a la brujería. Muchos habitantes interpretan su suerte dentro de la gran catástrofe urbana como una cierta «maldición o *ensorcellement*»[78]. El resultado es que la creencia en un Harry Potter pervertido acapara Kinshasa, conduciendo a histéricas y masivas denuncias de miles de niños brujos, a su expulsión de las calles e incluso a su asesinato. Los niños, algunos de ellos poco más que bebés, han sido acusados de todas las fechorías y, en el barrio de Ndjili por lo menos, de volar por la noche en enjambres o con palos de escobas. Los trabajadores sociales dan fe del fenómeno. «Antes de 1990 costaba oír una conversación sobre brujería infantil. Ahora no. Los niños que se enfrentan ahora a estas acusaciones están siempre en la misma situación: son una carga improductiva para unos padres que no son capaces de seguir manteniéndoles. Cuanto más pobres son, más posibilidades tienen de ser brujos»[79].

Las iglesias carismáticas han sido cómplices por completo en promover y legitimar el miedo a la brujería infantil: la Iglesia pentecostal presenta el retrato de Dios como un escudo contra la brujería. La histeria entre niños y adultos ha provocado fobias

---

[76] F. De Boeck, «Children, the Occult and the Street in Kinshasa», *News from Africa* (febrero 2003).

[77] M. Mdoe, citado por J. Astill, «Congo Casts Out its "Child Witches"», cit.

[78] R. Devisch, «Frenzy, Violence, and Ethical Renewal in Kinshasa», cit., p. 625.

[79] S. Kakule «DRC. Torture and Death of an Eight-Year-Old Child», cit.

importantes hacia los gatos, los lagartos y a los largos cortes nocturnos de electricidad, y ha sido exacerbada por la amplia circulación de espeluznantes videos de iglesias cristianas fundamentalistas, mostrando las confesiones de «niños embrujados» y los consiguientes exorcismos que algunas veces incluyen el ayuno y el agua hirviendo[80]. Los investigadores de la Agencia de Ayuda de Estados Unidos, directamente culpaban sin tapujos a «los predicadores que desde sus púlpitos lanzan discursos culpables sobre un público que busca una explicación fácil para su dolor y su desgracia».

> Cuando las profecías no se cumplen, los predicadores pueden seguir achacando la miseria a las causas más variadas, entre las que se encuentra la brujería. Frecuentemente las culpas caen sobre los niños porque son una presa fácil y no pueden defenderse, una familia que busque el consejo de un predicador, puede encontrarse con que la causa de su continua miseria está en un hijo discapacitado que tienen. La discapacidad del niño es una muestra de que es un brujo o una bruja[81].

Por otro lado, De Boeck afirma que las sectas están sosteniendo un orden moral informal en medio del colapso general, y que los «líderes religiosos no realizan ellos mismos estas acusaciones, simplemente las confirman y con ello las legitiman». Los actores organizan confesiones públicas y exorcismos *(cure d'âmes)*. «Se coloca al niño en medio de un círculo de gente rezando, normalmente mujeres en trance que periódicamente emiten sonidos ininteligibles y que se interpretan como una manifestación del Espíritu Santo.» De todas maneras es habitual que una vez que han sido acusados de brujería las familias se nieguen a llevarse a los niños que quedan abandonados en la calle. Un niño le decía a De Boeck: «Soy Vany y tengo tres años, estaba enfermo, mis piernas

---

[80] Véase «Christian Fundamentalist Groups Spreading over Africa», Campaña alemana de Friends of People Close to Nature, 17 de junio de 2004 (www.fpcn-global.org).

[81] L. Cripe *et al.*, «Abandonment and Separation of Children in the Democratic Republic of Congo», cit., p. 16.

empezaron a hincharse. Entonces empezaron a decir que era un brujo. Es verdad, lo dijo el predicador»[82].

Los niños embrujados, como las doncellas poseídas del siglo XVII en Salem, parecen alucinar con las acusaciones a las que se enfrentan, aceptando su papel de pagar con su sacrificio la miseria familiar y el desastre social. El fotógrafo Vincen Beeckman escuchó el siguiente relato de un crío:

> Me he comido a 800 hombres, he hecho que tuvieran accidentes en aviones o en coches. Incluso he ido a Bélgica gracias a una sirena que me llevó todo el camino hasta el puerto de Amberes. Algunas veces he viajado sobre los palos de las escobas, otras sobre la piel de un aguacate. Por la noche tengo treinta años y 100 hijos. Mi padre perdió su trabajo de ingeniero por mi culpa, entonces le maté con la sirena. También he matado a mi hermano y a mi hermana. Les quemé vivos. También he matado a los hijos de mi madre que todavía no han nacido[83].

Beeckman sostiene que al no haber ningún tipo de sistema de sanidad para los niños, la acusación de brujería no solo sirve para justificar la expulsión de la familia, sino que también es «una oportunidad para colocarlos en alguna comunidad religiosa, donde recibirán alimentos y algún tipo de educación, o para meterlos en alguno de los centros dirigidos por alguna ONG internacional». Pero la mayor parte de ellos, especialmente los seropositivos, acaban directamente en las calles, formando parte del ejército urbano de 30.000 niños «víctimas de abusos, desplazados por las guerras, niños soldados, huérfanos y abandonados»[84].

Los niños embrujados de Kinshasa, igual que los barrios exportadores de órganos humanos de India y Egipto, nos llevan a unos terrenos de la existencia por debajo de los cuales solo quedan los campos de la muerte, el hambre y el horror del coronel

---

[82] Véase extractos de F. De Boeck, «Geographies of Exclusion. Churches and Child-Witches in Kinshasa», *Beople* 6 (marzo-agosto 2003).

[83] Vincen Beeckman, «Growing Up on the Streets of Kinshasa», *The Courier ACP EU* (septiembre-octubre 2001), pp. 63-64.

[84] *Ibid.*, p. 64.

Kurtz. En una conmovedora emulación de Whitman («las chabolas también cantan en Kinshasa […]), un auténtico habitante de esta ciudad como es Thierry Mayamba Nlandu, se pregunta «cómo pueden sobrevivir estos millones de personas a la incoherente y miserable vida de la ciudad»; su respuesta es que «Kinshasa es una ciudad muerta, no una ciudad de los muertos», el sector informal no es el *deux ex machina*, sino «un tierra muerta y sin alma» al mismo tiempo que «una economía de resistencia», que proporciona a los pobres la posibilidad de desafiar «la lógica del mercado que les conduce a la desaparición»[85]. Los habitantes de Kinshasa como los de Texaco, el área hiperdegradada de Martinica que lleva del mismo nombre que la novela de Patrick Chamoiseau, se aferran a la ciudad «agarrándose a miles de grietas», y obstinadamente se niegan a marcharse[86].

[85] T. Mayamba Nlandu, «Kinshasa: Beyond Chaos», en O. Enwezor *et al.*, *Under Siege. Four African Cities. Freetown, Johannesburg, Kinshasa, Lagos*, cit., p. 186.

[86] P. Chamoiseau, *Texaco*, cit., p. 316.

# EPÍLOGO

## Bajando por *Vietnam Street*

> La promesa es que una y otra vez, de la basura, de las plumas dispersas, de las cenizas y de los cuerpos rotos, algo nuevo y maravilloso pueda nacer.
>
> John Berger[1]

Las víctimas de la catástrofe que ha producido el capitalismo tardío están servidas. Como ha advertido Jan Breman refiriéndose a India, «se ha llegado a un punto de no retorno, donde un ejército de reserva, que está esperando su incorporación al proceso productivo, se ve estigmatizado como excedente permanente de población, considerado un peso excesivo que ni la sociedad ni la economía pueden asumir, ni ahora ni en el futuro. Esta evolución es en mi opinión la verdadera crisis del capitalismo mundial»[2]. Simultáneamente, como reconocía gravemente la CIA en 2002, «a finales de la década de 1990 hay sorprendentemente mil millones de trabajadores, la mayor parte en el hemisferio sur, que representan a un tercio de la fuerza de trabajo mundial y que están subempleados o carecen por completo de empleo»[3]. Aparte de las recetas de De Soto sobre informalidad y flexibilidad, no hay ningún plan oficial que pretenda incorporar a esta enorme excedencia de trabajo a la corriente principal de la economía mundial.

El contraste con la década de 1960 es elocuente: hace cuarenta años, la guerra ideológica entre los dos grandes bloques

---

[1] J. Berger, «Rumor», prefacio para la obra de L. Tekin, *Berji Kristin*, p. 8.

[2] J. Breman, *The Labouring Poor. Patterns of Exploitation, Subordination, and Exclusion*, cit., p. 13.

[3] Central Intelligence Agency, *The World Factbook*, Washington DC, 2002, p. 80.

creaba visiones enfrentadas sobre la lucha para acabar contra la pobreza mundial y el realojamiento de la población de las áreas urbanas hiperdegradadas. Con sus brillantes Sputniks y sus misiles intercontinentales, la Unión Soviética todavía era un modelo creíble de una vertiginosa industrialización por medio de la industria pesada y los planes quinquenales. Por otro lado, la Administración Kennedy diagnosticaba oficialmente las revoluciones del Tercer Mundo como «enfermedades de la modernización» y recetaba, además de Boinas Verdes y B-52, ambiciosas reformas agrarias y programas de viviendas. Para inmunizar a los colombianos contra la subversión urbana, por ejemplo, la Alianza para el Progreso financió grandes programas de viviendas como Ciudad Kennedy y Villa Socorro (12.000 personas) en Medellín. La Alianza se presentaba como un Plan Marshall para el hemisferio occidental que pronto elevaría los niveles de vida en América Latina a los niveles de los países del sur de Europa, o al de los mismos *gringos*. Mientras tanto algunos líderes carismáticos como Nasser, Nkrumah, Nehru y Sukarno, vendían sus propias versiones de la revolución y del progreso.

Pero las tierras prometidas en esos años nunca aparecieron en los escenarios neoliberales que trajo el futuro. El último grito del idealismo desarrollista es la campaña de Naciones Unidas sobre Objetivos de Desarrollo del Milenio –rebautizados por algunos activistas africanos como «Mínimos Objetivos del Desarrollo»–, que pretende reducir la proporción de gente viviendo en la extrema pobreza a la mitad antes del 2015, así como una drástica reducción de la mortalidad infantil y maternal. Al margen de las episódicas expresiones de solidaridad por parte de los países ricos, como los actos que se celebraron durante julio de 2005 con motivo de la celebración de la cumbre del G8 en Escocia, la realidad es que los objetivos del milenio no se van a alcanzar en un futuro próximo. En el Informe de Naciones Unidas, *Human Developmnet Report 2004*, se advertía que de continuar los actuales índices de crecimiento, los países subsaharianos no alcanzarían la mayor parte de estos objetivos hasta bien entrado el siglo xxii. Los patrones del subdesarrollo africa-

no, el FMI y el Banco Mundial, repiten las mismas predicciones pesimistas en su *Global Monitoring Report*, de abril de 2005[4].

La «gran muralla» de alta tecnología que se ha levantado para bloquear la emigración masiva hacia los países ricos deja a las áreas urbanas hiperdegradadas como la única solución al problema de cómo almacenar el excedente de población que ha producido este siglo. De acuerdo con UN-Habitat la población de estas áreas está creciendo a un vertiginoso ritmo de 25 millones de personas al año[5]. Por otra parte, la frontera de la tierra segura, ocupable, está desapareciendo en todas partes, y las nuevas incorporaciones a los márgenes urbanos se producen en unas condiciones que solo se pueden describir como «la marginación dentro de la marginación» o de manera más expresiva como decía alguien en Bagdad, «algo cercano a la muerte»[6]. Realmente, la pobreza periurbana –un mundo deprimente totalmente ajeno a la solidaridad existente en el medio rural e igualmente desconectado de la vida política y cultural de la ciudad tradicional– constituye la expresión nueva y radical de la desigualdad. La periferia urbana es una zona de exilio, una nueva Babilonia. Los ataques a hoteles y restaurantes de lujo en Marruecos fueron realizados por terroristas que habían nacido y crecido en los *bidonvilles* periféricos de Casablanca; nunca habían estado anteriormente en la parte baja de la ciudad y se quedaron asombrados por la opulencia de la *medina*[7].

Pero si el urbanismo informal es un callejón sin salida ¿no habrá una revuelta de los pobres? ¿No son las grandes áreas hiperdegradadas, que ya inquietaban a Disraeli en 1871 y a Kennedy en 1961, volcanes dispuestos a entrar en erupción? O la cruda com-

---

[4] *Human Developmnet Report 2004*, pp. 132-133; T. Nolan, «Urgent Action Needed to Meet Millenium Goals», *ABC Online*, 13 de abril de 2005.

[5] UN-Habitat, «Sounding the Alarm on Torced Evictions», informe de prensa, 20th Session of the Governing Council, Nairobi, 4-8 de abril de 2005.

[6] Citado por J. Glanz, «Iraq's Dislocated Minorities Struggle in Urban Enclaves», *The New York Times*, 3 de abril de 2005.

[7] Los hechos se pueden consultar en www.maroc-hebdo.press.ma y www.bladi.net.

petencia darwiniana, provocada por el aumento de personas que luchan por las mismas sobras, ¿provocará la violencia y la autoliquidación, al mismo tiempo que los mayores hitos de «involución urbana»? ¿Hasta qué punto tiene el proletariado informal «la misión histórica», el más poderoso de los talismanes marxistas?

Estas son cuestiones complejas que necesitan del estudio comparativo de casos concretos antes de poder responderlas de manera general. (Al menos esta es la aproximación que hemos elegido Forrest Hylton y yo en el libro que estamos escribiendo sobre «los gobiernos de los pobres».) Las portentosas especulaciones posmarxistas, como las de Negri y Hardt, sobre una nueva política de «multitudes» en «los rizomáticos escenarios de la globalización», permanecen sin la base de una sociología política de la realidad. Incluso dentro de una sola ciudad, la población desheredada puede generar una desconcertante variedad de respuestas a la privación y al abandono, que abarcan desde las iglesias redentoras y cultos proféticos a las milicias étnicas, bandas callejeras, las ONG neoliberales y los movimientos sociales revolucionarios, porque si bien es cierto que no hay un sujeto único ni una tendencia común dentro de las áreas hiperdegradadas, sí hay miles de actos de resistencia. Hasta dónde alcance en el futuro la solidaridad humana entre los nuevos pobres depende de una negativa militante a aceptar su propia marginalidad terminal dentro del capitalismo global.

Esta negativa puede adoptar formas atávicas o de vanguardia: la renuncia a la modernidad o los intentos de recuperar sus promesas fallidas. No debería resultar sorprendente que los jóvenes de las áreas hiperdegradadas de Estambul, El Cairo, Casablanca o París se embarquen en el nihilismo religioso de los salafistas y disfruten con la destrucción de los símbolos más soberbios de una modernidad alienada. O que millones se introduzcan en las economías de subsistencia controladas por bandas callejeras, *narcotraficantes*, milicias armadas y organizaciones políticas cerradas. Las retóricas demonizadoras que acompañan a las diversas guerras internacionales contra el terrorismo, las drogas y el crimen no dejan de ser un *apartheid* semántico. Construyen muros epistemológicos alrededor de *gecekondus*, *favelas* y *chawls* que impiden cualquier debate honesto sobre la violencia diaria que provoca la

exclusión económica. Como sucedía a finales del siglo XIX, la criminalización categórica de la pobreza urbana es una profecía que se alimenta a sí misma y que garantiza la formación de un futuro inacabable de guerras callejeras. A medida que la burguesía del Tercer Mundo se enclaustra en sus bunkers, con sus parques temáticos y sus alambradas eléctricas, pierde la visión cultural y moral sobre la tierra devastada que han dejado atrás.

La imaginación de nuestros dirigentes parece no acabar de ver las evidentes implicaciones de un mundo de ciudades sin trabajo. Es cierto que el neoliberalismo está imbuido de un cierto grado de pesimismo maltusiano, pero sus ideas probablemente queden mejor reflejadas por el apocalíptico viaje descrito por Robert D. Kaplan *(The Ends of the Earth* y *The Coming Anarchy)*. Los grandes pensadores de los *think tanks* en Europa y Norteamérica, junto a los institutos de relaciones internacionales, todavía tienen que percatarse de las implicaciones geopolíticas de un «planeta de ciudades miseria». Para compensar tal déficit, quienes se muestran muy pendientes de estas cuestiones, probablemente porque no tienen que reconciliar los dogmas neoliberales con las realidades neoliberales, son los estrategas militares y los planificadores tácticos de la Academia de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, del Centro Arroyo (RAND) del Ejército de Tierra y del Warfighting Laboratory que los Marines tienen en Quantico (Virginia). En ausencia de otros paradigmas, el Pentágono sí ha desarrollado su propia perspectiva de la pobreza urbana global.

El desastre de Mogadiscio en 1993, donde milicias urbanas causaron un 60 por 100 de bajas a las tropas de elite de los Rangers, obligó a los teóricos militares a un nuevo diseño de lo que en el Pentágono se conoce como MOUT [Military Operations on Urbanized Terrain]. El ejemplar de diciembre del *National Defense Panel* daba un suspenso al grado de preparación del Ejército de Tierra estadounidense para desplegar un combate prolongado en los impenetrables laberintos que forman las calles de las ciudades del Tercer Mundo. Todos los cuerpos de las fuerzas armadas, coordinados por el Joint Urban Operations Training Working Group, lanzaron programas de choque para ilustrar la guerra callejera en las condiciones reales de las áreas urbanas hiperdegradadas. El periódico del

Army War College declaraba que «el futuro de la guerra se encuentra en las calles, las alcantarillas, los edificios gigantes y en una maraña de casas que forman las ciudades destrozadas del mundo […] nuestra reciente historia militar está salpicada de nombres de ciudades; Tuzla, Mogadiscio, Los Ángeles [!], Beirut, Panamá, Hué, Saigón, Santo Domingo, pero estos nombres no son más que el prólogo del verdadero drama que está por llegar»[8].

Para ayudar a desarrollar un amplio marco conceptual para las MOUT, los estrategas militares han recurrido a un viejo centro de investigación sacado de la película de Kubrick, *Dr. Strangelove [Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú]:* la Rand Corporation, un *think tank* afincado en Santa Mónica creado por las Fuerzas Aéreas en 1948, que se hizo famoso por jugar al Apocalipsis nuclear en la década de 1950 y por su ayuda en la estrategia de la guerra de Vietnam en la década de 1960. En la actualidad la Rand Corp. se dedica a las ciudades. Sus investigadores valoran las estadísticas del crimen urbano, la salud pública de la ciudad y la privatización de la educación pública. También dirige el centro que el Ejército de Tierra tiene en Arroyo, que ha publicado una pequeña colección de estudios sobre contextos sociales y cuestiones prácticas de la táctica de la guerra urbana.

Uno de sus proyectos más importantes, que comenzó a principios de la década de 1990, ha sido un amplio estudio de «cómo afectarán los cambios demográficos a los conflictos futuros». La cuestión básica que presentan es que la urbanización de la pobreza mundial ha producido «la urbanización de la insurgencia». «La insurgencia está trayendo a sus seguidores a las ciudades y estableciendo zonas liberadas en las áreas hiperdegradadas. Ni la teoría que conocemos, ni el entrenamiento, ni el equipo resulta adecuado para enfrentarse a la insurgencia urbana». El trabajo cita el ejemplo de El Salvador en la década de 1980, cuando a pesar de un apoyo masivo de Washington, no se pudo evitar que las guerrillas del FMLN abrieran un frente urbano. Realmente «si los rebeldes hubieran operado efectivamente en el interior de las ciudades desde el

[8] M. Ralph Peters, «Our soldiers, Their Cities», *Parameters* (primavera 1996), pp. 43-50.

principio de la sublevación, es discutible qué es lo que podría hacer Estados Unidos para mantener siquiera un empate entre las fuerzas del gobierno y los rebeldes»[9]. Las grandes áreas urbanas hiperdegradadas de las que estos investigadores están hablando claramente se han vuelto el eslabón más débil del nuevo orden mundial.

Más recientemente, en la primavera de 2002, el capitán Troy Thomas, un experto de las Fuerzas Aéreas, hacía consideraciones similares en *The Aerospace Power Journal*. «La rápida urbanización de los países en vías de desarrollo ofrece un entorno para las operaciones que es cada vez más una incógnita, ya que cada vez es más imprevisible.» Thomas compara los modernos y jerarquizados núcleos urbanos, con sus infraestructuras centralizadas que son fácilmente inutilizables por ataques aéreos como sucedió en Belgrado o por ataques terroristas como los perpetrados en Manhattan, con las desparramadas áreas degradadas de las periferias del Tercer Mundo, organizadas en «subsistemas informales y descentralizados, donde no existen ni planos ni puntos neurálgicos». Utilizando el mar de miseria humana que rodea Karachi como ejemplo, Thomas describe el desafío de un «combate asimétrico», dentro de terrenos «sin centros vitales ni jerarquías de ningún tipo», contra milicias «basadas en clanes» impulsadas por «la desesperación y el miedo». También cita las áreas urbanas hiperdegradadas de Kabul, Lagos, Dushanbe (en Tayikistán) y Kinshasa como otros potenciales campos de batalla de pesadilla, a los que otros militares frecuentemente añaden Puerto Príncipe. Thomas, al igual que otros estrategas del MOUT, prescribe equipos de alta tecnología, con un entrenamiento más realista, preferiblemente en nuestras propias «ciudades arruinadas», donde «proyectos de alojamientos masivos se han vuelto inhabitables y el suelo industrial inutilizable. Realmente serían unos campos de entrenamiento ideales para la guerra en las ciudades»[10].

---

[9] J. Morrison Taw y B. Hoffman, *The Urbanization of Insurgency. The Potencial Challenge to U.S. Army Operations*, Santa Mónica, 1994. (Hay un resumen online en www.rand.org/pubs/monograph_reports/2005/MR398.SUM.pdf).

[10] Captain Troy Thomas, «Slumlords: Aerospace Power in Urban Fights», *Aerospace Power Journal* (primavera 2002), pp. 1-5.

¿Cuál será exactamente el enemigo al que tendrán que enfrentarse en el laberinto del Tercer Mundo los futuros soldados robots entrenados en degradados barrios de Detroit y Los Ángeles? Algunos expertos simplemente se encogen de hombros y responden: «cualquiera». En un influyente artículo titulado «Geopolitics and Urban Armed Conflict in Latin America», escrito a mediados de la década de 1990, Geoffrey Demarest, un destacado investigador de Fort Leavenworth, presentaba un extraño elenco de «actores antiestatales», entre los que incluía a «psicópatas anarquistas» criminales, oportunistas cínicos, lunáticos, revolucionarios, dirigentes obreros, grupos étnicos y especuladores inmobiliarios. Al final mencionaba para resumir a los «desposeídos» en general y a los «sindicatos del crimen» en particular. Además de recurrir a herramientas tradicionales de la arquitectura y de la planificación urbana como ayuda para prever la subversión futura, Demarest añade que «las fuerzas armadas deberían tomar nota del fenómeno sociológico que son las poblaciones excluidas». Junto a otras voces que hablan de la *youth bulge* (la participación de la juventud en los conflictos) se mostraba especialmente preocupado con «la psicología de los niños abandonados», considerando que estos niños son las armas secretas de las fuerzas antiestatales[11].

En resumen, las mejores cabezas del Pentágono se han atrevido a aventurarse por un camino por el que las Naciones Unidas, el Banco Mundial o el Departamento de Estado han evitado adentrarse: el de la lógica que se impone tras la renuncia a la reforma urbana. Como sucedía en el pasado, este es un «camino sin alegría» y desde luego los quinceañeros militantes del ejército del Mahdi, en Sadr City en Bagdad, uno de los mayores barrios degradados, provocan a los ocupantes estadounidenses con la promesa de que su calle principal es *Vietnam Street*. Pero los estrategas militares no palidecen y aseguran, con total sangre fría, que

[11] G. Demarest, «Geopolitics and Urban Armed Conflicts in America Latina», *Small Wars and Insurgency* VI, 1 (primavera 1995), sin lugar de publicación (texto en internet). Sobre la aparición de una «estrategia demográfica» y la criminalización de la juventud, véase el importante trabajo de Anne Hendrixon, *Angry Young Man, Veiled Young Women. Constructing a New Population Threat*, Corner House Briefing 34, Sturminster Newton, 2004.

«las salvajes y malogradas» ciudades del Tercer Mundo, especialmente sus áreas hiperdegradadas, serán el principal campo de batalla del siglo xxi. La doctrina del Pentágono se está rediseñando para soportar una guerra de baja intensidad y de duración ilimitada contra segmentos criminalizados de los pobres urbanos. Este es el auténtico «choque de civilizaciones».

De acuerdo con Stephen Graham, que ha realizado numerosos trabajos sobre la geografía de la guerra urbana, los planteamientos del MOUT se convierten en la fase superior del «Orientalismo», la culminación de una larga historia en la que Occidente se define en contraposición al alucinógeno Otro oriental. Esta dicotomía ideológica, que la Administración Bush convirtió en un «absolutismo moral», «funciona separando "el mundo civilizado", "la tierra natal" de las ciudades que debe ser "defendida" de las "fuerzas oscuras" del "eje del mal" y de los "nidos" terroristas de las ciudades islámicas, a quienes se acusa de mantener a los "malignos" que amenazan la salud, la prosperidad y la democracia de todo el mundo "libre"»[12].

La desalentadora dialéctica de zonas de seguridad contra lugares urbanos demoníacos nos lleva a una oscilación siniestra e incesante: noche tras noche helicópteros de combate acechan a enemigos desconocidos en las estrechas calles de barrios miserables, arrojando fuego sobre chabolas o coches que huyen. Por la mañana la miseria replica con suicidas que provocan grandes explosiones. Si el imperio puede desplegar las tecnologías represivas de las que hablaba Orwell, sus oponentes tienen a los dioses del caos de su parte[13].

---

[12] S. Graham, «Cities and the "War on Terror"», *International Journal of Urban and Regional Research* XXX, 2, pp. 255-276; véase S. Graham, «War and the City», *New Left Review* 44 (marzo-abril 2007) [ed. cast.: «La guerra y la ciudad», *New Left Review* 44, mayo-junio de 2007, Madrid, Ediciones Akal].

[13] Véase M. Davis, «The Urbanizatión of the Empire. Megacities and the Laws of Chaos», *Social Text* 81 (invierno 2004).

# ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro 1. Crecimiento de la población mundial..... 13
Cuadro 2. Las megaciudades del Tercer Mundo ..... 14
Cuadro 3. Urbanización del Golfo de Guinea..... 16
Cuadro 4. Urbanización industrial de China..... 24
Cuadro 5. Población *versus* PIB: las diez mayores ciudades .. 25
Cuadro 6. Población de áreas urbanas hiperdegradadas respecto a la población total..... 38
Cuadro 7. Las mayores áreas urbanas hiperdegradadas (2005)..... 42
Cuadro 8. Tipología de las áreas urbanas hiperdegradadas... 45
Cuadro 9. Dónde viven los pobres..... 46
Cuadro 10. Algunos de los desalojos más conocidos de áreas urbanas hiperdegradadas..... 135
Cuadro 11. Pobreza en combustión..... 166
Cuadro 12. Motorización del Tercer Mundo..... 170
Cuadro 13. Agua: los pobres pagan más. Agua embotellada frente al agua corriente..... 187

# ÍNDICE


Agradecimientos ..... 9

I. El clímax urbano ..... 11

II. El predominio de las áreas urbanas hiperdegradadas ..... 33

III. La traición del Estado ..... 71

IV. Ilusiones de autoayuda ..... 97

V. Haussmann en los Trópicos ..... 127

VI. Ecología de las áreas urbanas hiperdegradadas ... 157

VII. Ajustando y erosionando estructuralmente el Tercer Mundo ..... 195

VIII. ¿Una humanidad excedente? ..... 223

Epílogo. Bajando por *Vietnam Street* ..... 255

Índice de cuadros ..... 265

Según la ONU, más de mil millones de personas viven en ciudades miseria, en favelas, cerros, chabolas, cantegriles, campamentos y barriadas del Sur global. En este ambicioso y brillante libro, Mike Davis retrata la realidad de un vasto y horrendo almacén de seres humanos desterrados de la economía mundial en ciudades pobres hiperdegradadas. Desde la expansión de barriadas en Lima hasta las montañas de basura en Manila, la urbanización de las ciudades miseria se ha separado de la industrialización, e incluso del crecimiento económico.

El autor realiza una cuantificación de la aterradora producción en masa de la miseria que caracteriza a las ciudades contemporáneas y argumenta que el crecimiento exponencial de las ciudades miseria no es accidental, sino que es el resultado de una conjunción simultánea de la corrupción de las clases dirigentes, del fracaso institucional y de la acción del FMI y de los Programas de Ajuste Estructural (SAP), dirigidos a transferir la riqueza de pobres a ricos. Azote del sistema neoliberal, Davis desacredita el irresponsable mito de la salvación por uno mismo mostrando exactamente quién es expulsado del «capitalismo autosuficiente».

¿Son estas ciudades marginales, como la aterrorizada clase media victoriana imaginó, terribles volcanes a la espera de entrar en erupción?

«Los pasmosos datos recogidos en el libro golpean como verdaderos mazazos… un libro desgarrador.» *Financial Times*

«Si espera usted de este libro un tono apocalíptico –y quién no, ciertamente, pues cómo exponer si no el entuerto en que andamos metidos–, no hay nadie que lo explique mejor.» *The Guardian*

ISBN 978-84-460-3937-2
9 788446 039372
www.akal.com
akal

*Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.*